IMPRESIONES DE MEXICO

IMPRESIONES DE MEXICO

POR

EL CONDE DE FOX.

PRÓLOGO

DEL

GENERAL FRANCISCO J. MUGICA

PRIMERA EDICION

TALLERES TIPOGRAFICOS.
Santa Veracruz y San Juan de Dios.
MEXICO, D. F.
1918

Al Ciudadano Presidente de la República Mexicana,

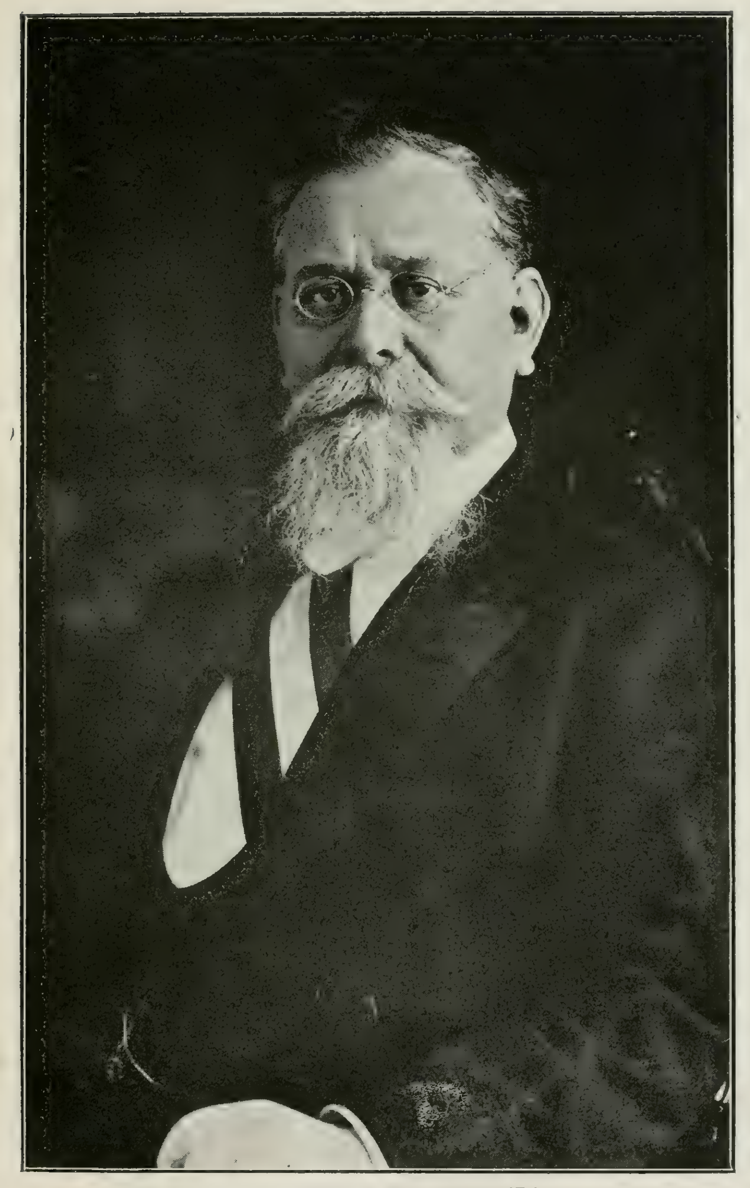
SEÑOR DON VENUSTIANO CARRANZA,

ilustre Patricio e integérrimo defensor de la soberanía de su Nación y de las ideas libertadoras del Pueblo Mexicano, y a su poderoso colaborador, Licenciado

DON MANUEL AGUIRRE BERLANGA,

Jefe de su Gabinete, como testimonio de admiración a la obra por ellos realizada, les dedica este libro

EL AUTOR



DON VENUSTIANO CARRANZA,
Caudillo y Primer Jefe de la Revolución Constitucionalista
y actual Presidente de los Estados
Unidos Mexicanos.

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Señor Maximino Valdés. (Conde de Fox.)
Presente.

Muy estimado amigo:

Prologar un libro cualquiera es tarea no vulgar que un modesto periodista de provincia, ha tiempo en receso, no debe acometer ni aún en el caso de inconsciencia plena de su medianía.

Prologar un libro tan interesante como el suyo sería un atentado no sólo al respeto público, sino a las letras hispanas también. No, amigo mío: no. Las Revoluciones improvisan estadistas; revelan caracteres; forjan héroes, y preconizan apóstoles. Nunca improvisan sabios ni trasforman ignorantes. Si usted se empeña, yo podré ser un patriota y un abnegado por mi Patria y su regeneración social; pero no la autoridad indicada para iniciar al lector en las verdades de su libro.

Líbreme pues, se lo ruego, de la amistosa imposición de su deseo, y si he de ser yo quien firme las páginas primeras de ese libro (siquiera sea para hacer contrastar con la forma elegante de su dicción la mía campesina) escribiré; pero no pretendiendo prologar su obra, sino para hacerme el honor de colaborar en un trabajo bien encaminado y añadir dos palabras a las suyas sobre los anhelos de esta Revolución, tan desacreditada en el extranjero, tan calumniada sin conocérsele, pero tan amada por quienes la soñamos y la hemos vivido.

Doctas plumas, amigas y enemigas del Gobierno y de la Revolución, han dicho ya, hasta la saciedad, cómo

vivimos en esta República durante los treinta y cinco años de Dictadura. Nadie, ni en Rusia, ignora como los Ciudadanos humildes de México eran secuestrados de sus hogares por el Jefe Político y llevados a las prisiones en calidad de reemplazos para el Ejército; es bien sabido como el pequeño propietario y el comerciante pobre resistían el gran peso de las contribuciones, y el obrero y el campesino sufrían la presión inmisericorde del terrateniente y del industrial, jamás satisfechos con los pingües rendimientos de sus esclavos a quienes hacían trabajar doce horas diarias mediante el despreciable salario fluctuante de veinticinco centavos a un peso, amén de humillarlos, deshonrarlos y arrojarlos de la fábrica o del jacal, cuando faltos de vigor o ancianos, ya no tenían jugo que ofrendar al rico home del feudo o al elegante *dandy* de la industria moderna.

Inumerables publicistas han divulgado ya como la justicia mexicana era adjudicada al favor dictatorial o vendida al mejor postor por esa casta corrompida de traficantes mal llamados Jurisperitos, y preparados para ese género de actividad inmoral desde los Planteles Profesionales, en los bufetes de los favoritos y en las antesalas de los Ministerios. Nadie se extraña, en el mundo entero, de la abrumadora elocuencia de nuestras estadísticas, que con negros caracteres, (pero sin rubor), acusaban en pleno siglo XIX que el noventa y cinco por ciento de nuestra población era de analfabetas.

Y por sabido, y por gritado en todos los tonos, aún en el de la adulación, no los quiero examinar sino para decir a usted que el soplo soberano del Pueblo ha cauterizado todas esas lacras, encauzando las actividades sociales por rectos senderos de moral y por amplios horizontes de perfección, siendo ésto el justificante de su radicalismo y la causa eficiente de su intransigencia. Pues si bien es cierto que la Revolución en su avance de Norte a Sur ha venido castigando prevaricadores, destruyendo intereses creados, menguando riqueza pública, trastornando el crédito exterior y aún las costumbres de la

Nación, ha creado también nuevos hombres e Instituciones modernas, largo tiempo ambicionadas por las masas; ha echado el fundamento moral de la propiedad privada para destruír y evitar la opresión de las minorías acaudaladas sobre las mayorías empobrecidas; ha puesto en circulación tesoros cuantiosos, acaparados en pocas manos avarientas, y en cultivo grandes extensiones territoriales amuralladas por el egoísmo ruín de derechos problemáticos, fundados en el despojo y en el agio, mediante los odiosos contratos de venta con pacto de retroventa. Ha encauzado la Hacienda Pública por senderos más equitativos, creando fuentes nuevas de tributación dentro de principios económicos, e iniciado un movimiento enérgico de moralidad en los encargados de manejar los fondos públicos. Principios de sano racionalismo para normar las relaciones familiares y prevenir la disolución social, han sido sancionados, teniendo como punto de mira muy principal, la emancipación absoluta de la mujer del tutelaje del hombre, ya como hija, ya como esposa, protegiéndola enérgicamente para que sus derechos naturales, hasta hace poco menoscabados por el artificio de las leyes positivas, sean respetados.

Pero en mi concepto, lo más grande que ha hecho la Revolución, consiste en la emancipación definitiva de la Patria. Pues en el interior la ha regenerado dándole garantías efectivas al trabajo para luchar con el capital dentro de principios justicieros consagrados en su código fundamental; desvinculando, del dominio privado, el territorio nacional para dar un usufructo a quien lo trabaje, poderlo protejer contra el acaparamiento inmoderado, evitar que caiga en manos de extranjeros que a lo postre pretendan ponerlo bajo la custodia de banderas extrañas y finalmente dictando enérgicas medidas de disciplina religiosa, tendentes a evitar la influencia malsana e intrusa del Clero en la vida social de la República, germen hasta hoy, de todos los males morales y aún de las contiendas civiles que han carcomido nuestra vida de Pueblo Libre.

La emancipación exterior de la Patria es también un hecho indiscutible. El tutelaje de nuestro vecino poderoso, la imposición de doctrinas imperialistas y de las grandes Naciones, han desaparecido de nuestra vida nacional y traspasado las fronteras en unión de los Estadistas del antiguo régimen que, en asuntos internacionales, profesaron siempre doctrinas de pasividad y de obediencia. Esta emancipación de criterio y de actos, nos ha permitido iniciar un impulso de acercamiento hacia los Pueblos hermanos de raza latina que pueblan el centro y el sur de la América y volver nuestros afectos, nuestras simpatías, y nuestra alma, a la noble España, madre fecunda de los pueblos Indo-latinos.

Para concluir, diré a usted que todos estos anhelos y conquistas del Pueblo Mexicano están vinculados en su actual Mandatario, pues el Sr. Carranza, revolucionario, jamás falto a sus deberes de caudillo ni equivocó el camino que debió seguir para organizar a su Pueblo que, en tumultos, en guerrillas, o en masas, iba respondiendo a su llamado reivindicador. Jamás, los que desde el primer día, le seguimos le hemos visto vacilante o tímide. Retó al usurpador que tenía un ejército, contando él con unos cuantos Ciudadanos. Apenas pudo pasar del campo a las Ciudades, impartió garantías a los intereses extranjeros y rehusó terminantemente aceptar que un sólo Gobierno Extranjero, reclamase sobre daños sufridos por individuos que no fuesen sus connacionales, logrando así iniciar la nueva Diplomacia Mexicana y poder desengañar a los Países amigos sobre algunos prejuicios abrigados con respecto a las tendencias del movimiento reinvindicador.

Cuando este enérgico Ciudadano vió que urgía depurar el ejército del Pueblo, fué recto y sin miedo contra la indisciplina de la pujante División del Norte, a las órdenes de Francisco Villa y de la Convención, venciendo a los disidentes y aprovechando la ocasión de la nueva lucha, que tenía abiertas tendencias reaccionarias, sancionó el moderno Código de grandes reformas que más tar-

de debería hacer constitucional el Congreso de Querétaro. Y sigue así su marcha el Caudillo hasta merecer el voto de sus Conciudadanos, pues es de advertir que el Sr. Carranza obtuvo, para ser Presidente de la República, el mayor número de sufragios que hasta ahora se haya emitido por el Pueblo de México, aún contando con la expontánea y entusiasta elección del Sr. Madero.

En la Primera Magistratura Nacional, Don Venustiano Carranza sigue las huellas progresistas del Primer Jefe, y, poco a poco, con la amabilidad que le caracteriza y el tesón de su voluntad, va estrechando amistad con las Naciones del Mundo entero que desean cultivar relaciones con México, dentro de principios morales e igualitarios, así como de profundo respeto a nuestra soberanía; prosigue la moralización, instrucción e ilustración del Ejército Nacional; vela celoso por los grandes intereses públicos y ocurre, diligente y severo, a reprimir toda manifestación inorgánica que pueda hacer peligrar las Instituciones Patrias.

Agradezco a usted infinito, señor Valdés, la oportunidad que me ha proporcionado para hablar de mi Patria, y de su inmensa Revolución desde la alta tribuna de su libro, para el cual deseo el exito que debe alcanzar la verdad en él contenida y las amarguras y desvelos que usted ha sufrido para poder desentrañar, de tamaña conmoción social, los hechos, personas e ideas que ha llevado a él con el fin laudable de difundir lo bueno del cataclismo social mexicano, allá donde sólo lo malo de este movimiento glorioso es conocido, merced al despecho, a la distancia y a la malevolencia de nuestras fuentes de información en el exterior.

Soy suyo affmo. amigo y S. S.

FRANCISCO J. MUGICA.

México, D.F., julio 15 de 1918.

MI PROGRAMA

MI PROGRAMA.

Cada día que pasa se hace más dificil y penosa la ingrata labor del periodismo.

El periodista se debe a la verdad y al público y para buscar aquella y servir a éste, no puede, el que ha de cumplir con sus deberes, reparar en medios ni escatimar sacrificios.

El periodista necesita buscar la verdad para dársela a conocer al público, que es su "amo y señor" y quien le quiere y anima en su carrera.

El público que me sigue y que me lee en España, mi Patria querida, y el que durante mi corta estancia en la Isla de Cuba he podido adquirir, me piden la verdad de lo que ocurre en México y a buscarla voy y no he de perdonar medios para conseguirla. Desde allí he de informar a mis lectores de cuanto ocurra y que tenga relación con el desenvolvimiento político, social y económico de la gran República Mexicana.

Son tan contradictorias las noticias que en España y en Cuba se tienen de la situación de México, que es de todo punto imposible darse idea, no ya exacta, sino aproximada de cuál es aquella.

Todos los procedimientos le parecen buenos a los partidarios de ésta o de aquella idea, de éste o del otro grupo político, para sembrar la alarma, para llevar la desconfianza a todas partes, para calumniar y desacreditar al que consideran su contrario, sin pensar que al hacer esto, no desacreditan ésta o aquélla idea, éste o el otro

grupo político, sino que están destruyendo y empequeñeciendo a la Nación gloriosa, cuna de tantos hombres ilustres, emporio de riquezas, donde la Naturaleza, excediéndose a sí misma, derramó a manos llenas todas las bellezas, tesoros y encantos de que ella era poseedora.

A estudiar la situación política, social y económica de México voy, y no he de perdonar medios para ello; sino lo consigo, culpa será de mi torpe inteligencia, de mi falta de espíritu observador, jamás por falta de voluntad, pues ésta la he cultivado en aras del deber profesional, que pide por lo menos ésto: serenidad para ver, imparcialidad para juzgar.

Para ésto he de desviarme de todo cuánto sean personalismos y apasionamientos, y sin prevención alguna, apartado por completo de la política que todo lo empequeñece y envenena, y con un amor grande hacia la noble y generosa Nación Mexicana, donde mis antepasados trabajaron y vivieron, reuniendo unos ahorros que habían de servir para dulcificar los tristes años de la ancianidad, he de decir a mis lectores, con la independencia bravía que siempre disfruté y rindiendo a la verdad todo el culto que ella merece, la situación de México.

No he de circunscribirme solamente a lo que yo pueda ver y observar; he de solicitar ayuda: he de oir a personas que por sus dotes de inteligencia y por llevar muchos años viviendo y observando lo que ha de ser objeto de mi estudio, puedan ilustrarme.

De las autoridades todas he de solicitar su opinión, sin prescindir tampoco de las que puedan tener las clases humildes, y entre los obreros he de estudiar los problemas que a ellos afectan, y que preocupan hoy, más que nunca, al mundo entero.

Todas estas impresiones escrupulosamente recogidas y cuidadosamente guardadas, han de pasar a las columnas de los periódicos a quien sirvo, y más tarde han de formar un libro que con ellas pienso publicar.

En Cuba empiezo mi trabajo. Aquí se comenta hoy

mucho y se discute mas la situación de México, y antes de salir de la Habana quise oír la opinión del Encargado de Negocios que el Gobierno de México tiene al frente de aquella Legación.

De él solicité una entrevista, y con benevolencia que no olvidaré jamás, me fué concedida inmediatamente.

¿Qué me dijo? Esto lo verán los lectores en el próximo capítulo.



Alberto C. Franco.

ALBERTO C. FRANCO

El Gobierno de México tiène al frente de la Legación de los Estados Unidos Mexicanos, en la Isla de Cuba, como Encargado de Negocios, al doctor en derecho señor Alberto C. Franco. Es el señor Franco un joven diplomático de gran cultura, de muy extensos conocimientos, y un enamorado de la brillante carrera a que pertenece.

Hace ya algún tiempo que a él había sido presentado, así que no me fue difícil conseguir la entrevista solicitada. Tan pronto como uno de los ordenanzas de la Legación le pasó mi tarjeta, se apresuró a recibirme y cuando le manifesté mis deseos de celebrar con él una *interview*, se puso a mi disposición.

He de confesar que en esta visita al señor Franco, recibí una gran sorpresa: le había tratado particularmente, había encontrado en él siempre un hombre fino, de gran cultura, de muy amena conversación y jovial en extremo. Con la misma finura me recibió esta vez; más aun hizo resaltar en el tiempo que duró nuestra entrevista, sus condiciones de inteligencia, de saber y de cultura. Pero aquella jovialidad, aquella alegría, aquella franqueza que tanto aumentaban su simpatía, cuando en el paseo y en las conversaciones particulares hablaba, habían desaparecido, y sin perder el trato de gentes que tanto y tan bien caracterizan al señor Franco, se presentaba ahora serio, grave, hablando con grandes reservas y midiendo mucho, antes de pronunciarlas, las palabras que habían de salir dè su boca. Solamente cuando de México,

su Patria adorada, hablaba, era cuando a su rostro acudía aquella alegría que tanto habíamos aplaudido, cuantos en el terreno particular le habíamos tratado.

Solamente he de trasladar a mis lectores lo que de labios del Encargado de Negocios de la gran República Mexicana oí; no quiero, ni puedo, ni debo hacerles llegar, algo que quise interpretar, que quise leer a través de sus palabras y en algún gesto de su semblante. He contraído con ellos, y conmigo mismo, el compromiso de decir la verdad y no quiero exponerme a que la interpretación mía pudiera desviarnos de ella. El señor Franco contesta a mis preguntas.

—¿Cuál es la causa de no haber venido a tomar posesión del cargo de Ministro de México en Cuba el General Jara, nombrado hace ya mucho tiempo por aquel Gobierno?

—El Ministro de México en Cuba lo es el Gral. Heriberto Jara. Nombrado hace algún tiempo por mi Gobierno, por el Gobierno de México, tan dignamente presidido por el Jefe señor Carranza, y aceptado por el Gobierno de Cuba, no ha venido a tomar posesión del cargo por circunstancias muy especiales que no tenemos por qué ocultar. El señor Jara ha desempeñado el importante cargo de Gobernador del Estado de Veracruz, donde goza de simpatías tales, que bien puede asegurarse que allí no sólo se le quiere, se le adora mejor dicho, sino que se le admira y se le respeta. Todos ven en él al militar inteligentísimo y valiente; al hombre probo, recto y justiciero, dotes éstas que le han hecho acreedor a la consideración y al aprecio de todos los ciudadanos.

Así lo reconoce y lo proclama el Estado entero y así se lo han hecho saber al Honorable Jefe de la Nación, quien le ordenó que continuase al frente de las fuerzas militares de aquel Estado. Ahí tiene usted explicado el por qué no ha venido a tomar posesión el general Jara, mi ilustre Jefe, del cargo de Ministro de México en Cuba.

—¿Se conspira contra México en la Habana?

—Ya sabe Ud. que aquí en Cuba es donde se hallan refugiados muchos mexicanos que han abandonado el país, o han sido expulsados por diferentes causas. No debe extrañar, pues, que hayan convertido esto en un foco de propaganda y de conspiración constante; pero todos los trabajos y todas las calumnias por ellos hechos e inventadas, no son siquiera "flor de un día", pues ni 24 horas han durado y la realidad ha hecho caer todo por su base. Las conspiraciones son conspiraciones de opereta bufa, teatrales completamente, y si no fuera por el respeto que me merecen todos los ciudadanos de mi país, yo me atrevería a decir que todas ellas son una trama burda para cazar incautos y para otros fines bien miserables. Conozco todo cuanto hacen, estoy perfectamente enterado de todos sus movimientos y yo le aseguro a usted que si hiciera públicas muchas cosas, relacionadas con estas conspiraciones, harían reír grandemente. Más que preocupación me causan pena, pues me entristece grandemente ver personas, que en México se tuvieron por serias, por inteligentes y por patriotas, mezcladas en estas jugadas; no otra cosa es lo que están haciendo.

—La labor que aquí hacen los mexicanos enemigos del señor Carranza y de su Gobierno, ¿es muy activa?

—Si señor: no reparan en medios: por todas las redacciones de los periódicos andan constantemente llevando noticias, inventando calumnias e infamias, como las que usted alguna vez ha tenido que rectificar, saliendo a la defensa de autoridades mexicanas, y que yo he agradecido.

Hace pocos días, con motivo de haber sido expulsados de México, cumpliendo la Constitución, unos sacerdotes extranjeros, se ha publicado en algún periódico un suelto en el que se decían una serie de inexactitudes y de infamias grandes. Pues bien, aquí en este despacho han estado algunos de los sacerdotes cuyas firmas aparecían en aquel escrito, españoles por cierto, a protestar de que hubieran hecho figurar en él sus nombres y a decir-

me que habían sido tratados con todo género de consideraciones en mi país. Así se escribe la historia; tenga usted la seguridad de que todos los sacerdotes firmantes de dicho suelto, si los autorizara el Gobierno, volverían a México, y no por el ansia de conquistar almas para el cielo, que ese Santo Ministerio en todas partes se puede ejercitar, sino para vivir cómodamente y con todo género de garantías como lo habían hecho hasta ahora.

—¿Cuál es la situación política y económica de Mexico?

—No quiero decir a Ud. una palabra de la situación política y económica de mi país. Usted va a México y allí ha de ver más de lo que yo pudiera decirle. Una cosa le pido, y esta es, que con la imparcialidad que usted ha escrito cuanto ha estudiado en Cuba, lo haga en México: es muy necesario que vayan periodistas a mi Patria, para que desde allí, sobre el terreno, cuenten cual ha sido la obra de la Revolución.

No quise seguir abusando de la bondad de mi excelente amigo el joven diplomático señor Franco: atenciones de su cargo le reclamaban y yo me despedí haciéndole la promesa de que, con la independencia que siempre tuvo mi pluma, he de decir a mis lectores cuál es la verdadera situación de la gran República Mexicana.

Son las tres de la tarde y a las cuatro ha de zarpar, de la bahía de la Habana, el vapor Alfonso XIII que ha de conducirme al puerto de Veracruz. A bordo me voy y me despido de los lectores que en la isla de Cuba tengo, diciéndoles, hasta luego.

A BORDO DEL ALFONSO XIII

Un año hace que salí de mi Patria, de mi España querida, para dirigirme a América, dejando a Europa envuelta en la contienda de sangre que viene sosteniendo.

Creí encontrar en América libertad, tranquilidad y reposo; pero no ha sido así. También América, contagiada de esa especie de locura de sangre que nos rodea, empezó a tomar parte en la dolorosa contienda, en la gran catástrofe universal, sólo comparable con aquel diluvio de que nos habla la Historia.

Muy cerca de un año he pasado en la Isla de Cuba: allí también he oído los gritos de angustia y de malestar social que suenan por todas partes: tambien allí ha llegado la intranquilidad y las gentes están temerosas, como si se acercara el momento de que la tierra y el aire fueran a faltarles.

Cada día, cada hora, cada minuto, surgen nuevas complicaciones para la vida y la tragedia fatídica y dolorosa amenaza por todas partes.

Un año oyendo hablar de libertad y sin encontrarla; un año más de intranquilidad y de zozobra.

Cuando subía la escala del vapor Alfonso XIII, barco que había de conducirme a Veracruz, he de confesar que sentí una satisfacción grande, inmensa. Parecíame que respiraba un aire más puro y que cobijado bajo la sombra de la bandera roja y gualda, enseña de mi Patria adorada, gozaba de un ambiente de libertad de que antes había carecido.

Así era en efecto: dentro del barco todo era paz, tranquilidad y alegría; tres días felices, los mismos que duró la travesía.

Los pasajeros, españoles en su mayor parte, venían de España y me daban noticias de la situación de aquel pais, noticias para mí desconocidas. Todos me hacían grandes elogios de la pericia y de la amabilidad del capitán del buque don Juan Comellas, que por primera vez mandaba este barco, así como de los cuidados y atenciones prodigados por el Sobrecargo don José Coll, secundado y ayudado por los demás Oficiales: todo era alegría, paz y bienestar, repito. Tres días felices. tranquilos, después de tanto tiempo de incertidumbres de intranquilidades y de dudas. En el barco me encuentro con personas conocidas que me hablan de aquel Madrid alegre y bullanguero y de amigos y compañeros muy queridos. En él encuentro camareros que hablan de Santander, de aquella Montaña incomparable, de aquella tierra bendita donde nací y donde pasé los mejores y más felices años de mi vida. Hablan de Comillas, de Ruiloba, de Ruiseñada, de Novales, de Torrelavega y de tantos pueblos que recorrí, cuando en los entusiasmos de la juventud, anduve mezclado en cuestiones políticas.

Triste es vivir de recuerdos; pero cuando el alma está envuelta en nubes de tristeza y el espíritu atormentado y abatido por las luchas, ¡que gratos son los recuerdos!

Para que todo fuera agradable en estos tres días felices, me encuentro en el barco con mexicanos, cariñosos y cultos, que hablan, con entusiasmo grande, de su Patria y de cómo marcha esta a la tranquilidad, a la prosperidad y a la grandeza.

Así llego a Veracruz y antes de abandonar el barco que me ha conducido a estas hospitalarias tierras mexicanas, donde viven tantos compatriotas míos, fuí presentado al Cónsul de España, quien me dá noticias

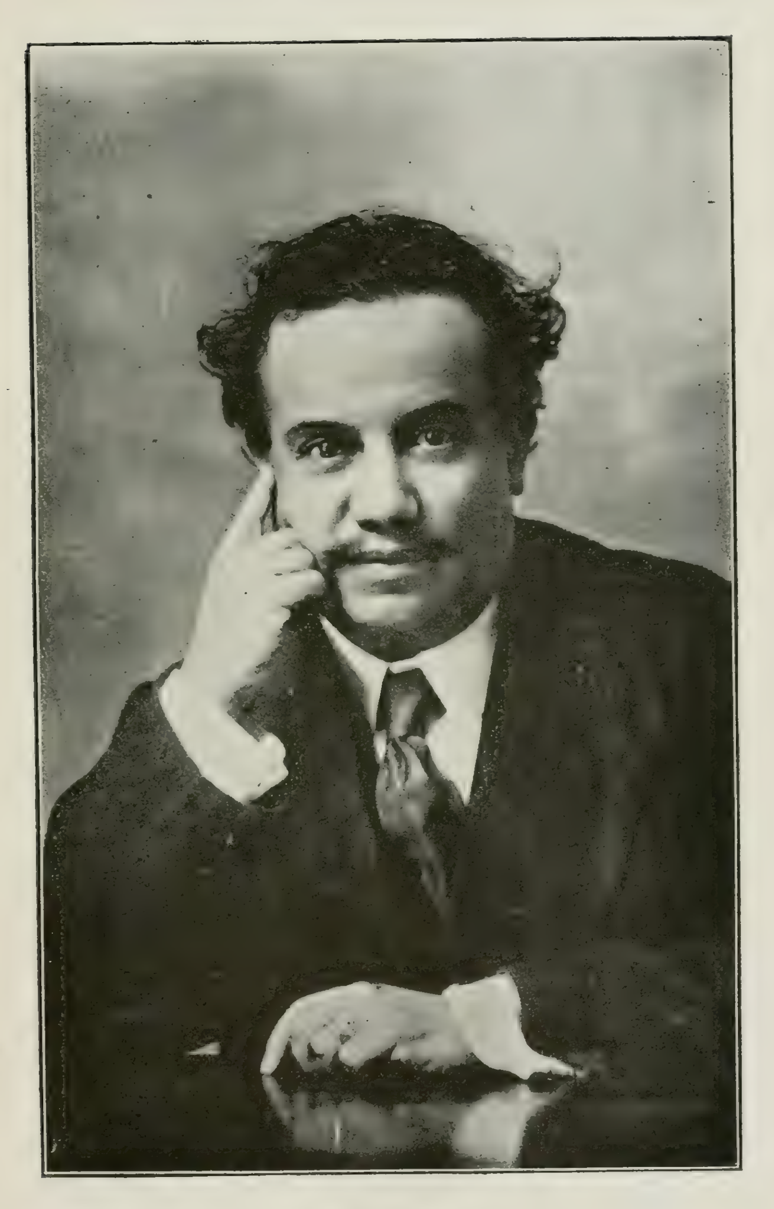
muy satisfactorias del estado floreciente de la Colonia española. Con entusiasmo grande me habla de la laboriosidad, la honradez y la caballerosidad de los españoles que aqui trabajan y luchan.

—Me siento orgulloso,—me decía el respetado caballero don Manuel Bayón,—de estar al frente del Consulado de mi Nación, no sólo por lo honroso del cargo, sino por la conducta, verdaderamente admirable de los súbditos españoles cuyos intereses represento.

Me habla también de la Sociedad de Beneficencia española que aquí sostienen; de los Centros y Casinos por ellos fundados y me ruega que los visite, cosa que he de hacer con mucho gusto y con muy especial interés, porque quiero al volver a mi idolatrada España, decir allí cuál es la labor que en América están realizando sus hijos.

Ya estoy en Veracruz, bellísima población de la gran República Mexicana, tierra hospitalaria y mil veces bendita, de la que tantas veces oí hablar en la Madre Patria, siempre con elogios, siempre con simpatía.

LUIS G. URBINA



Luis G. Urbina.

LUIS G. URBINA

En el vapor correo Alfonso XIII, volvía a su país el glorioso poeta mexicano Luis G. Urbina.

Viene de España, donde ha pasado muy cerca de tres años, haciendo vida retirada, huyendo de toda exhibición, triste por vivir alejado de México, de su Patria querida, por la que suspiró siempre.

En el barrio donde reside la mayor parte de la juventud estudiosa de Madrid, vivía el gran poeta. Desde los balcones donde tenía el modesto despacho de trabajo, presenciaba el ilustre catedrático de la Universidad de México, el paso de los estudiantes que iban a las aulas Universitarias, haciéndole recordar, con melancólica tristeza, los tiempos en que presenciaba la entrada bulliciosa de la juventud escolar mexicana en aquella cátedra donde había de electrizar, con su palabra maravillosa, a los hombres del porvenir.

Más de una vez abandonó el sabio catedrático las cuartillas sobre las que estaba escribiendo aquellos libros admirables, "El Glosario de la Vida Vulgar", "Bajo el Sol y Frente al Mar", "Antología romántica", "La Vida Literaria de México" y poemas tan sublimes, tan acabados y tan definitivos como "Sor Melancolía", buscados y leídos por toda la intelectualidad española, y salía a presenciar las tumultuosas manifestaciones estudiantiles, que tanto se han repetido en estos últimos años, para pedir y defender los derechos, la dignidad y la independencia de la clase escolar.

El poeta Urbina hizo en Madrid verdadero esfuerzo para permanecer escondido; pero su ilustración y su ciencia, y las bondades de que se halla adornada su alma, noble y generosa, rompieron el dique que él se había empeñado en colocar entre el mundo y su personalidad, y el barrio entero le conocía, le quería, con un cariño filial. Cuando supo aquel barrio que el gran poeta Urbina abandonaba España, que dejaba aquella modestísima casa donde viviera, acudió a saludarle, a darle el adios de despedida, y las lágrimas fueron las pruebas del sentimiento que aquellas sencillas gentes tenían al ver partir al huésped ilustre y querido, y el poeta sentimental, no pudo tampoco contener las que a sus ojos acudieron cuando presenció aquellas manifestaciones de cariño.

Ridícula sería mi pretensión de dar a conocer la personalidad literaria y científica del Sr. Urbina. Para México, para Cuba y para España, escribo, y en España en Cuba y en México es por todos conocido y admirado el gran poeta y sabio catedrático. No necesita ni mi presentación ni mis elogios. Con el señor Urbina hice el viaje desde la Habana a Veracruz, atreviéndome durante la travesía a solicitar de él una *interview* que bondosamente me concedió.

Mas de una hora estuve escuchando al Maestro de la Literatura y de las Artes, al político honrado, al sabio catedrático de la célebre Universidad de México. Nunca, en mi ya larga vida del periodismo, he sentido como hoy carecer de las dotes de inteligencia necesarias para recoger las ideas luminosas que oí al literato insigne.

Mucho han de perder al ser trasladadas al papel por mi tosca pluma; pero a contribución he de poner mis cortas facultades para recogerlas del mejor modo posible.

Contestando a mis preguntas, dice el señor Urbina.

—No puede Ud. ocultar su satisfacción, amigo Urbina. ¿Va Ud. muy contento a su país, verdad?

—Sí señor, no puedo ocultarlo: tengo hoy la satisfacción más grande que pudiera experimentar en mi vida: vuelvo a México, mi Patria querida, y con esto está dicho todo. Ni los halagos, ni las satisfacciones que recibí en otras partes, llenaban mi corazon; siempre quedaba en él un vacío grande, inmenso; vacío que voy a llenar ahora cuando pise esta tierra bendita.

—Me han dicho en Cuba que va Ud. a México llamado por el Gobierno para ocupar un puesto político: ¿Es el de Director de Instrucción Pública?

—No señor, no vengo a ocupar puesto alguno político. Creo que esos puestos deben ocuparlos aquellos hombres que hicieron la Revolución, que lucharon por conseguir su triunfo, mucho mas cuando entre ellos los hay de grandes méritos.

Yo sí, vengo a mi Patria para ver si puedo ser útil en algo; para ayudar con toda mi alma a la obra que viene realizando el Jefe de la Nación, Don Venustiano Carranza, a quien ni siquiera de vista conozco. A esto si y para ello no repararé en medios y cualquiera puesto que me señalen le consideraré honroso. Una de las cosas que considero más necesarias es educar al pueblo y a esto si que quiero contribuir con todas mis fuerzas, de tal modo, que si me nombrasen Maestro de una hacienda, allí iría a trabajar y a difundir la enseñanza.

—¿Quiere Ud. decirme la opinión que le merece el Presidente de la República Mexicana Don Venustiano Carranza?

—Admirable. Crea Ud. que la obra que viene realizando el señor Carranza es verdaderamente asombrosa. Atravesando un periodo, el más difícil que registra la Historia, él, con una inteligencia, con un tacto y con una prudencia nada comunes, va sorteando cuantas dificultades, todas ellas gravísimas, se van sucediendo y va llevando la Nación a la tranquilidad, prosperidad y engrandecimiento.

—Ya sabrá usted que en la Isla de Cuba aseguran algunos mexicanos que la situación del Señor Carranza es insostenible ¿Cree usted que están en lo cierto?

—No lo crea usted: no es posible. La situación de Carranza es cada día más firme y más sólida y poco a poco se iran convenciendo todos mis paisanos, de que no hay más remedio que ponerse a su lado para ayudarle a realizar la obra por él emprendida.

—¿Es cierto que México atraviesa una situación económica muy difícil?

—La situación económica, a mi modo de entender, es grave; pero no desesperada ni mucho menos. Creo firmemente que ha de resolverse pronto y bien, pues el suelo de mi Patria es tan rico, tan admirable, que cuanto más nos hemos empeñado sus hijos en empequeñecerle, más próspero se empeña él en aparecer. Las minas, los pozos petrolíferos, la agricultura, todo está en su apogeo y creciendo cada día más.

—¿Qué impresión trae usted de España?

—De España vengo encantado. ¡Que hermoso país! No es posible poder decir a usted cuánto es mi agradecimiento por las atenciones que allí me ha guardado todo el mundo: no podré olvidar en mi vida mi estancia en España........Urbina cubre su rostro con las manos y calla. Yo respeto aquel silencio y las lágrimas acuden a mis ojos, cuando al retirar las manos el poeta, veo los suyos humedecidos.

—¿La situación de España, en la actualidad, es tan difícil como se empeñan en hacer ver en el extranjero? ¿Cree usted que dada la fuerza vital de aquel pais pueda vencer con facilidad los problemas que tiene pendientes?

—España está salvada. Es cierto que acaba de pasar por uno de los conflictos político-sociales más grandes que puede sufrir nación alguna; pero le ha vencido con facilidad. Y es que España tiene una fuerza vital como no habrá otro país: el pueblo español es un pueblo sano, vigoroso, lleno de energías, y con un pueblo así no hay

conflicto difícil. Yo era de los equivocados: yo creía que aquel pueblo estaba débil, corrompido y degenerado; pero me he convencido de todo lo contrario: es pueblo virgen, noble y generoso como pocos.

—Y de los literatos españoles ¿qué me dice usted señor Urbina?

—He notado en estos últimos tiempos una desorientación grande en las letras. Se escribe mucho, pero faltan genios. Desaparecieron Menéndez Pelayo, Costa, Valera, Echegaray y no se han vuelto a dar espíritus de aquella fuerza. En cambio hay ahora eruditos muy notables como Rodríguez Marín, Menéndez Pidal y otros.

—Y de los poetas españoles ¿cuál es su opinión?

—Los poetas actuales son EXQUISITOS, atildados, muy correctos; pero fríos y muy escasos de inspiración. Los actuales poetas dominan la técnica; pero les falta la emoción; parece que no tienen nada que decir y la sinceridad y la fuerza del pensamiento han desaparecido.

—Me dice usted que ha de volver a España, ¿será pronto?

—No lo sé: es tal la emoción que tengo al volver a mi Patria querida que no sé el tiempo que voy a estar: no lo puedo decir, ni siquiera pensarlo. Tengo que volver a España donde he dejado compromisos adquiridos, ¿pero cuándo será? Repito que no lo sé: no hablemos de esto: déjeme pensar en mi Patria, en mi México cuyo suelo bendito voy a besar.... Déjeme pensar en los míos a quienes voy a estrechar en mis brazos... No hablemos de esto: no quiero pensar en volver a abandonar lo que tanto quiero.—Conozco que estoy abusando de la exquisita amabilidad del Sr. Urbina y me levanto: cariñosamente me tiende la mano el glorioso poeta: yo la estrecho con gran respeto, con emoción, y así me despido del hombre bueno, del literato insigne, del sabio catedrático de la célebre Universidad de México.

LOS OBREROS ESPAÑOLES NO TIENEN NOTICIA DE LAS ORGANIZACIONES OBRERAS EN AMERICA

LOS OBREROS ESPAÑOLES NO TIENEN NOTICIA DE LAS ORGANIZACIONES OBRERAS EN AMERICA

En el mes de octubre de mil novecientos diez y seis, estudiaba yo en la Región Valenciana, una de las más hermosas de aquella España querida, los conflictos obreros allí producidos y que habían tomado caracteres muy graves.

También se encontraba en aquellos frondosos campos llenos de luz y de vida, atendiendo al restablecimiento de su salud, muy quebrantada en aquel entonces, el venerable anciano *leader* del Partido socialista español, Pablo Iglesias.

Muy antigua es la amistad que me une con el luchador incansable y bravo defensor de los derechos del proletariado. Más de una vez acudí a él para pedirle su opinión en cuestiones obreras, encontrando siempre en Pablo Iglesias el pensador profundo, el obrero leal y honrado, el inteligente modesto. Quería antes de hacer el viaje a América, que en el mes de diciembre de aquel mismo año había yo de emprender, no sólo despedirme del amigo cariñoso y del consejero leal, sino también conocer su opinión sobre el movimiento social en esta parte del mundo. Mucho hablamos en aquella entrevista de México y muy poco conocía el Jefe del Partido socialista español, del movimiento obrero en este riquísimo rincón de América.

En España, como en la mayor parte de Europa, la situación de los obreros mexicanos es desconocida; se sabe que tomaron gran parte en la Revolución, que ésta fué obra suya, que el pueblo, con un esfuerzo soberano, fué quien consiguió su triunfo; pero nada más.

¿Qué buscaba con esto la gran masa obrera mexicana? ¿El triunfo de una idea política, o el triunfo de una idea social? ¿Buscaba con el sacrificio de sus vidas y el derramamiento de su sangre generosa, libertarse del yugo tiránico que la tenía oprimida, o buscaba sólo su mejoramiento económico? ¿Luchó tan bravamente por salir de la ignorancia, a que le venían condenando los Gobiernos del antiguo régimen, o para buscar en aquel por quien combatían, nuevos horizontes que habían de alimentar sus inteligencias? Implantada y afianzada la Revolución, ¿qué ha conseguido el pueblo trabajador mexicano?

Las ideas socialistas no tienen fronteras: la gran familia trabajadora es una y su aspiración constante es estrechar cada día más los lazos que la unen. El obrero español trabajador, honrado y noble, dirige siempre su vista hacia América y muy especialmente hacia Cuba y México. Cientos de miles de sus compañeros, de sus hermanos, vinieron aquí y aquí lucharon para ganar, con el sudor glorioso de sus frentes, el pan que había de alimentar a sus familias, y algunos de ellos consiguieron ahorros que dulcificaron los últimos años de su vida. La gran familia trabajadora española, tiene, pues, con sus hermanos los obreros mexicanos, además de los lazos sociales, cariños y afectos personales, y por esto les interesa su situación y les preocupa su suerte.

Faltaría yo a mis deberes de periodista sino tratara de averiguar cuales eran, y por todos los medios he de procurar conocerlas.

Un compañero muy querido, conocedor de mis deseos, me presentó a Carlos L. Gracidas, uno de los *leaders* de los obreros mexicanos, obrero linotipista, y con él quise tratar de estas cuestiones. Inmediatamente es

puso a mi disposición, y como los honrados hijos del trabajo no tienen despachos donde poder recibir, en el rincón de un café, apoyados los dos sobre modestísima mesa, empezamos a hablar.

Maravillado quedé al hacerlo; de justicia es confesarlo. En mi larga vida periodística he tratado hombres políticos, estadístas y sociólogos: con muchos de ellos he celebrado entrevistas; pero en pocos encontré un conocimiento tan completo de los problemas sociales de su país, como en este obrero mexicano.

Modesto, modestísimo, sin pretensiones de ningún género, sin preparación alguna me fue exponiendo con gran claridad cuál había sido la labor de sus compañeros los trabajadores mexicanos y cuál era en la actualidad su situación. Más de dos horas estuve pendiente de la palabra del obrero Gracidas: con gran lentitud, meditando mucho cuanto decía, iba exponiendo sus opiniones. Inteligencia clarísima, espíritu amplio, amor grande hacia la clase trabajadora universal, todo esto observé en este obrero incansable. Miró su reloj y viendo que llegaba la hora del cumplimiento del deber, me dice que se retira. Me tiende la mano, en la que se ven las huellas del trabajo, mano que yo estrecho con respeto, porque la mano del obrero honrado nunca mancha y siempre dignifica.

Mañana, me dijo, hablaremos, pues hoy me es de todo punto imposible; el deber me llama.

CARLOS L .GRACIDAS

oooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooo

CARLOS L. GRACIDAS

Carlos L. Gracidas, el cultísimo obrero que tuvo la bondad de concederme la entrevista, en mi anterior capítulo anunciada, fué Diputado al Congreso Constituyente que se reunió en la histórica ciudad de Querétaro. En él ostentó, en unión de otros compañeros, la representación de las clases trabajadoras y defendió con gran lógica y poderosas razones las aspiraciones de los obreros.

Tiene, pues, el señor Gracidas una posición bien definida entre los trabajadores mexicanos y una representación bien señalada entre ellos.

A pesar de esto, el inteligente obrero señor Gracidas, con gran modestia, me hizo saber, antes de hacerme declaración alguna, que hablaba en nombre propio y no como representante de agrupaciones obreras, ni siquiera de grupos. "No la tengo—me decía—y no quiero ni debo ostentarla."

Hecha esta declaración, empiezo a hacerle preguntas al señor Gracidas, y él las contesta con gran sinceridad.

—¿Los obreros mexicanos, antes de la Revolución, estaban organizados? ¿Por qué tomaron parte tan activa en el movimiento revolucionario?

—La organización de los obreros mexicanos en el antiguo régimen de gobierno del país, no existía más que en embrión, digámoslo así; había algunos que nos ocupábamos de ella, constituyendo pequeños grupos, reuniendo datos, haciendo proyectos; pero eran grupos

aislados y sin comunicación alguna entre sí. Aquellos Gobiernos tenían tiranizado de tal modo al pueblo, a la clase trabajadora, que no sólo les tenía imposibilitados para obrar, sino que el pensar era ya un delito, y así tuvieron a las clases humildes, a los honrados hijos del trabajo, convertidos en bestias de carga. Aquí los trabajadores no eran esclavos, eran algo peor: no eran personas, eran "cosas" de las que se disponía al antojo de su dueño, de su poseedor, que no era otro sino el patrono. Si señor, no es posible describir lo que sufrieron las clases humildes, los pobres obreros: para ellos no había Ley ni justicia, ¿qué digo justicia? para ellos no había PIEDAD. Así iban un día y otro sufriendo aquella tiranía, resignados; pero jamás conformes ni rendidos: siempre llevaban dentro de sí, en lo más hondo de su corazón, la protesta "[illegible]" que no podían exteriorizar, de su dignidad pisot[illegible] [illegible]s derechos olvidados; jamás por nadie re[illegible] [illegible]quellos Gobiernos, déspotas y tiranos, nunca nos hablaban de derechos, siempre de deberes.

Cuando llegó a sus oídos el grito de libertad, cuando vieron que había llegado el momento de poder exteriorizar aquella protesta que años y más años habían ido almacenando, digámoslo así, en sus corazones, entonces se levantaron, como un solo hombre, para luchar, para pelear contra aquél que había sido su tirano, contra el que había dado todo género de protección y facilidades a los patronos para que explotasen a la clase obrera y se enriqueciesen, montando industrias, acaparando grandes extensiones de terreno, donde los obreros habían de trabajar regándolos con el sudor de sus frentes.

—¿Fueron los obreros a la lucha muy unidos? ¿Conocían perfectamente el peligro que en ella corrían?

—Como un solo hombre, sí señor, le repito, se levantaron las masas obreras para ayudar a la Revolución y en esta labor lucharon bravamente. Era tal su indignación que ni armas para pelear pedían: sin ellas, con los instrumentos del trabajo, con palos, como fuera, el caso

era pelear contra los tiranos. Y no era por que fueran inconscientes, no señor, ni mucho menos; conocían el peligro, sabían que en la pelea podían perder la vida, como muchos la perdieron; pero sabían también que era preferible morir a llevar la vida que llevaban, y ya que no habían podido redimirse con el sudor de sus frentes, querían ver si lo conseguían con el ofrecimiento de su sangre generosa.

—¿En esta lucha los obreros mexicanos fueron vengativos con aquellos que tanto los habían tiranizado?

—No señor: la clase obrera mexicana, los trabajadores todos, si no hubieran tenido antes bien demostrada su nobleza y su honradez, en esta lucha quedó comprobada cumplidamente. En ella fueron altamente generosos, perdonando a los mismos que con ellos habían sido inhumanos e injustos; ni siquiera piadosos y compasivos.

—¿Los obreros mexicanos fueron a la lucha por ideas políticas, o por mejorar su situación económica?

—Los obreros no entendían de política: ayudaron a la Revolución porque sabían que ésta iba contra los que eran sus explotadores: no llevaban otro programa. Cuando se lanzaban a la lucha, sólo encontraban peleando al lado de ellos, otros vecinos, otros amigos, otros hermanos que, en una u otra forma, habían sido como ellos esclavizados. No se oía hablar en los campos de batalla, llamémoslos así, más que de explotación, de esclavitud y de tiranías; este y no otro era el clarín guerrero que se oía sonar.

—Si los obreros no fueron a la lucha por ideales políticos, ni por mejorar su situación económica, ¿cuáles fueron los móviles que los impulsaron a luchar por la Revolución?

—No luchaban los obreros, en aquellos momentos, ni por ideas políticas, ni por mejorar su situación económica: peleaban única y exclusivamente por una cuestión moral, para redimirse, para recobrar su dignidad, de la que se les había despojado. No fueron miras egoístas

las que los llevaron a la lucha, fueron ideas levantadas, nobles, generosas, y por ellas pelearon y derramaron su sangre.

La ignorancia a que tenían condenados a los obreros, aquellos Gobiernos, no había matado por completo en ellos la idea de perfeccionarse, no había anulado las ansias de saber y de ilustrarse. Esta fué su aspiración constante y para realizarla todo sacrificio les parecía poco. ¿Cómo y cuándo habían de conseguirlo? Esto era lo que no conocían; pero lo ansiaban; con esta esperanza vivían, y nobles como eran, siempre creyeron que aquellos a quienes ayudaban, por los que daban su vida, una vez que consiguieran el fin por todos perseguido, que no era otro sino acabar con los tiranos, jamás les harían traición, jamás olvidarían aquel esfuerzo, dejándolos en la misma situación que antes tuvieran.

—¿Los Gobiernos de la Revolución han correspondido a los sacrificios hechos por los obreros? ¿Se cuidan de educar e ilustrar al pueblo, principal aspiración de la clase proletaria mexicana?

—No podemos los obreros mexicanos quejarnos, no señor. Los Gobiernos de la Revolución nos han ayudado y nos ayudan mucho: estudian nuestras necesidades y no rechazan nuestras peticiones, cuando son justas. Sobre todo, se han cuidado mucho de difundir la enseñanza: han hecho y siguen haciendo labor educativa y tratan de sacar a las clases humildes, a las clases trabajadoras, del lamentable estado de ignorancia a que las tenían sometidas los Gobiernos del antiguo régimen.

—¿Qué perseguían los Gobiernos del antiguo régimen al tener al pueblo en la ignorancia?

—Perseguían, señor, tener al pueblo, a los obreros, en la ignorancia, para mejor saciar sus apetitos: creían que el estado este a que lo tenían sometido, favorecía mucho sus miras ruines y miserables; pero a los pueblos no se les puede poner diques: la humanidad camina hacia la libertad y la perfección y podrán retrasarla, como aquí lo hicieron, pero nada más.

—¿Cree usted que el Gobierno del señor Carranza cumplirá el programa a los obreros prometido, o hará causa común con los patronos?

—Esto último no lo esperamos; pero no dejamos de estar alerta para evitarlo, si así se intentase. Es cierto que las clases adineradas y patronales, cuando han visto consolidada la Revolución, están acercándose al Gobierno que la representa: cierto es también que éste las recibe con los brazos abiertos; pero esto comprendemos es necesario. Los Gobiernos necesitan el apoyo de todas las clases sociales, para que estas les ayuden; pero viviendo siempre dentro del régimen establecido y no de otro modo.

No esperamos, repito, que el Gobierno de la Revolución retroceda, antes al contrario, esperamos que las concesiones hechas a los trabajadores, se consoliden por medio de Leyes, y estudien la manera de dar medios a la clase obrera, para que se desenvuelva y perfeccione cada día más.

—¿Los obreros mexicanos están completamcnte unidos, no solo en ideas, sino en los procedimientos que deben emplear para que éstas triunfen?

—No señor, no hay una unión completa entre los obreros mexicanos y es muy necesario que la haya, si hemos de conseguir las mejoras a que tenemos derecho. Estamos todos unidos en la idea; todos buscamos el mismo fin; pero por distintos procedimientos. Hace falta que estos procedimientos se unifiquen y marchemos unidos en todo, cosa que seguramente hemos de conseguir, el día que estrechemos más nuestras relaciones.

—Me parece haber entendido a ustedes que el Gobierno del señor Carranza había clausurado la Casa del Obrero Mundial principal Centro obrero organizado. ¿Es esto cierto? ¿La Casa del Obrero Mundial perseguía fines políticos?

—Exacto, si señor. Es cierto que el Gobierno de la Revolución nos clausuró la Casa del Obrero Mundial; pero esto fué por una mala interpretación; no lo queremos

atribuír a otra causa. Sostenía la clase trabajadora una huelga general que no tenía otro objeto, ni buscaba otros fines, que mejorar su situación económica. Era, pues, una huelga societaria, no política ni mucho menos antipatriótica, como se empeñaron en hacer ver y como le hicieron creer al Gobierno, los enemigos de la clase trabajadora. Podría haber mezclados entre los obreros elementos extraños, con fines determinados, esto no se puede evitar; pero de esto a suponer que la huelga perseguía los fines que se le atribuyeron, hay un abismo. La Casa del Obıero Mundial no era tendenciosa ni persiguía fines políticos. La prueba está en que por su tribuna han desfilado intelectuales de todas las ideas y de todos los partidos, y desde ella han expuesto sus opiniones con entera libertad.

—¿La clase obrera mexicana, socialista como es, tiene relaciones con sus compañeros, los socialistas del mundo entero? ¿Con los obreros españoles tienen ustedes correspondencia?

—No señor, los obreros mexicanos no estamos en correspondencia con los demás compañeros del mundo. El obrero mexicano quiere estrechar los lazos de unión con toda la gran familia trabajadora; pero hasta ahora se ha hecho muy poco para conseguirlo. Es cierto que somos nuevos en la vida social, somos muy poco conocidos y nuestras relaciones con los obreros del mundo son platónicas y nada más.

Por esto, sin duda, los trabajadores mexicanos son recibidos con una desconfianza, rayana en desprecio, en los Centros Obreros de Europa, cosa que nos duele mucho, pues el obrero mexicano es leal, honrado y trabajador como el que más, y quiere, ansía mejor dicho, estar en relación, ser hermano de los obreros del mundo entero. Sí—dígalo usted en España, se lo ruego—: haga saber allí cómo piensa y a lo que aspiramos los obreros mexicanos; dígales que aquí los queremos como lo que somos, como hermanos, y si alguna vez ha habido

entre unos y otros alguna diferencia, esto hay que culparlo a la ignorancia y no a otra cosa.

—Si los obreros españoles se decidieran algún día a venir en busca de trabajo a esta República ¿cómo serían recibidos por sus compañeros los trabajadores mexicanos?

—Los recibiremos y los recibimos con amor grande. Si no hacemos demostraciones externas, es por que nuestro carácter es ese; pero con el obrero español, como con todos, queremos convivir como miembros que somos de una misma familia y queremos ayudarles si es posible. Dígaselo usted así en nuestro nombre: que acudan a nosotros con confianza y nosotros les demostraremos con obras, que son las mejores demostraciones, cuál es nuestro afecto hacia ellos. Crea usted que si hay recelos entre los obreros españoles y nosotros, es por las doctrinas que les predican los patronos, quienes quieren a todo trance vernos desunidos para ellos aprovecharse.

—Ustedes, los obreros mexicanos: ¿tienen fundadas Cooperativas, Caja de ahorros, de resistencia, etc., etc., Instituciones estas de las que tanto se preocupan los obreros en Europa?

—Ya le he dicho a usted antes que casi nacemos ahora a la vida. No señor, no tenemos Cooperativas, ni Cajas de ahorro, ni Cajas de resistencia; pero no hay más remedio que fundarlas; son absolutamente necesarias, y de esto y de la fundación de Centros culturales, hay que preocuparse y lo haremos; yo se lo aseguro.

—Dígame ¿usted es partidario de las huelgas?

—Difícil es contestar a la pregunta. Yo no soy partidario de las huelgas; creo que a ellas se debe ir como último recurso y después de haber agotado todos los otros medios; pero no las condeno ni mucho menos. Cuando el obrero vea que las razones y las advertencias no convencen a los patronos, debe ir a la huelga y sostenerla con tesón; más antes de declararla, debe estudiarse mucho y saber con qué medios de resistencia se cuenta.

—¿Cuál es la opinión de ustedes sobre las guerras? En la guerra europea, ¿qué actitud mantienen los obreros mexicanos? ¿Desean que su país tome parte en la contienda, en favor de alguna de las naciones beligerantes, o desean sea neutral?

—Somos los obreros mexicanos enemigos declarados de la guerra. Por esto hemos protestado, con todas nuestras fuerzas, de esa mundial que entristece al mundo entero; por eso queremos que México sea neutral y apelaremos a TODOS LOS MEDIOS, entiéndalo usted bien, A TODOS LOS MEDIOS, para conseguirlo. Ninguno perdonaremos para este fin y todos nos parecerán buenos y utilizables. Ahora bien, si algún extranjero pretendiera pisar territorio mexicano con malos fines, entonces sí, entonces la gran masa trabajadora, como un solo hombre, tomaría las armas en la mano para rechazar el atropello que con México quisiera cometerse.

Aquí llegábamos cuando el señor Gracidas consulta su reloj y ve que es la hora de acudir al trabajo; ni un minuto quiere restar al cumplimiento del deber. Estrecho su mano con respeto, con veneración; le doy las gracias por su amabilidad y le ofrezco mi amistad sincera y leal.

***

Publicadas en algunos periódicos de la República Mexicana las importantísimas declaraciones del señor Gracidas, muchos obreros veracruzanos me escriben cartas felicitándome por mi labor.

Los elogios que en ellas me dedican, íntegros corresponden a su compañero Carlos L. Gracidas y al él se los envío. Lo que sí guardo, son las indicaciones que en ellas me hacen y tengan al seguridad de que llevaré a sus hermanos, los obreros españoles, el saludo que los mexicanos les envían.

CESAREO CASTRO



Cesareo Castro.

CESAREO CASTRO

Los partidarios de Félix Díaz en la capital de la Isla de Cuba, afirmaban de tal manera y con tal seriedad los triunfos de éste en el Estado de Veracruz, y los grandes elementos de combate que tenía para derrotar a las fuerzas leales al Gobierno de la República Mexicana, que yo, realmente, casi salí de la Habana convencido de que, al llegar a Veracruz, iba a poder celebrar una *interview* con el famoso cabecilla rebelde en el Palacio Municipal.

Cuando he llegado a este Puerto, no sólo he visto que Félix Díaz no ocupaba dicho Palacio Municipal, sino que me he convencido de que, aun empleando los medios de locomoción modernos, hasta el aeroplano inclusive, no podría encontrarle, ni siquiera poder contemplar, aunque fuese a muy larga distancia, su vistoso y ridículo uniforme de *generalísimo* de las fuerzas rebeldes.

Su *valor y bravura* serán tan grandes como dicen sus partidarios, pero debe ser tal el horror que tiene a sus semejantes, que hasta de la sombra humana huye. Jamás perdonaré a los partidarios de Félix Díaz en la Habana, "conspiradores de opereta bufa", como les llama mi buen amigo, el distinguido diplomático D. Alberto C. Franco, este engaño periodístico.

En cambio creo que me será fácil hablar con aquellos que están encargados de combatir, no a Félix Díaz, pues este no quiere exponerse a los peligros que lleva consigo la lucha, sino a los pocos partidarios que le quedan en todo el Estado de Veracruz.

Quise empezar mis *interviews* celebrando una con el Jefe de las fuerzas militares de Veracruz, General Heriberto Jara; pero el Jefe de su Estado Mayor me dijo que el Señor Jara estaba en el campo dirigiendo la campaña contra los rebeldes y que tardaría bastantes días en regresar.

Esto me produce gran contrariedad, pues el tiempo de que dispongo, para mi estancia en Veracruz, es poco y no quiero prescindir de escuchar la opinión del General Jara, no sólo por ser este un bravo y aguerrido militar, sino por ser el intelectual y distinguido sociólogo, iniciador y propagador del movimiento que había de traer más tarde el triunfo de la Revolución en México. Pensando en esto me fuí a almorzar al aristocrático restaurant Diligencias. Estando allí ví llegar al café del mismo nombre un automóvil oficial que conducía un militar de alta graduación, vistiendo severo uniforme negro con entorchados dorados y teresiana del mismo color, uniforme que me hicieron recordar aquellos jefes de las fuerzas francesas por mí vistos, no hace aun mucho tiempo, en los frentes luchando contra los bravos soldados alemanes.

Acompañábanle otros militares, jóvenes correctamente uniformados, que claramente denotaban formar parte del Estado Mayor del Jefe militar que acababa de llegar.

Inmediatamente suspendí el almuerzo y me puse a indagar quiénes eran. Fácil me fué conseguirlo. Era el general de división señor Cesareo Castro, Jefe de las fuerzas militares que operan en los Estados de Tlaxcala y Puebla, a quien acompañaban los oficiales de Estado Mayor, Ayudantes suyos.

Sentados en una mesa del café, tomaban pequeños *bocks* de cerveza negra. No conozco en Veracruz a nadie que al señor Castro pudiera presentarme. Los deberes de periodista me imponían la obligación de pedir una entrevista al bravo militar, Jefe de las fuerzas que en la actualidad están operando, con febril actividad, combatiendo a las que luchan al lado de Félix Díaz, Za-

pata y otros cabecillas enemigos del Gobierno de la República Mexicana.

El cumplimiento del deber me obliga a tomarme la libertad de, sin conocerle, enviar una carta al general de división señor Castro, solicitando de él una *interview*. El, que sabe cuanto y con qué fuerza obliga el deber, supo perdonarme y bondadosamente accedió a mi pretensión. "A las cinco de la tarde en la Estación Terminal, carro número 503, vía número 6, tendrá el gusto de recibirle". Esta fué la contestación que me dió, agradecída por mí con toda el alma.

Es la una de la tarde y las horas se me hacen largas esperando que llegue el momento de oír al pundonoroso militar.

En una mesa del Café, saboreando el suculento Moka, servido por Manolo, camarero asturiano servicial y diligente, esperé a que llegase la hora señalada.

Sin retrasarme un minuto llegué a la Terminal, y acercándome al coche indicado, entrego mi tarjeta a un centinela, saliendo el Secretario particular del señor Castro, quien me hizo saber que necesidades y obligaciones del servicio, habían hecho ausentarse al General; pero que no tardaría en venir. Con muy amena conversación me entretuvo el jóven Secretario del señor Castro, contándome episodios de la campaña, todos interesantes. La vida de campaña es siempre en la conversación agradable y entretenida, y mucho más cuando la cuenta un soldado de las condiciones que adornan al que hoy la relataba. Muy pronto llegó el General, quien me hizo subir inmediatamente al coche que tiene a su servicío y mandándome sentar, con gran cariño, se puso a mi disposición. Es el señor Castro un hombre que representa unos cuarenta y cinco años, fuerte y demostrando que disfruta una salud excelente. De carácter nervioso y sanguíneo, su rostro es de una bondad grande y su mirada es viva y penetrante. Ya conocía la campaña que en Cuba y en el extranjero se venía haciendo, campaña falsa y calumniosa que no tiene otro objeto que

mantener la alarma que desde hace muchos años vienen sosteniendo los enemigos de la Revolución, y que ahora, en los estertores de la muerte, la agudizan notablemente.

Después de haberle dado las gracias por su amabilidad al recibirme, empecé a preguntarle:

—¿La situación de los rebeldes, en los Estados donde usted opera militarmente, cuál es, mi General? ¿Oponen éstos resistencia seria a las fuerzas militares que usted manda?

—Los revoltosos están aniquilados. Puede usted asegurarlo, sin temor de que nadie lo desmienta. El Estado de Morelos está completamente pacificado y los zapatistas no se encuentran por ninguna parte. Quinientos hombres, sólo quinientos hombres, del general Pablo González, le han recorrido en todas direcciones y ni una vez han encontrado resistencia seria; de modo que ellos se han bastado para pacificar aquella región que, como le decía antes, está completamente tranquila. En cuanto a los Estados que están bajo mi mando militar, sólo quedan pequeñas partidas.

—¿Qué me dice usted del general Jara que según me aseguran es el Jefe de las fuerzas militares de este Estado?

—El general Heriberto Jara, que es un militar muy aguerrido y un hombre de gran inteligencia, tenía muy poca gente para perseguirlos. Hombre práctico y lleno de una gran voluntad, este bravo militar, se cuidó muy principalmente de custodiar la vía ferrea, no sólo para evitar que destrozaran el material de los ferrocarriles, que siempre, y mucho más en los actuales momentos, es muy necesario al país, sino para evitar que los rebeldes, verdaderos bandoleros, cometieran actos de salvajismo con los pasajeros que viajaban en el ferrocarril.

Desde que la Secretaría de Guerra me ordenó que viniese a estos Estados con tres mil yaquis, soldados fuertes, valientes y disciplinados, las cosas han variado por completo y ha bastado muy poco tiempo para destruír a las fuerzas rebeldes que han quedado reducidas a la ma-

yor de las impotencias. Bástele saber que tenemos muchos destacamentos que sólo cuentan con veinte hombres y en algunos menos, y ni una sola vezse atreven a atacarlos.

—Me han asegurado que al día siguiente de yo llegar a Veracruz, es decir hace cuatro o cinco días, los rebeldes, en gran número, atacaron Paso del Macho; ¿es cierto esto?

—Sí señor, es cierto; el otro día fué atacado el pueblo y la estación de Paso del Macho; allí teníamos 30 hombres y entre éstos y la pequeña escolta que llevaba el tren, bastaron para contenerlos. Yo me encontraba en Camarón, pueblo inmediato, y tan pronto como me avisaron, envié un tren con quinientos yaquis de mis fuerzas, quienes al llegar hicieron un movimiento envolvente destrozando al enemigo y haciéndole más de 80 bajas, matándole muchos caballos y cogiéndole municiones y armamento. Las fuerzas contrarias estaban mandadas por Félix Díaz, quien huyó de la manera más cobarde. Es el mismo, el fracasado de siempre.

—En la Habana oí hablar mucho de un general rebelde llamado Higinio Aguilar que andaba por estos Estados, hombre de gran bravura, de mucha pericia y muy conocedor del país; ¿tiene a sus órdenes mucha gente?

—El general Higinio Aguilar se mueve también en estos Estados si señor: es un hombre muy astuto y un viejo bravo, pero está sin gente y muy abatido, huyendo constantemente, porque no se cree seguro en ninguna parte.

—He leído en la Habana una *interview* celebrada por un periodista de aquella capital con el ex-general federal Mondragón, quien dice que Félix Díaz tiene en los Estados de Veracruz, Chiapas y Morelos veinte mil hombres; ¿qué me dice usted de esto General Castro?

—Me hacen reír esas noticias que usted me da. La prensa de la Habana podrá decir lo que quiera de la *interview* dada por Mondragón. No sé cómo se atreven a

decir cosas tan disparatadas; claro está que aquí, donde todo el mundo conoce la situación y la verdad de los hechos, se ríen de esas noticias. Carecen en absoluto de fuerzas, pues el único general que tenían de prestigio, hombre honrado a carta cabal y conocedor como pocos del terreno en que se movía, como es el general Cepeda, se me entregó hace unos ocho días con toda su gente, y éste seguramente podría decir a Mondragón con la que contaba Félix Díaz y la situación que atraviesa.

—¿Cree usted que el Gobierno del Señor Carranza está seguro y nada tiene que temer de los rebeldes que están levantados en armas?

—Nada tiene que temer, no señor, el Gobierno, ni en esos Estados ni en toda la República. La Revolución terminó, y terminó para siempre, y no habrá fuerza humana—se lo dice a usted y se lo asegura un hombre honrado y de honor—que la resucite; el Gobierno del honorable don Venustiano Carranza está asegurado, firme, y no tiene por qué sentir temor alguno.

—Y el pueblo ¿responde a la campaña que mantienen los rebeldes o es hostil a éstos?

—No señor: el pueblo está muy satisfecho del Gobierno del señor Carranza y sólo quiere y sólo pide que se le deje en paz; que le dejen trabajar para reconstruír el país y para gozar de su obra, que fué la implantación de la forma de Gobierno que hoy tiene.

—¿Está usted satisfecho del comportamiento de las fuerzas militares que manda?

—Satisfechísimo. El soldado yaqui es excelente, duro, bravo y fuerte, como no puede pedirse más. Estoy muy satisfecho de ellos; crea usted que es una raza que debe de conservarse a todo trance. Hace marchas increíbles y ataca con bravura que asusta.

Estoy verdaderamente satisfecho de todos los soldados y de los Oficiales que tengo a mis órdenes, no hablemos: me siento orgulloso de tener a mi lado auxiliares tan poderosos y excelentes.

—¿Cree usted que las fuerzas leales que operan en el Estado de Veracruz serán suficientes para aniquilar a los rebeldes que manda Félix Díaz?

—Vuelvo a repetir a usted que los rebeldes están completamente destrozados, aniquilados, muertos, en una palabra, usted se ha de convencer de ello, y ya se habrá podido dar cuenta de la tranquilidad que reina en Veracruz, donde el pueblo no piensa más que en trabajar y divertirse.

¿Y de la cuestión internacional qué opina usted mi General?

– De la cuestión internacional no hablemos. Yo me cuido sólo de lo mío y de servir lo mejor que puedo a mi patria y a mi Gobierno, en la persona de lPrimer Magistrado, del honorable don Venustiano Carranza, con el que estoy completa y absolutamente identificado. De como piensan los mexicanos en la cuestión internacional yo le aseguro que se ha de dar usted cuenta perfecta sin que nadie le digamos una palabra.

***

Pendiente estuve, muy cerca de una hora, de la palabra franca y sincera del general Castro; eran todas ellas palabras del verdadero soldado, del excelente militar y del gran patriota. No quise abusar más de su benevolencia y me dispuse a marchar. Antes de despedirme, el aguerrido militar me regaló un retrato suyo con expresiva dedicatoria.

En ella dice que lo conserve como un recuerdo del que en adelante se llamará siempre mi amigo. Gracias, General, tenga la seguridad de que jamás he de olvidar sus bondades: a la amistad le rendí siempre tributo verdadero; usted me la ofrece y yo, reconocido, la acepto para saber siempre corresponder a ella. Tampoco hè de olvidar las atenciones recibidas de los Ayudantes todos de tan bravo General.

TRES DIAS EN CAMPAÑA

TRES DIAS EN CAMPAÑA

I

En los primeros días del mes de enero se publicaban en uno de los periódicos más prestigiosos y de más circulación de la Habana, las declaraciones hechas a un ilustrado compañero, por el general Mondragón, militar que estuvo al servicio de los Gobiernos de don Porfirio Díaz y que gozó en aquellos tiempos de gran prestigio en la República Mexicana.

El general Mondragón, hoy partidario y defensor entusiasta del general Félix Díaz y de su causa, aseguró en aquellas declaraciones que el Estado de Veracruz estaba dominado completamente por las fuerzas que operaban bajo las órdenes del general Díaz: que eran éstas VEINTE MIL hombres, bien armados y disciplinados: que los Estados de Chiapas y Morelos estaban asímismo dominados por las fuerzas de dicho general, quien en los tres Estados tenía distribuidos muy cerca de CUARENTA Y TRES MIL hombres. Esto afirmó el general Mondragón y estas noticias, la llegada de un representante del general Zapata a la capital de la Isla de Cuba, y las noticias que allí se hacían circular sobre la situación por que México atravesaba, habían creado un ambiente poco favoroble para el Gobierno del señor Carranza, de quien se llegó a decir que no tendría más remedio que abandonar muy en breve el territorio mexicano.

No podía, pues, el periodista que había de servir al público, entre el que circulaban estas noticias y que a México se dirigía, dejar de averiguar, por todos los me-

dios posibles, la certeza de ellas y esto me propuse apenas llegué a Veracruz. El general Castro a quien escuché y de quien obtuve las declaraciones ya conocidas por los lectores, me había dicho que no eran exactas las noticias dadas a la prensa cubana por el general Mondragón: que el general Díaz era el fracasado de siempre: que sus fuerzas estaban aniquiladas, lo mismo que las del general Zapata: que los pocos hombres con que en la actualidad contaban, no eran soldados, sino bandoleros de la peor especie: que la Revolución había terminado para siempre y que el honorable Presidente de la República Mexicana, D. Venustiano Carranza, estaba asegurado, firme, y no tenía por qué sentir temor alguno.

Con cuantas personas hablé, justo es confesarlo, confirmaban lo dicho por el General de división Cesáreo Castro; pero aun no estaba yo satisfecho, ni seguramente lo estarían mis lectores: era necesario averiguar más, era preciso estudiar más de cerca esta cuestión; se necesitaba ver, respirar el ambiente, pisar el terreno, vivir la vida donde las fuerzas, muchas y bien organizadas según unos, pocas y aniquiladas según otros, del general Félix Díaz y de Zapata se movían, para poder decir a los periódicos a quienes sirvo, sin prevenciones y sin apasionamientos, cuál era la verdera situación de los que levantaron y defendían la bandera de rebelión, contra el poder Constitucional de México.

Esto me propuse; para conseguirlo, apenas llegué a Veracruz, solicité en el Estado Mayor del Jefe de Operaciones dos cosas: tener una *interview* con el general Heriberto Jara que está al frente de las fuerzas Constitucionalistas de este Estado, y permiso especial para incorporarme a sus fuerzas, presenciar las operaciones y hacer vida de campaña unos días.

El señor Juan Rodríguez Clara, literato y periodista, uno de los primeros que abandonaron la pluma para tomar las armas y defender con éstas las ideas revolucionarias que aquélla brillantemente había difundido, es el Jefe de Estado Mayor del general Jara y él fué quien

escuchó mis peticiones. Con gran afabilidad y cortesía me hizo saber que el General estaba ausente: obligaciones del servicio lo tenían en el campo de operaciones y hasta su regreso no podía resolverse mi solicitud. Un día y otro acudí a la casa donde se hallaba instalada la Jefatura de Estado Mayor, y siempre obtenía la misma respuesta y conmigo se tenían las mismas reservas: "El general Jara no ha llegado, no sabemos cuándo lo hará."

Después de esperar doce días, el día 22, a las diez y media de la mañana, recibo un aviso urgente por el que se me comunicaba que el general Jara había acordado acceder a la pretensión mía de incorporarme a sus fuerzas; que respecto a la *interview* resolvería, añadiéndome que dentro de pocos minutos, partiría de la estación del Ferrocarril Mexicano el tren militar en el que debía hacer el viaje.

Salgo precipitadamente: en la estación fuí presentado al general Jara por su compañero el general Estéban B. Calderón. Después del saludo, el señor Jara me hace saber, con la amabilidad y cortesía del hombre educado; pero con la dureza y energía del militar en servicio, que estoy autorizado para acompañarle y acompañar sus fuerzas; que tengo libertad absoluta para poder decir cuanto observe y vea; pero que no deben extrañarme las reservas que ha de tener y las precauciones que ha de tomar, para ocultarme las órdenes que trasmitirá a sus subordinados, las mismas que tendrá también en las conferencias y conversaciones que seguramente habrá de sostener con los demás Generales y Jefes que a sus órdenes combaten al enemigo.

Dí al general Jara, Jefe de las Operaciones militares en el Estado de Veracruz, las gracias por haber accedido a mis deseos, y dándole la palabra de honor de que no he de publicar una letra que se refiera a distribución de fuerzas, planes estratégicos, movimiento de tropas, ect., etc., subo al tren ya puesto en marcha. ¿Hacia dónde? No lo sé.

Con los lectores he adquirido el compromiso de decirles la verdad: a buscarla voy con una voluntad educada en aras del deber profesional, con una serenidad grande para ver y una imparcialidad mayor para juzgar.

El general Jara me presenta al coronel señor Mayer, Teniente Coronel Blanco y Oficial señor Tinajero, quienes, después de saludarme, se retiran a un departamento inmediato para hablar con el General en Jefe.

Me salgo a la plataforma del coche y observo cómo los soldados, a quienes conduce este tren militar, ocupan las cubiertas de los vagones observando los campos por donde el tren, a una marcha moderada, va atravesando.

En el carácter de estos defensores de la Patria se notan algunos signos de aburrimiento, de ansiedad, sin duda alguna por no encontrar al enemigo con quien han de pelear. Y es que el soldado aquí, como en todas partes, es el mismo: cuondo sale a operaciones quiere lucha, pelea, tiros: estos son sus deseos y aspiraciones. El tren se detiene en algunos destacamentos donde los soldados formados esperan la llegada del tren: los Jefes de ellos conferencian secretamente con el General; en algunos nos detenemos grandes ratos que aprovecho para recorrer las estaciones, observando las huellas que dejaron los rebeldes cuando quemaron los edificios y algunos coches, cometiendo además otros actos de salvajismo. Pasan horas y vamos dejando atrás Tejería, Purga, Soledad, Mata Loma, Camarón y Paso del Macho, estación ésta que fué atacada últimamente y donde los rebeldes tuvieron muchas bajas. En esta estación nos detuvimos gran rato y aprovechándole hablo con un vecino de aquel pueblo, quien me da detalles de lo ocurrido en el último asalto.

Con indignación me relata, aquel venerable anciano, los actos de salvajismo cometidos por los rebeldes; con ojos de espanto me dice cómo metros antes de la estación habían colocado aquellos foragidos una bomba de dinamita para volar el tren, y que providencialmente no estalló, a fin de apoderarse de los equipajes y robar a

los viajeros. Minuciosamente me detalla los actos de heroicidad llevados a cabo por la escolta del tren y las tropas allí destacadas; con alegría me cuenta la llegada de los valientes yaquis que con gran brío cayeron sobre los rebeldes, haciéndolos huír en vergonzosa desbandada, causándoles muchas bajas. No son soldados, señor, los rebeldes—me decía—son facinerosos que no llevan otra bandera que el robo, el asesinato y el pillaje, y con ellos y con los que les ayuden hay que acabar, de cualquier modo; pero con ejemplares castigos.

Los soldados, alegres y contentos, hablaban entre sí, cambian ellos también sus impresiones, mientras los Jefes están reunidos y los paisanos fraternizan con aquéllos. El toque de corneta anuncia que el tren va a continuar y todos acuden a ocupar sus puestos. Es ya de noche y en la obscuridad caminamos por entre montañas cubiertas de ramaje: de tarde en tarde se divisan en los montes luces, que Oficiales y soldados observan con gran cuidado, sin duda para leer en ellas signos de lealtad o de rebeldía, luces que me producen una impresión poco agradable y la sensación del miedo parece que quiero sentir. Así, deteniéndose el tren en unos sitios, haciendo exploraciónes en otros, presentándose al General Jefes y Oficiales que con él hablan, que deben darle noticias y recibir instrucciones, llegamos a Córdoba pasada la media noche.

Nadie ha pensado en dormir ni en comer: lo Jefes y Oficiales trabajan, los soldados vigilan y yo tomo apuntes y notas. El general Jara me invita a cenar en su coche con otros Generales que se han incorporado, entre ellos con Guadalupe Sánchez, militar aguerrido y de brillante historia, a quien ya conocía de nombre.

Durante la comida reinó entre los comensales la más franca alegría; se habló de todo, menos de la campaña militar; parecía que obedecían a la consigna de guardar silencio sobre este punto. El general Sánchez y el Teniente Coronel Blanco, referían travesuras de chicos y los dos sostenían chispeantes y muy amenos diálogos. A las altas

horas de la madrugada vuelven a sonar las cornetas y el tren se pone en marcha: todos en sus puestos y los Jefes seguían hablando con el General. Me disponía a acostarme sobre un banco del coche, cuando se siente una sacudida muy violenta: la máquina del tren patina y los movimientos bruscos indican que no puede arrastrar los coches: otra sacudida fuertísima y el que nos conduce empieza a retroceder. El general Jara me aparta violentamente de la portezuela que da a la plataforma y se agarra al freno haciendo esfuerzos: el coche empieza a moderar su retroceso y al fin logra detenerlo en aquella pendiente peligrosísima.

Seguimos el viaje, deteniéndonos en algunos sitios y descendiendo en otros, llegamos a Orizaba: los Jefes y soldados serenos y tranquilos, pero yo con el ánimo lleno de incertidumbres. Empezaba a amanecer.

El sueño me rindió y dormí profundamente. La casualidad, que muchas veces viene en auxilio de los periodistas, me puso al habla con un joven que había sido hasta pocos días antes, secretario particular de un general rebelde. ¿Qué me dijo? Esto lo diré en otro capítulo.

TRES DIAS EN CAMPAÑA

II

Cuando llegamos a la Estación de Orizaba empezaba a amanecer. El sueño me rindió y dormí profundamente.

La casualidad, como ya dije, me puso al habla con un joven que había sido hasta pocos días antes secretario particular de un general rebelde. En cartera tengo su nombre; pero he prometido ocultarle mientras no tuviese necesidad de hacerle público.

Es un joven de escasa cultura y de no mucha ilustración; pero sí despejado y de claro talento natural. Con él hablé largo rato; me explicó cuáles fueron las causas de su separación y los deseos que siente de venganza. Una puñalada traicionera había recibido de los que fueron sus amigos, quienes se la dieron por haber manifestado su desconformidad en alguno de los actos por ellos realizados y haber dicho públicamente que debían buscar el medio de licenciar la poca gente que les quedaba, pues era completamente imposible resistir ni un día más, dada la actividad de las fuerzas contrarias que no los dejaban descansar un sólo momento. Carecían por completo de armas, de municiones, de vestuario, y lo más imprescindible aún, de alimentos, teniendo que robar para conseguirlos.

Al principio las rancherías por donde pasaban les daban lo necesario para comer a cambio de salvo con-

ductos y de nombramientos, alguno de los cuales tuve en mis manos, por cierto que el general de división que le firmaba, no estaba muy fuerte en caligrafía; pero en la actualidad en todas partes se niegan a entregarles toda clase de auxilios, se les presenta todo el mundo hostil y para conseguir la cosa más insignificante tienen necesidad de emplear procedimientos verdaderamente inquisitoriales. Comprendo perfectamente la repugnancia de un alma joven a emplearlos y su protesta al conocerlos, pues todo aquel que tenga sentimientos humanitarios es imposible que los apruebe.

Dicho joven me da cuenta detallada y me demuestra con documentos, la insubordinación que reina en el campo rebelde.

Gabay en abierta rebelión con Higinio Aguilar, cruzándose entre ellos cartas insultantes y amenazadoras. Se disputan los grados y los méritos, apareciendo como tales, las voladuras de los trenes y el haber quitado la vida a más de un ciudadano pacífico, por no querer servir de espía en alguno de sus movimientos. Los pocos hombres con que cuentan—me sigue diciendo el joven—están rendidos, desnudos, en un estado verdaderamente lamentable. Por piedad debían dejarlos marchar a tierras lejanas, como desean, para dedicarse a trabajos que les permitieran comer; pero ni hablar de eso pueden, pues al indicarlo, los someten a tormentos que no podrían resistir las bestias. Crea usted que muchos de ellos si roban es por hambre, por pura necesidad; sino no lo harían. Yo he oído a muchos de ellos decir que desearían por todos los medios dar la cara, esperar, ponerse en contacto con las fuerzas Carrancistas, aunque tuvieran que aguantar los tiros, para rendirse y entregarse; pero ni este consuelo les queda. Los Jefes solo dan órdenes de huir, subirse a las alturas, correr; ellos a caballo, los infelices a pie en su mayor parte.

No es posible.—continuaba el ex-secretario—hacerles dar la cara: el mismo Félix Díaz a quien conozco y a quien he visto hace pocos días, tiene deseos de marchar, de

dejar el país, y si no lo hace, es por el miedo que tiene a la venganza de sus partidarios que se dicen engañados. Félix Díaz nos había dicho que íbamos a recibir armamento moderno y municiones; que no pasarían muchos días en recibir también grandes cantidades de dinero, pues había conseguido un empréstito de muchos millones. Esto lo decía en el mes de noviembre y como el tiempo pasaba, el armamento no venía y el dinero no llegaba, le amargaban la vida, los demás generales, haciéndole objeto de burlas. Mire usted—me contaba con cierta gracia el muchacho—hace algunos días llegaron al campamento grandes paquetes de proclamas, manifiestos y periódicos que enviaron desde el extranjero: al recibirlos uno de los generales de más alta graduación, dirigiéndose al primer jefe señor Felix Diaz le díjo:¿ éstos son los pesos, el armamento y las municiones que nos mandan? Pues lo que hace falta es eso; papeles y patrañas ya tenemos bastantes con las que usted nos cuenta.—Así, créalo usted señor, se lo juro, le hacen sufrir y no puede darse idea de lo que de él dicen cuando se reunen dos o tres generales. Yo creo, añadía, que él está preparando la marcha. El camino que llevaba hace cuatro días y la gente que iba redeándole, me hace soponer que está disponiéndose para salir fuera del territorio.

Muchos documentos, algunos curiosísimos, me dió a conocer el joven a quien he escuchado y las cartas de algunos prohombres rebeldes, son de gran amenidad. Aquí llegamos en nuestra conversación cuando siento el clarín: creo que es para la salida del tren y corro para subir al coche. Allí me encuentro al Teniente Coronel Blanco, quien al verme llegar se ríe grandemente y me dice que soy un mal soldado, pues el toque aquel no indica salida, sino "reunión."

En esto me dicen que se encuentra en la estación el general Castro a quien no había visto desde que me concedió la entrevista: fuí a su carro para ofrecerle mis respetos; pero allí me comunica uno de sus Ayudantes

que está con el señor Jara y otros Generales y es imposible hablarle.

En la estación se nota un movimiento de tropas extraordinario: son las dos de la tarde y en este momento una banda de música, situada en el centro del andén, empieza a tocar un alegre paso doble. Los soldados se animan y las mujeres, estas valientes soldaderas que les acompañan, que no los abandonan, que los siguen a todas partes, con una abnegación y un sacrificio admirables, empiezan a servirles la comida: todo es buen humor, animación y alegría. Los Jefes siguen conferenciando y constantemente se ven salir Ayudantes que se dirigen al telégrafo con pliegos. La reserva es grande, cada vez más severa; todos se manifiestan impenetrables. A las tres de la tarde vuelven a oirse toques de clarín y los soldados que han de partir se suben al tren. Pocos minutos después salimos y nos dirigimos hacía los los altos de Maltrata. El tren va arrastrado por dos máquinas potentes y nos vamos deteniendo con gran frecuencia para practicar reconocimientos, dar disposiciones y medidas militares, que sin duda han sido estudiadas anteriormente.

El camino que recorremos es bellísimo, encantador; disfrutamos de un tiempo hermoso y de una temperatura fresca; pero agradable. Llegamos al alto de Altaluz y descendiendo del tren subo a las avanzadas. Allí esperan Jefes y soldados que reservadamente comunican al General Jara cuanto ocurre. Seguimos andando haciendo exploraciones y en los Jefes y soldados se nota la misma ansiedad, el mismo disgusto, por no encontrar enemigos con quienes pelear. Tarde y muy rendidos volvemos al tren, que nos espera en el punto anteriormente dispuesto, y regresamos a Orizaba.

En la estación del ferrocarril había silencio: las tropas debían estar descansando. El General Jara y sus Ayudantes siguen trabajando: son las cinco de la mañana: imposible aguantarse más en pie; el cansancio y el sueño me rinden y admiro nuevamente a estas heróicas

mujeres que acompañan a los soldados, quienes animosas y contentas, se disponen a encender el fuego para prepararles el desayuno que ha de llevar un poco de calor a los cuerpos de estos abnegados y duros defensores de la Patria. A descansar me voy, pensando, casi con espanto, qué nos esperará en el día que amanece.

TRES DIAS EN CAMPAÑA

III

Dormido profundamente sobre un banco del carro me encuentro, cuando dan el aviso de que es hora de ponerse en pié. Son las ocho de la mañana. Inmediatamente me levanto y acudo a saludar al general Heriberto Jara, a quien pregunto si saldremos pronto. Con una sonrisa acoge mi pregunta y sin contestar la deja.

La mañana está bastante fría. Pocos minutos después el tren se pone en marcha. El general Guadalupe y el Teniente Coronel Blanco bromean entre sí y el Oficial Tinajero escribe incesantemente en la máquina que llevan en el carro. Nadie intenta averiguar qué documentos redacta. Así llegamos a la estación de Córdoba, donde se nota un movimiento extraordinario. Gran número de tropas se mueven de un punto para otro.

Allí nos encontramos con el general Amarillas que está al frente de un valiente batallón de yaquis.

Apenas llegamos, los Generales se reúnen en el carro del general Jara, con quien cambian impresiones. Empiezan a circular órdenes y todo indica que se preparan grandes movimientos. El General invita a almozar a los demás Generales y a muchos de los Oficiales que los acompañan. También a mí me hace objeto de tal distinción. El almuerzo es animadísimo y se cambian entre todos frases ingeniosas, que más de una vez hacen perder la seriedad característica del General en Jefe.

Me acosté en Orizaba pensando con espanto qué nos esperaría en el día que empezaba a amanecer y a medida que éste avanza, se confirman más mis presentimientos. Apenas concluimos de almorzar, empiezan a circularse órdenes: los clarines tocan incesantemente y los yaquis empiezan a organizarse.

Me acerco al general Amarillas y le pregunto si van a partir. Con mirada recelosa y penetrante se fija en mí, y después de haber recorrido con su vista todo mi cuerpo, me contesta, que espera órdenes.

Todos parecen contagiados de aquella fiebre de reserva que empecé a notar apenas me incorporé a las tropas

Entretanto, las fuerzas yaquis continúan organizándose y poco tiempo tardan en aparecer formadas.

El general Amarillas monta a caballo y lo mismo hacen los demás Oficiales que le acompañan. Empieza a sentirse el redoblar del tambor que parece invitar a pelea y los yaquis, con sus Jefes al frente, rompen marcha atravesando en correcta formación la calles de Córdoba. El desfile es presenciado por gran parte del vecindario y en algunos puntos los soldados son aplaudidos.

Las fuerzas del General Amarillas están formadas por soldados veteranos, altos y muy fornidos. En la cintura y cruzadas por la espalda, llevan las cananas bien provistas de municiones. El General Amarillas me invita para acompañarle: le hago saber que vengo incorporado a las fuerzas del General Heriberto Jara y que no puedo complacerle. He de confesar que aun cuando me hubiesen autorizado, no me habría incorporado a las fuerzas yaquis. Pocos momento antes me habían contado las marchas, verdaderamente increíbles, que aquellos valientes soldados hacían y el paso acelerado con que salieron de Córdoba me lo confirmaba.

El General Jara, más indulgente esta mañana, me advierte que hemos de estar en Córdoba dos horas aún y que puedo aprovecharlas para visitar la población. Así lo hago y me acerco a saludar al General Cándido Agui-

lar que hasta hace pocos días ha sido Gobernador del Estado. Me recibe con cordialidad y me dice que dentro de pocos días saldrá para México y que allí tendrá el gusto de concederme una entrevista.

Después de recorrer algunas calles muy a la ligera, regreso a la estación cuan ya el tren iba a ponerse en marcha. A él subo y empezamos a caminar con gran velocidad hacia Paso del Macho. También en esta estación había gran número de soldados y Jefes. Me presenta el General Sánchez a su compañero el General Morales, quien me estrecha la mano muy efusivamente.

Las conferencias entre Jefes y Oficiales menudean y el movimiento de tropas es incesante. Un regimiento de caballería se pone en marcha y en toda la noche descansamos.

A las altas horas de la madrugada montan a caballo el General Jara y sus Oficiales y lo mismo hago yo. Horas y horas recorriendo sierras, atravesando montes, sin encontrar un solo enemigo.

Los soldados los buscan con verdadero empeño: tienen ganas de pelea e incansables se mueven con la esperanza de hallarlos; todo en vano: aun se cree que las demás fuerzas que operan combinadas han de encontrarlos y obligarlos a presentar combate; pero todo ha sido inútil. Rendido y sin poder seguir aguantando marchas tan penosas, pido permiso al General para regresar a Veracruz, y concedido que fué, me despedí de aquellos valientes soldados, cuyos esfuerzos para encontrar al enemigo no pueden imaginarse.

VEINTE MIL hombres tienen los rebeldes, en el Estado de Veracruz, a las órdenes del general Félix Díaz: esto había leído en la Habana días antes de salir para México; VEINTE MIL hombres que no se encuentran por ninguna parte, por la sencilla razón de que no los hay. Decía muy bien el General Castro: los rebeldes han sido aniquilados y si quedan algunos aún, huyendo deben ir en fuga tan precipitada, que no es posible darles alcance. Yo puedo asegurar que no los he visto y a pesar de

haber asistido a uno de los reconocimientos más escrupulosos que seguramente pueden realizarse. Una fuerte contusión en la mano ha sido mi único contratiempo en estos días de vida militar, en los que he tenido ocasión de comprobar que lo dicho por el general Mondragón, cuando aseguraba que en el Estado de Veracruz luchaban VEINTE MIL HOMBRES al lado de Félix Díaz, no es exacto: que las fuerzas Constitucionalistas están animadas de un gran espíritu y que al lado del General Jara, en campaña, ni se come ni se duerme por falta de tiempo, y que los soldados Jefes y Oficiales, sienten por este aguerrido General un gran cariño, una verdadera devoción.

Terminó, por fortuna, mi campaña militar, y a descansar me voy.



Heriberto Jara.

HERIBERTO JARA

Después de haber pasado tres días acompañando las tropas que operan en el Estado de Veracruz, me permití recordar al Jefe de la Primera División de Oriente, General Heriberto Jara, la segunda parte de mi petición que consistía en celebrar con él una *interview.*

—No la había olvidado—me contestó inmediatamente el General Jara—; pero he de confesar a usted que soy enemigo de hacer declaraciones. Durante mi actuación en la labor revolucionaria, que ya va siendo larga, siempre he procurado que mis actos demuestren al pueblo y al Gobierno, a quien sirvo y de quien dependo, la sinceridad, el interés y el entusiasmo que pongo para serles útil y para desempeñar aquellos asuntos a mí confiados. Han pasado ya aquellos tiempos en que las palabras eran las que al pueblo se ofrecían y llegaban; por esto el pueblo, tantas veces engañado, desconfía de todo y sólo cuando ve la realidad de las cosas, es decir, las obras, entonces es cuando cree y se confía. Ahí tiene usted el por qué accedí a su primera petición, inmediatamente que me fué conocida, concediéndole el permiso de acompañar mis tropas para que pudiera convencerse de la realidad y pudiera afirmar que las fuerzas Constitucionalistas no encuentran con quién pelear y pueda usted decir en Cuba, y donde quiera, que aquellos VEINTE MIL HOMBRES que aseguraba Mondragón había en el Estado de Veracruz, combatiendo al lado de Félix Díaz y defendiendo la causa de éste, no parecen por

ninguna parte, pues supongo que usted no habrá visto ni huella de ellos. Las únicas huellas que usted habrá encontrado, serán esas estaciones quemadas y los actos de savajismo y de iniquidad cometidos por unos cuantos bandoleros y facinerosos que sólo tienen valor para asaltar a los viajeros indefensos, despojándoles de todo cuanto tienen encima, llevándoselo después, como trofeo de victoria, a los jefes que, a larga distancia, esperan el botín del asalto. Para hacer descarrilar un tren basta un hombre: esto sólo piensan, esto estudian y esta es el arma de combate que manejan los desgraciados a quienes acaudilla y manda el general Félix Díaz. No buscan fusiles y cañones para combatir, pues utilizando y empleando éstos contra el enemigo, hay en ello peligro; buscan máquinas infernales para hacer estallar las bombas de dinamita colocadas, aprovechando las sombras de la noche, en las vías ferroviarias. Una de estas máquinas puede usted ver, si gusta, en el coche donde viajo, recogida hace pocos días a un llamado general rebelde a quien hicimos prisionero.

Salteadores de caminos son las gentes que acaudilla el desgraciado de Félix Díaz, quienes no tienen otra bandera, ni otro patriotismo, que el vivir del robo y del pillaje. Ahora villanamente andan por los ranchos haciendo creer a las pobres gentes que han tomado Veracruz, que son dueños de todo el Estado, lo mismo que del de Puebla y Mórelos, y mandan a estos pobres con cartas y órdenes asegurándoles que no corren peligro alguno y que tienen dominado en absoluto el paso, entregándolos así a la muerte. Gracias que nosotros, conocedores como somos de todas estas tramas, tenemos compasión de estos infelices que pocos momentos después de separarse de aquellos desalmados, caen en nuestras manos entregándonos los documentos, que por cierto son curiosísimos. Crea usted que yo cuando tengo frente a frente a hombres que por ideas luchan, aun cuando éstas sean las más faltas de sentido, las más odiadas y despreciables, siendo ideas que perjudiquen a

mi patria, las combatiré siempre, pero tendré para los hombres que las sustentan respeto y consideración; mas para los bandidos y los asesinos que no luchan por ideas, sino por vivir del producto de sus felonías y cuando más por envidias y odios personales, para éstos nunca encontraré palabras con que censurarles, presentándolos ante el pueblo, a quien tratan de engañar, en toda su desnudez.

Yo le pido a usted, y se lo pido en nombre de la verdad, a quien todos estamos obligados a servir, que diga en Cuba, muy especialmente en Cuba, donde desde hace años y ahora con muchísima más intensidad, se calumnia y se maltrata a México, a mi patria amada, y a los hombres que gobiernan y que laboramos sólo por el bien del país, la verdad: no le pido a usted otra cosa; hágales saber la labor que realizan los partidarios de Félix Díaz y quiénes son en México los que vuelan los trenes, los que asaltan y roban cobardemente a los viajeros, y quiénes somos nosotros.

Primera vez, en los tres días que llevo en su compañía, que he visto al bravo general Heriberto Jara excitado: su rostro, apacible y bondadoso, se ha transformado, haciendo contracciones nerviosas y su vista, siempre viva e inteligente, se mueve con gran violencia. Prometo al General Jara complacerle y le aseguro que de mi pluma no saldrá una letra que no sea fiel expresión de la verdad, a fin de poder sostener siempre, con datos y con pruebas, cuanto diga en mis escritos.

Aprovechando estos momentos ruego al General que me permita coger y publicar cuanto acabo de oír y que extremando sus bondades para conmigo, me conceda ahora la *interview* de él solicitada, asegurándole que he de procurar molestarle lo menos posible.

—Jamás oculté mi modo de pensar a nadie — me contesta—; cuando de mis labios sale alguna palabra, es para que sea conocida, para sostenerla con hechos y pruebas. Puede usted desde luego recoger y publicar cuanto acabo de decir, y en cuanto a concederle la *inter-*

view, ya vé cómo ando de tiempo: los minutos me son necesarios y por otra parte, cuanto pudiera decirle lo ha presenciado usted. Pero como conozco las obligaciones de los periodistas, puesto que periodista fuí y a la honrada y sufrida clase pertenecí y pertenezco, a la disposición de usted me pongo, permitiéndome rogarle que sea breve.

A la orden de usted, mi General, hoy más que nunca, puesto que soy su soldado: las indicaciones de usted para mí son mandatos.

—¿Cuánto tiempo hace que se encargó usted de la Jefatura de las fuerzas de la Primera División de Oriente? ¿Había dificultades grandes en aquel entonces para que los trenes circulasen? ¿Han aumentado estas o han disminuído?

--Diez meses hace que por encargo de mi Gobierno tomé el mando militar de la Primera División de Oriente. Cuando le acepté y cargué sobre mis hombros la responsabilidad de él, circulaban los trenes con gran dificultad, y esto, los que circulaban: el ferrocarril Mexicano sólo hacía tres viajes por semana a la capital de México; el de el Istmo estaba completamente paralizado; el Interoceánico dos veces por semana hacía viajes, y así los demás. Ahora los trenes circulan todos los días, como usted habrá observado; las gentes van y vienen, como en los tiempos normales, y va regularizándose, cada día más, el movimiento y la circulación.

Es cierto, no hay por qué negarlo; todavía los bandidos, que siempre están en acecho, cometen alguna fechoría; pero esto se acaba, yo se lo garantizo. Lo difícil de evitar es que coloquen una bomba, estropeen la vía y el tren tenga que detenerse; para esto basta un hombre, es decir, una fiera; pero como ellos no buscan sino asustar a los viajeros y robarlos, para esto ya necesitan reunirse, formar un grupo más o menos numeroso y a esto no se atreven; los grupos no parecen por ninguna parte, usted es testigo de ello.

—¿Cuál es la situación de las fuerzas rebeldes en la

actualidad? ¿Está usted satisfecho de las fuerzas leales que tiene a su mando?

—De eso no hablemos: los rebeldes están destrozados, aniquilados. Hasta hora he dispuesto de muy pocas fuerzas y con ellas no los deje descansar; ahora que me han traído algunas más, he de procurar por todos los medios cercarlos, obligarles a pelear y hacerles sentir el peso del castigo. Los rebeldes ahora se agitan y mueven desesperadamente: en los estertores de su agonía destrozan cuanto encuentran por delante; pero las fuerzas que mando son incansables, quieren batir a todo trance a los cobardes que huyen vergonzosamente gritando como mujerzuelas, y lo conseguirán. Yo vivo muy contento entre mis soldados: ellos hacen que no me canse jamás persiguiendo al enemigo sin tregua; con ellos voy alegre, animoso, porque veo su valor, su lealtad, su abnegación y su patriotismo. De los Jefes y Oficiales no hablemos: más que subordinados, son mis amigos, acreedores de la estimación y el cariño que les profeso, por su inteligencia, su lealtad y su bravura. Pero no hablemos más de esto, ¿para qué? La rebelión ha muerto para siempre, como decía muy bien el General Castro, mi compañero muy querido, y con él aseguro que no habrá fuerza humana que la resucite.

—Usted General Jara que fué siempre un revolucionario de ideas: un propagandista grande de la revolución entre la clase obrera y uno de los que con más empeño luchó en favor de estas ¿cree usted que el Gobierno de la Revolución ha cumplido el programa prometido a la clase proletaria?

—Ahí si señor, en ese terreno hay mucho que laborar. De esa cuestión hay que preocuparse y hay que prestarla todo la atención y todo el estudio.

El pueblo, la gran masa trabajadora, fué la que hizo la Revolución: los honrados obreros fueron los que lucharon bravamente para destrozar el poder tiránico y ellos son los que han ayudado siempre a la obra revolucionaria. Los trabajabores del campo, nuestros vaieln-

tes rancheros, fueron los que se levantaron, como un solo hombre y al lado de los hombres de la Revolución lucharon y con ellos han estado fieles, leales, hasta que han consolidado su obra. De éstos, de los sufridos rancheros, sin olvidar, ni mucho menos, a los demás, hay que preocuparse para mejorar su situación, y ocupándose de ellos está el Gobierno, y ocupándonos estamos todos, en esta labor tan difícil como complicada. Hay que fomentar la agricultura y darla un gran impulso: ella es la principal riqueza de los países y muy especialmente del nuestro. Yo procuro fomentar, y en ello pongo un empeño grande, las Colonias Militares Agrícolas, alguna de las cuales usted ha visitado. En ellas el soldado, sin olvidarse para nada de sus deberes militares, antes al contrario prestándoles gran atención, cultiva las tierras para hacerlas fértiles y productivas; usted habrá observado cómo lo hacen: junto al arado y a las herramientas de labor tienen el fusil, para defender a la patria, cuidando así de su obra, que fué la Revolución. Esto es un gran bien, pues con ello se consigue, no sólo fomentar la agricultura, sino que cuando ya estas Colonias Agrícolas estén en pleno período de producción, de ellas vivirán los soldados y descargarán al Erario público de los enormes gastos que hoy se ve obligado a tener para sostener al Ejército.

—¿Y la devolución de tierras a los pueblos, una de las cosas que la Revolución prometió, la está llevando a cabo su Gobierno?

El Gobierno del señor Carranza tramita con gran rapidez los expedientes y solicitudes para la devolución de los Ejidos a los pueblos y la distribución de los latifundios. Pero la cuestión social lleva consigo en México otra no menos grave y difícil de solucionarse una sin otra: esta es la cuestión económica. Nuestro país, como todos los demás, pasa por un período difícil, dificilísimo, económicamente hablando: la guerra europea ha hecho sentir en México, quizá con más intensidad que en otros pueblos, sus consecuencias. Hay una pa-

ralización completa: no hay intercambio de productos, no hay comercio; las industrias no pueden desenvolverse con la libertad que ellas reclaman; usted sabe que estos dos elementos son los principales auxiliares de la agricultura y principales fuentes de ingreso para el Erario público: paralizado esto, la situación económica del país se hace cada día más comprometida y crea usted, que si los hombres de Gobierno en México no hubiesen demostrado antes su suficiencia, la prueba por que están pasando sería bastante para que fueran admirados.

—En Veracruz, en Orizaba y en Córdoba he hablado con muchos obreros y con los *leaders* de éstos: todos ellos me han dicho que el General Jara había sido en otros tiempos su maestro, su guía y su consejero; pero que desde hace bastantes meses usted había desertado del campo de las ideas para luchar en el de las armas ¿es esto cierto, mi General?

—Ya sabía que decían esto los obreros y crea usted que me duele en el alma, pues no tienen razón alguna para ello. Siempre me cuidé y me cuido, con muy especial empeño, de todos cuantos asuntos a ellos puedan interesarles.

Los obreros fueron siempre mis amigos, mis leales compañeros y yo jamás he de abandonarles, pues esto sería faltar a los deberes que con ellos tengo. Es cierto que ahora me ocupo exclusivamente de la parte militar; pero es porque ahí es donde se necesitan, con más urgencia, mis servicios y donde es preciso luchar en este momento para consolidar la obra de la Revolución, por la que tanto y tan valientemente lucharon los obreros. No, no he desertado del campo de las ideas en el que siempre milité: los obreros saben, como lo sabe todo el mundo, que si tomé las armas en la mano, si he sufrido y estoy sufriendo las penalidades y los peligros de la vida en campaña militar, ha sido solamente para conseguir el triunfo de las ideas que con la palabra y la pluma había defendido y propagado, ideas qae al triunfar habían de

librar a la clase proletaria de la esclavitud a la que había estado sometida durante muchos años. Por esto luché y por esto estoy luchando con las armas en la mano; pero sin olvidar ni abandonar las ideas que siempre tuve, ni mucho menos a los obreros que tanto y tan bien me ayudaron a defenderlas.

—¿Quiere usted, mi General, decirme algo de su vida militar?

—¿Para qué? Mi vida militar es muy conocida: he procurado durante ella cumplir con mi deber y nunca he perseguido otros fines que ver si podía conseguir la tranquilidad y el bienestar de mi Patria. Pero no hablemos de esto, yo se lo ruego: me molesta mucho, muchísimo, hablar de mí y más aún hablar de mi obra; yo no he hecho más que cumplir con mi deber, con el deber que tenemos todos los ciudadanos de trabajar en bien de la Nación y de ayudar al Gobierno que esta labor realice: nada más.

—¿La Agricultura, la Industria y el Comercio del país prosperan? ¿Cree usted, mi General, que el pueblo trabajador está satisfecho y tranquilo?

A pesar de esta grave crisis, consecuencia de la guerra europea que esta destrozando al mundo, y no obstante el retraimiento que la mayor parte de los capitalistas han observado, para entorpecer con ello la labor del Gobierno revolucionario salido del pueblo, lo cierto es que éste cada día inspira más con fianza al país y la producción aumenta y se establecen industrias nuevas. Ahora mismo se está fundando en Nogales una gran fábrica de cerveza, montada con todos los adelantos modernos, teniendo, para conseguir la maquinaria, que vencer toda clase de dificultades. Hay, pues, gran confianza en el país: aquellos hombres de negocios y de capital que antes se retrajeron, convencidos de la solidez y seriedad de nuestro Gobierno, vuelven a montar grandes empresas. Aquí, como usted habrá visto, no se carece de nada: el oro y la plata circulan en abundancia y los alimentos no escasean. Claro está que no se puede dedicar a la agri-

cultura todo lo necesario y que proyectado está. Para ello habría que fundar Bancos agrícolas, Sindicatos, Institutos de Previsión, Cajas de Ahorros, Graneros públicos, Instituciones que están planeadas y estudiadas, a fin de que los trabajadores no caigan en manos de la usura y librarlos de las antiguas aparcerías, que no eran, ni son otra cosa, que préstamos usurarios disfrazados; pero hoy es imposible aún crearlos. El pueblo trabajador, este pueblo de una abnegación como no habrá otro que le supere, se da cuenta perfecta de esto, sabe las dificultades con que lucha el Gobierno de la Revolución y no se cree engañado, ni mucho menos; confía en que no habrá sido estéril el esfuerzo que realizó y nada reclama; pero sí espera y bien puede confiar, porque los hombres que con ellos y al frente de ellos luchamos, no descansaremos hasta que veamos realizada la obra que se les prometió. A los pueblos no se les engaña ni se les gobierna con maquiavelismos, con palabras y con quimeras, sino con obras y éstas las tendrá: ya encontró la libertad, la independencia y la justicia de que siempre careció; ya moralmente triunfó; ahora espera hacerlo económicamente, y lo conseguirá.

—¿La fundación del Banco Nacional Unico, que ahora tiene en estudio el Gobierno, tendrá éxito y podrá ser útil a la clase trabajadora?

—Usted sabe que he estado dedicado por completo a la cuestión militar y nó he podido ocuparme en otra clase de estudios; pero, sí señor, la creación del Banco Nacional Unico, será un éxito grande para el Gobierno y un gran bien para todo el país. En esta labor han colaborado hombres muy competentes en materias económicas, hombres probos y honrados; obedece, pues, a un estudio concienzudo y profundo: todos han colaborado guiados de un patriotismo grande; han precindido por completo de todo lo que fueran intereses personales, políticos y de bandería, y por esto la idea del Banco Nacional ha sido recibida con entusiasmo que seguramente aumentará, a medida que se vayan conociendo sus fines. Crea

usted que este Banco puede ser, y lo será seguramente, el que ayude a la creación rápida de los Bancos Agrícolas, hoy tan necesarios.

—¿Los soldados mexicanos que son en su mayor parte antiguos trabajadores del campo, se han encariñado con la vida militar o desean volver a sus antiguas labores de la agricultura?

—No señor, el soldado mexicano no es un enamorado de las armas; las tiene en su mano porque así cree prestar un servicio a la Patria que necesita aún de esta clase de servicios; pero su deseo grande es volver a su campo, a su agricultura, a sus labores, para ganar el sustento suyo y el de sus familias; a vivir la vida tranquila, sosegada y laboriosa que siempre llevó. ¡Ah! si usted supiera cómo desea esto: son buenos; mi pueblo es muy bueno, cada día soy más su admirador.

—Tengo entendido que usted mi General, está nombrado hace ya mucho tiempo Ministro de México en Cuba; ¿cuál ha sido la causa de no ir a tomar posesión del cargo?

—Si señor; fuí nombrado Ministro de México en Cuba; mis credenciales tengo y Ministro de México en Cuba soy. El Gobierno creyó que necesitaba de mis servicios allí, y yo, que no discuto jamás los mandatos de mi Gobierno, ni rehuso prestar servicios a mi Patria donde quiera que aquéllos puedan ser útiles y los necesite, acepté. Todo lo tenía preparado para irme: hasta los pasajes tomados; pero el Gobierno, por circunstancias especiales, surgidas y agravadas en aquellos días, creyó que necesitaba mi acción y mis servicios con más premura en las armas y me dió el mando de fuerzas, suspendiendo, nada más que snspendiendo, su otra decisión, y aquí estoy cumpliendo sus órdenes.

—Una vez terminada la misión que el Gobierno del señor Carranza le ha confiado ¿irá usted a Cuba para hacerse cargo de aquella Legación?

—Seguramente que sí. Una vez terminada mi misión, iré a Cuba para ponerme al frente de aquella

Legación. Ya se que carezco de dotes y de condiciones para la diplomacia, mucho más en un pueblo como, Cuba, donde los Representantes de las Naciones reúnen condiciones excepcionales de inteligencia y de cultura; pero con ellos, que serán mis maestros, y la voluntad mía que siempre es firme, mucho más cuando al servicio de mi Patria se emplea, aprenderé y todo se vencerá.

***

El general Guadalupe Sánchez pasa por frente donde estamos hablando, saluda, y hace una seña al General Jara; éste da por terminada la *interview* y tendiéndome la mano se retira.

He de confesar que en mi larga vida periodística, he encontrado pocos hombres tan difíciles para arrancarles declaraciones como el General Jara. Inteligencia muy clara, ilustración grande y reserva mayor. Imposible hacérsela perder; mide mucho las palabras antes de pronunciarlas y su rostro es inalterable. Ni un gesto, ni una mirada, a través de las cuales pueda adivinarse un solo pensamiento. Decía el ilustre General que no reunía condiciones diplomáticas: yo creo que las tiene y muy excelsas; el tiempo dirá cuál de los dos tiene razón.

Difícil me ha sido cumplir mi cometido: no sé si habré interpretado bien las palabras del Jefe de la Primera División de Oriente, Ministro de México en Cuba, General Heriberto Jara. Si no ha sido así, culpa es de mi pobre inteliencia, jamás de intención alguna, y como donde no hay intención no hay delito, el General, que tanto cariño profesa a los periodistas, sabrá perdonar al último de todos ellos.

FRANCISCO J. MUGICA



Francisco J. Múgica.

FRANCISCO J. MUGICA

Interesantísimas fueron las declaraciones de los Generales Castro y Jara, Jefes de las Operaciones Militares en los Estados de Tlaxcala, Puebla y Veracruz,

Por ellas saben los lectores cual es la situación e importancia de las fuerzas rebeldes que pelean y luchan contra el Gobierno de la gran República Mexicana.

Pero no es esto, con ser ello muy importante, lo que únicamente interesa a los lectores de este libro.

Es cierto que la vida de los pueblos depende en gran parte de la paz y tranquilidad que en ellos se disfrute, porque donde no existen éstas, es de todo punto imposible que el trabajo, la industria y el comercio, principales fuentes de riqueza en todos los países, se desenvuelvan con regularidad. Necesitan para ello estos tres factores que se les dediquen todas las energías y actividades y mal puede suceder esto, cuando los hombres las gastan en luchas y peleas.

Las relaciones comerciales con otros países, el intercambio de productos, son de gran importancia tambien en la vida de las naciones. No es la parte económica la que menos preocupa, en las actuales circuntancias, a la gran República Mexicana y también ha de preocupar a todos aquellos países que con ella sostienen relaciones comerciales.

La situación económica de este país me propuse desde el primer día. estudiar y a cumplirlo voy. Para ello me pareció muy conveniente estudiar el movimiento co-

mercial de Veracruz, el más importante Puerto de la República y el mejor barómetro para conocerle había de ser su Aduana.

Está hoy al frente de ella, como Jefe superior, el General Múgica, militar que tiene en su hoja de servicios notas de gran bravura y de pericia e inteligencia bien probadas. No es sólo la parte militar a que domina el General Múgica, ni a la que ha dedicado sus cualidades y condiciones excepcionales. El General Múgica, patriota entusiasta, con un amor grande a la Patria en que nació, conoce y ha visto que no sólo ella necesita del esfuerzo de sus hijos con la espada en la mano, sino que le es muy necesario también que éstos le presten su concurso en la Administración pública, base principal de la vida militar, social, económica y política de las naciones.

Al estudio de la Administración dedicó el gran patriota y bravo militar sus poderosas facultades intelectuales y de la misma manera que en las armas triunfó el General Múgica, lo hizo en el ramo de la Administración. Conociéndolo así el Primer Jefe de la Nación, don Venustiano Carranza, le ha puesto al frente de la Aduana de Veracruz, organismo importante del Estado y fuente muy principal de ingresos.

También a las Aduanas de México se las ha combatido fuertemente en España y en Cuba, presentándolas como reflejo de una Administración corrompida y anárquica.

Comerciantes muy acreditados, establecidos en Veracruz, me habían hecho conocer que esto no era exacto, sobre todo desde que al frente de la Aduana se encontraba el General Múgica, carácter de hierro, hombre severo, severísimo, en la aplicación de la justicia y en el cumplimiento del deber, lo mismo que en la aplicación de duros castigos a los empleados que tiene a sus órdenes, cuando no cumplen con honorabilidad, escrupulosidad y celo las obligaciones de su cargo.

Oir al General Múgica, Administrador principal de la Aduana de Veracruz, me propuse y de él solicité una en-

trevista, que en el acto me fué concedida. En su despacho oficial me recibió y con él estuve conversando muy largo tiempo.

Es el General Múgica un hombre muy joven, de frente despejada y de una mirada sagaz. Me recibió afablemente; pero al principio de nuestra conversación se mostró reservado y frío. Creí estar tratando más con un diplómático acostumbrado a guardar los secretos del protocolo, que con un funcionario público mezclado en el laberíntico problema de los números. Pronto desapareció esto y apareció el hombre educado y cariñoso, el funcionario probo y honrado a quien le importa muy poco, antes al contrario, siente satisfacción en que el público conozca su diáfana, honrada y trasparente vida de administración.

Contestaciones claras, precisas y terminantes: ideas luminosas sobre problemas económicos; todo esto escuché del General Múgica. Mucho han de perder éstas al pasar por mi pluma a conocimiento de los lectores; pero advertidos están ya de esto y ellos seguramente han de suplir la deficiencia.

—¿Ha desempeñado usted algún cargo en el ramo de Hacienda antes de ser Jefe de la Aduana de Veracruz?

—Muy joven aún empecé a prestar algunos servicios en Hacienda al lado de mi buen padre; pero no por gusto, sino por la necesidad que tenía de trabajar y ayudar en algo a mi familia. Mis ambiciones fueron siempre estudiar la carrera de Medicina, ser médico; pero como mi familia no tenía recursos tuve que desistir de ello y entrar de lleno en el trabajo.

—¿Fué usted siempre de ideas revolucionarias, señor Múgica?

—Siempre: toda mi vida. Ya cuando estudiaba en el Seminario de Zamora la Preparatoria para la carrera de Medicina, que como le he dicho antes eran todas mis ilusiones, el Rector me amenazó varias veces con expulsarme por mis ideas avanzadas, recibiendo además con fre-

cuencia muy duras reprimendas por las manifestaciones liberales que propagaba entre mis compañeros. Para difundir las ideas revolucionarias abandoné el modesto destino que desempeñaba en Hacienda y me dediqué por completo al periodismo.

—¿De modo que ha sido usted periodista?

—Si señor: en 1909 empecé la lucha en el periodismo sufriendo muchas persecuciones y contratiempos, pues siempre colaboré en la prensa de combate. En ella hice campañas muy duras, francamente antirreleccionistas, anticapitalistas y anticlericales, de modo que por ahí podrá usted juzgar la tranquilidad que yo gozaría en aquellos tiempos.

—¿Y después fué usted militar?

—Si señor: tan pronto como se levantó la bandera que llevaba como lema los ideales que yo había acariciado toda mi vida, me lancé al campo a defender con las armas las mismas doctrinas que había defendido con la pluma. En la Revolución de 1910 obtuve el grado de Capitán primero, volviendo más tarde a Michoacán como Delegado de paz, logrando poner fin a las diferencias que existían entre algunos Jefes revolucionarios de aquel Estado.

—¿Su vida militar fué dura, señor Múgica?

—Bastante, si señor; todos mis grados en el Ejército, hasta Coronel, los he obtenido por méritos contraídos en campaña y al ser ocupado México por las fuerzas del señor Carranza, se me dió como premio a los servicios prestados, la banda de General. Al lado del Primer Jefe estuve en los combates de Anhelo, Asalto de Saltillo y Cuesta del Cabrito. Como Jefe del Estado Mayor del General Lucio Blanco tome parte en los de Cerralvo, La Laja, y Terán, del Estado de Nuevo León y en el Soldadito, La Ciénega, Reinosa y Matamoros, de Tamaulipas, volviendo más tarde a penetrar en Nuevo León y tomando participación en las nuevas acciones de guerra de Salinas Victoria, Palmillas y Fuente Rodríguez; terminando mi campaña en el Estado de Tamaulipas con las batallas

de Nuevo Laredo y Puerto de Tampico. Al quedar esta última población en poder de las fuerzas Constitucionalistas, fuí comisionado para reorganizar todas las Oficinas Federales de aquel Puerto. Allí permanecí hasta dejarlas funcionando y en agosto de 1914 me fuí a México para unirme con el Jefe de la Revolución triunfante.

—¿Y en la parte civil no ha desempeñado usted otros cargos?

—Si señor: pocos meses después de haber organizado todas las Oficinas Federales de Tampico, o sea en los últimos meses del año 1914, fuí nombrado en comisión para recoger de manos de los invasores americanos esta misma Aduana de Veracruz que organicé y administré por espacio de seis meses. Habiendo sido vilmente asesinado el Gobernador y Comandante Militar de Tabasco, General Pedro E. Colorado, fuí nombrado Gobernador y Comandante Militar de aquel Estado y allí permanecí un año desempeñando este puesto, tiempo suficiente para reducir, con la ayuda poderosa de la Primera Brigada de Infantería de Marina por mí organizada, a los alzados y aun combatirlos en el limítrofe Estado de Chiapas.

—Y en la parte civil ¿hizo usted allí mucha labor?

—En la parte civil procuré cumplir las promesas que los hombres de la Revolución habíamos hecho al pueblo. Para esto me ocupé preferentemente de reorganizar todos los servicios públicos, reglamentar la administración de justicia, devolver a la generalidad de los pueblos los Ejidos de que habían sido despojados durante la Dictadura de D. Porfirio Díaz e inicié la apertura de un camino estratégico entre Tabasco y Campeche, así como una vía férrea entre Villa Hermosa y Teapa.

—Y en la política ¿ha tomado usted parte activa?

—Según lo que usted entienda por política, pues si ella es cacicazgo y todas las demás zarandajas, farsas y mentiras a que se le suele llamar política, eso lo odio con toda mi alma. Ahora bien, si le llama usted política a tomar parte activa en el Parlamento, cuando en él se

discutan las Leyes, Reglamentos, etc., etc., por que han de regirse los ciudadanos del país, entonces sí.

—¿Ha sido usted Diputado alguna vez?

—Si señor: designado por el XV Distrito de Michoacán para que lo representara en el Congreso Constituyente, fuí a sentarme en los escaños de aquella memorable Asamblea y en ella tuve la alta honra de ser designado para Presidente de la Primera Comisión de Reformas Constitucionales, con cuyo carácter y el de Jefe de hecho de los que formaban la extrema izquierda, a quienes se nos calificó con el dictado de JACOBINOS por nuestras intransigencias y radicalismos, fuí uno de los autores y con gran entereza mantuve en unión de otros compañeros, las reformas sociales de mayor trascendencia contenidas en la nueva Constitución y de las que dan buen ejemplo, las consignadas en los artículos 3º, 27, 123 y 160. Más tarde fuí también electo Diputado a la XXVII Legislatura por el XVI Distrito del mismo Estado de Michoacán y de este importante puesto me separé, con licencia, para volver a ponerme al frente de la Administración de la Aduana Marítima de Veracruz, que actualmente desempeño.

—Y en esto que llamaremos política ¿no ha sufrido usted algún desengaño?

—Hombre, le diré a usted, sí, sufrí uno que me disgustó extraordinariamente por la forma y las personas que me lo produjeron. En los meses comprendidos entre la clausura del Congreso Constituyente y la apertura del Congreso General, luché como candidato al Gobierno del Estado de Michoacán y en torno mío se congregaron, con una lealtad que yo jamás agradeceré bastante, todos cuantos hombres formaban el Partido Liberal Socialista al que pertenecía el proletariado y los revolucionarios todos de aquel Estado. Ellos me dieron el triunfo completo en las urnas electorales, pero no llegué a tomar posesión del cargo porque las Juntas Computadoras, formadas o pagadas por los capitalistas, tergiversaron los votos y transformaron la elección.

Ahí tiene usted el contratiempo que, como le he dicho antes, me disgustó grandemente, más que por otra cosa, por ver que en este país aun hay personas empeñadas en hacer fracasar el sufragio universal, una de las conquistas de la Revolución.

Cuando me dispongo a hacerle otra pregunta al General Múgica, observo que este hace un gesto desagradable y antes de dejarme hablar me dice: Yo le agradecería no siguiera usted haciéndome preguntas que se refieran a mi persona ni a mis hechos: me disgusta extraordinariamente esto. Con gusto sufriría esta contrariedad si ello pudiera serle a usted útil; pero comprenderá que al público poco le ha de importar seguramente mi vida.

—Creo, respetable General Múgica, que la vida de los hombres públicos siempre es de interés, pero en manera alguna quiero contrariarle, ni mucho menos abusar de su bondad; sólo me atrevería a hacerle una pregunta, si supiera que no habría de molestarle:

—Si es la última sobre este asunto, autorizado está usted para hacérmela.

—Gracias, mi General. ¿Qué episodio de su vida militar y pública es el que más fuertemente le ha impresionado?

Han sido tantos los episodios de mi vida que difícil me ha de ser poder contestarle. En las fiestas que se celebraron en la Villa de Tabasco, para conmemorar el reconocimiento del ilustre Don Venustiano Carranza por parte del Gobierno Americano, fiestas a las que yo llevé la representación del Ejército Constitucionalista, se celebró una velada en el teatro de aquella villa. En esta velada hube de hablar y mis primeras palabras fueron estas: "Hay palabras que al salir de la boca de ciertos hombres en ciertas circunstancias, se estereotipan en la memoria de quien las escucha y viven allí como en un archivo olvidado y polvoso, esperando la mano de la Historia que ha de esparcirlas por el mundo y escribirlas con bronces eternos en mármoles inmortales".

Con motivo de la Decena Trágica vine a México comisionado por el entonces 'Gobernador de Coahuila, señor Carranza, a ofrecer al señor Madero un buen contingente de tropas de aquel Estado para combatir a la reacción que, encabezada por Félix Díaz, se había apoderado de la Ciudadela, trayendo este mensaje verbal del Mandatario Coahuilense para el Apóstol: ''Diga usted al señor Madero que si necesita gente para dominar la situación, me lo diga, pues cuento con el pueblo de Coahuila para sostenerlo, y que si la situación empeora, le ofrezco la Capital del Estado como refugio; pero que si esto no es bastante, haremos para sostenerlo, una guerra como la de tres años''. Estas fueron las palabras del Señor Carranza, que han quedado para siempre grabadas en mi memoria, palabras traídas por mí como sagrado y peligroso depósito.

Por todos los medios traté de hacer llegar al Presidente de la República, al Apóstol Madero, las palabras de Don Venustiano Carranza; pero todos fueron inútiles y en mi pecho las guardé para siempre, ya que ellas eran el prólogo de la gran contienda mexicana.

En México permanecí prestando servicios en filas durante los acontecimientos sangrientos, rindiendo informes diarios al Señor Carranza, hasta que al caer prisionero el Presidente de la República, regresé a Coahuila y me uní al entonces Gobernador, al ilustre Don Venustiano Carranza, que acababa de enarbolar la bandera de la Legalidad.

Ahí tiene usted el episodio de mi vida que más fuertemente me ha impresionado.

—¿Con motivo de la guerra europea ha disminuído el tráfico en el Puerto de Veracruz?

—Sí, señor; el tráfico del puerto ha disminuído notablemente y por lo tanto el movimiento de la Aduana; pero no ha sido por el estado del país, no señor, ha sido por el conflicto europeo. Aquí en el puerto de Veracruz, lo mismo que en todos los de México, entraban constantemente buques de las naciones que hoy están destrozán-

dose en los campos de batalla: buques alemanes, ingleses, franceses, belgas, etc., etc., visitaban frecuentemente nuestros puertos. Desde que empezó la guerra europea, comenzaron a faltar y cuando los submarinos iniciaron la dura campaña que sostienen, entonces terminaron por completo, quedándonos reducidos a lo que usted ve: dos vapores españoles al mes y dos americanos, y los españoles, por dificultades de carbón y por otras causas, cada vez hacen los viajes con más irregularidad y mucho es de temer que ésta aumente. Más de un setenta y cinco por ciento ha disminuído el tráfico desde que empezó la guerra europea.

—¿Usted no cree que haya influido también el estado de intranquilidad en que dicen se encuentra el país?

—Vuelvo a repetir a usted, pues su pregunta parece que envuelve cierta duda, que es debido a la guerra europea, no a la intranquilidad y malestar que en Europa y en gran parte de América, se empeñan en hacer creer que existe en México. Usted lo habrá visto en el poco tiempo que lleva aquí y lo mismo observará en los demás Estados que visite.

En México, en toda la República, hay paz: en Veracruz habrá usted tenido ocasión de ver que el comercio está próspero, con gran solidez y garantía. Bien se puede asegurar que dada la situación porque atraviesa hoy el mundo entero, el comercio de Veracruz es el que más garantías ofrece. Es cierto, yo no he de ocultarlo, que esa rebelión armada, sostenida por unos cuantos malos patriotas y bandoleros, daña al comercio mexicano en general; pero no le afecta, ni puede afectarle seriamente dada su vitalidad y solvencia.

—No obstante la paralización grande que usted me dice hay en el Puerto de Veracruz ¿recauda aun mucho su Aduana?

—Sí señor, no obstante las condiciones difíciles que atravesamos y que venimos comentando, aún recauda la Aduana de Veracruz UN MILLON DOCIENTOS MIL PESOS mensuales por derechos devengados

en las mercancías. Vea usted si esto demuestra el estado floreciente de nuestro comercio. Usted que viene de Cuba y ha estudiado allí detenidamente aquel país, podrá usted establecer comparaciones, que aun cuando son siempre odiosas, por ellas venimos muchas veces en conocimiento de la verdad. Nuestro país, podrán decir lo que quieran, podrán propalar contra él todas las infamias que gusten; pero la realidad se impondrá y el tiempo, que es gran demostrador de verdades, se encargará de dar el mentís más grande a nuestros enemigos.

Aquí habrá usted visto como circula el oro: habrá usted visto también que la vida es carísima, las diversiones lo mismo; pero la gente acude a los restaurants en la proporción por usted seguramente presenciada; los cafés están llenos; los espectáculos públicos lo mismo y los automóviles y carruajes de alquiler se mueven incesantemente. Todo esto no indica la pobreza y malestar que nuestros enemigos, los enemigos de la Revolución, propalan, sino por el contrario, indica prosperidad, bienestar y alegría.

—Se dice en el extranjero que en las Aduanas de México se cometen constantemente robos de mercancías, siendo esta la causa de que el comercio esté muy retraído para traer artículos ¿qué me dice usted de esto, mi General?

—Cuanto me alegra que haya usted tratado esta cuestión. Ya sabía que contra las Aduanas de México se venía haciendo por esos mundos una campaña "canallesca," perdone usted la frase. Sí señor, no tengo por qué negarlo ni ocultarlo. En la Aduana de Veracruz, mejor dicho en los Almacenes fiscales y en los particulares, se han cometido robos, más que robos, raterías, muchas en número; pero pequeñas teniendo en cuenta las cantidades robadas. Esto cuesta mucho trabajo evitarlo, no sólo en el puerto de Veracruz, sino en todos los puertos del mundo, donde la población flotante es grande y a donde acuden los aventureros de todos los países que toman los puertos de mar como refugio, esta-

bleciéndose entre ellos un intercambio de pilletes y de granujas que se dedican a cometer toda clase de fechorías. Esto, como le digo, cuesta mucho trabajo evitarlo; pero así y todo, durante el mes de diciembre y lo que va de enero, no se ha cometido un sólo robo y estoy dispuesto a castigar con mano dura, durísima, verdaderamente tiránica, estas faltas, sin que esto quiera decir que lograré concluír con esta clase de delitos.

—El personal que tiene usted a sus órdenes en esta Aduana ¿le merece absoluta confianza?

—Aquí tengo dos clases de personal; uno nuevo nombrado por el Gobierno de la Rovolución y otro antiguo que, por benevolencia de este mismo Gobierno, se respetó en sus puestos y que son empleados de aquella antigua administración arcaica y corrompida, causante de que el pueblo se levantase en armas para destruir y acabar con los privilegios y las corruptelas de aquellos gobiernos déspotas y malversadores de los fondos de la Nación. El personal nuevo es excelente, inmejorable y muy competente. Educado en los sanos principios de moralidad, de democracia y de tolerancia, cumplen estrictamente con sus deberes; de ellos respondo en absoluto. Los antiguos, sin que yo pueda decir que son malos ni que ellos lo sean, es lo cierto que cuesta mucho trabajo hacerles olvidar los principios del antiguo régimen en que fueron educados.

—¿La Administración pública implantada por el Gobierno de la Revolución es buena y honrada?

—Puede usted asegurarlo y esto lo sabe el mundo entero: si lo ocultan y hacen aparecer otra cosa, es porque así convendrá a fines miserables y bastardos. La Administración implantada por el Gobierno de la Revolución es honrada, honradísima, y no recomienda otra cosa, un día y otro, el Primer Magistrado de la Nación, mi ilustre Jefe don Venustiano Carranza. Para ello no ha perdonado medios y aquí a México ha traído economistas de las naciones en que con mayor pureza se observan los sanos principios de la Administración

pública, honrada, laboriosa y digna, para que fueran nuestros educadores, nos enseñaran todos aquellos métodos que contribuyeran al bienestar de la Nación y que causaran las menores molestias y perjuicios al contribuyente.

—¿Usted cree que todos les empleados de Aduanas son honrados, rectos y justos?

—No señor, yo no puedo asegurar que todos los empleados de la Administración pública de la gran República Mexicana sean ni sabios ni santos; pero lo que sí puedo asegurar a usted y se lo dice un hombre de honor, que el OCHENTA POR CIENTO de los Jefes que están al frente de los servicios militares y civiles de la Nación son honrados, en toda la pureza de la palabra, y el otro veinte por ciento podrán ser, si usted quiere, abandonados; pero nada más.

—¿Cree usted, señor Múgica, que no pueden evitarse los abusos que aquí se cometen al transportar los bultos a la Aduana para sus registros?

—Dos causas, a mi modo de entender, contribuyen grandemente a esas deficiencias que usted condena y me indica. No podemos olvidar que el Puerto y la Aduana se desenvuelven entre dos elementos: uno las clases comerciales que son esencialmente conservadoras, empeñadas en seguir aferradas a las circunstancias de aquel antiguo régimen: la otra, la clase trabajadora, a quien encontró la Revolución convertida en una bestia de carga, sin tener más que deberes y negándole derechos. La Revolución los libertó de aquel yugo tiránico; pero jamás dió ella derecho al libertinaje ni a la anarquía; los obreros, no digo todos; pero sí muchos de ellos, empezaron a tener proyectos descabellados que es necesario destruir, haciéndoles comprender que ciertos procedimientos no pueden emplearse.

—Me dicen que en las Aduanas de México se extreman mucho los registros de equipajes causando grandes molestias a los viajeros. ¿A qué obedece esto, señor Múgica?

—Sí señor, comprendo que esos registros son molestos y para mí seguramente más desagradables que para nadie; pero no es culpa mía, ni culpa del Gobierno; la culpa es de los enemigos de la Revolución, de los que en otros países no perdonan medio de causar la perturbación entre nosotros, tratando de introducir todo aquello que pueda ser útil a los elementos que luchan contra el Gobierno. Ahí tiene usted el porqué de nuestra vigilancia, de la que soy enemigo. Yo creo que los equipajes no debían tocarse: viene siempre en ellos algo que es muy íntimo, como son las ropas de uso y otras cosas que no hay razón a tocar; pero por hoy, y mientras duren las actuales circunstancias, no hay más remedio que hacer esa revisión, lo que sí habrá tenido usted ocasión de ver es que se hace en la forma más delicada posible.

—¿Es grande el comercio entre México y España?

—Sí señor, es grande el comercio entre México y España y más debiera ser aún. Hay entre los españoles y los mexicanos vínculos que no podrán romperse jamás, vínculos que se han aumentado, creando entre unos y otros hogares, formando familias que viven felices y dichosas. Es preciso, absolutamente necesario, que las relaciones comerciales entre México y España se aumenten cada dia más; es necesario estudiar este asunto con gran interés y con no menos amor y cariño, y yo, por mi parte, haciendolo estoy, se lo aseguro, y espero que usted con este viaje nos ha de ayudar mucho a ello.

—Usted me ha de perdonar, mi General, una pregunta que comprendo es algo molesta; pero me conviene mucho hacerla para esclarecer alguna duda que en Veracruz he oído: ¿Los españoles son tratados en esta Aduana lo mismo que los demás extranjeros?

—Sí señor, tengo fama de ser antiespañol, y esto lo considero para mí una desgracia; no sé obra de quién será, pero como antiespañol se me presenta y me duele mucho la injusticia. Yo, sí, soy enemigo, perseguidor de los españoles, como lo soy de los alemanes, de los ingleses y de todos los extranjeros; pero ene-

migo y persiguidor de los vagos y aventureros, de los que se dedican a vivir del robo y del pillaje, de los que se mezclan en nuestras cuestiones políticas simpatizando y facilitando medios a los enemigos del Gobierno, de éstos sí, de estos españoles soy enemigo, perseguidor; pero de los honrados, de los trabajadores, de los buenos, ¡ah! de éstos no, de éstos soy decidido protector, amparador de todos sus derechos. Hágalo saber así—yo se lo ruego— me decía el General Múgica—: aquí en este Puerto y donde quiera que me encuentre, estoy a disposición de ellos para todo cuanto les pueda ser útil.

—¿Qué opinión tiene usted formada de los comerciantes españoles establecidos en Veracruz?

—Excelente. Los comerciantes españoles establecidos en Veracruz, son honorables, honrados y buenos. Esto hay que decirlo muy alto. Cumplen todos sus compromisos con gran exactitud y en todo son esclavos de su palabra. Yo estoy muy satisfecho de su conducta, se lo aseguro a usted, y procuro siempre que puedo complacerles.

***

En este momemto observo que el señor Múgica saca el reloj de su bolsillo y mira la hora que es: ver esto y ponerme inmediatamente en pié fué la misma cosa. Cuando vuelvo la vista veo que esperan á la puerta de su despacho diez o doce empleados de aquella Aduana que van a dar cuenta a su Jefe de los asuntos pendientes o a recoger la firma de aquellos que ya están despachados.

Pido mil perdones al señor Múgica, por la molestia que le hubiera causado con mi pesadez y me despido ofreciéndole una amistad sincera.

Si yo supiera que el General Múgica no se incomodaba, copiaría aquí cuanto en elogio suyo han dicho los Generales Obregón, Hill, algunos miembros de los Constituyentes en la XXVII Legislatura, y los señores Alcocer y Urdapilleta, Gobernador del Estado de Guanajuato y Magistrado de la Suprema Corte de Justicia.

Pero aun sabiendo que con ello voy a molestarle no quiero prescindir de copiar aquí los elogios que del General Múgica hizo Don Manuel Amaya, Introductor de Embajadores y que he visto publicados en algunos periódicos.

"El hecho—dice el señor Amaya—de haber sido el General Múgica uno de los firmantes del Plan de Guadalupe proclamado por el digno Caudillo reivindicador del Honor Nacional, señor Presidente actual de la República, D. Venustiano Carranza, por sí solo demuestra un hombre de mérito personal, político y verdadero revolucionario. La actuación revolucionaria del General Múgica ha sido efectiva y real, y así consta a todos los que desde un principio nos afiliamos a la causa Constitucionalista. Su labor en el Congreso Constituyente fué una de las más valiosas y de las que mucho contribuyeron para que en nuestra Carta Magna se incluyeran las reformas sociales relacionadas con el trabajo del obrero. Me consta que en las diversas comisiones que le han sido confiadas durante la revolución, cumplió siempre patrióticamente, demostrando en su desempeño no sólo su lucha y su voluntad sino su capacidad y competencia, por lo que siempre obtuvieron un exito completo. Al principio de la Revolución en que tuve oportunidad de presenciar de cerca su labor revolucionaria, ella estuvo ajustada siempre a la más estricta honradez y patriotismo".

De todo ello espero ha de saber perdonarme el militar pundonoroso, el celosísimo y probo Jefe de la Aduana Marítima de Veracruz, General Francisco J. Múgica, a quien desde hoy me honro mucho llamándome su amigo.

UNA VISITA AL ARSENAL NACIONAL DE VERACRUZ

UNA VISITA AL ARSENAL NACIONAL DE VERACRUZ

I.

Hablando ayer de las cuestiones obreras que tanto me interesan y me han interesado siempre, con el señor Juan López, obrero mexicano muy laborioso e inteligente, amante entusiasta de su país, del que es un ardiente defensor, me rogó que no me ausentase de Veracruz sin antes visitar el Astillero Nacional, organismo dependiente del Gobierno de la República y orgullo de la industria mexicana. Así se lo prometí y él fue quien me consiguió la autorización para ello. Amable y generoso, como en general suelen serlo todos los honrados hijos del trabajo, a las once de la mañana vino a recogerme al Hotel donde me hospedo para acompañarme. En diez minutos recorrimos, en un bote, el trozo de mar que separa la población de la Isla de Ulúa, sitio donde se halla enclavado el Arsenal.

El aspecto que presenta el edificio es en extremo agradable, notándose aun en los muros de aquella antigua fortaleza, los restos de la suciedad y abandono en que permaneció por espacio de muchos años.

Sin servilismo; pero sí muy respetuosamente, me presentó el señor López al Capitán de Navío, señor Luis G. de Izaguirre, Comandante del Arsenal Nacional, quien fue dándome a conocer a otros Jefes de aquel Departamento.

Es el señor Izaguirre un hombre relativamente joven, de elevada estatura, fuerte, de facciones duras, no-

tándose en él, de una manera muy marcada, como lo confirma también su apellido, que desciende de aquella raza noble, valerosa y fuerte de nuestras Provincias Vascongadas.

No puede ocultar tampoco el señor Izaguirre la rudeza franca del marino acostumbrado a las luchas en el mar, aminorada y cubierta con una educación esmerada.

Con mucha amabilidad fuí recibido y con una bondad grande, se pusieron a mi disposición el señor Izaguirre y los demás Jefes a quienes había sido presentado, para enseñarme el Establecimiento. Imposible, por mucho que extractarse quiera, dar a conocer en un capítulo de este libro cuánto en él he visto, y jamás agradeceré bastante al obrero, señor López, haberme indicado la idea y conseguido el permiso para visitar este Arsenal Nacional, pues recorriéndole pasé las horas más felices y agradables que he pasado desde que pisé tierras de América.

El trabajo, la inteligencia, la actividad, el orden más completo, la disciplina más rígida y la limpieza más escrupulosa se observan en todas partes. Con gran detenimiento fuí recorriendo todos los talleres, las dependencias todas del edificio. Impresión grande me produjo ver como aquellas mazmorras lúgubres, sin aire y sin luz, verdaderos calabozos inquisitoriales, se habían convertido, por el esfuerzo de los hombres bien dirigidos, en templos de trabajo y como en aquellos muros, antes negros, húmedos y mal olientes, habían abierto, a fuerza de piqueta, grandes ventanales para que por ellos entrasen la luz y el aire, que habrían de convertir aquellos locales dedicados a castigos inhumanos, en talleres, en fraguas, en almacenes donde habrá de reinar la alegría santa que proporciona el trabajo honrado y el cumplimiento del deber.

Talleres de Ajustaje, Calderería, Fundición, Reparación de Cañones, Electricidad, Pólvora, Tornos, Departamento de Buzos, Hojalatería, Modelos, Motores de Gasolina, Cobrería, Carpintería de blanco, Carpintería de Fortaleza, todos en pleno período de actividad, tra-

bajando en ellos más de SEISCIENTOS operarios, mexicanos todos, obreros inteligentes, dirigidos por Maestros muy versados, guiados y bajo la inmediata vigilancia, del Jefe de Talleres, Maquinista Subinspector señor Pedro Cassou, técnico inteligentísimo, de larga práctica en el Arsenal Nacional y que ha recorrido los principales Arsenales de Europa, estudiando, observando y recogiendo cuantos adelantos modernos en ellos viera, para trerlos e implantarlos en el de su país.

Más de SEISCIENTOS HOMBRES trabajan diariamente, además de los Jefes y Maestros: más de seiscientos operarios clasificados por clases: setenta y siete de primera: setenta y siete de segunda: cuarenta y uno de tercera: setenta y un ayudantes de primera: cincuenta y uno de segunda; setenta y nueve de tercera; veintisiete aprendices; ciento cuarenta peones en cuadrillas: todos trabajando con gran solicitud, con religioso silencio, en la construcción de las obras que les han sido encomendadas. De todos ellos me hacen elogios el Comandante y los demás Jefes y Maestros: todos aplauden su laboriosidad y honradez, y los obreros también me hablan de la bondad y pericia de sus superiores. Todos contentos, todos alegres, cumpliendo cada uno con su deber, evitando así los conflictos sociales que tanto preocupan en estos tiempos, y es que habiendo caridad en el que manda y humildad en el que obedece, no hay conflictos posibles.

SESENTA Y CUATRO obras distintas se están construyendo en la actualidad dentro del Arsenal, algunas de verdadera importancia: reconstrucciónn de la Fortaleza, que era de absoluta necesidad y cuyos resultados están a la vista de todos los que la visitan: reparación del Transporte "Progreso", obra en la que está muy interedo el bravo militar, amigo mío muy querido, don Salvador Alvarado, una de las primeras figuras revolucionarias. Y ya que de esta obra hablamos no estará demás decir, porque es muy necesario que el público conozca estas cosas, que en la reparación de este barco se beneficia grandemente al Gobierno de la República, no sólo

por la rapidez con que se están llevando a cabo, pues las obras de reparación se harán en DOS MESES apesar de las dificultades con que se tropieza para la adquisición de materiales, sino por su baratura. Por cierto que los bordes de la fenda abierta en este barco, que tenía más de sesenta piés, fué hecha con gran pericia y con extraordinaria rapidez, empleando para ello los procedimientos más modernos.

También se está llevando a cabo actualmente y con extraordinaria diligencia, la instalación de tanques de petróleo, combustible que ha venido a sustituír con gran ventaja al carbón, en el "Melchor Ocampo", sin descuidar ni un momento, haciendo para ello grandísimos esfuerzos, cuantos trabajos son necesarios para mantener, en condiciones de seguridad, el Dique Flotante.

De estas obras tiene conocimiento muy detallado el Gobierno y muy especialmente la Secretaría de Guerra y Marina, de quien depende este Establecimiento. Todo se construye y prepara en aquellos talleres, modelos de organización, de inteligencia, y de disciplina; desde el tornillo más insignificante hasta la pieza de más importancia, todo con una precisión, con una perfección que encanta.

Ya dije al principio de este capítulo que por mucho que se quisiera extractar, como lo vengo haciendo, y por muchos detalles que se quisieran suprimir, era de todo punto imposible dar cuenta en él de cuanto encierra el Arsenal Nacional de Veracruz y de la importancia que tiene esta industria.

Aun queda mucho que decir, aun tengo en cartera muchos datos respecto a cómo se desenvuelve. se administra y se dirige este establecimiento, que es una gloria nacional.

UNA VISITA AL ARSENAL NACIONAL DE VERACRUZ

II.

Después de haber recorrido todos los talleres del Arsenal y de haber presenciado, con marcadísimo interés, la labor admirable que en ellos realizan aquellos inteligentes obreros, fijos solamente en el trabajo que se les ha confiado, pasamos a visitar otras dependencias del establecimiento.

Atravesamos un amplio patio que antes, abandonado y sucio, sirviera de plaza de armas, donde, fusil en mano, custodiaban los soldados a los infelices que tenían la desgracia de ser conducidos a aquel lugar, como sino fueran bastantes los espesos muros donde los encarcelaban y que hoy, esmeradamente limpio y cuidado, sirve de recreo, en las horas de descanso, a los operarios que trabajan.

Todos cuantos me conocen saben con la independencia que se movió siempre mi pluma; más de una vez he sido tachado de rebelde y de demasiado duro en mis juicios. Hoy tengo que declarar sinceramente, que en mi visita al Arsenal Nacional de Veracruz, no encontré ni vestigio siquiera de descuido y abandono, antes al contrario, todo se movía dentro del mayor orden y, hasta en el rincón más apartado, había la más escrupulosa limpieza y la higiene más perfecta.

La cocina, donde se aderezaba la comida para los militares destinados al Arsenal y para muchos de los obreros que así lo piden, es amplia, llena de ventilación y de luz. El cocinero y demás empleados esmeradamente

aseados y limpios: los almacenes, donde se guardan los materiales que se han de utilizar en las obras, todos ordenados, clasificados y dispuestos para servirlos con rapidez: los locales destinados al aseo y limpieza de los trabajadores, así como los inodoros, en un estado tal de pulcritud que más parecen servicios de un restaurant aristocrático que dependencias de talleres. Ya dije en el anterior capítulo, que visitando este establecimiento había pasado las horas más felices de mi estancia en América. Muchas veces vinieron a mi memoria cosas oídas a mexicanos en Cuba cuando me contaban el estado anárquico en que se encontraba su país y el abandono, la impericia y el desbarajuste que había en todo aquello que del Gobierno dependía, sin llegar a comprender qué pasiones pueden guiar a aquellos para hacer campañas tan injustas. Visitado todo esto, subí, siempre acompañado del dignísimo Comandante y demás Jefes que con gran conocimiento y amabilidad me iban explicando todo, a las azoteas que sirven de cubierta a los diversos departamentos del edificio. No es posible describir el panorama bellísimo que desde ellas se admira y la impresión que produce: para ello se necesitaría la pluma de un poeta, pues poesía pura es la que allí se respira, y la mía es muy pobre y tosca: por esto ni lo intento siquiera, porque al hacerlo, habría de llevar a mis lectores una impresión que no sería la realidad. El señor Izaguirre me invitó a visitar las habitaciones que fueron ocupadas por el Primer Jefe de la Nación, Don Venustiano Carranza, durante su estancia en Veracruz.

En ellas entramos y también aquí tuve impresiones muy agradables para mi espíritu. La casa del Presidente de la Gran República Mexicana, nación poderosa y rica; las habitaciones particulares que el Primer Magistrado de la Nación ocupara, en momentos de descanso, eran amplias, muy ventiladas, alegres, llenas de vida, porque saturadas estaban de aire y de luz; pero amuebladas con una sencillez que rayaba en la pobreza. El salón donde recibía, más que lugar destinado para

audiencias de un Jefe de Estado, es la sala de una familia de la clase media. Sólo una mesa antigua, bellísima, de gran valor, colocada en el centro y unos cuadros antiguos que adornan las paredes, son lo que dan cierto aspecto señorial a aquella habitación. El comedor, el dormitorio, cuarto de baño y demás dependencias, cuidados con mucho esmero y con extraordinaria limpieza.

El Comandante del Arsenal que nota mi extrañeza y que hasta entonces no me había hablado un sola palabra de política, ni de Administración pública, ni de personas, empieza a contarme la vida del señor Carranza, cuyas dotes de inteligencia y de gobierno me enzalza grandemente. Con entusiasmo patrio me da a conocer las virtudes que adornan al Jefe de la Nación, condenando muy duramente, a aquellos mexicanos que sin duda por no conocer al señor Carranza, ni la labor por él realizada, no puede explicárselo de otro modo, se dedican en el extranjero a injuriarle y a calumniar su gestión. Yo—me decía el señor Izaguirre—puedo hablar con gran independencia: fuí educado en el antiguo régimen y durante su dominación, presté servicios en la Marina Nacional a mi Patria: viví la vida de aquellos gobernantes, conocí perfectamente su obra; pero no tengo más remedio, no sería justo y faltaría a mi honor inmaculado, si no dijera que la obra realizada por el señor Carranza es digna de los mayores elogios y sus intenciones y su vida y su persona son honrabilísimas. En el tiempo que estuvo ocupando estas habitaciones,—seguía diciendo el señor Izaguirre—tuve ocasión de ver la laboriosidad de este venerable señor y ví la vida austera y honrada que hacía el Primer Jefe de la Nación, quien no tenía otro pensamiento, ni pensaba ni hablaba de otra cosa, que del engrandecimiento de su Patria.

Viendo el Comandante del Arsenal que yo tomaba notas, me dijo con tono airado y que contrastaba con la amabilidad que siempre lo hiciera. "¿Qué hace usted? Ya he dicho la última palabra." Respeté en aquel momento aquella clara indicación y cerré mi CARNET; pe-

ro no renuncié a mi obligación de hacer público cuanto había oído. Vine a México para estudiar la vida deesta gran Nación y dárselas a conocer a mis lectores, y no quiero privarles de las manifestaciones expontáneas oídas a un hombre honrado y de honor que conoce al Primer Jefe de ella.

Después recorrimos las oficinas del Arsenal, donde se construyen planos, se llevan cuentas, se tramitan los asuntos todos, encontrándolas en el mismo estado de orden que habíamos observado anteriormente. Los que en ella trabajaban, obreros de la inteligencia, con la misma asiduidad, con la misma diligencia en el cumplimiento del deber. Grandes mesas donde había máquinas de escribir y de calcular, muebles clasificadores, útiles de trabajo......todo limpio, todo modesto y severo.

Llegamos al despacho del señor Izaguirre, amplio, amueblado con sencillez y lleno de útiles necesarios para dirigir un establecimiento de aquella importancia. En las paredes retratos del Jefe de la Nación y del inmortal Madero, con cariñosas dedicatorias; mapas y cuadros llenos de firmas, con expresivos mensajes de gratitud, de amor, dedicados por los obreros del Arsenal a su digno Jefe, prueba de la armonía que en aquel establecimiento reina entre los representantes del Gobierno, que es el patrono, y los trabajadores.

Muy consolador es todo esto y como este capítulo va siendo un poco largo, en otro trataré de cómo se administra aquella Industria Nacional.

LUIS G. DE IZAGUIRRE

LUIS G. DE IZAGUIRRE

En el despacho del señor Luis G. de Izaguirre, Comandante del Arsenal Nacional de Veracruz, nos sentamos para descansar y allí fuí obsequiado con una copa de cerveza. Hasta entonces, justo es confesarlo, el señor Izaguirre había estado en extremo deferente; pero no se había manifestado en él aquel carácter franco y comunicativo, propio de los marinos; había sido el técnico que, con gran claridad, nos iba explicando los trabajos que en el Arsenal se hacían, en una palabra, el Comandante, el Jefe del establecimiento.

Ahora, en su despacho, empezó a ser más comunicativo, más jovial. Me manifestó que conocía España, pues había pasado en ella una temporada a su paso para Alemania, donde había ido comisionado por el Gobierno de México para visitar y estudiar, no sólo los Arsenales, sino también los grandes Astilleros y Centros dedicados a la construcción y reparación de buques.

Me hablaba Izaguirre de Madrid, de aquel pueblo simpático y alegre como ninguno, donde le habían tratado con el cariño más grande y en Madrid había dejado amigos muy estimados.

Muchos periodistas españoles, compañeros míos muy queridos, había tratado en su viaje, entre ellos al bizarro militar, Marqués de Polavieja, Director de "La Nación", a quien le une gran amistad. En Alemania intimó mucho con Javier Bueno, periodista formidable, el único cronista de la guerra europea que no ha fraca-

sado y cuyas crónicas son tan leídas y buscadas en el mundo entero. Quiero saber por Izaguirre el estado de Alemania; pero éste me ruega que le dispense y que no hablemos de ello. Mi cargo, dependiente del Gobierno —dice—, me impone el deber de ser neutral, y yo los deberes los cumplo religiosamente." Solo me comunica que Alemania es un país de una virilidad inconcebible, imposible de destruír y para el objeto que él buscaba en su viaje, había tenido muchas cosas que admirar y que estudiar. Pido mil perdones por la indiscreción y continuamos hablando del Arsenal.

Con muchas dificultades se tropieza hoy en el mundo entero para la adquisición de los materiales necesarios en la clase de obras que en los Arsenales se realizan, así es que nada me extrañó las que los dignos Jefes del de Veracruz me explicaban tenían que vencer para adquirirlos, como tampoco me había extrañado, al recorrer los almacenes, observar la escasez de materiales que había en depósito. Quise conocer muy especialmente la forma en que llevaban la Administración del Arsenal, como se hacían las compras, etc., etc.

Con gran diligencia fué satisfecha mi curiosidad, y en este asunto ya llevaron la palabra otros Jefes del Arsenal. Las compras de dichos materiales tienen que hacerlas en la plaza de Veracruz, pues la guerra europea les imposibilita de hacerlo en otra parte y claro está que aquí son preferidas aquellas casas que las ofrecen en mejores condiciones, es decir, cotizan precios más baratos. El Guardalmacén es el *único* que interviene en estas; claro está que cuando desempeña este cargo es porque goza de la plena y absoluta confianza de la Secretaría de Guerra, quien está muy al tanto de todo cuanto ocurre en el Arsenal.

El Guardalmacén es, pues, quien pide precios a todas las casas vendedoras. Después de estudiar, comparar los precios, clases y demás condiciones, compra donde más barato le venden, guardando, para que no haya quejas y para poder demostrar siempre que no tiene

preferencias por nadie, las ofertas que le hacen y los precios que le dan en los establecimientos.

Tampoco el Guardalmacén puede hacer las compras a capricho: para esto es necesario que el Maestro del taller de materiales presente el pedido: que éste lleve el *conforme* del Jefe de talleres; el *cónstame* del Jefe del Detall, el *visto bueno* del Comandante y con estos requisitos se procede a la adquisición. Entonces, después de haber sido sometida aquella nota del Maestro de taller en la que manifiesta la necesidad que tiene de material para seguir la obra a él encomendada, a una fiscalización grande, es cuando empieza el concurso, llamémosle así, para su adquisición; entonces es cuando el Guardalmacén llama a los comerciantes, les pide precios y adquiere los materiales que se necesitan.

Ya comprados éstos, empieza otro laberinto de firmas, de investigaciones y de fiscalización previsora. Cuando los llevan al Arsenal, toma nota detallada de ellos el Oficial de Guardia, quien rinde diariamente al señor Comandante una relación firmada de los que han entrado y salido en el Arsenal; los recibe al Guardalmacén; éste le da entrada en en los libros que se llevan en el establecimiento y van después al taller, previo recibo que da el Maestro, recibo que ha de volver a pasar por todos los trámites que hubo de tener cuando hizo el pedido.

No pueden pedirse ni tomarse más precauciones, ni es posible someter a una escrupulosidad y vigilancia mayores, cuántas operaciones se hacen.

Relato a mis lectores estas cosas tan minuciosamente, porque realmente son curiosas y porque en general, aquí como en todas partes, se cree que los establecimientos administrados por los Gobiernos, no son los mejor vigilados ni en los que más se observan las reglas y precauciones a que ha de estar sometida toda administración recta y honrada.

De la Dirección del Arsenal Nacional de Veracruz nada he de decir; por la lectura de los capítulos que he

dedicado a este establecimiento, habrán podido deducir mis lectores cuál es. Con la independencia que siempre tuve, he de manifestarles que no puede pedirse más: inteligencia, ilustración y conocimientos técnicos poco comunes; organización y disciplina rígidas; administración honrada y laboriosa; higiene y limpieza cuidadísimas; relaciones entre jefes y obreros, cordiales: todo esto hay en el Arsenal Nacional de Veracruz, todo esto bajo la Dirección, bajo el mando, la vigilancia y el cuidado del señor Comandante, Capitán de Navío don Luis G. de Izaguirre, secundado y auxiliado por el inteligente marino, muy conocedor de estos asuntos, don Tristán Canales; por el Jefe de Talleres, don Pedro Cassou; por el Jefe del Detall, don José C. Santos, joven muy competente y probo, y por otros oficiales, maestros y jefes, cuyos nombres siento no recordar. A todos envío la expresión de mi agradecimiento por sus bondades, y de todos conservaré siempre un grato recuerdo.

LOS PARTIDARIOS DE FELIX DIAZ SOLO BUSCAN DINERO

LOS PARTIDARIOS DE FELIX DIAZ SOLO BUSCAN DINERO

Otra vez las hordas que manda el general Félix Díaz han vuelto a cometer nuevos atentados de salvajismo.

El pueblo de Veracruz, verderamente consternado, ha visto por sus calles el cortejo fúnebre que acompañaba los restos de Eduardo Torres, honrado obrero, quien no queriendo imitar a los que del bandolerismo viven, ganaba con el sudor glorioso de su frente el pan que había de alimentar a su familia y aumentar la santa alegría que reina en los hogares donde al trabajo se rinde culto. Eduardo Torres era maquinista en uno de los trenes últimamente descarrilados por los rebeldes, quien murió aplastado por la locomotora que conducía. "Para volar el tren, para hacerle descarrilar, basta un hombre, es decir, una fiera." Esto decía hace pocos días el General Heriberto Jara. Más que fieras son todavía los que cometen estos actos de salvajismo: las fieras cuando son acosadas y perseguidas, cuando están acometidas por el hambre, dan la cara y se defienden: hay en ellas un gesto valeroso. Los hombres que acaudilla Félix Díaz ni este gesto tienen.

Perseguidos por las fuerzas eales, acosados por el hambre, no tienen valor más que para colocar dinamita en las vías férreas, a fin de hacer volar los trenes y atar los rieles con cuerdas que miden muchos metros, para

desde lejos, desde muy lejos, donde no haya peligro alguno, separarlos y hacer descarrilar las locomotoras, aplastando debajo a los infelices obreros que las conducen. Esa es su obra: esa es su valentía.

¿Qué pretenden con esto? Dos cosas, a mi modo de entender, al parecer distintas, pero una sola verdadera. Los de aquí, los autores materiales y sus cómplices y jefes, sembrar la alarma y robar. Atormentados por el hambre, desmoralizados, sin tener quien les preste auxilio ni alimento alguno, asaltan los trenes para conseguirlo y compartir con los jefes, que a muy larga distancia les vigilan y esperan, el producto de sus raterías.

Los de allá, los que en el extranjero se encuentran, haciendo la criminal labor de desacreditar a la gran República Mexicana, diciendo y propagando que el Gobierno actual la tiene desvastada y en plena anarquía: los que aseguran que Félix Díaz tiene en su poder los Estados de Veracruz, Chiapas y Morelos y que es dueño absoluto de los ferrocarriles, estos quieren engañar incautos, conseguir empréstitos de dinero para sostener las célebres juntas revolucionarias, de opereta bufa, que sostienen en Cuba y en Nueva York, asegurando que van a comprar fusiles y municiones y enviar auxilios a los MUCHOS MILES DE HOMBRES que para defender la causa sostienen; fusiles, municiones y auxilios que se quedan reducidos a paquetes de manifiestos y proclamas alentadoras, como las que recibieron días pasados. Esto es lo que pretenden y para conseguirlo, los de allá pisotean, rebajan y desacreditan a su patria en el extranjero, y los de aquí causan víctimas inocentes, haciendo descarrilar trenes, desde larga distancia, aprovechando la obscuridad de la noche o lo accidentado del terreno. En el programa publicado en el primer capítulo de este libro decía: "Mis lectores me piden la verdad de lo que pasa en México y a buscarla voy y para ello no he de reparar en sacrificios."

Honradamente he de declarar que no me he separa-

do un sólo momento de ella ni de el camino que me trazaron aquellos que me leían.

Si no ha sido así, un favor grande me hará quien me lo advierta y me lo demuestre; pero no con anónimos y amenazas ridículas, que esto es otra prueba de cobardía, sino con la discusión, serena y tranquila, de la que jamás huyo.

EL PROGRAMA DE FELIX DIAZ:
PAZ Y JUSTICIA, REORGANIZACION NACIONAL,
SOLO ES EL PABELLON PARA
CUBRIR INFAMIAS

EL PROGRAMA DE FELIX DIAZ:
PAZ Y JUSTICIA, REORGANIZACION NACIONAL,
SOLO ES EL PABELLON PARA
CUBRIR INFAMIAS.

PAZ Y JUSTICIA. (1)

I.

Recibo una respetuosa carta en la que se me dice:

"LOS QUE LUCHAMOS A LAS ORDENES DEL GENERAL FÉLIX DÍAZ, NO SOMOS HORDAS SALVAJES Y BANDOLEROS, COMO USTED NOS CALIFICA, SINO PATRIOTAS QUE DEFENDEMOS UN PROGRAMA SINTETIZADO EN ESTAS PALABRAS: "PAZ Y JUSTICIA." "REORGANIZACION NACIONAL," QUE ESCRITAS ESTÁN EN LA BANDERA POR LA QUE PELEAMOS."

A mi honor y caballerosidad se entrega el firmante de esta carta; puede estar bien seguro de que no habrá fuerza humana que a ellos me haga faltar. Pero vamos a estudiar, sin prevenciones y sin apasionamientos, si lo que se dice en el párrafo de la carta, antes copiado, es cierto, es decir, si los que luchan y pelean al lado de Félix Díaz, son patriotas que defienden la Paz y la Justicia

---

(1) *Estos artículos fueron publicados en el importante periódico "El Dictamen" de Veracruz, habiendo ordenado la Autoridad militar de aquel Estado, hacer una tirada de diez mil ejemplares que fueron repartidos profusamente en toda la República.*

y buscan la Reorganización Nacional, o son "hordas salvajes y bandoleros" que han tomado ese lema, escrito en la bandera a la sombra de la cual pelean, como pabellón para cubrir los actos de barbarie que cometen y el robo y el pillaje a que se entregan.

Paz y Justicia; palabras hermosas y consoladoras; pero puestas en labios de los que aprovechando las sombras de la noche, colocan bombas y hacen volar trenes de pasajeros, a quienes maltratan y roban después, son una blasfemia y un espejuelo para cazar incautos. Porque no se puede buscar la paz cometiendo actos como los que, con harta frecuencia, realizan los rebeldes que acaudilla Félix Díaz; no se busca la paz haciendo descarrilar trenes, robando todo aquello que encuentran a su paso. No pueden restablecer la Justicia los que están en acecho para caer, cuando ven la ocasión oportuna, sobre infelices trabajadores que no luchan por otra idea, que no han cometido otro delito, ni tienen otra bandera, que ganar con el sudor de sus frentes, trabajando en la composición y reparación de las vías férreas, el jornal que ha de servir para llevar a sus hogares el sustento de sus familias, siendo asesinados villanamente en esta ocupación por los rebeldes, aprovechando la superioridad del número, llevando armas y municiones, mientras que aquellos infelices obreros no tienen en sus manos otras armas de defensa que las herramientas del trabajo, siendo sorprendidos cuando con ellas están inclinados sobre la tierra, cumpliendo el deber santo que aquel jornal les impone. Esto han hecho y esto hacen, siempre que pueden, los rebeldes que manda Félix Díaz, y así no se defiende la paz, ni se implanta la Justicia.

Pero no es esta sola la labor que realizan los rebeldes que siguen a este caudillo y a quien él llama sus soldados, sino que asaltan los ranchos robando a sus dueños, no menos infelices que los otros, todo cuanto poseen; quitándole sus ganados, quemándoles sus cosechas y obligándolos después a que abandonen los seres queridos y los campos donde trabajan y que habían regado

con el sudor de sus cuerpos, para hacerlos fértiles y para que les produjeran lo necesario para sí y sus familias, obligándolos a incorporarse en sus filas y maltratándolos si es que se niegan a ayudarlos en la vida de bandolerismo a que ellos se entregan.

Con esto consiguen que los campos vayan quedando desiertos y la agricultura, principal fuente de riqueza de este país, esté abandonada, pues los trabajadores que a ella se dedicaban huyen despavoridos, dejando aquellas tierras que tantas privaciones les había costado conseguir, y se dirigen a las poblaciones donde les espera el hambre y la miseria por la abundancia de brazos y la falta de trabajo.

Y estos no son casos aislados, si así fueran ni siquiera los nombraría, sino que lo hacen siempre que para ello se les presenta ocasión propicia, pasando días y noches en acecho para caer sobre víctimas inocentes y cometer con ellas, si es que intentan defenderse, toda clase de vejaciones.

No hace muchos días hablaba yo con el ex-secretario particular de un llamado general de división de las fuerzas rebeldes, cuyo nombre pongo a la disposición del firmante de la carta, quien me decía cómo eran maltratados los infelices a quienes les hacían tomar las armas, si-no se prestaban a cometer las mismas acciones que ellos realizaban y me enseñaba la herida a él causada, sólo por el hecho de censurar los actos de bandolerismo que a diario cometían los rebeldes a quienes acaudilla y manda Félix Díaz.

Estos y otros muchos atentados cometidos con indefensas mujeres y que no me atrevo a publicar, por respeto a mis lectores, son los hechos realizados por esos miserables a quienes enfáticamente llaman sus soldados los partidarios de este general. De ello tengo pruebas completas y por eso los califiqué de hordas salvajes y de bandoleros.

No conozco una sola acción digna, un solo hecho noble y generoso que justifique su condición de "patriotas y

defensores del programa sintetizado en las palabras "Paz y Justicia," de que habla mi comunicante. Si los han realizado y ocultos los tienen, yo le pido que me los comuniquen, y con la independencia bravía que siempre fué el lema de mis escritos, los publicaré para darlos a conocer.

¿Habrán hecho algo en defensa de la "Reorganización Nacional" que constituye la segunda parte de su programa?

En el próximo capítulo lo veremos.

———

EL PROGRAMA DE FELIX DIAZ:
PAZ Y JUSTICIA, REORGANIZACION NACIONAL,
SOLO ES EL PABELLON PARA
CUBRIR INFAMIAS.

REORGANIZACION NACIONAL.

II.

El general Félix Díaz, como militar, aún lleva en su hoja de servicios las palabras "valor se le supone", sin que haya podido substituírlas por las de "valor probado", y como político, estadista y gobernante, no puede alardear de otros títulos que apellidarse Díaz y ser sobrino del que durante muchos años fué Presidente de la Repúbica Mexicana, don Porfirio Díaz.

Félix Díaz en el terreno particular, todos me aseguran que es un infeliz, casí un inconsciente, a quien con gran facilidad se le engaña y mucho más halagando su flaco, es decir, la monomanía de grandeza que lo domina.

Los que ahora se llaman sus amigos, que son todos aquellos ambiciosos y descontentos que no han podido saciar sus apetitos de oro y de venganzas, conociendo aquella debilidad, la explotan y alientan. Engañan a Félix Díaz haciéndole creer que el pueblo está muy descontento con el Gobierno Constitucionalista; que Don Venustiano Carranza, Presidente de la República Mexicana, tiene ya preparada la manera de escaparse del país

y que ese mismo pueblo en masa, ha vuelto los ojos hacia Díaz a quien considera el único salvador y le llama para aclamarle.

Félix Díaz, inocente como un niño, los cree y ya se considera Presidente de la República y Generalísimo de los Ejércitos mexicanos. Con su imaginación desequilibrada, oye los aplausos de las multitudes y pidiendo el uniforme lleno de galones que siempre tiene preparado, abandona el hogar, las comodidades y se lanza al campo donde le espera una realidad triste y desconsoladora.

Ya han triunfado sus amigos: ya tienen un Díaz que levante la bandera de rebelión; ya pueden ellos saciar sus apetitos de oro y de venganza, unos en el país, asaltando trenes, desbalijando ranchos y robando cuanto encuentran a su paso, y los otros, allá, en el extranjero, formando juntas, tramando conspiraciones ridículas, gestionando empréstitos, sacando dinero, dando como garantía concesiones para cuando sean poder y llevando una vida regalada y tranquila, mientras que su caudillo, de quien se burlan, anda haciendo el ridículo, con sesenta generales y cuatro soldados, huído por esos montes, enarbolando una bandera que lleva escrito este lema: PAZ Y JUSTICIA.—REORGANIZACION NACIONAL. Ya, dije en el capítulo anterior, como defienden la Paz y como implantan y administran Justicia, los que a esa bandera siguen: ahora verán mis lectores como trabajan, estudian y laboran por la Reorganización Nacional.

Es absolutamente cierto que en todo el Estado de Veracruz no encuentran las fuerzas Constitucionalistas con quien pelear. Días y días en el monte, haciendo marchas increíbles y lo más que hasta ahora han conseguido, después de hacer esfuerzos inauditos, ha sido ver grupos de hombres que corren gritando e insultando como mujerzuelas y sorprender pequeñas partidas, teniendo que valerse para ello de mil estratagemas; partidas, que al ver llegar al enemigo, huyen, abandonando hasta los zapatos. La labor de los rebeldes aquí es robar, des-

truír: a esto dedican todas sus actividades y toda su inteligencia.

Yo quisiera tener, para darla a conocer, la estadística completa de las locomotoras y carros de tren destruídos por los rebeldes y cuanto se habrá de pagar por ellos: curioso sería también conocer a qué cantidades se eleva lo gastado en material y jornales para la reconstrucción de puentes y vías de ferrocarril por los rebeldes destrozados. Seguramente importa todo ello muchos millones de pesos, millones de pesos que no ha de pagar el señor Carranza, a quien ellos tanto odian, ni los Ministros que forman su Gobierno, sino que lo ha de pagar la Nación, lo ha de pagar la Patria.

No sería menos curioso conocer los millones y millones de pesos perdidos por la suspensión del movimiento ferroviario que estas destrucciones habran ocasionado: la paralización de industrias que ha llevado consigo, la no creación de otras; la huída de los negocios, cosas todas que pueden perjudicar en algo a los particulares, pero a quien perjudican grandemente es a la Nación, es a México, a quien ellos aseguran que aman y cuya Reorganización Nacional sarcásticamente dicen que buscan.

Pero no es esto sólo: estudiemos la agricultura y la ganadería, principales riquezas de este país, y las encontramos completamente abandonadas y muertas. La labor de los rebeldes ha sido saquear los ranchos, destruír las cosechas, quemar casas y tierras, matar animales, apoderarse del ganado caballar y hacer huír, rendidos por tanta persecusión y desventura, a todos aquellos que al cultivo de las tierras y al fomento de la ganadería se dedicaban, obligándolos a refugiarse en las ciudades que están congestionadas de gentes, a quienes no pueden sostener.

Y no hablemos de la minas, de los pozos de petróleo, verdaderos tesoros que guardan las tierras mexicanas y que no se le pueden arrancar por la intranquilidad que reina en el país, intranquilidad que lleva consigo la huí-del capital, siempre miedoso, mientras que los pobres

obreros, el pueblo trabajador y honrado, se muere de hambre por no tener donde emplear sus energías físicas, teniendo que emigrar a otras naciones donde se les dé el trabajo de que aquí carecen.

Miles, millones de pérdidas para la Nación que no se explica uno como puede sostenerse, haciendo los rebeldes mismos la apología más grande del Gobierno, hoy al frente de ella, a quien tratan de desacreditar, pues milagrosa es la labor que está realizando. Esta es la obra de Reorganización Nacional, esta es la labor que realizan Félix Díaz y sus secuaces, y para esta obra criminal y antipatriótica, han gestionado y conseguido empréstitos de dinero en el extranjero, precisamente en un país que ha sido toda la vida el enemigo más grande y solapado de la gran República Mexicana, a quien más de una vez ha querido pisotear.

No quiero seguir haciendo consideraciones sobre esto: me llevarían muy lejos y a terreno peligroso. Por eso el pueblo que está presenciando estos hechos y cuyas consecuencias está pagando y sufriendo, no puede seguir a Félix Díaz, a quien mira con horror y desprecio.

Todas las Revoluciones que tienen ideales nobles y levantados, han consegido aumentar sus partidarios: el triunfo de ellas ha estado siempre en sostenerse, para que el pueblo vaya conociendo su programa y conociéndole le defienda; pero esta no: la rebelión de Félix Díaz lejos de sumar partidarios, todos los días disminuye: no tiene a su lado más que los aspirantes a vivir sin trabajar y algunos infelices que, a la fuerza, los obligan a seguirlos. Por otra parte, este mismo pueblo ve que el Primer Magistrado de la Nación, el señor don Venustiano Carranza y su Gobierno, a quienes los rebeldes combaten y odian, hacen esfuerzos sobrehumanos por salvar a la Nación: vé cómo van sorteando las muchas y grandes dificultades que cada día se suscitan y complican: admira la tenacidad y resistencia que emplean para defender la situación económica, difícil y grave, sin contraer obligaciones y compromisos con otras países, te-

niendo muy especial cuidado en no aceptar apoyo ni ayuda de aquel cuyos fines y cuyas intenciones todo buen mexicano conoce y detesta. Paz y Justicia: Reorganización Nacional; este dicen que es el programa de los felicistas: este lema llevan escrito en su bandera; pero todo ello no es más que el pabellón con que tratan de cubrir la labor de odios y de injusticias, de destrucción nacional que vienen realizando.

Vea el autor de la carta, a mí enviada, quien de los dos tiene razón y, con la mano puesta sobre su conciencia, diga si están justificados los calificativos de "salvajes y bandoleros" aplicados por mí a Féliz Díaz y sus partidarios. Piense sobre esto mi comunicante; medítenlo todos los que a Félix Díaz siguen y si son de buena fé, si son patriotas, abandonen esa bandera que es enemiga, no de Carranza y de su Gobierno, sino de México, país rico, noble y generoso. Dejen a un lado rencillas personales, odios y rencores; únanse todos los mexicanos para salvar el país que atraviesa uno de los momentos más críticos y graves de su historia.

CARTAS DEL TENIENTE CORONEL JUAN RODRIGUEZ CLARA A "EL CONDE DE FOX."

"EL CONDE DE FOX" CONTESTA.

CARTA
DEL TENIENTE CORONEL
JUAN RODRIGUEZ CLARA. (1)

H. Veracruz, Ver., febrero de 1918.—Sr. D. Maximino Valdés, "Conde de Fox".—Presente.

Querido Conde:

Permitidme que os salude por la prensa pública y que os felicite calurosamente por vuestros limpios y atinados artículos. Ellos han despertado ansiedad pública, y los reaccionarios de México sufren mucho al oír que alguien, imparcial, viene difundiendo la VERDAD. Ese alguien sois vos, que manejáis la crónica como el buen herrero maneja su martillo.

Siento mucho, Conde, que hayáis pisado el suelo de mi Patria en momentos de grande agitación, en horas trágicas y de luto para las sociedades mexicanas, cuando solamente unos pocos pueden preocuparse de las cuestiones sociales, materia de vuestros estudios. Los que aquí vivimos cruzamos una etapa llena de incidentes a cual más consternadores. El espíritu de las masas, inquieto por estas turbulencias del medio, no puede prestarse a las dulzuras de la enseñanza escrita.

Los entusiasmados por el triunfo de la Educación General, vegetamos dentro del terreno de la política o

---

(1) *No quiero privar a los lectores, de estas importantes cartas publicadas en "El Dictamen" de Veracruz.*

en el de las armas. Unos, buscando la consolidación del Gobierno surgido de la Revolución Constitucionalista, y otros, entorpeciendo en algún modo esta labor de la buena fe (tal como vos lo observáis).

En las librerías no hay clientela porque ninguno lee y ya vos sabéis el concepto que se tiene de quien nunca hojea los libros. Es cierto que la Europa entera vegeta en peor estado; pero nada me importa a mí que mi vecino se embriague o viva mal; el interés en mí es vivir bien y no como el vecino, ¿verdad?.

Aquí, quienes debían ayudarnos a resolver nuestras cuestiones, no lo hacen: ¿por qué?, porque viven en el laberinto de los NEGOCIOS; son los pescadores de este río revuelto.

Los que debían permanecer quietos y callados, esos mal agradecidos, tras de bastidores, como se dice, atisban y musitan armando intrigas para obstaculizar la obra del Gobierno general que tanto ha luchado por asegurar la Libertad y la Justicia, que con sacrificios cruentos hemos conquistado.

Comerciantes y "coyotes" fabrican nuestra existencia. De ellos dependemos. ¿Qué importa el delito, la consumación del crimen, ni la confirmación de la frase del señor General Jara: "que para volar un tren sólo se necesita un hombre"? ¡NADA!

Negociemos, plagiemos, matemos sin cesar, que la humanidad entera está desequilibrada. Son causas naturales; son revoluciones solares; el eje del plano del planeta está inclinado y de ahí las cuatro Estaciones; de ahí que el hombre es desgraciado.

"En la escuela de la guerra de la vida sólo los aptos triunfan y lo que no nos hace morir, nos hace más fuertes". Pues seamos aptos; ¿qué se necesita para serlo? ¡Nada! Sólo una cosa: ser malos. Ser buenos, ¿para qué? Quíen se presenta de miel es comido por las hormigas.

Nos decís que de nuestros soldados sólo se ha dicho sus defectos, y que se olvidan sus virtudes. Pero,

¿qué voz no escucha que sólo en el fangal de lo malo se puede vivir y que nadie saluda a la virtud? Un reaccionario grita: "los carrancistas, los come-vacas, los roba-gallinas", etc. Ellos, los que militan con el menguado Félix Díaz, no comen vacas, ni gallinas, ni tumban trenes, ni intrigan. Son angelitos que vuelan en una atmósfera de luz y de perfume, al aliento de célicas melodías. ¡Ya lo creo!

Queréis vos que se doctrine. Queréis vos que se enseñe el camino de la Redención al obrero. Hemos hecho cuanto humanamente hemos podido. Empuñamos la pluma y hemos corrido al rifle para asegurar nuestra condición de hombres libres. ¿Veis vos que algo se ha hecho? Enseñar el camino por donde se encuentra la Libertad y la Justicia, es mucho enseñar, ¿no es así?

Pues eso ha hecho la Revolución Constitucionalista. Eso seguimos haciendo, aunque de prisa, los que no tenemos odio a nadie, los que buscamos la armonía para asegurar nuestra paz orgánica y luego elevar himnos de gloria y de amor AL TRABAJO.

Recoged vos estas impresiones y mirad que, aunque un tanto calenturientas, os llevan el afectuoso saludo de quien bien os estima.

JUAN RODRIGUEZ CLARA.

CARTA DE "EL CONDE DE FOX"

Los lectores de este libro habrán saboreado la admirable carta que desde las columnas de EL DICTAMEN me envió el señor Juan Rodríguez Clara, Jefe de Estado Mayor del general Heriberto Jara.

En ella después de dedicarme alabanzas que no merezco y frases de cariño que jamás olvidaré, hace la justicia de proclamar que la labor por mí realizada, desde que llegué a estas hospitalarias ricas tierras mexicanas, ha sido imparcial y que solo he buscado difundir la verdad.

Dicho esto, el señor Rodríguez Clara hace consideraciones tan atinadas y luminosas sobre la situación de México, que el estudio de ellas ha de ser tema para escribir algunos capítulos de este libro.

El señor Rodríguez Clara, me habla en su carta de "las horas trágicas y de luto por que atraviesa el pueblo mexicano en los actuales momentos" y todo ello está escrito con una tristeza y amargura, que bien claramente indican la situación de ánimo que domina al militar que luchó bravamente, con las armas en la mano, defendiendo las ideas que antes le habían tenido prisionero en las mazmorras de Ulúa.

¿A qué se debe esta amargura y tristeza? Bien claramente lo expresa el ilustre periodista y sociólogo. Los que aquí vivimos—dice—"cruzamos una etapa llena de incidentes a cual más consternadores. El espíritu de las masas, inquieto por estas turbulencias del medio, no puede prestarse a las dulzuras de la enseñanza escrita."

El señor Rodríguez Clara, quiere ver a su pueblo, a este pueblo por cuyos derechos tanto y tan bravamente peleó, abandonar para siempre las luchas a que viene entregado; "quiere buscar la armonía para asegurar la paz"; quiere curarle de esa locura de sangre que le tiene contagiado: quiere que cesen los odios y los rencores: quiere que abandone las armas para que "pueda prestarse a las dulzuras de la enseñanza escrita" y me pide que recoja yo sus impresiones. ¿Para qué? ¿Para ayudarle en esta labor regeneradora y santa?.

Pues a complacerle voy, porque al hacerlo, cumplo el deber que todo periodista tiene. Una cosa siento y es que mi pluma no responda a lo que la voluntad quiere; pero educada ésta en aras del cumplimiento del deber y a contribución he de ponerla para estudiar las ideas atinadas y luminosas que el señor Rodríguez Clara indica, como programa, en la carta que me dirige y que tanto he agradecido.

SEGUNDA CARTA
DEL TENIENTE CORONEL
JUAN RODRIGUEZ CLARA.

Hecha en la H. Veracruz, febrero de 1918.

Sr. don Maximino Valdés, "Conde de Fox".

Presente.

Querido Conde:

Después de oír como responde usted mi salutación del día 8 del actual, debo decirle que si pudiera darle un libro por una carta, lo haría con todo gusto; pero ya que mi pobre pluma se resigna con la prohibición de penetrar esos mundos de la literatura, me consuelo con proporcionarle datos que, aunque vagos y desconocidos, haré por reunirlos en un sólo haz y presentarlos a usted como la expresión concreta de mis afanes y demás inquietudes, por el tan suspirado triunfo de la verdad en México, mi Patria amada, que, débil y enferma hoy, languidece con los sufrimientos que unos cuantos malos hijos le prodigan.

No está usted para saberlo, porque, con verdad, las riñas y las cuestiones de nuestra casa, sólo nosotros los mexicanos debemos conocerlas para solucionarlas, y después, para hacer porque jamás surjan; pero el caso es, mi buen amigo, que en el concierto de las Naciones, pocos Estados como el de México registran una historia tan luctuosa y llena de episodios inusitados; brillante, es verdad, por sus laureados filósofos y poetas, por sus genios guerreros, y, en una palabra, por sus lucideces li-

terarias; pero triste, triste...... Aquí hemos vivido en contínuo pleito desde que tuvimos un Gobierno. ¿A qué se debe ello? Es lo que quiero penetrar, es lo que quisiera saber. Las enseñanzas históricas nos dicen que nuestros antiguos Reyes fueron conquistadores y guerreros, obedecían a un carácter receloso y apasionado, lleno de egoísmos; aunque a veces amantes del trabajo, del lujo y de la grandeza, pues que no de otro modo puede explicarse que don Hernando Cortés se hubiese hallado con una Tenoxtitlán de quinientas mil almas viviendo en sólida y armoniosa sociedad, contando con escuelas, museos, templos, campos deportivos y creo que leyes escritas bien estatuídas. Pero resultó que después de la ocupación de esa hermosa capital, por los españoles conquistadores, vino un fenómeno grande: la fusión de las razas y por razones de temperamento, de medios de vida, de mezcla de sangre y de otras circunstancias que la psicología debe enumerar, se formó en el mexicano un carácter de tendencias notablemente originales. La raza india fué abatida y humillada, esclavizada en los campos, para mejor decir, y los criollos, producto de la fusión de ambas sangres, un tanto emancipados o despiertos, cargaron con la industria y con el comercio donde agotan sus energías.

Vea usted, estimado Conde, cuán diversas debían ser las ideas y los sentimientos de una y otra clase trabajadora, bajo la presión de una llamada aristocracia compuesta de acaudalados y poderosos improductivos.

Al escribirle esto, parto desde que la España sentó sus reales en esta rica y anchurosa tierra, ¿me oye usted?. Luego que fuímos independientes, estas tres corrientes poderosas fueron las mismas y muchos de nuestros hombres que pensaron reformar y arrancar de cuajo tal situación, cayeron por atavismo, o por la fuerza del medio, en una condición difícil y delicada. Hablo aquí de los patriotas que han levantado su voz para derrocar tiranos y acabar con el poderío de esa aristocracia del dinero que acabo de señalarle. Revoluciones tras

revoluciones se han sucedido en un siglo de independencia, y las cosas se han manifestado iguales. Sólo en 1910, el pueblo en masa, es decir, obreros del campo y obreros del taller, corrieron a las armas los unos y al club y a la tribuna los otros, tratando de cambiar radicalmente su situación de parias y de expoliados. Se pronunció la palabra LIBERTAD, y fué una onda eléctrica aquel enorme grito de redención. Después.......sólo la suerte sabe cuanto hemos luchado y cuanto hemos sufrido, combatiendo a la asechanza, a la perfidia y la ambición de un reducido grupo que aún pugna por resucitar sus fueros (los reaccionarios); pero cuya presencia no permitirá el pueblo sufrido trabajador, bajo ninguna y por ningún concepto.

En esta hora ha venido usted a mi Patria y presencia nuestra situación. ¿Qué mira usted......? Campos vastos como mares, ricos y caudalosos ríos, poco explotados; inteligencias vivas, movidas por radio estrecho: profesionales, escritores y periodistas, atados a la venalidad unos, encenegados en el vicio otros, y pocos, muy pocos, en la senda del deber, que, por lo escabrosa, los hace claudicar alguna vez. La mujer, abandonada y sumida en la ignorancia, cargando con los clavos y las cruces de las preocupaciones sociales y religiosas; ancianos trémulos combatiendo el reaccionarismo y los hogares sombrosos, llenos de luto y desolación. La Escuela, el Campo, la Fábrica y el Taller, funcionando con energías de anemia.

Me dirá usted a todo esto que las Naciones Aliadas y los Poderes Centrales se retuercen en el momento con las propias trágicas convulsiones; que la misma España gime hambrienta, desesperada y que también se palpa con los ojos el fantasma de la ignorancia, la absorción de unos cuantos y la miseria de muchos; porque si es verdad que existe la libertad del pensamiento, tan sagrada, vive con holgura la esclavitud de la conciencia y el ogro del monopolio, bate a sus anchas, sus satánicas alas. Sí; pero lo que yo quiero precisar en esta carta es que

mi México, si sufre los horrores de la guerra, es debido a que, por herencia o por atavismo, unos cuantos infames quieren con la fuerza bruta oponerse a la fuerza del derecho y levantar un muro infranqueable a nuestras aspiraciones y a nuestras esperanzas de emancipación; que para evitarlo necesitamos hombres inquebrantables y doctos que ni a los otros hombres ni a las situaciones rehuyan o tengan miedo; que fiados en la grandeza de sus ideales de Justicia con un gesto de soberbia se encaren al propio destino. Esos hombres los tiene la Revolución Constitucionalista que usted presencia y durante su estancia en México podrá conocerlos y darlos a conocer; porque, en mi concepto, creo que la Europa no conoce bien nuestra situación, principalmente el pueblo obrero de aquellas gloriosas y enlutadas naciones. Parece que en aquellos pueblos se nos juzga como tribus nómadas, vegetando en un estado de salvajismo completo, y ya ve usted, querido Conde, que no es así. Que aquí también, y en la América entera, llévelo como cierto, hay un amor inmenso a la Justicia y a la Libertad y se alimentan sueños de redención mundial. Nuestros trabajadores han hecho la Revolución Constitucionalista.....y si aún no disfrutan los beneficios de este movimiento Político-Social emancipador, es porque aún no terminamos del todo esta obra gigantesca. Pero el programa que siguen nuestros directores intelectuales, es amplísimo y sencillo, donde convergen y caben todas las aspiraciones nacionales, siendo los primeros números de este programa, el problema de Las Tierras, el de la Escuela, la Emancipación de la mujer y la Reglamentación del Trabajo. Queremos utilizar y hacer producir todos los miles de millares de acres de terreno inculto que poseemos. Queremos ver a nuestros indios y a nuestros rancheros con el libro y el periódico en la mano tras del arado. Deseamos que esa fiel compañera, esa bella hermana que se llama La Mujer, sea bien considerada a través de su sangrienta historia y de todos los siglos quer lleva de gemir bajo la tiranía absoluta del hombe. De -

seamos, en suma, que nuestras energías no se agoten en ejercicios de salvajismo, ni que sean explotadas por la ambición del capitalismo tacaño y devorador. Queremos un completo equilibrio en todos los órdenes de la vida para poder vivir y no vegetar.

Ya ve usted mis juicios, a grandes rasgos, del origen y causa de nuestras luchas; ya ve usted nuestra orientación, nuestros anhelos y nuestras amarguras. Cuando usted complete sus indagaciones, y si concuerdan con las mías, difunda estas por el mundo, saludando con ellas a mis hemanos los obreros de España.

Soy de usted, querido Conde, afmo. amigo,

JUAN RODRIGUEZ CLARA.

JUSTICIA MILITAR.

TERCERA CARTA

DEL TENIENTE CORONEL

JUAN RODRIGUEZ CLARA.

PARA "EL CONDE DE FOX".

Los elementos que forman parte de esa Institución, no siempre todo lo respetada que debía ser como lo es en todos los países civilizados del Orbe y que se llama Ejército, están tan habituados en nuestra Patria a escuchar a cada paso el insulto procaz, la acusación infundada y mendaz, la calumnia y la diatriba, por parte de esa clase morbosa de la sociedad que quiere tener predominio en todos los asuntos públicos, valiéndose de la intriga primero, del complot después, y por último de la asonada; es tan común entre nosotros criticar acremente y censurar; sin motivo ni razón, todos los actos que emanan de las autoridades y especialmente los que ejecutan los miembros de nuestro Ejército Nacional, que cuando surge, como ahora, una voz, o mejor dicho, un clamor de voces que reclama Justicia y pide que esa Justicia se la impartan los Tribunales Militares, no queremos dar crédito a nuestros oídos y dudamos mucho de la sinceridad de esa petición de Justicia. En efecto. ¿cómo pueden impartir Justicia aquellos que, según el dicho de sus enemigos y detractores, la escarnecen a cada paso......? ¿Cómo pueden hacer que se respete la Ley, aquellos que, según la Prensa procaz y chantagis-

ta, violan impunemente y la atropellan y la pisotean con la mayor iniquidad......? ¿Cómo pueden hacer recta y pronta Justicia esa horda de hombres sin conciencia ni moralidad que roban, asesinan y violan, según reputan al Ejército los extraviados que creen todavía en el advenimiento de los para ellos dichosos tiempos de la Dictadura..,....? ¿Entónces por qué quieren que el Ejército sea el que haga Justicia en el caso del joven Aristeo Rodríguez.....? ¿Por qué, cuando los señores García y Junquera cayeron bajo la balas rebeldes, la insidia clavó su garra en el Ejército para desprestigiarlo y para tratar de de hacerlo responsable de un crímen, en el que no tuvo la menor participación......? ¿Por qué en ese caso y otros similares, en los que el Ejército no ha tenido culpa alguna, se le ha sentado en el banquillo del acusado y ahora se le viste con la toga del Juez....? ¿Es que el criterio de la Sociedad está desorientado....? Cuando los señores García y Junquera fueron asesinados por los bandoleros, un grupo compacto de hombres, en señal de condolencia, y también, justo es decirlo, como demostración de protesta muda, los acompañaron al Cementerio, cerrandoel comercio sus puertas y algunos periódicos locales dieron cuenta, con todo lujo de detalles, de todo lo concerniente a este asunto, con el que trataron los enemigos del Gobierno, y más que los enemigos del Gobierno, los enemigos de México, de macular el buen nombre del Ejército.....? ¿Porqué entonces no se demandó Justicia a los Tribunales Militares como ahora? ¿Porqué entonces se vituperó, se calumnió y se ofendió al Ejército, y ahora se le ensalza, al grado de colocarlo en el augusto sitial del Magistrado...? ¿A qué se debe esto?. Es preciso que cuanto antes se esclarezca este punto obscuro. Si el Ejército es digno y honrado, y la sociedad así lo comprende, desde el momento que de él espera pronta y eficaz Justicia, es preciso que esa misma sociedad guarde a ese Ejército las consideraciones que se merece, no sólo en este caso, sino en todos los casos; es necesario que esa misma sociedad no tenga

más que una sola medida para medir y una sola pesa para pesar, los actos del Ejército; es indispensable que esa misma Sociedad sólo vea en todos los casos un aliado en el Ejército, y es necesario que ella sea también una aliada firme y leal. De otro modo sería inexplicable que la Sociedad le dijera al Ejército, "tengo confianza en tí", si el Ejército sabe que esa Sociedad lo calumnia a sus espaldas, lo insulta solapadamente y lo escarnece en la obscuridad. Pero si esa Sociedad indignada por el crímen que acaba de cometerse, en la persona del joven Aristeo Rodríguez, llama al Ejército para que le haga Justicia, como pudiera llamar al verdugo; si esa Sociedad no es Juez lo que busca en esa Institución, sino un ejecutor ciego que mate, como se ocupa a cualquiera malhechor para hacer desaparecer a un enemigo; si esa Sociedad lo único que quiere es que el Ejército pase la cuerda por el cuello de los acusados, aun pasando si es preciso sobre la Ley, es indispensable que una vez más sepa esa Sociedad que el Ejército Nacional es una Institución creada para apoyar las Instituciones del País, y que esas mismas Instituciones descansan en un Código fundamental que debe ser respetado por todos los ciudadanos de la gran familia mexicana, y por todos los extranjeros que han encontrado aquí un albergue y una segunda Patria.

De todos modos la Sociedad puede estar segura de que se le hará justicia y de que los asesinos del joven Rodríguez, de un modo o de otro, serán castigados como corresponde. Por su parte el Ejército debe sentirse satisfecho porque ese clamor que se ha levantado hacia él, al demandarle Justicia, le ha hecho, tal vez sin querer, la más completa y hermosa justicia.

JUAN RODRIGUEZ CLARA.

DEFENSA DEL EJERCITO MEXICANO.

SEGUNDA CARTA DE "EL CONDE DE FOX"

El pueblo de Veracruz, herido en lo más hondo de sus nobles sentimientos, por el monstruoso asesinato cometido en la persona del jóven Aristeo Rodríguez, pide Justicia, para que ésta haga caer sobre los autores del crimen, que ha conmovido a la sociedad entera, todo el peso de la Ley. En todos los tonos y por todos los medios de que dispone, ha dicho y ha pedido que sea la Justicia Militar la encargada de hacerlo. Esta petición y este clamor popular, dieron motivo al Teniente Coronel del Ejército mexicano, Juan Rodríguez Clara, Jefe del Estado Mayor del General Heriberto Jara, para escribir un razonado artículo, que publicó EL DICTAMEN, intitulado JUSTICIA MILITAR, artículo que ha producido gran impresión y que ha sido muy comentado.

En dicho artículo, el señor Rodríguez Clara, no puede ocultar el sentimiento grande que domina su espíritu y, con frases de amargura, recuerda a este mismo pueblo, las campañas de insidia y de calumnia hechas por algunos contra el Ejército mexicano, a quien llegaron a calificar y presentar "como horda de hombres, sin conciencia ni moralidad, que roban, asesinan y violan impunemente." El señor Rodríguez Clara, después de hacer el recuerdo triste, dice a este mismo pueblo que el Ejército Nacional tiene la misión altísima de "apoyar las Instituciones del país, Instituciones que descansan en Códi-

gos fundamentales, que deben ser respetados por todos los ciudadanos,'' misión que el Ejército cumplirá siempre. Como si quisiera dejar a este pueblo, cuya nobleza el mismo señor Rodríguez Clara reconoce y elogia, en el ambiente de amor, de generosidad y de perdón que el Ejército le concede por aquellas campañas, termina su notable trabajo periodístico con palabras consoladoras, en las que afirma que el pueblo de Veracruz ''puede estar seguro de que se le hará justicia; que los asesinos del jóven Rodríguez, de un modo o de otro, serán castigados como corresponde'' y que el Ejército se siente satisfecho con el clamor que se ha levantado hacia él, pidiendo Justicia y que él sea el encargado de juzgar y de reparar la ofensa hecha a la sociedad, tan hondamente herida y consternada. Ya están, pues, las ofensas, si las hubo, perdonadas; pero permítame el señor Rodríguez Clara le diga que no hay que culpar al pueblo de las campañas que tan tristemente impresionaron su espíritu. El pueblo, noble y bueno, desconoce en su mayor parte la labor que ha realizado y realiza el soldado mexicano. Los culpables son aquellos que, llevados por miras bastardas y egoístas, o por la maldita política que todo lo corrompe y envenena, parece que tienen la misión de desacreditarle. No hacen llegar a este pueblo más que los vicios y defectos que en el Ejército, como en todos los organismos sociales, son muy difíciles de evitar, y si un Jefe o un soldado comete una acción vituperable, procuran hacer creer al pueblo que todos son lo mismo. Mientras tanto los que debían y podían defender a estos soldados; los intelectuales con que el Ejercito cuenta, que son muchos y muy estimables, callan resignados, y batiéndose frente al enemigo, o encerrados en las oficinas organizando y distribuyendo fuerzas, o celosamente cuidando de la Administración de ese mismo soldado, no hacen otra cosa que comentar entre ellos las injusticias y calumnias de que son objeto. No hay que culpar al pueblo: lo que hace falta es darle a conocer la labor que el Ejército realiza. Yo que, sin pretensiones ni apasionamientos, he venido

a estudiar la situación política y social de México, he de decir que tres días pasé mezclado con los soldados, haciendo vida de campaña con ellos, y pude ver, admirar mejor dicho, la nobleza, la abnegación y el valor de estos defensores de la Patria. He visitado también algunas de las Colonias Militares, verdaderas escuelas de agricultura, donde los soldados, con las manos encallecidas por el roce constante de los instrumentos de labor, riegan con el bendito sudor de sus frentes aquellas tierras, a fin de hacerlas producir lo necesario para ellos y sus familias, descargando así a la Patria del sacrificio que su sostenimiento le cuesta, teniendo a la vez el fusil a mano para defenderla si es atacada y si necesita sus servicios. Allá, en lo más alto de la sierra de Oxautlán, donde ni siquiera es conocido el idioma castellano, allí me encontré con un Teniente Coronel dando clase, enseñando a leer y a conocer nuestro glorioso idioma a las tropas que estaban a sus órdenes. El me hizo saber que aquella escuela había sido levantada con los donativos de los soldados, y el papel y las plumas, y los libros y los mapas, y el menaje completo, se debía todo ello a la generosidad del General en Jefe, Heriberto Jara, y a los esfuerzos de aquellos valientes ciudadanos armados.

Mas tarde, cuando quise estudiar y seguir el camino que los miserables plagiarios habían hecho recorrer a la víctima inocente, al jóven Aristeo Rodríguez, a pocos pasos de la ciudad de Veracruz, en Vergara, ví a otro Coronel del Ejército que, en una modesta casita de madera, tenía montada una escuela y allí, con los fusiles apoyados en los bancos y las cananas con cartuchos a la cintura, los soldados escuchaban las lecciones de su Jefe y aprendían a leer y escribir.

Esta es la labor que realiza el Ejército nacional: esto debe hacérsele saber al pueblo y no es el menos llamado, por las muchas condiciones que para ello tiene, el señor Rodríguez Clara.

———

EL GENERAL HERIBERTO JARA Y LOS OBREROS DEL ESTADO DE VERA-CRUZ

EL GENERAL HERIBERTO JARA Y LOS OBREROS DEL ESTADO DE VERACRUZ

Pocos dían antes de salir de Veracruz, recibí la visita del obrero español Pedro Junco Rojo (Espartaco), uno de los más antiguos y prestigiados *leaders* de las ideas socialistas en la América Latina.

Junco Rojo fué discípulo y compañero del fundador del gran Partido Socialista en España, del venerable apóstol de las ideas libertadoras de la clase proletaria, Pablo Iglesias, y como él fué duramente perseguido por hacer propaganda de aquellas ideas. No pudiendo resistir por más tiempo aquella persecución, Junco Rojo abandonó España y vino a América. En Argentina, Brasil, Chile, Perú, Uruguay y más tarde en toda la República Mexicana, se dedicó a defender las mismas doctrinas, habiendo fundado en Veracruz la Cámara del Trabajo.

Junco Rojo es Maestro de obras, pudo ser rico; pero por no querer claudicar de las ideas que toda la vida ha profesado y defendido, perdió la protección de los privilegiados que, muchas veces y con gran insistencia, se la ofrecieron. Hoy, viejo, muy pobre, casí en la miseria, vive en Veracruz, con la satisfacción íntima de haber cumplido y estar cumpliendo con su deber, propagando las doctrinas libertadoras de la clase proletaria entre sus compañeros, doctrinas que aquí en Méxlco, han dado y están dando sus frutos.

Mucho hablamos en aquella visita de las organizaciones obreras mexicanas. Más de una vez asomaron las lágrimas a sus ojos, cuando yo le daba cuenta de las que en España había y como allí el obrero había logrado emanciparse, hacerse libre, gracias a los esfuerzos del venerable apóstol del socialismo Pablo Iglesias a quien todos los trabajadores, con un cariño rayano en la idolatría, siguen con entusiasmo.

Con gran lujo de detalles me contaba Junco Rojo como los obreros mexicanos lucharon al lado de la Revolución, siendo ellos los que habían conseguido su triunfo, estando cada día más indentificados con la política del Presidente de la República señor Venustiano Caranza, de quien están completamente seguros ha de cumplir el programa por el que aquellos obreros lucharon. Una sola cosa—me decía con toda pena Pedro Junco Rojo—duele mucho a los obreros todos, y esta es ver como aquellos hombres que se pasaron años y años haciendo propaganda en favor de las ideas socialistas, luchando al lado de los obreros contra los reaccionarios, hayan desertado y estén en el campo de las armas, sin hacer caso alguno de la propaganda de aquellas doctrinas salvadoras de los pueblos.

Muy especialmente—seguía diciendo Junco Rojo—nos duele esto a los obreros del Estado de Veracruz, viendo como hoy el General Heriberto Jara, obrero de la inteligencia, uno de los propagandistas más entusiastas de las ideas socialistas, ardiente defensor de los derechos del pueblo trabajador, que por él y con él fué a la Revolución a defender aquellas ideas que siempre le había predicado, esté ahora por completo dedicado a las armas, sin hacer caso de seguir la propaganda, hoy quizá más que nunca necesaria, de aquellas ideas y sin cuidarse para nada de las organizaciones obreras, mientras que las clases patronales, los reaccionarios de siempre, están haciendo propaganda sorda y solapada para resucitar las doctrinas del antiguo régimen.

Durante los días que pasé en campaña pude conven-

cerme de las dotes excepcionales que, como militar, tiene el General Heriberto Jara. Con cuantas Autoridades militares y hombres de armas he hablado después, confirmaron aquella impresión mía, dedicando al General Jara muy sinceros elogios por la labor que ha realizado y está realizando como militar bravo, guerrero y organizador inteligente.

Pero apesar de aquellas dotes excepcionales de militar y de los muchos triunfos que con las armas ha conseguido el hoy General Heriberto Jara, considero que son mucho más excelsas las condiciones que tiene como Revolucionario de ideas, y mucho más grandes los méritos conseguidos como propagandista y como director y guía de las clases obreras.

El General Heriberto Jara es un gran amigo del pueblo. En los días que estuve a su lado en campaña, cuando él tenía algunos momentos para el descanso, me llamaba para que habláramos de cuestiones sociales y le diera a conocer como funcionaban en España las Cajas de Ahorros Obreras, las Cooperativas, interesándose grandemente por saber como se desenvolvía el Instituto de Previsión, Institución admirable, establecida por el Gobierno Español, para asegurar a los obreros ancianos, a los que por el peso de los años no pueden trabajar, el salario diario que ha de hacer menos amargos los tristes días de la vejez.

El General Heriberto Jara, que sigue con muy especial cuidado cuanto se escribe sobre cuestiones sociales, me hablaba de las Colonias Militares, de lo necesario que era fundar Centros de Enseñanza para que los obreros y sus hijos pudieran ilustrarse, así como Cajas de Ahorros y Pensiones para la vejez. También me decía que era necesario cuidarse mucho de los obreros del campo, de los valientes y nobles rancheros, a quienes había que dar a conocer los procedimientos nuevos empleado para cultivar las tierras a fin de hacerlas producir cada día más frutos; crear Graneros Públicos y cuantas Instituciones fueran necesarias para librar a los infelices

trabajadores de la usura y de las odiosas aparcerías etc., etc.

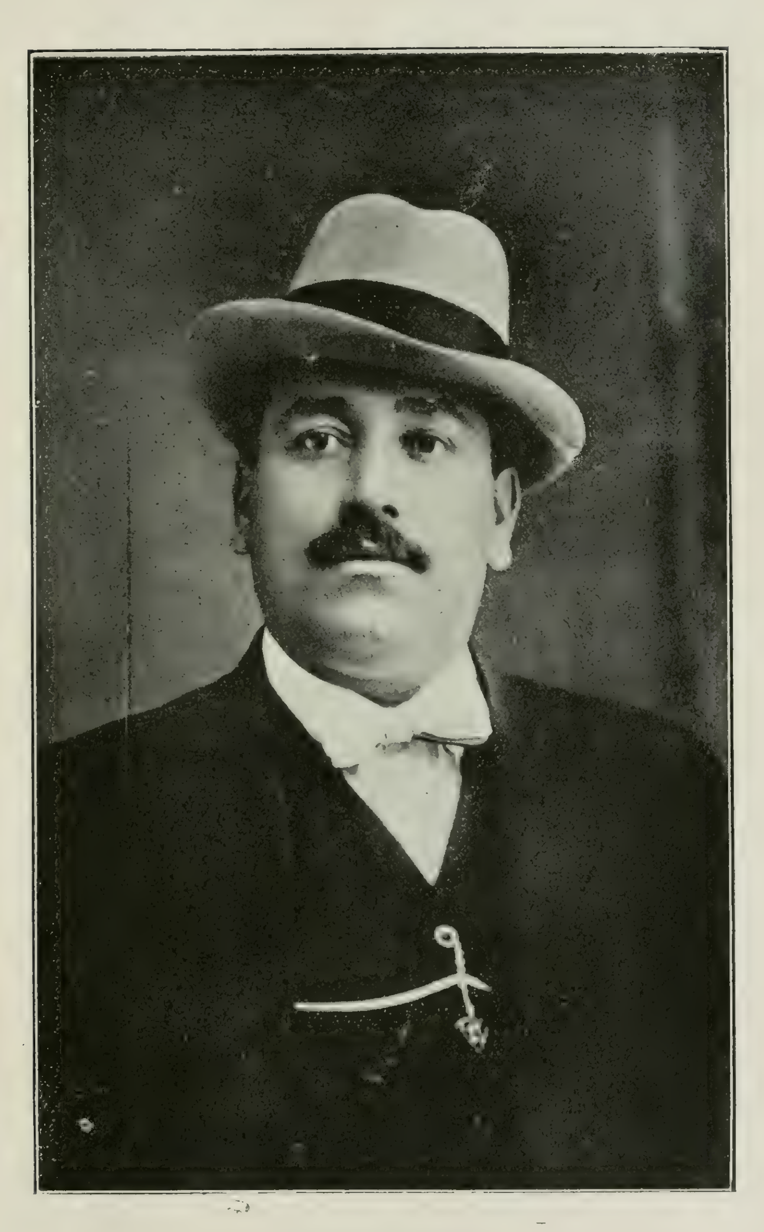
Hay mucho que hacer,—me decía el General Jara con cierta pena—; pero estos rebeldes, estos bandidos, a quienes hay que combatir por todos los medios, tienen empleadas nuestras energías: hoy la Patria necesita de nuestro esfuerzo con las armas en la mano y no hay más remedio que abandonarlo todo y consagrarnos a ella.

Con gran entusiasmo me hablaba el General Heriberto Jara de todas estas cosas; pero apenas llegaba un Jefe de los que estaban a sus órdenes a darle cuenta de algo que con la campaña militar se relacionase, o de la situación de las fuerzas rebeldes, se olvidaba de todo y sólo pensaba en combatir a los enemigos de la Patria y del Gobierno.

Creo como el anciano *leader* de las ideas socialistas en México, Pedro Junco Rojo, que los antiguos revolucionarios, los que con sus campañas de propaganda consiguieron que el pueblo trabajador se uniese a ellos, levantándose en armas contra el antiguo régimen que tenía tiranizada y esclavizada a la clase proletaria, no pueden, abandonar a sus antiguos compañeros, sino que deben estar a su lado para seguir dirigiéndolos en todos los actos de la vida pública, y como él creo también que el General Heriberto Jara debe seguir al frente y cuidando y dirigiendo a los trabajadores todos en el Estado de Veracruz, ya que éstos tienen en él puesta su confianza y desean seguirle en todas sus decisiones.

PAULINO FONTES,

GERENTE DE LOS FERROCARRILES: MEXICANO, VERACRUZ AL ITSMO, VERACRUZ A ALVARADO, NACIONAL DE TEHUANTEPEC Y PAN-AMERICANO



Paulino Fontes.

PAULINO FONTES

I.

Combatiendo el programa de "Reorganización Nacional" que Félix Díaz y los pocos partidarios que le siguen llevan escrito en su bandera, decía en anteriores capítulos: "desearía tener la estadística completa de las locomotoras, carros y trenes destruídos por los rebeldes y cuánto se habría de pagar por ellos. Curioso sería conocer a qué cantidades se eleva lo gastado en material y jornales para la reconstrucción de puentes y vías de ferrocarril, quemados y destrozados por los que a las órdenes de aquel caudillo pelean." Para ver si lograba averiguar esto, y para saber, de un modo autorizado, si los trenes circulaban con regularidad y otros detalles que interesar pudieran a los lectores de este libro, quise oír a Don Paulino Fontes, Gerente del Ferrocarril Mexicano, Ferrocarril que pone en comunicación el Puerto de Veracruz con la gran Ciudad de México. Había oído asegurar en la Habana, y así lo habían publicado algunos periódicos, que dicho Ferrocarril estaba en poder de las fuerzas de Félix Díaz, quienes sólo dejaban circular un sólo tren de pasajeros al día, para no aislar el principal Puerto de México con la Metrópoli; pero no permitiendo que circulase ni uno sólo de mercancías. El Ferrocarril Mexicano es propiedad de una Sociedad Anónima; pero está intervenido y Administrado por el Gobierno del señor Carranza, quien ha puesto al frente de él, como Gerente General Interino, al Coronel del Ejér-

cito Constitucionalista, Don Paulino Fontes. No ha llegado a este alto puesto el señor Fontes por el favoritismo, ni por uno de esos caprichos de la suerte, sino por sus méritos y servicios. Todos sus entusiasmos y todas sus aficiones fueron siempre los Ferocarriles, ingresando en ellos desde muy joven y llevando al servicio de la Compañía más de veinticinco años.

Toda su vida estuvo al lado de los obreros, a quienes demostró gran cariño, y las ideas revolucionarias y socialistas tuvieron en él un ardiente defensor, un entusiasta paladín. Cuando estalló la Revolución al campo se lanzó para defender, con las armas, los mismos ideales, las mismas doctrinas que siempre había profesado. El amor, el entusiasmo que por estos ideales y por estas doctrinas sentía, hicieron de él un excelente soldado, y luchando bravamente contra los enemigos de la Revolucíón, fué ganando grados hasta llegar al de Coronel que hoy con orgullo ostenta; pero sin desertar ni abandonar jamás, su cariño y sus aficiones por los Ferrocarriles y por los obreros en ellos empleados. A los Ferrocarriles volvió cuando el triunfo de sus ideales estaba asegurado, y con el mismo entusiasmo sigue trabajando y luchando al lado de los obreros contra los enemigos de siempre; ahora no con las armas; pero sí con la inteligencia y con la astucia, defendiendo los intereses de la Nación, tan íntimamente ligados con las Compañías Ferrocarrileras. Al edificio donde este señor tiene establecidas sus oficinas me dirigí, llevando como única presentación la tarjeta donde hacía constar mi condición de periodista español, siendo inmediatamente recibido. Ya fué esto para mí una sorpresa agradable, pues en cuantas oficinas públicas o particulares he visitado, durante mi estancia en México, en todas he tenido ocasión de observar y de padecer la odiosa costumbre de hacer guardar antesala. El despacho del señor Fontes, situado en la planta baja del edificio, es muy amplio y está amueblado con gran severidad. En las paredes, sólo hay colgados mapas de todos aquellos lugares por donde atravie-

san las líneas de Ferrocarril, al señor Fontes confiadas. Cuando penetré en este despacho estaba completamente lleno de Ferrocarrileros, quienes conversaban con su Jefe superior, unos, exponiéndole sus quejas, otros, haciéndole peticiones y los más, pidiéndole instrucciones y consejos para desempeñar con acierto la misión que les había sido encomendada. El señor Fontes recibía a todos con gran cordialidad; más que un Gerente General y un representante del Gobierno de la Nación, en las poderosas Compañías, parecía un camarada, uno de sus compañeros de trabajo. A todos estrechaba la mano con gran cariño cuando los despedía, después de haber escuchado con mucha atención cuanto le comunicaban y haberles dado, a unos, sus instrucciones y consejos y a otros, contestación a sus peticiones. Cuando llegó el turno de atenderme, el señor Fontes me rogó tuviese la bondad de esperarme unos momentos, pues tenía necesidad urgente de oír a otros obreros que habían entrado en el despacho. Terminada la obligación que los deberes de su cargo le imponía, se dispuso a escucharme, haciéndome sentar a su lado. Entonces le dí a conocer mis deseos de celebrar con él una *interview*, que consideraba de interés grandísimo para mis lectores, contestándome, con gran modestia, el señor Fontes, que no consideraba habían de tener importancia alguna sus declaraciones, pues el no era más que un hombre de mucha voluntad, puesta al servicio de su Patria, y un soldado que siempre militó en las filas del Presidente de la República, señor Carranza, de quien era un admirador. Mi labor, pues,—decía el señor Fontes—no es otra, sino cumplir las instrucciones del Gobierno, llevando así mi cooperación, siempre muy modesta; mi grano de arena —estas fueron sus palabras—a la obra, verdaderamente gigantesca, de la Revolución. Le hago saber que mis intenciones y mis deseos no eran otros sino buscar la verdad para darla a conocer en el extranjero, donde algunos mexicanos estaban haciendo una campaña grande contra el Gobierno del señor Carranza y contra su labor,

presentando a este país en un estado verdaderamente anárquico, y que por esto y para esto había venido a México y había solicitado las opiniones de aquellos, que por sus condiciones y por los puestos que ocupaban, pudieran y quisieran ilustrarme. Después de haber oído estas y otras consideraciones, el señor Fontes accedió a mi petición y me concedió la *interview* de él solicitada.

PAULINO FONTES

II.

Es Don Paulino Fontes, Gerente General Interino de los Ferrocarriles Mexicano, Veracruz al Istmo, Nacional de Tehuantepec, Pan-Americano y Veracruz a Alvarado, un hombre que representa cuarenta años de edad, de complexión fuerte y robusta. Su carácter, duro y serio, no despierta a primera vista simpatía alguna; pero una vez que con él se entabla conversación, esta le hace en extremo agradable, y sus palabras y sus ademanes revelan al hombre de corazón noble, de alma bondadosa y buena. Después de haberme preguntado, con mucho interés por cierto, la impresión que me hubiera causado el país mexicano, se puso a mi disposición.

—Yo quería que me dijera usted, con toda claridad si los trenes de pasajeros entre México y Veracruz circulan en la actualidad normalmente y sin peligro alguno de ser asaltados.

—Sí señor, como usted habrá observado en los diversos viajes hechos cuando salió a campaña con las fuerzas del General Jara y cuando más tarde vino a esta Capital, los trenes hacen el recorrido con regularidad y siempre protegidos por escoltas formadas por hombres competentes y de confianza, pagados por el mismo Ferrocarril. Desde el mes de Abril de 1917, que fué cuando me nombraron Administrador de esta línea, hasta la fecha, no se ha dado un sólo caso en que los felicistas hayan detenido un tren de pasajeros. El tráfico de mercancías au-

menta de tal manera, que antes, es decir en la fecha mencionada, teníamos seis máquinas de montaña y ahora hay doce más salidas de nuestros talleres y aún no son suficientes para el movimiento de trenes que necesitamos.

—Se dice en el extranjero, y aún aquí en el país, que en estos trenes se están cometiendo robos continuamente y que no hay seguridad alguna en los equipajes y mercancías, ¿es esto cierto?

—Eso es una calumnia, como muchas lanzadas por los enemigos para desacreditar nuestra labor y desprestigiar a los empleados que nos auxilian. En todas las instituciones y Compañías grandes donde se necesita un personal muy numeroso, hay siempre algún empleado malo; pero esto ocurre en México, como seguramente ocurrirá en España, en Cuba y en todas partes. Ya sabe usted el estado anormal y revolucionario que el país ha estado atravesando: esto daba cierta impunidad a esos malos elementos; pero a pesar de esto, los Ferrocarriles no han tenido pérdidas de consideración causadas por inmoralidades de sus empleados, y cada día se depura y se mejora más la conducta del personal.

—¿De modo que está usted satisfecho del personal que tiene a sus órdenes?

—Muy satisfecho, orgulloso de todos cuantos sirven a mis órdenes, sin excepción alguna. Es cierto que aún se cometen raterías; pero estas no son de consideración, y cuando ocurre un caso de éstos, no descanso hasta encontrar el autor, ni me conformo entonces con despedirlo de la Compañía, sino que a las Autoridades Militares o Judiciales le entrego, para que ellas depuren el hecho y le impongan el debido castigo.

—¿Los maquinistas y fogoneros que tanto peligro han corrido durante la época de asaltos, voladuras de trenes etc., etc. se han negado alguna vez a prestar servicios, o han sido leales al Gobierno del Señor Carranza y a ustedes sus Jefes?

—¡Ah! eso sí! los maquinistas, fogoneros, conducto-

res y garroteros, nos han prestado servicios excelentes y que yo no olvidaré jamás: han sido fieles, leales al señor Carranza, a su Gobierno y a todos los Jefes, bien es cierto que, en su mayor parte, son muchachos probados y de aquellos que, con las armas en la mano, defendieron las ideas revolucionarias y compartieron con el Ejército Constitucionalista los rigores de la campaña, demostrando, de muy distintas maneras, su incondicional adhesión al Gobierno de la República. Este por su parte, y nosotros los Jefes todos, hemos sabido corresponder a estos sacrificios, procurando mejorar la situación de estos leales servidores, citándole a usted para demostrárselo, un caso concreto de los muchos que pudiera referirle. Cuando las circunstancias dificilísimas y críticas porque atravesó el Erario público, no se pagaban a los empleados fedederales sino una parte del sueldo, a los Ferrocarrileros se les abonaba íntegro y aquellos que en un principio se les había dejado de pagar, amortizándose fué, sin que a estas fechas se les adeude un sólo centavo, pagándose ahora sus nóminas con rigurosa puntualidad.

—¿Podría usted decirme a qué cantidad ascenderán aproximadamente, las pérdidas ocasionadas a los Ferrocarriles por los rebeldes que acaudillan Félix Díaz, Zapata y demás cabecillas, que están levantados en armas contra el Gobierno?

—La pregunta de las pérdidas ocasionadas a la Nación por los rebeldes, con sus asaltos a los trenes, quemando y destruyendo materiales, puentes y vías, es muy difícil de contestar, al menos por mi parte. El Gobierno ha creado, por medio de una Ley, una Oficina con el personal técnico suficiente, y ésta se encargará de recoger los datos necesarios para valuar e indemnizar oportunamente los daños sufridos por particulares, durante el período de lucha. Las Compañías de Ferrocarriles han sido perjudicadas indudablemente en sus intereses; pero, de las más principales, el Gobierno tiene el control de sus acciones y por ello no habrá, según mi modesta opinión, más reclamaciones de importancia que las hechas por los

propietarios del Ferrocarril Mexicano, donde el Gobierno no tiene ni una sóla de aquellas.

—¿Son muchas las fuerzas militares del Gobierno empleadas en custodiar las vías del Ferrocarril y en dar escolta a los trenes?

—Sí señor, hay fuerzas bastantes del Ejército custodiando las líneas, pertenecientes en su mayor parte a la 1ª División de Oriente, bajo el mando del Señor General Heriberto Jara, quien nos da escoltas para los trenes de mercancías, manteniendo destacamentos entre Veracruz y Orizaba, que es donde está la parte más peligrosa por lo accidentado del terreno; pero los trenes de pasajeros circulan protegidos y escoltados por un Cuerpo Especial de Resguardo, pagado por la Compañía del Ferrocarril, mandado por mí y bajo mi dirección. La protección militar dada a las líneas por el General Jara, ha sido y es muy eficaz; yo admiro a este bravo militar que trabaja con un patriotismo, un celo y un estusiasmo admirables. Muchas veces le he encontrado a las altas horas de la noche y por la madrugada, disponiendo personalmente movimientos militares, revisando y vigilando también los distintos sectores de las fuerzas. Es el General Jara uno de los mejores elementos militares con que cuenta el Gobierno, por la inteligencia, lealtad y celo con que trabaja desempeñando los servicios, vigilando personalmente todos cuantos asuntos le han sido confiados. He sido un soldado diciplinado: siempre guardé a mis Jefes todas las consideraciones y respetos: jamás supe adular; pero tampoco he sabido nunca ocultar los méritos, ni escatimar los elogios, para aquellos que los han merecido. Rindo, pues, aquí un tributo de admiración y de agradecimiento al General Heriberto Jara, pagando así la deuda de gratitud que con él tengo, por los servicios prestados a estas Compañías y por la diligencia que siempre puso en acudir a todos nuestros llamamientos.

—Yo quisiera, amigo Fontes, que usted contestase categóricamente a esta pregunta y le ruego me perdone esta franqueza. ¿Puedo yo asegurar sin temor a que na-

die me desmienta que por el Ferrocarril Mexicano se puede viajar con absoluta confianza por haber desaparecido por completo todo peligro?

—Puede usted asegurarlo: no hay peligro alguno para los trenes de pasajeros entre Veracruz y México, en primer lugar, porque los rebeldes cada día están más perseguidos y castigados, persecución que trae como consecuencia que anden huídos y por sitios muy apartados, y en segundo lugar, porque, como antes le decía, tenemos fuerzas suficientes para formar las escoltas y proteger los trenes. Puede usted asegurar, lo repito, que el público hace los viajes por esta línea con toda confianza y con todas las comodidades: la Compañía dispone de un material en excelentes condiciones para los pasajeros, circulando además los trenes, entre Veracruz y México, con coches dormitorios y servicios de *buffets*, no obstante el gasto que esto representa para la Compañía.

—He notado que hasta ahora sólo me ha hablado usted del Ferrocarril Mexicano, sin nombrarme para nada los trenes que circulan en las demás líneas por usted administradas; ¿es que aquellos están en peores condiciones?

—Tiene usted razón; sólo he hablado del Ferrocarril Mexicano; pero en realidad a éste se han referido las preguntas por usted hechas. Respecto a las demás líneas, a mi cargo confiadas, mucho podría decirle si dispusiese de tiempo; pero obligaciones del cargo me reclaman y yo le ruego que me perdone, haciéndole en cambio una promesa. Muy en breve, quizá mañana mismo, voy a salir a inspeccionar todas esas líneas: tan pronto como regrese yo le avisaré y robando, esta es la frase, una hora de tiempo del que necesito y tengo para el cumplimiento de mi deber, he de conceder a usted otra entrevista para que hablemos de dichas líneas y de cómo circulan los demás Ferrocarriles a mi cargo.

***

Mucho más tiempo del que sus ocupaciones le permitían, me había dedicado el señor don Paulino Fontes; muy agradecido le quedo por ello y doy aquí por terminada la *interview*. He de manifestar a los lectores que el Gerente del Ferrocarril Mexicano habla con tal sinceridad, con tal convencimiento, que no deja duda alguna acerca de la seriedad de sus aseveraciones. Oyéndole recuerda uno, y no acierta a explicarse, aquellas campañas que en España y en Cuba vienen haciendo contra este país algunos mexicanos, quienes cegados por las pasiones políticas, por odios y rencores, o por ambiciones, aseguran que en él y bajo los Gobiernos encargados de regir sus destinos, reina la anarquía más absoluta: que las seguridades personales han desaparecido, sin que haya medio humano de recorrer la República Mexicana, ni llegar por tanto a la Capital de México, pues los ferrocarriles no circulan. Las declaraciones hechas por el señor Fontes, Coronel del Ejército Constitucionalista, hombre de honor y sincero, aseguran todo lo contrario y yo puedo confirmar que, durante mi estancia en estas hospitalarias tierras, no he visto un sólo hecho que pudiera dar, ni pretexto siquiera, para aquellas calumniosas campañas, ni para asegurar cuanto se viene asegurando en el extranjero y en Cuba muy especialmente. Esperando quedo el aviso de don Paulino Fontes para celebrar la nueva entrevista; seguramente ha de tener gran interés.

PAULINO FONTES

III

Don Paulino Fontes, fiel cumplidor de la promesa hecha, tan pronto como regresó del viaje de inspección a las líneas de Ferrocarriles, cuya Gerencia le está confiada, tuvo la atención de avisarme para que habláramos de como circulaban estos trenes y darme algunas impresiones de las por él recibidas. Mucho agradecí al Gerente de los Ferrocarriles Mexicano, Veracruz al Istmo, Nacional de Tehuantepec, Pan-Americano y Veracruz a Alvarado, esta nueva prueba de estimación dada al más humilde de los periodistas españoles. Para poder yo también cumplir la promesa contraída con los lectores, acudí al despacho del señor Fontes a tomar nota de sus nuevas declaraciones, que seguramente habían de ser interesantes. Después de saludarle y darle las gracias por sus bondades, me dispuse a interrogarle.

Veo que tiene usted buena memoria, amigo Don Paulino; yo creí que había prometido llamarme después que hiciera usted el viaje, sólo para quedarse libre de mí cuando tuvimos la última entrevista. Hoy le prometo que he de hacerle muy pocas preguntas, y a cambio de esta promesa espero que usted me ha de dar muchos detalles de su viaje y del estado de tranquilidad en que se encuentra el país en los lugares por usted recorridos.

—Usted no me molesta amigo Conde: crea usted que siento muy deveras no poder dedicarle todo el tiempo que yo quisiera y que usted merece; pero antes

que todo es la obligación. Con todo gusto y con el mayor número de datos posible, voy a darle cuenta de mi viaje que ha sido felíz en extremo.

—Por el tren ordinario de Veracruz salí de México el día cinco de Marzo y ese mismo día, por la noche, llegué a Veracruz, sin haber tenido contratiempo alguno, recorriendo 425 kilómetros, distancia que separa a la Metrópoli de aquel Puerto, en catorce horas. Ya usted conoce todo ese camino y sabe lo accidentado que es el terreno cruzado por la vía férrea, circustancia esta que favorece mucho a los rebeldes; pero a pesar de todo esto, los trenes circulan con regularidad y el tráfico está completamente asegurado. Pero quiero asegurarlo más aún: quiero dar más seguridades al público, a fin de que, hasta los más miedosos y timoratos, viajen con completa tranquilidad, Para ello, de acuerdo con las Autoridades Militares del Estado de Veracruz, he mandado construír en la Estación de Boca del Monte grandes muros de defensa, a fin de resguardar dicha Estación y la vía, haciendo completamente imposible todo ataque a los trenes de pasajeros y carga en la montaña.

Por si esto era poco, he dejado en ese mismo sitio un destacamento de ciento cincuenta hombres, encargados de ejercer una constante y escrupulosa vigilancia. Esta línea del Mexicano la había inspeccionado hace muy poco tiempo; por esto me detuve muy poco en ella, y el día seis seguí mi viaje por la del Itsmo, llegando a Tierra Blanca el mismo día, sin haber tenido el más ligero contratiempo en el viaje. En todo el camino fuí dando las órdenes necesarias para el arreglo de algunos desperfectos que había en las líneas telegráficas, quedando reparados y arreglados inmediatamente, continuando mi viaje a Santa Lucrecia y San Gerónimo, llegando a esta Estación, una de las principales del Ferrocarril de Tehuantepec, el día siete a las dos de la tarde, es decir, antes de las setenta y dos horas de haber salido de la Capital de la República. Desde San Jerónimo me fuí hacia el Sur por el Ferrocarril Pan-Americano,

llegando el día nueve al límite de nuestras líneas, que es la frontera de Guatemala, haciendo el recorrido de mil trescientos cuarenta y cinco kilómetros, sin el más pequeño inconveniente y sin haber tenido necesidad de disparar un sólo tiro la pequeña escolta de soldados que me acompañaban desde México. Ha mejorado muy notablemente la situación que prevalecía en el Istmo, y el comercio tiene en esta línea todas las seguridades para el rápido transporte de sus mercancías hasta México. Para demostrar a usted esto con hechos, pues enemigo soy de palabras, le diré que al regresar de mi viaje tuve el gusto de custodiar personalmente, desde Santa Lucrecia hasta Veracruz, siete trenes que transportaban artículos de primera necesidad, trenes compuestos de un gran número de carros cargados de azúcar, procedentes del Estado de Chiapas y de la República de el Salvador, y que había sido introducida por el Puerto de Salina Cruz. Puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que en este viaje se movieron más de tres mil toneladas de mercancías consignadas a Veracruz, Puebla y México, habiendo sido custodiadas tan sólo por la pequeña escolta antes mencionada: como usted vé no es Félix Díaz dueño de lo Ferrocarriles de México, como aseguraba Mondragón en la Habana, y aquellos veinte mil hombres que afirmaba tenía aquel desgraciado, no parecen por parte alguna. Todo eso fué, sin duda alguna, una broma de los conspiradores de opereta bufa que andan por el extranjero tratando en engañar incautos, para ver si pueden sacarle empréstitos.

—Dígame usted amigo Don Paulino ¿en esos pueblos que usted ha recorrido. los habitantes de ellos y muy especialmente los obreros del campo, simpatizan con los rebeldes o por el contrario les niegan toda clase de auxilios? ¿La agricultura, principal fuente de riqueza, como usted sabe de este país, se desenvuelve francamente, o están los campos abandonados?

—En todos los puntos recorridos hay una gran tranquilidad; los pueblos no desean más que trabajar; por

eso los obreros del campo están pidiendo armas al Gobierno para castigar a los rebeldes, si es que estos se atreven a visitarlos. En Tapachula tuve entrevistas con los principales comerciantes de todo el Estado de Chiapas, así como con los Industriales y Agricultores, quienes aun trabajan, y me los enseñaron, con los primitivos elementos de labranza y estos emplean para todas las labores en la fértil Región de Soconuzco. Me suplicaron hiciese saber al señor Presidente de la República cuáles eran aquellos, pidiéndome también influyese cerca del Gobierno para que les prestara ayuda a fin de llevar tractores de gasolina y otras máquinas modernas, cosa que les facilitaría y mejoraría en mucho sus labores del campo. Así se lo prometí y haciéndolo estoy: con todo empeño se lo he recomendado al señor Carranza y al Ministro de Fomento. Sin verlo es imposible formarse una idea de lo que aquel terreno es; mucho me gustaría lo visitase, pues es digno de verse. En toda la Región aquella es tal la feracidad del suelo, que pueden recogerse tres y cuatro cosechas en un sólo año y esto con el mal cultivo que allí se hace y la deficiencia en las siembras y sus labores.

Allí hay casi todos los climas y se disfrutan todas las temperaturas: por eso la producción es sumamente variada, cosechándose lo mismo el café, tabaco, arroz y toda clase de frutas hasta la manzana, que como usted sabe, necesita y se da en un clima completamente distinto: hay maderas preciosas en gran cantidad: en una palabra; es un terreno riquísimo. Es muy necesario dar a conocer todo esto y mucho le agradeceré lo haga usted, con todos los medios de que dispone. Es preciso hacer saber a los hombres de dinero que se dedican al desarrollo y fomento de la agricultura y a los negocios del campo, que deben visitar el Estado de Chiapas, donde encontrarán cuantos terrenos sembradíos necesiten, y quieran comprar, hasta el precio de treinta pesos la hectárea; terrenos magníficos y de una gran fertilidad. Yo puedo prometerles, asegurarles mejor dicho, que los Ferroca-

rriles, por mí representados, están en condiciones de poder transportar rápidamente y con absoluta seguridad, todos cuántos efectos se le entreguen, pues contamos con carros suficientes para poner a la disposición del público, antes de tres días a partir de la fecha de petición y si se trata de transportar artículos de primera necesidad, entonces pueden disponer de ellos antes de veinticuatro horas. También visité en este viaje la Agencia Aduanal y terminal de Salina Cruz, así como las oficinas Talleres y Planta Eléetrica allí establecidos, habiendo dictado algunas disposiciones para mejorar todos los servicios, comprobando que éstos mejoran de un modo visible en todos los órdenes.

—Según eso ¿el tráfico de los Ferrocarriles aumentará grandemente?

—Sí señor, el tráfico aumenta considerablemente, sobre todo en estos últimos meses, siendo esto la mejor y mayor prueba de que el país camina rápidamente hacia la normalidad. El público está convencido de que los asaltos y robos a los trenes han desaparecido para siempre y de tal modo renace la confianza, que ya ni siquiera se habla de eso.

—¿Los Ferrocarriles habiendo estado bien administrados, como supongo lo estarían, habrán tenido utilidades muy grandes y su situación económica será próspera y floreciente?

—¿Cuánto siento que me hable usted de la Administración de los Ferrocarriles a mí cargo y de sus utilidades y ganancias, pues la pregunta me obliga a tener que tratar dos cosas, para mí muy enojosas: una, hablar de mí y de mi gestión y esto me molesta mucho, pues debe hacerlo el público en general censurándome o aplaudiéndome, yo no; la otra, hablar de administraciones anteriores, es decir, de los antecesores que ocuparon el cargo, por mí hoy desempeñado, y esto me duele aún mucho más que lo anterior. Si no fuera por la consideración que usted me merece; las simpatías que para mí tiene la obra por usted realizada, en el tiempo que

lleva en el país y las intenciones que le guían al ocuparse de estos asuntos, tenga la seguridad de que sellaría mis labios y no hablaría una palabra; pero puesto que usted se empeña voy a decirle, con la sinceridad y franqueza que me caracteriza, toda la verdad.

Estos Ferrocarriles tuvieron una Administración mala, malísima, desastrosa: siempre estuvieron en completa quiebra, no por culpa de sus empleados ciertamente ni de las personas que estaban encargadas de su administración, sino por que, como no tenían caracter militar, no se les obedecía con la rigurosidad que en estas empresas se necesita. Los desfalcos eran constantes y en grandes cantidades: en utilidades no había ni que pensar: los ingresos no alcanzaban nunca para pagar los gastos, habiendo meses que el déficit llegaba a la enorme suma de cuarenta o cincuenta mil pesos. En estas condiciones me hice cargo de los Ferrocarriles, y si acepté el puesto fué por obediencia al ilustre Jefe, al gran Don Venustiano Carranza, pues usted comprenderá que en aquella situación el cargo no era muy apetecible.

Desde el primer momento quise buscar solución al difícil problema y a estudiar y a trabajar me dediqué, con todo empeño, para ver si moralizaba la administración y podía aumentar los ingresos, haciendo a la vez cuantas economías fueran posibles; pero en forma tal que ellas no redundasen en perjuicio del público. Trabajé, es verdad; pero con la valiosa ayuda de los empleados celosos y probos, y con la suerte que me acompañó, conseguí a los tres meses nivelar los presupuestos, pagando con regularidad todo el personal, y aún ingresé en la Secretaría de Hacienda, cincuenta mil pesos. La situación, desde aquel entonces, ha mejorado muy visiblemente y no sólo sigo cumpliendo todos los compromisos, ingresando también, con alguna frecuencia, cantidades de importancia en dicha Secretaría de Hacienda, sino que estoy gastando sumas enormes en la reparaciones de vías, donde hay constante-

mente numerosas cuadrillas de trabajadores; he comprado equipos, etc. etc. Con la pacificación del país, que ya es un hecho, gracias a la energía y a los esfuerzos del Gobierno, la situación económica de los Ferrocarriles aún ha de mejorar mucho más y espero llegar, muy en breve, a ponerlos en un estado floreciente de auje y de prosperidad.

Para terminar, voy a dar a usted un dato muy curioso y que confirma cuanto le he venido diciendo. El Ferrocarril de Tehuantepec, había llegado a tener un déficit de más de cuarenta mil pesos mensuales y en esta fecha, después de haberse hecho y pagado obras muy importantes y gastos de consideración, tiene en caja disponible y en metálico muy cerca de ochenta mil pesos. Otro dato le demostrará a usted como andaban las cosas: ahora, en este momento, me estoy ocupando, con todo empeño, del Ferrocarril del Istmo y estudiando estoy sus ingresos y gastos, habiendo hecho economías de cuarenta y tantos mil pesos mensuales y haciendo el servicio en mejores condiciones que antes. Le dije a usted que no quería hablar de este asunto, porque me pongo de mal humor, me duele sacar al público tantas miserias; en fin dejémoslo y trabajemos todos en la obra por el Gobierno emprendida, para ver si conseguimos levantar a nuestra Patria, a nuestro gran México, a la altura y prosperidad a que tiene derecho.

—¿Diga usted, mejorando, como ha mejorado, la situación económica de los Ferrocarriles, habrán ustedes aumentado los sueldos a los empleados y procurarán ustedes también mejorarles sus uniformes, que por cierto están bastante deteriorados?

—Esperaba esa pregunta, se lo aseguro. Pues sí señor, nuestros empleados se les han mejorado los sueldos, ganando en la actualidad más que ganaban en los mejores tiempos de bonanza. Es cierto cuanto usted me dice del deterioro en que se encuentran los uniformes y las ropas de los ferrocarrileros: esto sucede porque todas las prendas, por ellos usadas, están carísimas y se hace muy

—12—

difícil adquirirlas; pero también le aseguro que ha de arreglarse esto muy pronto.

* * *

El señor Fontes se puso en pié y esto me dió a entender, bien claramente, que estaba abusando demasiado de sus bondades; pero habla el señor don Paulino Fontes con tal entusiasmo y sinceridad de los Ferrocarriles; son tan patrióticas sus manifestaciones que entusiasma a uno y pierde la idea del tiempo. Termino enviando al señor Fontes, como seguramente se la enviarán los lectores todos, la felicitación más sincera y entusiasta por la obra, altamente patriótica, que viene realizando. Hombres así necesitan todos los países y muy especialmente México, en las actuales circunstancias.

CARTA
DEL SEÑOR CORONEL DON PAULINO FONTES
A
"EL CONDE DE FOX"

CARTA
DEL SEÑOR CORONEL DON PAULINO FONTES
A
"EL CONDE DE FOX" (1)

México, febrero de 1918.

Señor M. Valdés, "Conde de Fox".
Hotel "Casa Blanca", Ciudad.

Muy estimado señor:

He dedicado, en la mañana de hoy un buen rato, para leer detenidamente los importantes artículos que ha publicado usted relativos a la situación que prevalece en el Estado de Veracruz, después de la observación cuidadosa que hizo, y permítame que lo felicite por ese estudio, que, a mi juicio, es todo él desapasionado y apegado en lo absoluto a la verdad, menos los elogios que a mí me dedica y que no creo merezco; pero sí los recojo íntegros para trasladárselos a los empleados a mis órdenes, pues si algo bueno he hecho, a su ayuda poderosa ha sido debido.

Como Ud. asienta, con toda razón, las pequeñas partidas que asaltan nuestras Estaciones y trenes de pasajeros, nunca presentan combate y rehuyen la eficaz persecución de las fuerzas del Gobierno; esos individuos son

(1) *Habiendo sido publicados en algunos periódicos los capítulos que a la cuestión de ferrocarriles se refieren, el señor Fontes me dirigió esta carta.*

en su gran mayoría instrumentos inconscientes de algunos ambiciosos que han hecho de la política una profesión, y que sin exponerse en lo absoluto, conspiran desde el extranjero no contra del Gobierno actual, sino contra la Patria misma.

Dada la gran extensión de nuestro territorio, por muy numeroso que fuera el Ejército y por bien organizado que estuviera, sería, a mi juicio, insuficiente para vigilar no ya la parte precisamente poblada del País; pero ni siquiera las vías férreas, y es fácil, por lo tanto, que se aprovechen los enemigos del orden, de la soledad de los campos y de las sombras de la noche para cometer los atentados que tanto deploran todas las gentes que comulgan, no ya con los ideales de la Revolución, sino con los más elementales principios de moralidad. No es oportuno, por ahora, juzgar si nuestro Gobierno es o no el llamado a poner las cosas en el verdadero lugar que les corresponde, para que México ocupe entre las Naciones civilizadas el puesto a que tiene derecho, pero no tardará mucho tiempo en que la Historia haga plena justicia al señor Carranza, y venga a demostrarnos que sus intenciones son tan elevadas como su patriotismo. La difícil situación por la que atravesó el período pre-Constitucional, no guarda ninguna comparación con la actual, pues si bien es cierto que físicamente han mejorado las cosas, en cambio la Revolución hecha Gobierno ha tenido que reconocer los enormes compromisos que se echó encima durante el período de lucha, por las promesas que hizo al pueblo, y que poco a poco ha venido cumpliendo en la medida de las posibilidades. México, como Ud. mismo reconoce, es una Nación de grandes recursos naturales, y para demostrarlo, que le baste saber que, no obstante la escasez de brazos en los campos, estamos en la actualidad exportando al extranjero muchos de los productos de la tierra, a cuyo cultivo no podría haberse dedicado la población rural de otro país que se encontrara en situación análoga a la nuestra, y es lógico suponer que el Gobierno no consentiría en la salida de

efectos que hicieran falta para el consumo local, pues serían mayores las desventajas que se proporcionarían, a los beneficios que pudiera traer para la Administración el exportarlos, de lo que se desprende que aquí se produce más de lo que necesitamos; el Estado de Veracruz, uno de los más ricos de la República, por su situación topográfica, presta grandes facilidades para las emboscadas que los trastornadores del orden preparan, y por consiguiente, se ha hecho sentir de manera especial la escasez de trabajo que no se nota en otros Estados, pero para demostrar la nobleza de esa tierra privilegiada, diré a usted que, a pesar de las circunstancias, nos proporciona un contingente importantísimo en la ganadería y en la agricultura, pues no obstante los riesgos del tránsito, constantemente están moviéndose a esta Capital trenes de ganado y cereales producidos dentro del Estado.

En general, puede decirse que nuestro Gobierno se consolida, y no tienen ninguna importancia los movimientos de los llamados rebeldes, pues todo se reduce a actos desenfrenados de pillaje, y como esos hombres no tienen bandera ninguna, mientras unos ponen su esperanza en Félix Díaz, otros asaltan los trenes al grito de viva Higinio Aguilar, otros todavía tienen fé en el zapatismo, y así por el estilo, la desorientación de esos hombres es completa, y si no contaran con la ayuda que les presta el terreno para sus fechorías, se hubiera extinguido, para estas fechas, por completo el bandolerismo, pues en los Estados donde no hay esas facilidades, los trenes hacen sus recorridos diarios con absolutas garantías, como puede usted comprobarlo, sin necesidad de que el Gobierno tenga que preocuparse por servicios permanentes de escoltas. Es verdaderamente lamentable que hombres de alguna ilustración fomenten el estado anárquico en México, con objeto de satisfecer ambiciones personales, pues los atentados a la propiedad y la vida se traducen invariablemente en descrédito, no

para el Gobierno, por malo que éste fuera, sino para la Nación misma.

Puede usted hacer de esta carta el uso que mejor le convenga, y reiterándole mi felicitación se repite de usted su afmo. atto. y S. S.

PAULINO FONTES.

UNA VISITA
A LOS TALLERES DEL FERROCARRIL MEXICANO
EN
ORIZABA

UNA VISITA
A LOS TALLERES DEL FERROCARRIL MEXICANO
EN
ORIZABA

Los rebeldes alzados en armas contra el Gobierno del señor Carranza, no tienen otro programa, ni persiguen otros fines, digan ellos lo que quieran, sino robar y destruir cuanto encuentran a su paso. Ni una idea levantada, ni un solo acto noble, por dichos rebeldes realizado, he podido encontrar estudiando su labor y he de declarar que, guiado siempre por un espíritu de imparcialidad y de justicia, los he buscado con decidido empeño. En cambio se encuentran en la historia de su antipatriótica y reprobable campaña, actos de bandidaje, de salvajismo, que asustan y espantan. Robos, incendios, asesinatos, violaciones; esta es la obra de los rebeldes. Pero lo que constituye su obsesión constante; lo que persiguen con verdadera constancia y saña, desde el primer día que se lanzaron al campo, son los Ferrrocarriles, tratando de evitar por todos los medios la circulación de trenes. En esto han tenido y tienen marcadísimo interés, especial empeño, tanto los rebeldes alzados en armas, que lo han procurado conseguir a costa de vidas y sangre y empleando para ello todos los medios criminales, feroces y sangrientos, como también aquellos otros rebeldes, llenos de perversidad y de cobardía, quienes no teniendo valor para venir a compartir con sus compañeros y aliados el

peligro al realizarlo, viven en el extranjero, muy especialmente en la Isla de Cuba y los Estados Unidos, publicando un día y otro noticias falsas sobre el movimiento y situación de los Ferrocarriles, sembrando el pánico entre los hombres de negocios, para impedir vengan al país a invertir sus capitales en el desenvolvimiento de la industria, el comercio y la agricultura. Esta clase de rebeldes, mucho más criminales que los otros, han tenido marcadísimo empeño en hacer creer en el extranjero, que era imposible recorrer la República por la absoluta paralización de los trenes y aquellos que circulaban era por la GENEROSIDAD de Félix Díaz, Zapata y otros cabecillas, quienes no queriendo el aislamiento completo de la Metrópoli con los demás Estados de la República, TOLERABAN que alguno de pasajeros circulase; pero ninguno de mercancías, imposibilitando así todo comercio. Esto lo han dicho y publicado repetidas veces en los periódicos de España y Cuba, y lo mismo seguramente habrán hecho en los de otros paises. La destrucción de los Ferrocarriles y la paralización completa de los trenes, han sido la consigna, la aspiración constante de los rebeldes todos, siendo el Ferrocarril Mexicano, por lo mismo que recorre uno de las Regiones más prósperas y ricas de la República y pone el más importante de sus Puertos en comunicación con la Capital, el que con más violencia han atacado y el que más interés han tenido en destruír. Seguramente lo hubieran conseguido si el Gobierno no se hubiera incautado de dicho Ferrocarril, así como de los demás de la República, poniendo al frente de su administración y custodia a Don Paulino Fontes, militar pundonoroso y valiente, de lealtad y patriotismo bien probados. El señor Fontes tenía además conocimientos prácticos muy poco comunes en materia de ferrocarriles, por haber pasado la mayor parte de su vida, con amor grande, prestando en ellos servicios, dejando de hacerlo solamente para ir a defender, con las armas en la mano, la bandera de la Revolución levantada por el señor Carranza y a los Ferrocarriles volvió tan pronto como ésta había truinfa-

do. A don Paulino Fontes, encargó el Gobierno de la República Mexicana de la Gerencia de este Ferrrocarril tan codiciado por los rebeldes y él ha sido quien, rodeándose de empleados inteligentes y leales poderosamente auxiliados por éstos, ha conseguido asegurar el tráfico, normalizar la circulación de trenes y aumentar poderosamente el material de los mismos. Cuando el señor Fontes se hizo cargo de la Gerencia del Ferrocarril Mexicano, Veracruz al Istmo, Nacional de Tehuantepec, Pan-Americano y Veracruz a Alvarado, en el mes de Abril de 1917, recibió de la Empresa, en nombre del Gobierno, solamente doce máquinas locomotoras, siete de montaña y cinco de Veracruz, pues las demás habían sido destruídas e inutilizadas por los rebeldes, teniendo en la actualidad, es decir al año próximamente de haber empezado su gestión, dieciséis locomotoras de montaña y veintiuna de Veracruz, sin haber adquirido ninguna nueva, pues en los Talleres de Orizaba fueron hábilmente reparadas y puestas en condiciones inmejorables de prestar servicio, casi todas las destrozadas por los asaltos de las fuerzas felicistas. Visitar estos talleres me propuse y una vez obtenido el permiso, para Orizaba emprendí el viaje.

CAMINO DE ORIZABA

A las cuatro de la madrugada salí de México, por el tren ordinario de Veracruz, para dirigirme a Orizaba, población donde están instalados los talleres del Ferrocarril Mexicano que deseaba visitar, habiendo llegado a este punto a las dos de la tarde sin haber tenido en todo el camino el menor contratiempo.

Hice el viaje con mi excelente amigo y compañero en la prensa, el Teniente Coronel del Ejército Constitucionalista, Juan Rodríguez Clara, quien había venido a México, desde Veracruz, en Comisión de servicio y despachada esta, volvía a encargarse nuevamente de la Jefatura del Estado Mayor del General Heriberto Jara en aquel Puerto. El señor Rodríguez Clara, que además de militar es un notable escritor y muy hábil polemista, es uno de los hombres que más ha sufrido por defender los ideales revolucionarios.

Por ello, el Gobierno de Don Porfirio Díaz lo encerró en las célebres mazmorras inquisitoriales de San Juan de Ulúa y en union de los no menos entusiastas propagandistas Juan José Ríos, hoy Oficial Mayor encargado de la Secretaria de Guerra, del General Esteban B. Calderón, del Coronel Juan Sarabia y de otros varios, estuvo preso, algunos años, hasta que la Revolución triunfó y el Presidente de la República Don Francisco Madero le dió la libertad, lo mismo que a los demás compañeros, luchando despues bravamente, con las armas en la mano, hasta que lograron conseguir el triunfo defi-

nitivo de Don Venustiano Carranza, caudillo en el que ellos vieron siempre encarnados los verdaderos, sanos y puros principios revolucionarios y el único que podía llevar a la Patria al encumbramiento, tranquilidad y prosperidad a que tiene derecho.

Mucho hablamos durante el viaje de la situación del pais, de la admirable labor que realizaba el Gobierno y de la criminal que estaban haciendo los rebeldes.

Juan Rodríguez Clara me decía como estos estaban capitaneados y dirigidos por aquellos que habían vivido siempre del presupuesto de la Nación, del sudor del obrero, a quien tuvieron esclavizado, y ahora que esto se les había concluido, se dedicaban a vivir, los que por aquí andaban fugitivos en esos montes, del robo y del saqueo, los de allá, los que en el extranjero están, más cobardes y vivos, de engañar incautos. Con el señor Rodríguez Clara recorrí todos los coches, llenos por completo de viajeros, de que estaba formado el tren.

En todos ellos había gran animación, pareciendome estar en aquellos trenes españoles que hacen el recorrido de Madrid a Valencia, de Madrid a Toledo, o de Madrid a Sevilla, por el buen humor y la alegría que reinaba entre los viajeros.

En las Estaciones del Ferrocarril, donde el tren se detenía, también había gran animación: los honrados vecinos que habitaban en los pueblos inmediatos a aquellos, acudían en gran número para vender sus mercancias cuando los trenes pasaban. Todo ello indicaba que la tranquilidad iba renaciendo y el país caminaba hacia la normalidad, quedando solamente, como recuerdo triste de los actos de barbarie cometidos por los rebeldes y de las intranquilidades por ellos originadas, las Estaciones del Ferrocarril y los edificios particulares de sus inmediaciones, quemados y saqueados.

Para comprobar plenamente que el robo y el pillaje eran los unicos fines que los rebeldes perseguían, me hacía observar Juan Rodríguez Clara como al lado de las Estaciones y de las modestas viviendas de obreros en

su mayor parte quemadas y destrozadas, habia lujosos edificios en pié sin haber sido tocados por los rebeldes, sólo porque sus dueños y moradores habían tenido dinero para entregar a los bandidos y con él conseguir que estos respetasen sus vidas y haciendas. Los infelices que sólo tenían para vivir, ellos y sus familias, el miserable jornal que ganaban, trabajando desde que amanecía hasta que anochecia, eran maltratados en sus personas al mismo tiempo que eran destruídas por el fuego las habitaciones donde se cobijaban y los duros *petates* en los que intentaban descansar de sus fatigas. En las extensas llanuras por donde íbamos atravesando se veían hombres y mujeres trabajando, bajo un sol abrasador, en las duras faenas del campo para hacer producir a la tierra toda clase de frutos, contribuyendo así al desarroyo de la agricultura, principal riqueza de este país.

En Boca del Monte, uno de los puntos más peligrosos de toda la línea del Ferrocarril Mexicano y donde el tren ha sido atacado, con alguna frecuencia, por los rebeldes, centenares de hombres estaban trabajando en la construcción de los muros y zanjas de que hablaba en su *interview* el Gerente de dicho Ferrocarril, Don Paulino Fontes. Estos muros y zanjas, así como el Fuerte que también se está construyendo en el punto más estratégico de aquellos lugares y donde ha de ser alojado un Destacamento de ciento cincuenta hombres, bien armados y equipados, harán de todo punto imposible todo asalto a los trenes en este lugar que, como decíamos antes, es el más peligroso de toda la línea.

Juan Rodríguez Clara me informó de que, Don Paulino Fontes, tenía presentado en la Secretaría de Guerra un proyecto hecho por el ilustrado Teniente Coronel, Señor Rubén Morales, para fortificar todo el trozo de vía de este Ferrocarril desde Esperanza hasta Maltrata, proyecto notabilísimo y de éxito seguro, pues se establecerán fortines de tabique y tierra a muy cortas distancias, capaces para contener pequeños destacamentos de quince o veinte hombres. Estos fortines se comunicarán por

medio de líneas telefónicas subterráneas y en caso de ataque a un punto cualquiera de la vía, los soldados de varios de estos fortines podrán destrozar a los asaltantes que estarán metidos entre dos fuegos.

A las dos de la tarde, como ya he dicho anteriormente, llegamos a Orizaba. Allí me despedí de mi excelente camarada Juan Rodríguez Clara, quien continuaba su viaje a Veracruz, dónde me dijo se iba a dedicar por completo a la política y al periodismo, dejando de prestar, por ahora, servicio activo en el Ejército. Como el tiempo de que disponía era muy corto, pues al día siguiente temprano había de regresar a México, no pude dedicarme a recorrer la población, como hubieran sido mis deseos, e inmediatamente me dirigí a las Oficinas técnicas y administrativas de los talleres que había de visitar y que era el único objeto de mi viaje.

El Ayudante del señor Fontes, mi buen amigo Rafael Zerecero, joven tan amable como culto, había tenido la bondad de darme una carta de presentación para Don Lauro Amparán, Superintendente de maquinaria y locomoción, y con ella me presenté en dichas Oficinas, donde los empleados me recibieron con mucha amabilidad. Ellos me hicieron saber que el señor Amparán se encontraba fuera de Orizaba, pues se había visto obligado a salir por asuntos de servicio y que tardaría aún algunos días en volver; pero que a mi disposición se pondría el Maestro Mecánico de los talleres, señor Aquiles Amparán, para acompañarme y darme a conocer todos los departamentos.

Los edificios donde se hallan intalados estos talleres y las muchas dependencias con ellos relacionados, ocupan una gran extesión de terreno, cruzado todo él por vías que los ponen en comunicación con la Estación del Ferrocarril que está muy inmediata.

Quinientos obreros, jóvenes en su mayor parte, mexicanos todos, trabajan diariamente en estos talleres que son un modelo de organización, teniendo establecida la jornada de ocho horas. Muchas y muy interesantes no-

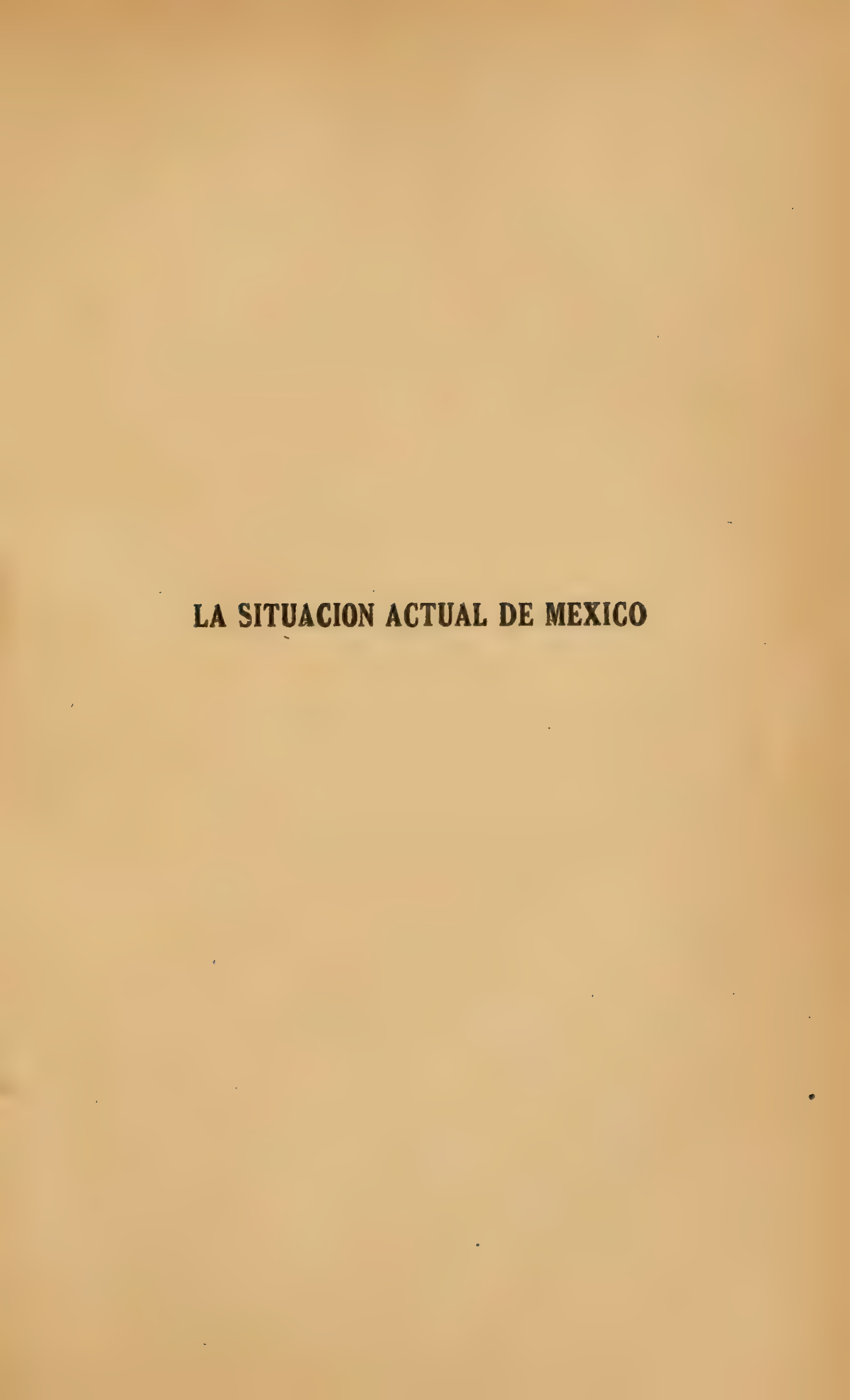
tas tengo en cartera, tomadas en aquel templo donde al trabajo se le rinde culto. Con ellas podrían llenarse muchos capítulos de este libro; pero es de todo punto imposible hacerlo, porque en él es necesario tratar también de otros asuntos, si he de cumplir el compromiso que tengo contraído con los lectores y conmigo mismo. Todas las he de aprovechar para con ellas escribir varias crónicas a los periódicos a quienes sirvo, conformándome aquí en dar una ligerísima idea de cuanto allí he visto.

Talleres mecánicos de ajustaje, fundición, calderería, carpintería, tapicería y pintura; fraguas, tornos, departamento de limpieza de máquinas y de pruebas, todo en pleno período de actividad, trabajando en ellos laboriosos y muy hábiles obreros, quienes con gran asiduidad, con verdadero cariño, se esfuerzan en la composición de máquinas, coches y cuanto material ha sido destrozado por los rebeldes, ayudando así poderosamente a la obra del Gobierno y secundando los deseos del Gerente, que no tiene otra aspiración ni persigue otros fines, sino llegar a conseguir que cuantas construcciones y reparaciones haya que hacer en material de ferrocarriles, se hagan todas ellas en México, sin necesidad de tener que acudir al extranjero.

Con grandísimas dificultades tropiezan, en los actuales momentos, para la adquisición de los materiales que se necesitan si se han de hacer aquella clase de obras y reparaciones; pero apesar de esto, de 32 locomotoras destruídas por los rebeldes y que estaban abandonadas en distintos puntos de la línea, han sido reconstruídas veinte, ocupándose en la actualidad en componer las demás, teniendo esperanza de dejarlas todas listas muy en breve. Esta es la labor altamente patriótica que realizan aquellos obreros y los Jefes y Maestros que los dirigen, obra a los que he de dedicar un detenido estudio.

Cuando regresaba a México encontré en los altos de Maltrata a Don Paulino Fontes, quien estaba reco-

rriendo la línea e inspeccionando las obras de defensa que en ella se están haciendo. Al señor Fontes le acompañaba su secretario particular, el muy inteligente joven José Paz, quien hacía el viaje amargado con el contratiempo que le había ocurrido en Veracruz al quererse convertir en marino, percance que consistía en la pérdida de un magnífico cronómetro de oro, regalo de persona para él muy querida. Con ellos hice el viaje hasta México y por las atenciones que durante él tuvieron conmigo, le envío desde aquí las gracias más expresivas, gracias que hago extensivas también a los Jefes y obreros de los Talleres de Orizaba, de cuya visita guardaré siempre gratos recuerdos.



LA SITUACION ACTUAL DE MEXICO

LA SITUACION ACTUAL DE MEXICO

Decía a los lectores en el primer capítulo de este libro, que venía a México para darles a conocer cuál era la verdadera situación de este país, pues las noticias que en España, mi Patria querida, y en Cuba, donde habían pasado varios meses, se habían hecho circular, eran tan contradictorias que hacían de todo punto imposible formarse idea, no ya exacta, sino aproximada de cuánto aquí ocurría. Para ello—decía—no he de perdonar medios; sino lo consigo, culpa será de mi torpe inteligencia, de mi falta de espíritu observador; pero jamás por falta de voluntad, pues ésta cultivada la tengo en aras del cumplimiento de un deber profesional que pide, por lo menos, serenidad para ver, e imparcialidad para juzgar.

La verdad prometía a los lectores y no creo haberme separado de ella, en cuantas crónicas llevo escritas para los periódicos a quienes sirvo y en los capítulos de este libro. Si no ha sido así, los que francamente se han declarado mis enemigos y combatiéndome están, dejando a un lado mi personalidad, bien poco importante por cierto, deben decirlo y demostrarlo, no con palabras gruesas, ni con insultos groseros, pues a ese terreno no acudiré jamas por más esfuerzos que ellos hagan, sino con razones y con hechos. Ahí me encontrarán siempre dispuesto para la discusión, y entretanto seguiré informando a los lectores que me siguen y me animan en este viaje.

Dos meses llevo viviendo en la populosa y culta ciu-

dad de México, la "Ciudad de los Palacios," como se le llamó siempre a la capital de la gran República Mexicana: dos meses en los que no he dedicado un sólo día al descanso, recorriendo la población entera, para ver si podía encontrar vestigios siquiera de la destrucción y de la barbarie de que hablan constantemente en el extranjero, aquellos mexicanos enemigos del Presidente de la República, señor Carranza, y de los hombres que forman su Gobierno, relatando hechos llevados a cabo por éstos y sus amigos durante la Revolución y en los años que llevan de poder.

Templos y monumentos artísticos demolidos; palacios y casas aristocráticas destrozados: parques, jardines, calles y plazas destruídos; la industria y el comercio paralizados; las pocas Iglesias que quedaban en pié, cerradas y sin culto, y los teatros sin poder abrir sus puertas, pues los honrados habitantes de México, no es atreven a salir de sus casas por temor de ser asaltados. Sin Religión, sin familia, sin instrucción y sin arte: así se presenta en el extranjero a la hermosa ciudad de México y así creemos encontrarla los que del extranjero venimos; pero yo honradamente, sinceramente, he de declarar que nada de esto he visto ni es cierto.

Cuando salí de la Habana, una dama perteneciente a aristócratica y linajuda familia de México, casada con una de las figuras políticas de aquel régimen que durante muchos años gobernó la República Mexicana, me hizo el encargo de visitar a su anciana madre, residente en la capital. Apenas llegué, me apresuré a cumplir el encargo dirigiéndome a la Avenida de Sadi Carnot, una de las calles más hermosas de la ciudad, donde habita, suntuosa casa, la distinguida señora. Allí le ofrecí mis respetos, trasmitiéndole también él saludo cariñoso que su idolatrada hija le enviaba desde el destierro que voluntariamente sufría, sólo por acompañar a su esposo.

Mucho hablé en aquella visita con la noble dama, modelo de distinción y de cortesía. Ella me contaba los días

felices que había pasado, hacía muy poco tiempo, cuando había tenido el placer inmenso de abrazar a su hija querida, después de algunos años de ausencia. Con lágrimas en los ojos me decía como apenas llegó su hija a la casa, manifestó deseos de ver la ciudad, su México querido, y juntas habían salido, en carruaje, a recorrer la población. Todas las calles anduvieron y cuando pasaban por las de Cinco de Mayo, Avenida de Francisco I. Madero, 16 de Septiembre y otras de las más principales, viendo su hija los comercios abiertos, llenos de gente, con los escaparates adornados primorosamente, teniendo algunos de ellos espléndidas joyas, y cuando más tarde en la Catedral, soberbio monumento que encierra bellezas artísticas de inestimable valor, visitando la imágen bendita de Guadalupe, ante la que tantas veces aquí se había postrado y en la Ciudad de la Habana le había dedicado cultos solemnísimos, entonces con los ojos cubiertos de lágrimas se volvió a su señora madre, diciéndola con gran ternura: "Mamá; pero si todo está igual".

Así exclamó la infeliz señora, quien también había sido engañada por sus mismos paisanos, haciéndola creer que la ciudad, su México querido y por el que tantas veces había suspirado, cuyos edificios y encantos, ella, como todos los buenos mexicanos, habían proclamado con orgullo, estaban destrozados y robados por aquellos que le gobernaban. Pues si esto se ha hecho creer a las personas que conocen perfectamente la capital y suspaisanos, mejor lo habríamos de creer cuantos no conocíamos, ni teníamos idea de la obra llevada a cabo por la Revolución y por sus hombres.

Otro caso concreto voy a citar para demostrar cuál es la opinión que en el extranjero, y en Cuba muy especialmente, se tiene de la situación de México. Cuando llegué a esta capital, me encontré con el notabilísimo actor cómico Julio Taboada, tan conocido, mimado y ruidosamente aplaudido por el público mexicano, quien me enseñó la carta escrita en la Habana por una de las actrices españolas más célebradas, a

quien él había querido contratar, carta en la que aquella le decía: "Con mucho gusto, Julio, iría a trabajar al lado tuyo: tengo grandes deseos de conocer México; pero mientras ese país esté en el estado que aquí dicen se encuentra, ¡horror!, imposible: sería una locura, porque no sería ir á México, sino ir al otro mundo, y la verdad me parece todavía un poco pronto para dedicarme a dar representaciones en el cielo, ante San Pedro y los angelitos".

Esta es la creencia general que hay en el extranjero acerca del estado de la ciudad de México y de toda la República Mexicana, así que para mí ha sido una gran sorpresa, y seguramente lo será para cuantos vean estas líneas. saber que, cuanto se ha dicho y publicado en este sentido, es falso de toda falsedad. No puedo comprender como las pasiones políticas, las ambiciones de poder o las rencillas personales, pueden llevar a los hombres a cometer tales injusticias y "no ya para desacreditar ésta o aquella idea, éste o aquel grupo político, sino para llevar a la ruína a su Patria, Nación gloriosa, emporio de riqueza y cuna de tantos hombres ilustres", como escribiera cuando aún no conocía estos hechos.

Repito que he recorrido la población, hasta en sus barrios extremos, no sólo de día, sino también a distintas horas de la noche y el respeto a la verdad, por la que siempre luché, me obliga a decir que en México se hace la vida tranquila, es decir, la misma que se vive en todas las grandes poblaciones europeas. En sus templos se celebran los Sagrados Oficios con toda regularidad, concurriendo a ellos muchísimos fieles: los paseos están animadísimos, circulando gran número de coches y automóviles: los teatros sino llenos, por el tiempo de cuaresma en que vivimos, sí bastante concurridos: los cinematógrafos, *cabarets* y otros centros de recreo lo mismo y las calles congestionadas de gente, siendo la alegría la que reina en todas las manifestaciones de la vida pública.

Los crímenes, robos y asaltos de que tanto se habla también en el extranjero, son menos frecuentes que en la mayoría de las poblaciones europeas y americanas, donde el número de habitantes es igual o menor del que México en la actualidad alberga. Y no se me diga que estos hechos pudieran permanecer ocultos por la censura ejercida sobre la prensa, pues esta censura no existe, antes al contrario, aquí se sostienen y tienen vida próspera, muchas publicaciones independientes y de rabiosa oposición al Gobierno, donde seguramente habrían de aprovecharse todos estos sucesos como arma poderosa contra aquel a quien combaten.

Nunca fué mi propósito describir la hermosa ciudad de México ni sus muchas bellezas naturales y artísticas, ni mucho menos dar a conocer a los lectores su grandiosa Catedral, sus Museos y soberbios edificios públicos; ni el paseo y parque de Chapultepec, muchas veces superior al Bosque de Bolonia en París y al Retiro, legítimo orgullo de los madrileños y los españoles todos. Para esto se necesitarían plumas mejor cortadas que la mía y muchos capitulos de este libro. Sólo he de decir que la ciudad de México es la primera población de América y superior a muchas de Europa. Además mi viaje no tiene este objeto y si me he ocupado del estado de la población, es para demostrar a mis lectores de España y Cuba, la falsedad de cuanto allí habíamos oído sobre esto, y los medios puestos en práctica por los enemigos de Carranza y de su Gobierno, para combatir la obra de la Revolución.

No, la ciudad de México, no está en el estado anárquico que aseguran los partidarios de Félix Díaz ni sus monumentos, templos y edificios han sido destruídos ni sus calles y paseos están destrozados, abandonados y desiertos sino que todo está, poco más o menos, como antes dicen estaba y se goza de tranquilidad, siendo el orden y la seguridad personal absolutos. Cierto es que sus calles, paseos, parques y jardines, no están cuidados con la escrupulosidad que debiera y que

ellos merecen; pero también es cierto, que desde hace un poco tiempo se trabaja mucho en el embellecimiento de la ciudad, mejorada muy visiblemente en estos últimos meses, estándose fundando todos los días organismos para cuidar y atender este importante asunto, así como de la higiene y salubridad.

Otra de las cosas verdaderamente censurables, por mí observadas en la hermosa y culta ciudad de México, es el número extraordinario de mendigos que andan por las calles molestando a los transeuntes con sus peticiones, mendigos de aspecto repugnante por lo sucios y andrajosos. Todo esto es cierto; pero dejaría de ser justo, y a ello no estoy dispuesto, sino dijese que esto obedece en gran parte a la muchísima gente que ha venido a la ciudad, huyendo de los rebeldes, después de haber sido despojada en los pueblos, donde habitaba, de cuanto tenía, dejándola reducida a la más espantosa miseria. Prometí a los lectores, cuando a México vine, que para mi estudio había de solicitar ayuda de las Autoridades y de cuantas personas pudieran ilustrarme en los asuntos que tratase y a cumplirlo voy.

LA CUESTION INTERNACIONAL EN MEXICO.

EL PUEBLO MEXICANO TIENE GRANDES SIMPATIAS POR ALEMANIA.

LA CUESTION INTERNACIONAL EN MEXICO.

EL PUEBLO MEXICANO TIENE GRANDES SIMPATIAS POR ALEMANIA.

I

Muy comprometido es en los actuales momentos, especialmente para periodistas y escritores extranjeros, escribir sobre cuestiones internacionales. Dificil es también recoger impresiones de como piensan los Gobiernos respecto al grave conflicto europeo, y saber por cuál de las naciones beligerantes sienten los pueblos más simpatía. Cuando salí de España, mi Patria adorada, me propuse no escribir una sola letra sobre temas tan escabrosos, y escrupulosamente he cumplido este mi decidido propósito.

En los Estados Unidos y en la Isla de Cuba donde permanecí algunos meses y desde donde envíe muchas crónicas a los periódicos de España; colaborando además constantemente en el "DIARIO DE LA MARINA," periódico el más importante de cuantos en la Habana se publican, jamás traté cuestiones internacionales, tan delicadas como peligrosas. En México hubiese hecho lo mismo, si los lectores, a quienes tengo el deber de servir, no me hubiesen pedido que les informara, aun cuando fuese muy a la ligera, de la actitud que el Gobierno de la República Mexicana ha adoptado, en el gra-

vísimo y cada día más complicado problema internacional y por cual de las Naciones, que hoy luchan en Europa, tiene más simpatías el gran pueblo mexicano.

Peligrosa, difícil en extremo, es la tarea; pero cuando de servir a los lectores se trata, no se puede, ni se debe reparar en medios, ni omitir sacrificio alguno. Si en todas las ocasiones y para tratar todos los asuntos, necesita tener el periodista gran serenidad para ver, e imparcialidad, mayor aún, para juzgar, mucho más las ha de tener cuando de cuestiones internacionales, siempre complicadas y delicadísimas, ha de ocuparse. Una y otra prometo he de poner a contribución para tratar de estos asuntos.

El Gobierno de México, patriota como el que más, sólo tiene una aspiración, un deseo constante; el engrandecimiento de su Patria y la tranquilidad y bienestar de la Nación, cuyos destinos le han sido confiados. Por esto y para esto, estudia y trabaja sin descanso, habiendo llegado a adquirir, dicho Gobierno, el convencimiento pleno de que uno de los medios para conseguirlo, es conservar, durante el conflicto europeo, la más absoluta neutralidad, Es, pues, el Gobierno de México neutral; sobre este punto no cabe duda, ni discusión alguna y para defender y mantener esta neutralidad, dispuesto está a toda clase de sacrificios, sin que haya fuerza humana capaz de hacerle variar, ni desistir, de su resolución. A cuantas personas he interrogado sobre este asunto me lo han dicho: con cuantos Ministros hablé me lo confirmaron.

El pueblo mexicano es uno de los pueblos donde con más pasión se discute la guerra europea y donde con más dureza son tratadas y juzgadas las Naciones beligerantes, habiendo diversidad de pareceres sobre la manera de interpretar la actuación de cada una de ellas en el pavoroso conflicto. Las Naciones beligerantes son, repito, muy discutidas por los mexicanos: hay banderías y partidos, hay luchas, siendo necesario para estudiar cual de aquellas cuenta con más simpatías entre los hi-

jos de la gran República Mexicana, no pertenecer a ninguno de los bandos que tan apasionadamente las juzgan; es preciso ser ageno, por completo, a esas oleadas de entusiasmos y de pasiones.

Con imparcialidad grande, con el más escrupuloso de los cuidados, he procurado observar, pulsar la opinión, recoger impresiones de todas las clases sociales y con independencia absoluta, rindiendo una vez más tributo a la verdad y a la justicia, he de declarar que el noble pueblo mexicano, en su inmensa mayoría, tiene simpatías grandes por Alemania; por ello celebra con entusiasmo las victorias de sus heróicos soldados y desea, con toda el alma, salgan triunfantes en la sangrienta guerra que sostienen con las demás Naciones.

Muchas y muy diversas manifestaciones de la vida pública y aún de la particular y privada del pueblo mexicano, demuestran y confirman esta verdad. Un día que la Cámara de Diputados, de la Nación Mexicana, celebraba sesión memorable, cuando estaban reunidos los representantes legítimos del pueblo y de la voluntad Nacional, al entrar en la tribuna, destinada al Honorable Cuerpo Diplomático, el excelentísimo señor H. von Eckardt, Ministro de Alemania en México, fué objeto de gran ovación, hecha por la mayoría de aquellos Diputados y por el pueblo mismo, quien, desde las tribunas a él destinadas, vitoreaba y aplaudía con entusiasmo al representante del Kaiser, de la misma manera que lo hacía momentos después, en la calle, una muchedumbre inmensa. Y estas manifestaciones de simpatía no iban dirigidas a la personalidad particular del excelentísimo señor H. von Eckardt, con ser ésta en México muy respetada y querida, sino a la gran Nación Alemana por él representada.

La prueba de esto fué que al presentarse en la misma tribuna y al salir a la calle, más tarde, el Ministro de otra Nación hoy aliada, le hizo aquel mismo pueblo demostraciones bien claras y significativas de desagrado. En los hogares mexicanos, desde el más aristócrata has-

ta el más humilde: en las oficinas públicas y particulares: en comercios y casas de Banca: en las estaciones y carros de los ferrocarriles: en los Centros de Enseñanza: en los Hospitales y Cuarteles: en los automóviles y coches de alquiler: en los modestos puestos de limpiar el calzado y hasta en las sacristías, en la mayor parte de estos sitios he visto colocado, en el lugar más distinguido, el retrato del Emperador de Alemania y fotografías con sucesos de actos heroicos realizados por los soldados de esta Nación.

En los coches de Ferrocarril destinados a Jefes de algunas Divisiones del Ejército Mexicano, he visto colocado, sobre la cabecera de la cama en que aquellos dormían, el retrato del Kaiser y lo mismo en el departamento destinado a comedor. En muchas casas de españoles, en México residentes y por mí visitadas, he visto el retrato del Emperador Guillermo unido al del Rey de España, estando ambos adornados con flores naturales que eran renovadas todos los días. En hogares mexicanos, ví el retrato del ilustre Presidente de la República, Don Venustiano Carranza, al lado del Emperador Alemán, también adornados con frescas y aromáticas flores. En las calles y plazas, en teatros, cafés y cuantos establecimientos públicos se visitan, frente a los grandes mapas colocados en los escaparates de algunos establecimientos, donde con banderitas van señalando el curso de las operaciones militares y la situación y avance de las fuerzas, donde quiera que de la guerra europea se habla, no se oyen más que palabras de elogio, de entusiasmo para la Nación Alemana y para sus valientes soldados.

Estos hechos suceden a la vista de todo el mundo y por grandes esfuerzos que se hagan para desmentirlos y por mucho que quieran tergiversarse, es de todo punto imposible ocultarlos y el escritor que sea imparcial, no tiene más remedio, al hablar de ellos, que decírselo así a los lectores. Ahora bien, ¿Por qué el pueblo mexi-

cano siente simpatías, tan marcadas, por Alemania y por sus hombres?

Muchas son las causas, a mi modo de entender, que a esto contribuyen. Una de ellas, quizá la más importante y de más fuerza, es el espíritu noble, generoso y caballeresco de los hijos todos de la gran República Mexicana. Los mexicanos han visto como sobre Alemania han caído y van cayendo, poco a poco, todos los poderosos de la tierra, echando sobre esta Nación y sobre sus bravos soldados, cuantos elementos han podido reunir, a fin de aniquilarla y destruirlos y ellos han visto también y presenciando están, el heroísmo y la bravura, la fé y la abnegación con que lucha el pueblo alemán y cómo se defiende, cómo acomete y triunfa, contra todo y contra todos.

Otra de las causas que han contribuido grandemente a crear y fomentar las simpatías de los mexicanos hacía el Imperio Alemán, ha sido la conducta observada por la numerosa Colonia Alemana que entre ellos trabaja y las cualidades morales que adornan a los súbditos de aquel poderoso Imperio. Los mexicanos han visto cómo los alemanes que en México viven, no han tomado jamás parte ni se han mezclado para nada en los asuntos políticos del país, permaneciendo indiferentes en todas las Revoluciones y contiendas, habiendo presenciado tambien cómo después que ha triunfado la voluntad del pueblo, la Colonia Alemana, sabiamente, habilmente dirigida por su legítimo representante el Excelentísimo H. von Eckardt, se ha puesto al lado, y dispuesta, ha estado siempre para prestar su incondicional apoyo, a las Autoridades y a los Gobiernos elegidos y nombrados por este mismo pueblo. La Colonia Alemana, en México, no ha pensado ni se ha preocupado de otra cosa sino de trabajar, y si bien es cierto que este trabajo le ha producido grandes utilidades y riquezas, también lo es que ella ha fomentado grandemente la industria, el comercio y la agricultura del país, con

tribuyendo así a su desenvolvimiento y prosperidad económico.

También el odio al yanqui es otra de las causas, aunque para mí muy secundaria, que ha contribuído a aumentar las simpatías del pueblo mexicano hacia Alemania. Es cierto que los mexicanos todos llevan en su corazón el odio al yanqui, odio nacido de la conducta observada por los Estados Unidos y por sus Gobiernos en cuantas ocasiones han intervenido en los asuntos públicos de México. El mexicano quiere a su Patria con amor entrañable, defiende y se siente celoso de su integridad y de su Soberanía y ha visto muchas veces,como el pueblo yanqui ha querido atentar contra una y otra, no perdonando ocasión, motivo o pretexto, para intentar humillar a la República Mexicana.

Esto, como es natural, hiere el sentimiento patrio, tan virilmente, tan celosamente acariciado y defendido por los mexicanos: ésto ha creado odios en su corazón; más no creo hayan sido ellos los que hicieron nacer las simpatías de este gran pueblo haciaAlemania;habrán podido fomentarlas, no lo niego; pero antes de que los Estados Unidos se aliasen con las naciones enemigas de los Imperios Centrales, ya el pueblo mexicano había demostrado sus simpatías por estos. Es más, estudiados los sentimientos nobles de los hijos de México, casi me atrevería a afirmar que si los Estados Unidos, en la contienda Europea, se hubieran aliado con Alemania, los mexicanos todos habrían ahogado los sentimientos de odio, hubieran olvidado,temporalmente, los agravios recibidos de aquel pueblo y de sus Gobiernos y los hubieran acompañado con sus simpatías, deseando fervientemente su triunfo.

LA CUESTION INTERNACIONAL EN MEXICO.

EL PUEBLO MEXICANO TIENE GRANDES SIMPATIAS POR ALEMANIA.

II.

Que la inmensa mayoría del pueblo mexicano tiene simpatías grandes por Alemania y desea sea ella quien triunfe, en la guerra que está sosteniendo con las otras Naciones aliadas, es de una evidencia tal que sobre esto es imposible toda discusión. Por ello el periodista que quiera ser veraz y conservar su independencia, no tiene más remedio que así consignarlo.

Pero los defensores de las Naciones aliadas no quieren comprenderlo así y, en la imposibilidad de negarlo y con razones discutirlo, se empeñan en hacer creer al público que la Nación Alemana y su causa es imposible despierten simpatías a ningun pueblo culto y que, por lo tanto, si aparentemente las tiene en México y en otros países, son debidas al ORO ALEMAN que ha sabido crearlas y fomentarlas, corrompiendo conciencias, alquilando muchedumbres y subvencionando después a escritores y periodistas, para que al dar cuenta de ellas las atribuyan a causas nobles y desinteresadas.

Desde que pisé estas hospitalarias tierras mexicanas, estoy oyendo decir en todos los tonos esto y algunos periódicos así lo han asegurado. En los Estados Unidos

y en la Isla de Cuba, había oído y publicado había visto también, que las manifestaciones populares hechas en México a favor de Alemania, cuanta propaganda se hacía y cuanto aquí se escribía en favor de los alemanes y de su causa, asi como los periódicos que daban cuenta de las simpatías que el pueblo mexicano tenía en favor de aquella Nación, estaba pagado por alemanes, quienes disponían de un río de oro que iba derramando a torrentes riquezas por toda la República Mexicana, comprando con él conciencias, creando simpatías y disponiendo de voluntades.

No conceden los partidarios y defensores de dichas Naciones aliadas, sin duda juzgando a los demás por ellos mismos, que haya quien sienta simpatías nobles por Alemania, ni quien defienda su causa por ideales levantados y patrióticos, sino que todo lo atribuyen a miras egoístas e interesadas. Lo mismo exactamente que sucede en España, donde la inmensa mayoría de los españoles tienen también simpatías grandes por Alemania y desean, con toda el alma, el triunfo de sus valerosos soldados. Allí, como aquí, también afirman los partidarios de las repetidas Naciones aliadas, que los escritores, pensadores y periodistas, defensores de la causa alemana y las empresas periodísticas que acojen y publican sus escritos, están vendidos al ORO ALEMAN.

Don Antonio Maura, Jacinto Benavente, Miguel Villanueva, Presidente del Congreso Español, Juan Vázquez de Mella, soberano de la elocuencia, gloria de a tribuna española, uno de lo s sabios más grandes de Europa y casi toda la nobleza española que, con delirante entusiasmo, le aplaudió en el Teatro de la "Zarzuela" de Madrid, por el sólo hecho de ser partidarios de Alemania y defender la neutralidad de España en la guerra europea, se les ha calumniado diciendo que están vendidos al ORO ALEMAN. El Marqués de Polavieja, Rodrigo Soriano, Jefe político de los republicanos radicales españoles; el señor Llorente (Armando Guerra,) Coronel de Estado Mayor del Ejército Español, cronista

de la guerra, admirado en la Europa entera; Don Torcuato Luca de Tena, Director propietario de A B C, el periódico de más sólido prestigio, de más circulación de España y el más comentado y leído en el extranjero, donde pesa mucho su opinión en los Gobiernos y Cancillerías; Luis López Ballesteros, Vicepresidente del Congreso Español, Gobernador de Madrid, ex-Director de "El Imparcial" y reputadísimo escritor, cuya firma es muy solicitada en las publicaciones españolas y extranjeras; Domingo Cirici Ventalló, el más antiguo y ardiente defensor de la causa alemana en España, muerto recientemente en Madrid en la más espantosa de las miserias, habiendo tenido el Rey de España que encargarse de la educación y alimentación de alguno de los hijos de tan ilustre periodista; Miguel Fernández, (Peña Flor), Secretario del gran político Don Juan de la Cierva; Vicente Gay, ilustre catedrático y publicista; Juan Pujol, uno de los cronistas más admirados de la guerra europea, en cuyos frentes estuvo y presenció las grandes batallas de los Ejércitos combatientes; Rafael Suárez, joven escritor, Secretario de Redacción de "EL DIARIO UNIVERSAL," órgano del Conde de Romanones y, por no seguir citando nombres que llenarían muchas páginas de este libro, cuantos con la palabra y con la pluma han defendido brillantemente y con la independencia que su posición social y económica les daba, a Alemania y sus hombres, todos han sído vilmente calumniados diciendo también que estaban vendidos al ORO ALEMAN.

El Ejército, Diputados, Gobernadores, Autoridades, Grandes de España, Aristocracia, Clero, las clases populares, hasta los anarquistas, todos cuantos se oponen a que España rompa la santa neutralidad en que vive, a que los barcos Nacionales sigan llevando las subsistencias que necesitan los españoles a otros países y que se sigan haciendo contrabandos y chanchullos, todos han sido cobardemente calumniados, diciendo de ellos que estaban comprados y sobornados por los alemanes. La

huelgas, los movimientos revolucionarios, también decían eran producidos por anarquistas a quienes pagaba, con el ORO ALEMAN, el Príncipe de Ratibor, Ministro de Alemania en aquella Nación.

Bien es cierto que el pueblo español, el verdadero pueblo español, está convencido, por haberse demostrado hasta la evidencia que cuanto se dice, en este sentido, son infames calumnias inventadas y propagadas por los mismos que, no conformándose con haberse enriquecido acaparando subsistencias y cuantos elementos fueran útiles en la guerra para vendérselos después a las naciones aliadas, cobrando por estos trabajos fabulosas comisiones, quieren ahora que por lo visto necesitan soldados para pelear contra los alemanes, conseguir que España rompa la neutralidad y envíe hombres a pelear contra los Imperios Centrales. Esto ocurre en España y no sólo allí han sido calumniados la inmensa mayoría de los españoles que simpatizaban con Alemania, sino que lo fueron en el extranjero a donde han sido llevadas también tales infamias.

Cuidadosamente, escrupulosamente, por lo mismo que el asunto era por demás delicado, he procurado averiguar cuanto hubiera en México respecto a este asunto y puedo asegurar, sin temor a que nadie me desmienta, que las simpatías del pueblo mexicano por Alemania, no son producto de propagandas pagadas, ni de subvenciones hechas en forma alguna, como últimamente se empeñan en hacer creer los partidarios de las naciones aliadas, sino nobles y santas, hijas de la caballerosidad e hidalguía tan proverbiales en los mexicanos.

Conociendo este pueblo, estudiando imparcialmente el carácter de sus hijos, bien puede afirmarse que no sería bastante todo el oro del Imperio Alemán, ni el de todas las naciones del mundo unidas, para comprar la opinión de este país, pues los mexicanos no son mercenarios, sino hombres conscientes, nobles, incapaces de vender sus ideales y sus afectos por un puñado de monedas.

Teniendo el pueblo mexicano, como tiene, simpatías grandes por Alemania, habiendo un estado de opinión tan fuerte en favor de su causa, es natural que haya periódicos que cristalicen, digámoslo así, aquellas simpatías y que alienten y defiendan el estado de opinión por ellas creado.

La prensa, en todos los países del mundo, es fuerte, tiene autoridad y prestigio, cuando representa al pueblo y cuando es él quien la sostiene y alienta; pero cuando de este pueblo se divorcia para defender ideas o doctrinas contrarias a las por él sustentadas, entonces por más auxilios que reciba y por más subvenciones que tenga, no vive, desaparece irremisiblemente.

Por esto los periódicos que en México se han puesto al lado del pueblo, en la tan debatida cuestión internacional y han sabido defender los deseos por él claramente manifestados, tienen prestigio y autoridad, han alcanzado gran circulación y llevan la vida próspera y floreciente que este mismo pueblo les dá, sin necesidad de otra clase de auxilios.

Sino fuera así, si esta prensa estuviera sostenida por el ORO ALEMAN, como aseguran los partidarios de las Naciones aliadas, ya podían los Alemanes haber gastado todos lo tesoros de su Imperio en fundar periódicos y Revistas, que nada absolutamente hubieran conseguido, pues los periódicos, las Revistas, los folletos y los libros, tienen fuerza cuando el pueblo los busca y los lee; pero cuando los desprecia, ningun valor absolutamente tienen y los periódicos y las Revistas desaparecen, y los libros y folletos están amontonados en los rincones de las librerías, mientras los hombres que alquilaron sus plumas y corrompieron sus conciencias, por un puñado de monedas, para escribirlos, tienen que huír avergonzados al extranjero.

Es cierto, ciertísimo, que los Alemanes han hecho y están haciendo propaganda en la República Mexicana; pero es propaganda para restablecer la verdad de cuanto en la guerra europea ocurre o con ella se relaciona. Para

ello publican en México un periódico diario que lleva por título "Informaciones Inalámbricas," especie de Gaceta Oficial de la Colonia Alemana, donde dan a conocer la situación de las tropas que en los frentes luchan, de las batallas libradas y de sus derrotas y triunfos.

También editan un buen número de libros y folletos que circulan con gran profusión en toda la República; pero en ellos sólo tratan del desarrollo de la guerra, en todas sus manifestaciones, y del estado económico, social y educativo de Alemania, dando a conocer la gran cultura de este pueblo y a la altura en que están sus hombres en todos los ramos del saber humano, habiendo puesto a la venta también muchas traducciones de las obras escritas por las grandes inteligencias alemanas, especialmente de aquellas que se relacionan con la agricultura y la industria de aquel país, y que eran por completo desconocidas en la América Latina.

Esta es la propaganda que he visto hacen los alemanes en México, sin haber encontrado en el periódico, Revistas, libros y folletos, por ellos editados, ni una sola frase molesta, ni un concepto mortificante para las Naciones que con ellos están en lucha, ni se ocupan para nada de cuestiones políticas relacionadas con este país, ni mucho menos cosa alguna que indique deseos de romper la neutralidad mantenida por el Gobierno, antes al contrario, con todos los buenos mexicanos se unen para ayudarle a sostener aquella bendita decisión, única que puede llevar a este gran país al engrandecimiento y tranquilidad a que camina con paso firme y seguro.

LA CUESTION INTERNACIONAL EN MEXICO.

EL PUEBLO MEXICANO
TIENE GRANDES SIMPATIAS
POR ALEMANIA.

III

Desde que se inició la gran tragedia europea, el Presidente de la República Mexicana y los hombres que formaban su Gobierno, vieron, con sus clarísimas inteligencias, que aquella tragedia no sólo había de envolver en sangre a las naciones que la iniciaron, sino que podía extenderse a toda la América y quizá al mundo entero. Desde aquel día empezaron a preocuparse de la trascendencia que la guerra podría tener para México y mirando muy lejos hacia el porvenir, estudiaron mucho y pensaron más, cual debiera ser la actitud que convendría tomar ante aquel gravísimo problema internacional.

Despues de haber hecho un detenido estudio de las cuestiones que pudieran sobrevenir; de haber pulsado, con exquisito cuidado, los sentimientos de sus gobernados y cuales eran sus aspiraciones y deseos, tomaron la orientación fija, la resolución firme, de permanecer neutrales ante aquel gravísimo conflicto. Así lo declararon claramente, terminantemente, ante el mundo entero y repitiendolo están siempre que las circunstancias así lo reclaman.

La guerra, según el señor Carranza y su Gobierno habían previsto, se extendió a la Europa entera y con honda pena vieron como muchas Repúblicas de América iban entrando también en el conflicto; pero ellos con los ojos fijos solamente en la Patria, por cuyo engrandecimiento estaban dispuestos a dar la vida si necesario fuera, sin tener en cuenta para nada las simpatías o antipatías que pudieran tener conlos pueblos que poco a poco iban a la lucha, ni las ofensas que de ellos pudieran haber recibido, con voluntad de hierro, con nobleza y entereza admirables, siguen firmes en aquella primera resolución de ser neutrales y manteniéndola están en toda su fuerza.

Ni los halagos ni las promesas, primero; ni las contrariedades ni las amenazas después, han podido desviarlos de su camino, ni conseguir siquiera hacerlos dudar, un momento, de la bondad de la causa que tan valientemente defienden y en esta labor les ayuda y les anima poderosamente el pueblo, quien presencia entusiasmado la labor que están realizando sus gobernantes.

El ilustre Presidente de los Estados Unidos Mexicanos estudia y trabaja, al mismo tiempo, por la realización de otra idea que siempre ha venido acariciando. Don Venustiano Carranza, sin perder de vista el porvenir, desea formar una alianza fuerte, poderosa con todos los pueblos de la América Hispano-Latina, unidos entre sí por estrechos vínculos de raza, y para ello sacrificando está cuanto sacrificarse puede, habiendo dado últimamente una prueba bien manifiesta de ello, no queriendo romper las relaciones de amistad con la Isla de Cuba, llegando para esto en sus resoluciones gubernamentales a límites que jamás había llegado Gobierno alguno, dando de este modo al pueblo cubano, al verdadero pueblo cubano, la mayor demostración de amistad, en una nota que por lo sutil, lo sentimental y cariñosa está siendo la admiración del mundo diplomático.

No quiero privar a los lectores de este libro de que saboreen las dulzuras que dicha nota encierra e íntegra

la copio. Con ella termino de tratar la cuestión internacional en México que no sé si de una manera acertada, porque no tengo la pretensión de ser infalible, pero sí sinceramente, desapasionadamente, he tratado en los tres capítulos que llevo escritos. La nota oficial dice así:

"Para evitar interpretaciones torcidas y malévolas, se pone en conocimiento del público, que el Gobierno de México por acuerdo del C. Presidente de la República y en Consejo de Ministros, se ha visto en la imperiosa necesidad de retirar a su Representante diplomático ante el Gobierno de Cuba y de suspender, por tiempo indefinido, el envío de nuevo representante, por considerar indispensable esta medida para los más altos intereses de las dos naciones, en los actuales momentos de aguda crisis mundial.

En efecto, por el estado de guerra en que se encuentra actualmente la República de Cuba, el Gobierno cubano se ha visto obligado a dictar medidas que en muchos casos lesionan los intereses del Gobierno mexicano o de sus nacionales; y por este motivo la Legación de México tendría el ineludible deber de hacer frecuentes representaciones ante el Gobierno de Cuba, que serían inútiles y coartarían indebidamente la libertad de acción de un pueblo amigo que se encuentra en situación aflictiva. En consecuencia, nuestra gestión diplomática no produciría en los actuales momentos ningún resultado práctico apreciable y sólo tirantez y acritud, que sería necesario desvanecer más tarde, para mantener incólumes los fraternales sentimientos de solidaridad que nos han ligado siempre con el pueblo de Cuba y con todas las naciones hispano-americanas.

Al retirar su Representante diplomático, de Cuba, el Gobierno de México da una elocuente prueba de consideración y de respeto a la Soberanía de un Gobierno amigo que atraviesa actualmente por momentos críticos, y al mismo tiempo una muestra de confianza, en virtud de que el Gobierno de México espera que sus ciudadanos serán tratados por el Gobierno de Cuba con toda la

benevolencia que permitan sus leyes y sus instituciones, bajo cuya protección quedarán en aquella República, lo mismo que los nacionales.

Al obrar de esta manera el Gobierno de México, no hace más que cumplir fielmente la norma de conducta que el Ciudadano Venustiano Carranza, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, ha proclamado innumerables veces como el más alto ideal de una verdadera sociedad de las naciones: IGUALDAD DE LOS NACIONALES Y DE LOS EXTRANJEROS, Y SUMISION COMPLETA DE TODOS A LA SOBERANIA NACIONAL.

Pasada la crisis, como va pasando la que originó la revolución en nuestra Patria, México y Cuba estarán en aptitud de reanudar sus relaciones diplomáticas sobre una base de justicia y de igualdad, única y grande aspiración del Gobierno de México en sus relaciones internacionales.

POR QUE
SE COMBATE AL SEÑOR CARRANZA Y AL JEFE
DE
SU GOBIERNO

**LOS DEFENSORES DE LAS IDEAS
LIBERTADORAS Y REDENTORAS DE LOS PUEBLOS,
FUERON SIEMPRE COMBATIDOS
Y CALUMNIADOS.**

POR QUÉ
SE COMBATE AL SEÑOR CARRANZA Y AL JEFE DE SU GOBIERNO

LOS DEFENSORES DE LAS IDEAS LIBERTADORAS Y REDENTORAS DE LOS PUEBLOS, FUERON SIEMPRE COMBATIDOS Y CALUMNIADOS.

I.

Siempre las ideas redentoras y libertadoras de los pueblos, fueron tenazmente combatidas, como lo fueron también las personas encargadas de defenderlas e implantarlas. Las ambiciones y los egoísmos, las injusticias y las inmoralidades administrativas, en una palabra, los intereses creados, les hacen dura guerra y no quieren darlas paso.

Los hombres en quienes han encarnado estas pasiones vituperables, ponen a contribución la maldad y la perfidia, para desacreditar y poner dique a las ideas redentoras y libertadoras antes dichas, calumniando y procurando hacer odiosos a los hombres encargados de defenderlas e implantarlas. Es la eterna lucha de la justicia, la honradez y la libertad, siempre calumniadas y combatidas; pero nunca derrotadas, contra la injusticia, el pillaje y la tiranía jamás triunfantes.

No podía México librarse de esto y la lucha se en-

tabló hace algunos años, intensificándose de tal modo, en estos últimos tiempos, que ha llegado a ser verdaderamente encarnizada y violenta. Los hombres que en la República Mexicana querían poner dique para no dar paso a las ideas redentoras y libertadoras del pueblo, eran los partidarios de la injusticia y de la inmoralidad, del pillaje y de la tiranía. Dominados por las pasiones políticas, llenos de egoísmos y cegados por los odios, ayudados por la maldita envidia ya bautizada con sangre en los primeros tiempos de la humanidad, levantaron bandera de rebelión contra el señor Don Venustiano Carranza, por ser él, quien con voluntad firme, lleno de patriotismo y con un amor inmenso hacia su país, defendía las ideas redentoras y libertadoras del pueblo y con mano de hierro quiere en él implantarlas y afianzarlas.

Don Venustiano Carranza ha luchado y lucha para que, en los Estados Unidos de México, se implante la justicia en toda su pureza y para que la administración pública sea honrada e íntegra, queriendo también purificar las costumbres, educando e ilustrando al pueblo, a fin de darle, no el libertinaje, sino la santa libertad que tanta sangre derramó para conseguirla. Los enemigos del señor Carranza y de su obra, que son los verdaderos enemigos de la Patria, no pueden tolerar esto y no reparan en medios para combatirle y calumniarle. Todos, por reprobables e indignos que sean, les parecen buenos para conseguir el fin que se proponen; nada les detiene en su obra antipatriótica y demoledora, todo lo utilizan y todo lo aprovechan.

La grave crísis económica que México atraviesa, creada en gran parte por la guerra europea, tratan de agravarla, destruyendo con este objeto todo cuanto pudiera ser fuente de ingresos para el Erario público, dificultando las comunicaciones comerciales y haciendo imposible el desarrollo de la agricultura, de la industria y del comercio, únicas riquezas del país. Por otra parte están desangrando a la Nación, obligando a su Gobierno con sus constantes revueltas, a realizar gastos enormes para

mantener la tranquilidad en el país y garantizar las vidas e intereses de los ciudadanos. El crédito público, tan necesario en la vida económica de las naciones y de quien el señor Carranza es un celoso defensor, desprestigiándolo están sus enemigos en el extranjero, pagando campañas de prensa para presentar a la República Mexicana en estado de anarquía y de ruina.

Las cuestiones internacionales pendientes y las que cada día se suceden, graves todas y que comprometer pueden hasta la integridad de la Patria, el señor Carranza las ha tratado con sutileza, aplomo y energía tal que por ello está siendo la admiración del mundo diplomático. Pues bien, sus enemigos tratando están de agravar estas cuestiones, de entorpecer aquella labor, ayudando y sirviendo de instrumentos a los que con más interés tratan de complicar a la nación Mexicana, en aventuras guerreras que habrían de hacer derramar mucha sangre a sus nobles hijos y traerían la ruina completa del país.

Viendo que con esto nada consiguen, que el señor Carranza sigue gozando de la confianza del pueblo y su obra triunfa y se consolida, queriendo sus enemigos llegar hasta el refinamiento en sus infamias, apelan a medios más reprobables aún, a fin de crearle dificultades y hacerle fracasar en su empeño. Ahora dedican todas sus actividades y energías a investigar cuáles son y dónde están los elementos corrompidos e indisciplinados del Ejército Constitucionalista, para ver si consiguen, con halagos y promesas, llevarlos a su campo y con ellos hacer labor destructora y antipatriótica. Aquellos Generales y Jefes que llenos de soberbia, faltos por completo de patriotismo y cegados por la ambición, no pueden amoldarse y vivir la vida de moralidad, de honradez y de justicia, en que el Presidente de la República vive y quiere imponer, con promesas y ofertas, halagando sus deseos, consiguen los enemigos del señor Carranza que aquellos se subleven y con ellos se van, traicionando cobardemente a la Patria a quien

habían jurado servir, cometiendo además la infamia de engañar a los infelices soldados, que estaban a sus órdenes, para que los sigan. Pero estos al darse cuenta de la labor de sus Jefes, los abandonan y se unen al pueblo para combatir, con fiereza, a los que de tal modo los vendieron y aquellos Generales y Jefes, malos patriotas, responsables del delito de alta traición, son abandonados por el pueblo y por él odiados y perseguidos, obligándolos a huír por los montes, solos, atormentados por el remordimiento de su conciencia, procurando poder escapar al extranjero.

En cambio Don Venustiano Carranza, el defensor de las ideas redentoras y libertadoras del pueblo, descansa cada día más tranquilo en la voluntad, bien manifiesta, de éste y apoyado por el Ejército patriota y leal, por el Ejército de este mismo pueblo, se afianza en el alto cargo de Presidente de la República. Las ideas reredentoras y libertadoras, por él defendidas, avanzan y se consolidan, siendo ellas las únicas que han de llevar a la gran República Mexicana, al engradecimiento y prosperidad a que tiene derecho.

Una personalidad política de mucho relieve, de clarísima inteligencia y de gran patriotismo, ayuda poderosamente al señor Carranza a implantar estas ideas redentoras y libertadoras, del mismo modo que le había ayudado a defenderlas. Esta personalidad política, es el Licenciado Don Manuel Aguirre Berlanga y por ello está siendo también duramente combatido y calumniado.

II.

Registremos la historia y en ella encontramos que, en todas las épocas y en todos los países, los grandes hombres que levantaron bandera para defender las ideas redentoras y libertadoras de los pueblos, han tenido siempre a su lado, en medio de los combates a que han estado sometidos, un hombre leal, de clara inteligencia y de gran patriotismo, que les ha ayudado, en los momentos difíciles y con ellos ha colaborado para implantar dichas ideas. Este auxiliar poderoso, este colaborador leal, ha sido en todos los tiempos y en todos los países también, más duramente aún combatido y calumniado que los caudillos a quienes ayudaba.

No podía Don Venustiano Carranza verse privado de este hombre, de este colaborador señalado e impuesto por lo que pudiéramos llamar "ley histórica" y también ha tenido y tiene a un hombre leal, de clara inteligencia, lleno de patriotismo, que le ayuda poderosamente a realizar su obra y con él colabora para implantar las ideas redentoras y libertadoras del pueblo mexicano, del mismo modo que antes le había ayudado a defenderlas.

Este hombre es Don Manuel Aguirre Berlanga y por ello el señor Carranza le ha confiado la Secretaría de Gobernación, haciéndole también Jefe de su Gobierno. No podía tampoco el señor Aguirre Berlanga librarse de la segunda parte de aquella que antes llamábamos "ley histórica" y también ha sido y está siendo combatido y calumniado, más duramente aún que el ilustre caudillo a quien auxilia y con quien colabora, es decir, que su Jefe el Presidente de la República Mexicana.

Para ello sus enemigos que son, disfrácense como quieran, los enemigos del Presidente de la República, señor Carranza, y de la Patria, han apelado a todos los medios, no siendo la prensa quien menos parte ha tomado en esta labor demoledora y antipatriótíca; pero la prensa, a quien se le ha llamado y se le llama el CUARTO PODER, por la influencia que tiene cuando interpreta fielmente los sentimientos y la voluntad del pueblo, no tiene ninguna cuando de éste se divorcia.

La prensa mexicana que ha combatido y calumniado duramente al señor Aguirre Berlanga, estaba completamente separada de la opinión, no representaba la voluntad del pueblo y por eso no ha triunfado, antes al contrario, ha robustecido más, con sus campañas, el prestigio y la autoridad de aquel a quien combatían. Sin prevenciones ni apasionamientos, dejando a un lado las pasiones políticas que todo lo empequeñecen y envenenan, he venido siguiendo y estudiando las campañas que se han hecho contra el Secretario de Gobernación. Ni un cargo serio he encontrado contra la integridad de su actuación en la vida pública, ni un solo hecho he visto que se opusiera a la obra redentora y altamente patriótica que, con el aplauso unánime de los buenos mexicanos, está realizando el insigne Don Venustiano Carranza.

No se ha visto en todas estas campañas hechas contra el señor Aguirre Berlanga más que rencillas personales, egoísmos y ambiciones, acompañados de amenazas ridículas, siempre por éste contestadas con retos nobles, parecidos a aquel de LUZ Y TAQUIGRAFOS que lanzó, en pleno parlamento, un ilustre político español, también injustamente combatido por la prensa asalariada de aquel país, retos en que el señor Aguirre Berlanga pedía a sus enemigos dijesen todo cuanto supieran sobre su gestión, pues no quería, ni debía, ni podía vivir la vida pública, por misericordia de nadie, sino por la tranquilidad, el prestigio y la autoridad que da el deber cumplido, a lo que no han podido contestar sus enemi-

gos, teniendo alguno de ellos que salir del país para ir a refugiarse en el extranjero.

Esta ha sido la campaña hecha contra el Secretario de Gobernación señor Aguirre Berlanga, campaña antipatriótica, que no tenía otro objeto ni perseguía otros fines, sino inutilizar a este, privando así al Presidente de la República de un poderoso colaborador y ver si con ello conseguían hacerle fracasar en la magna obra que viene realizando.

El pueblo y el Ejército vieron, desde el primer momento, claro el juego y unidos muy íntimamente, como siempre lo estuvieron, se han puesto al lado de estos dos grandes patriotas para robustecer su acción, para ser sus colaboradores y ayudarlos a implantar, en toda su fuerza, las ideas redentoras y libertadoras que antes defendieron y por las que derramaron tanta sangre generosa.

III

Los enemigos del actual Presidente de la República de los Estados Unidos Mexicanos, que son los enemigos de la Revolución, tienen verdadero empeño por hacer creer en el extranjero y para ello hacen insistente campaña en la prensa, que Don Venustiano Carranza, de tal modo es odiado por el pueblo mexicano, que desde hace algún tiempo vive encerrado en el Palacio Nacional, sin querer salir a la calle, por temor a las manifestaciones hostiles y de desagrado de que se le hace objeto por el pueblo entero.

Pocos días antes de haber salido yo de la Habana, para venir a México, circulaba con insistencia el rumor y un periódico de los más leídos en aquella población le acogía en sus columnas, de que el Excelentísimo señor Duque de Amalfi, Ministro de España en México, no podía presentar sus credenciales en este país, porque el Presidente de la República se negaba a recibir persona alguna, pues encerrado estaba en sus habitaciones particulares, preparando la huída al extranjero, a donde había enviado ya gran número de cajas con objetos de mucho valor.

Cuando llegué a México supe que el Excelentísimo señor Duque de Amalfi, aún no había llegado de España; que el Presidente de la República no vivía en el Palacio Nacional, sino en su casa particular, situada en el Paseo de la Reforma desde donde iba todos los días a dicho Palacio Nacional, teniendo que atravesar para ello una gran parte de la población, no llevando jamás escolta ni acompañamiento alguno; que concedía audiencia a

cuantas personas la solicitaban, habiendo días que estaba hasta las altas horas de la noche recibiendo gente y que Don Venustiano Carranza era el Jefe de Estado más popular, democrático y sencillo, de cuantos hay en Europa y América y a quien el pueblo mexicano profesa un cariño verdaderamente paternal, cariño que lleva siempre consigo la admiración, la veneración y el respeto.

Durante mi corta estancia en México, he podido comprobar esto varias veces y con muchos datos, y he tenido ocasión de presenciar también manifestaciones grandiosas de simpatía, hechas por el pueblo mexicano al Presidente de laRepública, Don Venustiano Carranza, manifestaciones que me hicieron recordar, por lo numerosas y entusiastas, aquellas que el pueblo español ha hecho endistintas ocasiones a mi amado Rey Don Alfonso XIII.

Una de ellas fué cuando el Presidente de la República, Don Venustiano Carranza, se dirigía al Congreso para presidir la apertura del nuevo período Legislativo y dar a los Diputados, que representan la Voluntad Nacional, cuenta de cuanto había ocurrido en el interregno parlamentario. Era de todo punto imposible dar un paso por las calles; todo México se encontraba en ellas esperando ver pasar a Don Venustiano Carranza para aclamarle y cuando este atravesaba en su carruaje, rodeado materialmente por el pueblo y a él entregado, los aplausos y vivas eran ensordecedores y el anciano venerable, puesto en pié, emocionadísimo, saludaba cariñosamente a sus gobernados que con tanto entusiasmo le aclamaban.

Millares de personas le seguían cuando llegó al Congreso y allí esperaron a pié firme, hasta que el Presidente de la República salió nuevamente y por las calles le acompañaron hasta el Palacio Nacional.

El día cinco de Mayo es fiesta nacional en México, pues en este día se celebra el aniversario de la gloriosa victoria alcanzada por las tropas mexicanas, al mando del insigne patriota General Don Ignacio Zaragoza, ante

cuyo nombre se descubren respetuosamente los mexicanos todos, contra las tropas de Napoleón III que quería establecer en México una dinastía europea. Los mexicanos, entonces como ahora, eran celosos defensores de la Soberanía de su nación y no podían tolerar que potencia alguna extranjera, por poderosa que ella fuera, intentase humillarla.

Todos los años en esta fecha acude el Presidente de la República, su Gobierno, el Ejército y el pueblo entero, al Cementerio de San Fernando, donde se hallan los restos del heróico caudillo, señor General Zaragoza, para depositar, en el panteón histórico que guarda dichos restos, coronas de flores y ante él se pronuncian discursos conmemorativos y patrióticos.

Este año acudió también en ese día al cementerio el ilustre Presidente de la República, Don Venustiano Carranza, y en el trayecto y durante la ceremonia, fué objeto de manifestaciones entusiastas del pueblo que le aclamaba con delirante entusiasmo. El día antes precisamente, había dado un periódico rotativo de México la noticia, de que por algunos extranjeros se preparaba un atentado contra Don Venustiano Carranza; pero este, sin hacer caso alguno de aquella noticia, ni de los datos precisos que la policía tenía, sabiendo como sabe que el pueblo le adora y que en la voluntad suprema de él descansa, se entregó por completo a su custodia y miles de ciudadanos rodeaban su carruaje por las calles, aplaudiendo y vitoreando al que ellos habían elegido para Primer Magistrado de la Nación.

En todos estos actos le acompañaba el Jefe de su Gobierno, su ilustre colaborador, Don Manuel Aguirre Berlanga, a quien el pueblo hacia objeto también de delirantes aclamaciones y era vitoreado por la muchedumbre con entusiasmo.

Estas y otras manifestaciones populares, por mí presenciadas, no sólo en México, sino en cuanto Estados de la República he recorrido, demuestran las grandes simpatías que Don Venustiano Carranza tiene en todo el

país y la confianza que el pueblo le dispensa por considerarle su único salvador.

Quien cuidadosamente estudie el carácter de los mexicanos y observe el amor intenso que ellos tienen para su país, ha de comprender perfectamente las simpatías que tienen y el cariño grande que profesan a Don Venustiano Carranza. Los mexicanos, como decía anteriormente y he repetido en varios capítulos de este libro, tienen un amor grande, inmenso a su Patria, de cuya Soberanía son los más celosos defensores. Ellos han visto con la energía y el tesón que el señor Carranza defiende esta Soberanía, lo mismo cuando era el Primer Jefe de la Revolución que ahora siendo su Jefe de Estado.

Los mexicanos quieren hechos y no palabras: por eso apoyan con entusiasmo al Presidente de la República, porque éste, con hechos, les ha demostrado cuánto y con qué cuidado vela por la independencia de la Nación, y combatiendo y despreciando a cuantos con propagandas de prensa, bien pagadas seguramente, tratan de desacreditarle en el extranjero, mientras piden empréstitos y buscan apoyo en otros países que en más de una ocasión han tratado de humillarla y pisotearla.

No quiero terminar este capítulo sin dar a conocer algunos de los hechos realizados por el ilustre patricio Don Venustiano Carranza, en defensa de la Soberanía e independencia nacional, tomándolos del libro intitulado "DON VENUSTIANO CARRANZA", escrito por el glorioso poeta mexicano e ilustre escritor, tan conocido y celebrado en Europa y América, Don Isidro Fabela.

I.—"Cuando el Gobierno americano pretendió ser el representante de Inglaterra, de Francia y de España para reclamar al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista los perjuicios y daños que los nacionales de aquellos países, hubieran sufrido por causas de la revolución, el señor Carranza, con toda entereza, se negó a aceptar tales representaciones, porque ellas significaban que México, para los europeos era un país tutoreado de los

Estados Unidos. El señor Carranza objetó que las reclamaciones todas, de cualquier país que fuesen, deberían dirigirse a él directamente, haciendo así respetar su personalidad y la del Partido Constitucionalista que representaba la Ley y el honor de su Patria. Tal actitud y aquel tono, enojaron a todas las Cancillerías interesadas."

II.—El "caso Benton" es muy notable. Sabido es que Villa asesinó al súbdito inglés William Benton, y que Inglaterra pretendió hacer reclamaciones, por conducto de Estados Unidos, quienes a su vez aceptaron ser intermediarios. El Primer Jefe contestó a Inglaterra que debía dirigir sus reclamaciones al Gobierno Constitucionalista de México; y a Estados Unidos, que no les reconocía personalidad ninguna para intervenir en la forma en que pretendían hacerlo.". . .la amenaza de intervención fué estupenda; la movilización de las tropas americanas en la frontera, se hizo violentamente. .; algunos de los nuestros, erróneamente pedían al Primer Jefe que aceptara las representaciones que menoscababan nuestra personalidad internacional. Carranza estuvo contra todos, manteniendo sin vacilaciones su digno acuerdo y confiando solamente en la razón y justicia que le asistían. Resistió estoico todas las críticas, despreció todas las amenazas y aceptó las consecuencias de su conducta ante las responsabilidades históricas."

III.—El Gobierno español pretendía obtener ciertas garantías y protecciones en la mina «El Desengaño,» de la Municipalidad de Guanaceví, Durango, habiendo hecho su solicitud por conducto del Gobierno americano. El señor Carranza hizo manifestaciones idénticas a las anteriores, reclamando la negociación directa con el Gobierno Constitucionalista.

Estos casos contrastan notablemente con lo ocurrido en el llamado "caso Bauch." Fué una reclamación de Estados Unidos en favor de un ciudadano norteamericano, presentada directamente al Primer Jefe, quien la atendió debidamente, dictando con toda eficacia las ór-

denes necesarias para averiguar el paradero de aquel súbdito americano que se decía haber desaparecido.''

Estos y otros muchos casos que no son conocidos por ser de carácter diplomático, demuestran cómo trabaja el ilustre Presidente de la República de los Estados Unidos Mexicanos, por la independencia absoluta de su país.

LA JUVENTUD INTELECTUAL MEXICANA

QUIERE TOMAR PARTE EN LA VIDA PUBLICA, Y SE PONE AL LADO DE DON VENUSTIANO CARRANZA Y DEL JEFE DE SU GOBIERNO.

LA JUVENTUD INTELECTUAL MEXICANA

QUIERE TOMAR PARTE EN LA VIDA PUBLICA Y SE PONE AL LADO DE DON VENUSTIANO CARRANZA Y DEL JEFE DE SU GOBIERNO.

Un elemento sano, lleno de entusiasmos, sin ambiciones ni egoísmos, ha anunciado que va a tomar parte activa en la vida pública de este país, para luchar al lado del ilustre Presidente de la República Don Venustiano Carranza y de su poderoso colaborador, el Jefe de su Gabinete no de su Gobierno como por equivocación he dicho en capítulos anteriores Don Manuel Aguirre Berlanga, y ayudarlos con todas sus fuerzas, en la obra patriótica que están realizando. Este elemento, indispensable en la vida de todos los países, es la juventud intelectual y estudiosa de México que hasta ahora había vivido alejada, por completo de los asuntos públicos de este país.

No podía yo, no debía yo, que, con imparcialidad e independencia, estoy dando cuenta en este libro de la verdadera situación de la República Mexicana, a cuyo estudio he dedicado mis pobres facultades intelectuales y mi voluntad entera, dejar de dedicar a este asunto toda la atención que por su importancia merece. Con alguno de estos jóvenes he hablado; ellos me han dado cuenta de sus proyectos y orientaciones y de ellos recogí las ideas que a extractar voy. Todas sus actividades, sus energías todas, las van a dedicar a la campaña de educación popular que piensan emprender para dar a conocer a los ciudadanos todos, cuáles son sus derechos y en qué consisten sus deberes, haciéndoles comprender

que la libertad, la santa libertad, por la que con tanto entusiasmo lucharon y tanta sangre costó, no es libertinaje; no consiste en hacer cada uno cuanto quiera y se le ocurra, sino que la verdadera libertad, ha de estar sometida y regularizada por leyes que voluntariamente deben respetarse. Es cierto que la ley termina donde empieza el derecho del hombre; pero también lo es que este derecho no puede estar regido por el capricho, sino que ha de estar sujeto a una Ley que al hombre indique, dónde este derecho termina y dónde el deber empieza.

Es indispensable, dicen estos jóvenes patriotas, hacer comprender al pueblo que las Autoridades todas, desde el Presidente de la República hasta el policía que presta el servicio en las calles, son los encargados de velar por los derechos de los ciudadanos; pero lo son también de hacer que éstos cumplan sus deberes, y al hacerlo así, no son déspotas ni tiranos, sino los más celosos defensores de la verdadera libertad, de la santa democracia, que consiste precisamente en el respeto a los derechos y en el cumplimiento de los deberes.

En todos los paises, me dicen mis buenos informadores, es necesaria esta propaganda; pero como usted seguramente lo habrá observado, lo es mucho más en México que acaba de salir de una de las revoluciones sociales mas grande que registra la historia.

Muchos elogios hacen estos jóvenes entusiastas de la labor que viene realizando en este sentido el Jefe del Gobierno Don Manuel Aguirre Berlanga y de las condiciones que adornan a este gran patriota y hábil político. A su lado van a ir, para ser por él guiados, y con él van a colaborar en la magna obra que está realizando el Presidente de la República Don Venustiano Carranza.

Difícil y penosa es la labor que han de realizar los jóvenes intelectuales mexicanos, si han de cumplir el programa que ellos mismos se han trazado; pero con sus inteligencias clarísimas, su ilustración, su entusiasmo y constancia, alentados por el gran patriotismo que los

anima, seguramente han de vencer cuantos obstáculos se opongan a la realización de tan patriótica idea.

En esta labor les han de ayudar cuantas personas desean el engrandecimiento de la Patria, muy especialmente el ilustre Presidente de la República, Don Venustiano Carranza, y el Jefe de su Gabinete Don Manuel Aguirre Berlanga, que con tanta lealtad como acierto con él colabora para implantar la Justicia recta y honrada que respeta todos los derechos de los ciudadanos y les obliga a cumplir sus deberes.



DON MANUEL AGUIRRE BERLANGA



Manuel Aguirre Berlanga.

DON MANUEL AGUIRRE BERLANGA

I.

Cuantos periodistas extranjeros van a España para estudiar la situación de aquel país, procuran, por cuantos medios estén a su alcance, hablar con el ilustre político, Don Antonio Maura, y desean conocer su opinión sobre aquellos problemas que puedan afectar a la vida nacional española. No es sólo la personalidad política de Don Antonio Maura, con ser ella muy grande y de extraordinario relieve, la que despierta a los publicistas extranjeros aquellos deseos, sino la persecusión sistemática y dura que contra este ilustre estadista, gran patriota y excelente ciudadano, hace mucha parte de la prensa española y aquella extranjera interesada en llevar a España por determinados derroteros.

Seguramente no hay periodista ni escritor extranjero que a México venga para estudiar la situación de este país, que no desee hablar con Don Manuel Aguirre Berlanga y escuchar su opinión sobre la situación de la gran República Mexicana, y sobre los problemas que afectar pudieran a la tranquilidad, engrandecimiento y bienestar de esta noble Nación. Tampoco la personalidad del señor Don Manuel Aguirre Berlanga, una de las más ilustres y significadas de México, ni el cargo de Jefe del Gabinete con que el señor Carranza le honró, son solamente las que despiertan aquel deseo, sino la campaña sistemática, tenaz y durísima que contra este político, estadista ilustre, gran patriota y ciudadano caballeroso y

perfecto, hacen algunos periódicos mexicanos apoyados y ayudados por otros del extranjero.

Don Antonio Maura fué calumniado y combatido en España por la lucha fuerte y tenaz que él mantuvo siempre contra los enemigos del orden y de la sociedad, a fin de restablecer el principio de Autoridad que estaba pisoteado y despreciado, por implantar en toda su integridad la Justicia: por mantener la neutralidad de la Nación en el conflicto europeo y por defender, contra las asechanzas de toda clase de enemigos, la persona Augusta del Rey, Jefe del Estado y Primer Magistrado de la Nación española. Por esto derramó su sangre generosa y por esto fué tenazmente combatido y vilmente calumniado.

Cuantos periodistas extranjeros consiguieron escuchar a Don Antonio Maura; cuantos comprendieron la nobleza y el patriotismo de aquel gran hombre; cuantos estudiaron su obra y sus ideales, sin egoísmos, prevenciones ni apasionamientos, no tuvieron más remedio que, haciéndole justicia, dedicarle elogios, ser sus defensores y admiradores.

El pueblo español que había sido engañado por las campañas de la prensa y por las predicaciones de los falsos patriotas que le habían obligado a gritar en las calles el famoso "Maura no", cuando se dió cuenta del por qué de aquellas campañas y de lo que buscaban los falsos redentores que al ilustre Don Antonio Maura combatían y perseguían; cuando vió la Patria en peligro, volvió los ojos hacia él y con manifestaciones públicas, pedía que fuese Maura el encargado de formar gobierno y el Rey de España, atento siempre a los latidos de la opinión, llamó al ilustre político y le puso al frente de su Gobierno.

El pueblo entonces, loco de entusiasmo, aclamaba por las calles, a Don Antonio Maura llamándole su salvador, y los vividores, los falsos patriotas, aquellos que habían engañado al pueblo, no tuvieron más remedio que, avergonzados y sumisos, irse a poner a las órdenes de aquel que tantas veces habían calumniado.

Yo que a México vine para estudiar sin egoísmos, sin prevenciones, ni apasionamientos la situación de este país y para ello he celebrado *interviews* con algunos Ministros, prestigiosos Generales, Gobernadores, Diplomáticos, Obreros, Directores de Centros de Enseñanza y Artísticos, Gerentes de Ferrocarriles, Artistas, en una palabra, con cuantas personas pudieran ilustrarme y ayudarme en tan difícil empresa, quise oír, desde el primer día, al señor Don Manuel Aguirre Berlanga, Ministro de Gobernación y Jefe del Gabinete del señor Carranza y a estudiar me puse también su obra y sus ideales con todo empeño. La misma resistencia, las dificultades todas con que luchan y tropiezan los periodistas que pretenden celebrar *interviews* con Don Antonio Maura, tuve yo también que vencer para hablar con Don Manuel Aguirre Berlanga. Repetidas veces estuve en su Secretaría particular para solicitar de él una entrevista y otras tantas me fué negada, muy cortésmente, es verdad; pero siempre con fútiles pretextos, hasta que por recomendación del cultísimo General y gran revolucionario mexicano, Don Francisco J. Múgica conseguí lo que pretendía.

El señor Don Manuel Aguirre Berlanga es hombre joven, representa tener unos cuarenta años, de carácter muy afable, de mirada muy perspicaz y bondadosa, lleno de vida y energías. En su cara tiene rasgos marcadísimos de aquella raza viril, noble y valerosa de las Regiones Vascas españolas y su mirada, aguda y penetrante, tiene muchos puntos de semejanza con la astuta raza murciana; hasta le quise encontrar gran parecido en su color, en su conversación y en sus ademanes, con Don Juan de la Cierva, Ministro de la Guerra en España. Con interés extraordinario escuché sus declaraciones, y tomé de ellas nota con escrupuloso cuidado. El señor Aguirre Berlanga contestaba a mis preguntas con gran firmeza y aplomo, dando a sus palabras un tono de sinceridad que entusiasmaba y convencía.

También yo después de haber escuchado a Don Ma-

nuel Aguirre Berlanga, político de gran inteligencia y vastísima cultura; de haber oído autorizadas e imparciales opiniones sobre sus ideales y sobre la labor por él realizada en el Gobierno y de haber estudiado, muy detenidamente, su obra, si no he de faltar a la verdad, a la que juré siempre servir, noblemente, sinceramente, he de decir a mis lectores que el señor Aguirre Berlanga trabaja y está defendiendo en México lo mismo que Don Antonio Maura defendía en España.

El señor Aguirre Berlanga quiere reconstruír a su país, desea llevarle a la grandeza, al bienestar y a la tranquilidad: en ello emplea sus poderosas facultades, sus energías todas; quiere restablecer en México el principio de autoridad por algún tiempo olvidado; desea implantar la justicia con toda su pureza, a fin de que sea igual para todos; quiere imponer el orden y la disciplina en la sociedad; desea mantener a todo trance la neutralidad en el conflicto europeo, que el pueblo mexicano está dispuesto a sostener, por todos los medios, y quiere defender, con toda lealtad y energía, al patriota insigne, al hombre probo, al caballero sin tacha, Don Venustiano Carranza, en la Presidencia de la República Mexicana, por creer que es éste el único capaz de llevar a su Patria a la tranquilidad, independencia y bienestar por todos los buenos mexicanos ansiada.

Esta es la labor del señor Aguirre Berlanga y por esto se le combate y se le calumnia. A esto, y no a otra cosa, obedecen las campañas contra él hechas y las que están haciendo algunos periódicos mexicanos y otros extranjeros, inspirados por personas o entidades que sólo buscan, unos, derribar al señor Don Venustiano Carranza de la Presidencia de la República Mexicana, privándole de hombres valiosos dentro de su Gobierno, para ver si consiguen resucitar e implantar aquella política de despotismo y de tiranía, sepultada para SIEMPRE, gracias al esfuerzo y a la sangre derramada por el valeroso pueblo mexicano, y otros, ver si consiguen llevar la noble Nación Mexicana a luchar en favor de las na-

ciones aliadas, es decir, lo mismo que habían pretendido en España aquellos que a Maura combatían. Sólo que allí tomaban como pretexto para las campañas el que Don Antonio Maura era un reaccionario, enemigo de las libertades públicas, y aquí ni ese pretexto siquiera tienen.

Hablaba yo el otro día con el General Amado Aguirre, uno los hombres más prestigiosos de la Revolución, cuyas ideas a nadie le pueden ser sospechosas, quien me aseguraba, que el Secretario de Gobernación es uno de los revolucionarios más puros del país, habiendo sufrido por mantener y defender las ideas liberales y revolucionarias y por defender los derechos del pueblo proletario, grandes privaciones y sufrimientos. Yo he visto —me decía el señor Amado Aguirre—al licenciado Aguirre Berlanga, dormir en el suelo, a la intemperie, sufriendo las crudezas del tiempo, cubriéndose solamente con la capa destrozada que llevaba; padeciendo hambre y miseria, por no querer abandonar a las fuerzas militares, en lo más duro y peligroso de la campaña y cuando más comprometida y triste era la situación de los elementos Constitucionalistas. En el próximo capítulo de este libro hallarán los lectores las importantísimas declaraciones del prestigioso político mexicano hoy Jefe del Gabinete del señor Carranza, declaraciones que seguramente han de ser muy leídas y comentadas.

DON MANUEL AGUIRRE BERLANGA

II.

Dos horas estuve hablando con el señor Aguirre Berlanga, Jefe del Gabinete del Presidente de la República Mexicana Don Venustiano Carranza.

Durante ellas pude convencerme una vez más de la labor verdaderamente admirable que viene haciendo este ilustre político, y lo injusto de las campañas que contra él se han hecho. Muchos libros podrían escribirse sobre la situación de México y sobre la labor tan injustamente combatida, de los verdaderos revolucionarios mexicanos, con las declaraciones hechas por el señor Ministro de Gobernación, señor Aguirre Berlanga; pero me falta espacio para ello y muy extractadas han de llegar a mis lectores. En otro libro que he de publicar sobre la situación que guardan los diferentes Estados que forman la Nación Mexicana, y que anunciado queda, yo prometo que he de dárselas en toda su extensión y he de estudiar más detenidamente, pues bien lo merece, la labor realizada por este gran patriota, desde que para defender los derechos del pueblo tomó parte en la vida pública de la Nación.

Hecha la anterior promesa, voy a dar cuenta a los lectores, de las manifestaciones del señor Ministro que repito, son interesantísimas:

—No creo desconocerá usted, señor Ministro, cuanto se dice, en el extranjero, respecto a la situación militar, política, económica y social de la República Mexica-

na. Respecto a la situación militar, ya sé, por las declaraciones que han tenido la bondad de hacerme algunos Jefes prestigiosos del Ejército Mexicano, lo calumniosas que son las versiones que se han hecho circular en el extranjero, y en Cuba muy especialmente, sobre sublevaciones, deserciones, etc., etc. ¿quiere usted decirme cuál es la situación política del Gobierno del señor Carranza, es decir, si la política de este Gobierno, es secundada por las Cámaras de Diputados y Senadores?

—Conozco, en efecto, todas las noticias más o menos aproximadas a la verdad qne en el extranjero circulan sobre la situación del País, así como las especies, francamente embusteras y calumniosas, que los reos del Cuartelazo de 1913, o los enemigos del régimen actual, discurren y propagan con ánimo de minar la estabilidad del Gobierno. Son falsas las versiones que han corrido en Cuba, especialmente, sobre sublevaciones y deserciones, pues las que se han registrado no han sido sino casos aislados, que de ninguna manera pueden acusar un síntoma constante de disgregación. La airosa facilidad con que el Gobierno ha corregido a los desertores y ha batido a los sublevados, indica terminantemente que el sistema de la disciplina oficial se halla en todo su vigor, y que las defecciones de algunos han servido para robustecer la energía moral de la Administración, dejando fallido el vocerío con que los expatriados tratan de engrandecer a los desleales, que en todos los casos han salido, desde la vuelta del país al orden constitucional, de la milicia secundaria. Es útil indicar una norma, hecha de justicia y de cálculo, que la Administración ha observado siempre respecto de aquellos que tratan de alterar la paz: esa norma consiste en abstenerse de proceder contra ellos hasta que su delincuencia, volviéndose palpable, quede bajo la acción de la Ley. De esta suerte se consigue la incalculable fuerza moral que representa estar asistido de la razón, a diferencia de lo que aconteció en épocas dictatoriales, cuando la festinación para obrar contra los que eran vistos como probables sediciosos im-

plicaba un atentado contra las garantías individuales y un signo de debilidad gubernativa. A la fecha, con la conducta pormenorizada, el Gobierno obtiene la ventaja de sacar de su misma justificación nuevas energías para su perdurabilidad. Por ello, para eliminar los sujetos que representan un gérmen vicioso, se les deja exibir su culpa. Todo esto sólo se puede hacer cuando, como al régimen actual, le asiste la justicia y cuenta con el decidido apoyo del pueblo.

Con el tiempo, en realidad ya prolongado, en que el señor Carranza ha frustado el vocerío de los enemigos de la Causa Popular, conservándose como la primera figura de la política nacional y arraigando como gobernante juicioso y entero, la Reacción debiera haber depuesto la última de sus insanas esperanzas. Pero si, por comprobación incesante de la historia patria, los reaccionarios son de una contumacia irreductible, más fuerte que esa deplorable tenacidad, es el destino de la Nación, la que seguirá arrollando los obstáculos que se le opongan para realizar su insuperable vocación democrática. La política del Gobierno denota una coordinación de los tres Poderes, clara y segura, que no se compromete por las naturales y fortuitas divergencias de criterio que en ocasiones se presentan.

Por conducto de la Secretaría de mi cargo, el Ejecutivo cuidadosamente cultiva sus relaciones con los demás Poderes.

—¿Los Gobernadores de todos los Estados secundan al Gobierno en sus decisiones, o hay algunos que están en abierta rebelión o por lo menos en una situación poco clara, poco definida, oponiendo en muchos casos una resistencia pasiva a las órdenes recibidas del Poder Constitucional?

—Ningún Gobernador opone al Gobierno Federal resistencia activa ni pasiva, y por el contrario, con la mejor voluntad, colaboran con él en los términos de la Carta Magna. Los vínculos entre el Poder de la Unión y los Poderes Locales, se mantienen del modo más propicio.

—¿El pueblo apoya al Sr. Carranza y su Gobierno, o está descontento, y siempre que se le presenta ocasión oportuna hace manifestaciones de desagrado?

—Excepción hecha de las tertulias de cierta calaña en que aún se evoca torpemente a los dictadores militares, el pueblo apoya con una voluntad decidida al Gobierno del señor Presidente Carranza. Los ciudadanos cultos y la masa propiamente popular, aquellos por discernimiento y ésta por merecida confianza, secundan la acción oficial para consolidar con ella la suerte de cada uno de los componentes de la familia mexicana. Tal persuación, que liga la prosperidad del Gobierno con la individual de los gobernados, es tan firme que nada han podido contra ella los embates del bandolerismo y la inquina reaccionaria, que estimula por su cuenta a los foragidos. La Administración ha sabido aprovechar esa justa idea que anima a la sociedad, basándose en la adhesión colectiva para dar batalla sin tregua al bandidaje, aún a costa de sacrificios económicos y sin desatender los otros variados problemas que reclaman oportunidad resolutiva. Cabe afirmar legítimamente que ningún ciudadano sensato concede beligerancia, en su fuero interno, a los llamados Partidos que con pretextos más o menos fútiles se obstinan en asolar determinadas regiones, perjudicando exclusivamente a la Nación.

—De modo que usted cree que el señor Carranza se consolida y robustece cada día más en el Poder, puesto que descansa en la voluntad bien manifiesta del pueblo, quien está completamente satisfecho y es un admirador del Presidente de la República señor Carranza?

—El actual Presidente de México se afianza día por día en el Poder, en virtud de la convicción que ha infundido en sus compatriotas sobre el acierto con que depositaron en su favor los más expontáneos y nutridos sufragios, ya que nadie ignora que no ha habido elección presidencial en que la proporción de los votos haya subido conscientemente como en la última.

—El pueblo trabajador y muy especialmente los tra-

bajadores del campo, los rancheros en una palabra, que fueron los que con más tenacidad lucharon contra la antigua tiranía y se pusieron al lado de la Revolución, ¿estos rancheros y los trabajadores en general, están satisfechos con cuanto el señor Carranza y su Gobierno han hecho en favor de la clase proletaria?

—Las clases trabajadores se hallan satisfechas del empeño con que la Administración ha tratado de mejorarlas, sin olvidar que ningún grupo social puede aspirar a ser preferido sobre los otros. Mas dentro de ese criterio de equidad, se ha hecho un esfuerzo magno, en estos momentos de opresión material del mundo, para elevar la condición de los desvalidos, teniendo siempre presente al campesino, que en la más silenciosa abnegación, después de luchar denodadamente contra las inveteradas tiranías, ha soportado la miseria en que se le tenía hundido. El señor Carranza, lo mismo en la actuación de Primer Jefe que en la de Presidente, ha consagrado sus desvelos a la escala de las necesidades públicas, desde la alimentación de los menesterosos, hasta la implantación de los más elevados estatutos políticos, sociales y económicos, como lo atestiguan respectivamente, para no citar otras obras, las Leyes y medidas preconstitucionales, el Proyecto de Código Supremo presentado al Congreso de Querétaro, la Ley sobre Relaciones Familiares y la Institución del Banco Unico de Emisión, así como una serie de disposiciones ya dictadas por el señor Carranza, y otras que tiene en estudio para establecer en el País un sistema fiscal eficiente y equitativo.

—Usted sabe, señor Ministro, como los mexicanos, los buenos mexicanos, quieren a su país y con que intensidad sienten, cuando están fuera de su patria, la nostalgia de la tierra bendita a quien tanto aman. Pues bien, en España, Francia y lo mismo en Cuba, me he encontrado con muchos mexicanos expatriados de su país que llevan una vida triste por estar ausentes de su patria amada. ¿Quiere usted decirme si el Gobierno del

señor Carranza ha pensado algo sobre la concesión de una amnistía general?

—Aleccionado por el habitual desenlace que han ofrecido los casos de perdón, a los culpables de las desgracias de la Repúbiica, el Gobierno no apresurará la expedición de la Ley de amnistía, ley que jamás podrá comprender a los autores y cómplices principales de los sucios atentados que, en febrero de 1913, mancharon nuestra historia, interrumpieron el curso de la vida nacional dentro de las normas pacíficas y vilipendiaron la dignidad humana.

—Me dicen que la juventud intelectual Mexicana, quiere tomar parte en la vida política de este país y que vienen a ella con todos los entusiasmos de las almas nobles, sin egoísmos ni ambiciones, sólo a laborar en bien de la Patria ¿tiene usted noticias de esto, señor Ministro?

—La juventud intelectual, por los principios que la animan, es afín de la Causa Democrática, incorporada en la actual Administración. Saliendo del letargo a que la condujo el sistema dictatorial, interviene ya, con entusiasmo, en la vida pública, aprestándose a entrar en ella los elementos que se habían guardado retraídos. Este contingente de espíritus sanos y briosos, remozará profundamente nuestra política, asegurando prósperos días para la República nacionalista, de razón y de justicia.

—¿De modo que usted cree que esta participación de la juventud, en la vida pública, ha de ser provechosa para la Nación y por lo tanto, usted está dispuesto a ayudar con entusiasmo, a estos jóvenes patriotas en su definitivo propósito?

—Las Revoluciones no pueden encargarse del cultivo de las ideas añejas; ello corresponde a los elementos de reacción; los ímpetus de reforma cristalizan en mentes nuevas y rara vez en espíritus educados bajo regímenes conservadores. La evolución progresiva preconiza movimientos ascendentes, abandona los procedimientos anticuados, utilizándolos únicamente como enseñanzas

experimentales para abrirse campo en el porvenir, prosigue dentro de los senderos virtualmente trazados por leyes sociológicas, libre de los yerros anteriores.

Por el provecho que reportará a la Repúbllca la excelente disposición de la juventud, yo siempre he estado dispuesto, y seguiré estándolo, para ayudar en mi esfera á la nueva generación en sus empresas ligadas, de manera inmediata, con el progreso y el prestigio de México. Siendo todavía estudiante preparatoriano, sentí el vivo deseo de compartir el anhelo cívico de mi Estado natal, y, al efecto, desde 1906 me inicié en la lucha por el progreso de México. Seguí, sin desmayo, la suerte de aquellos tiempos, afrontando las iras de la Dictadura, y siempre encontré alientos en las almas juveniles, que, concordes con mi sentir, fomentaban ideas de vindicación, de emancipación política y de progreso social. En todo tiempo les he considerado como factores valiosos del engrandecimiento de la República, y continúo creyendo en la eficacia de su contingente bien orientado. El núcleo principal revolucionario de la Administración presente, está formado por elementos de temprana edad que garantizan el progreso.

LAS INNOVACIONES QUE LA REVOLUCION CONSTITUCIONALISTA HA EMPRENDIDO, TIENEN SU CUNA Y SU VIDA EN EL ESPIRITU EXTRAORDINARIAMENTE REFORMADOR Y DE ENTEREZA, TAMBIÉN EXTRAORDINARIA, DEL PRIMER JEFE DEL MOVIMIENTO RESTAURADOR DEL ORDEN, Y ACTUAL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, SEÑOR CARRANZA. Así, pues, por experiencia personal, estoy en aptitud de comprender y de estimular a la legión juvenil.

—¿Qué declaración podría obtener de usted, señor Ministro, sobre el movimiento electoral en el País?

—La elección que acaba de efectuarse para renovar las Cámaras Federales, ha sido una nueva prueba del celo con que las autoridades guardan los respetos de rigor al sufragio efectivo. Lo mismo en la Capital de la

República que en los Estados, el pueblo muéstrase satisfecho de la forma en que se ha garantizado la libertad del voto. Tal hecho es de una significación trascendental, pues exceptuando el breve término en que gobernó el señor Madero, el ejercicio electoral, autónomo, serio y continuado, solamente ha sido una realidad con la Administración presente. Como es natural, el pueblo ha acudido a las urnas, si bien con entusiasmo, dispersándose en agrupaciones subdivididas y aun con votos individualmente aislados. Obreros sindicalizados, obreros independientes, liberales nacionalistas, liberales constitucionalistas, gremios socialistas, liberales rojos, asociaciones ferrocarrileras, por una parte, y por la otra los más diversos fragmentarios elementos conservadores, han dado su contingente para los comicios.

Legítimamente hay que esperar, como uno de los resultados del encauzamiento político que se ha logrado, la organización formal de dos o tres grandes Partidos que, integrándose con las unidades pormenorizadas, aseguren el equilibrio de las funciones públicas y concreten las tendencias que bullen repartidas. Virtualmente, existen el Partido Liberal, el Conservador y el Moderado, mas es preciso que surjan con cuerpo y espíritu propios. Hasta hoy, el voto se ha mantenido libre de influencias malsanas, habiendo que temer que mañana, al experimentarse con franqueza la acción de los intereses materiales, el metálico juegue sobre los votantes como un medio para obtener el predominio político. Por desgracia, las prácticas mercantilistas que vician la acción democrática en el mundo, pueden afectar al sufragio mexicano, hasta hoy libre, felizmente, de tan pernicioso procedimiento.

—Usted, seguramente, sabe, señor Ministro, que los enemigos de la Revolución, del Gobierno y hasta del mismo pueblo mexicano, propalan, en el extranjero, especies adversas al Plan político y administrativo del Señor Carranza: yo que he prometido a mis lectores darles a conocer la verdadera situación de este país, no sólo social, militar y económica, sino también política, quisiera

poder decirles de un modo convincente y decisivo cuanto con dicho Plan se relacione: ¿Puede usted referirme, y esta será mi última pregunta, pues conozco estoy abusando de su bondad, cuál es la política general que el Señor Presidente de la República desarrolla en los distintos ramos de la Administración?

—A las calumnias y a las declaraciones no se puede dar respuesta mejor que la de los hechos, serenamente relatados y comprobados por sí mismos. El señor Presidente Carranza, ha tenido siempre el tacto de no parar mientes en la obstrucción que le enfrentan los declamadores, lo cual no le ha impedido dar toda clase de explicaciones y seguridades a quienes él sabe que de buena fe las piden. El arsenal de esas explicaciones es casi inagotable. Yo no puedo hacer otra cosa, en la obligada rapidez de una entrevista, que referirme a aquellos rasgos más salientes de su concepción del Gobierno y de su firme prosecución de todo un sistema de reformas sociales, económicas y políticas que se viene acariciando desde mucho antes del triunfo, y que por lo tanto, han tenido largo tiempo para madurarse, y de hecho se han madurado, con la observación y con la práctica. No me pida usted que para hablar de ello siga yo un orden cronológico, ni siquiera gradual, en relación con la importancia de lo que voy a esbozarle. Las especies me ocurren al vuelo, y tal como ellas acuden, así las formulo. Pero desordenadas y todo, ellas darán una noción muy aproximada de lo que ha ideado, y de lo que tiene en vías de feliz realización, este hombre constructor del México futuro.

Primeramente es de tomarse nota, por la mayor amplitud del concepto y del alcance, de la teoría de Derecho Internacional a que se ha dado justamente el título de «Doctrina Carranza.»

Hay en esa enunciación de verdad y de justicia, profundamente humana, algo tan nuevo, tan imponderablemente equitativo y sereno, en favor de la familia, de las naciones y de la condición individual de los ciudada-

nos del mundo, a través de todas las fronteras, que no pocos pensadores y estadistas, han emitido la franca opinión de que, si el movimiento revolucionario de México no hubiese tenido más objeto que realizar la conquista de esos modernos y audaces principios, ese solo fin, hubiera bastado para justificar la convulsión nacional, que habría en tal evento, resultado como una revolución *«pro humano genere.»*

Y sin embargo, ese ideal altísimo, no representa sino una fase de la lucha emancipadora, de que fué paladín el señor Carranza, el fundamento de una de las modalidades de su integral y bien meditada política.

Establecida, en esa teoría, la base del anhelo de un nuevo Derecho Internacional que haga a todos los hombres ciudadanos del mundo, y que codifique su actitud intrínseca para todos los derechos, en todas partes, sin privilegios injustos e irritantes en ningunas, el señor Carranza legisló revolucionariamente, desde Veracruz, sobre otro punto que debía, a su turno, poner cimientos de firmeza a la libertad patria, en la institución en que ella radica esencialmente, que es en la fundación nacional de un Municipio Libre.

El Municipio, base, origen, sostén y núcleo de todas las libertades, fué usado por las dictaduras como un engaño para encubrir el absolutismo, como una trampa para hacer que cayeran en el lazo de una voluntad única, en la dirección de los negocios públicos, todos aquellos que debieran o pudieran discrepar del criterio de una administración que tenía por fin principal, de todas sus actuaciones, el medro de una camarilla, si bien enderezándolas hábilmente con la capa de una legalidad que las hiciera aparecer impecables. Para eso servían los Ayuntamientos, supeditados al mandato de los jefes políticos, entidad que la Revolución echó por tierra, dejando a las comunas de toda la República, dueñas absolutas de sus voluntades y de sus destinos; no sólo en el campo administrativo de sus intereses locales, sino también en la arena política, en la cual nada ni nadie tiene ya

el derecho ni la avilantez, de ir a imponer candidaturas ni programas que repugnen a los intereses de los pueblos. Las Cámaras de la Unión, no serán ya sino la expresión sintética de la voluntad de los ciudadanos de todos los Municipios de la República, y por consiguiente expresan el pensamiento y la decisión del pueblo mexicano. El honor de haber decretado esta reforma política, de fundamental trascendencia, no habrá nadie que se lo pueda arrebatar al señor Carranza. Y la práctica ha respondido plenamente a sus hondas previsiones. Como otras de las creaciones que el señor Carranza ha implantado en la República, el Municipio Libre había ya sido un hecho en Coahuila, entidad en la que, bajo el Gobierno del actual Presidente, se dió vida a instituciones que, en mayor escala, habrían después de surgir como verdaderas fundaciones nacionales.

Pero además del Municipio Libre y de las Reformas a la Constitución Local de Coahuila, que él inició cuando fué Gobernador de aquel Estado, debo recordar, siquiera sea como un mero índice de esa actuación política que usted desea conocer, los hechos consumados que en tropel se me vienen a la memoria y son, por ejemplo, su viril actitud ante la escandalosa usurpación de 1913; sus acuerdos en materia internacional; su mensaje al Presidente Taft, firmado en Ramos Arizpe, al cual siguieron diversos conflictos, de entre los cuales recuerdo ahora el caso Benton, la ocupación del Puerto de Veracruz por fuerzas americanas; las notas con motivo de las conferencias de Niágara Falls; el caso Columbus; el de la Expedición Punitiva; el asunto de Cuba y otros análogos que no salen aún a la publicidad; pero sin excepción, revelan lo consecuente que él ha sido con su política latino-americana, así como sus firmes propósitos de estrechar, dentro de la justicia y de la dignidad nacional, las relaciones con todos los países del mundo.

En el campo de la Administración interior, es sencillamente asombrosa su fecundidad renovadora. Entre sus innovaciones de mayor alcance, debo referirme a la

creación de un Ministerio, que las tendencias de la Revolución hacían desde luego indispensable:fué este el de Industria, Comercio y Trabajo. Allí convergen y se aquilatan todas las actividades nacionales, y con tanta confianza y con tan buena voluntad funcionan que, a favor de ella, ya se ha celebrado, en Septiembre del año pasado, un Primer Congreso de Comerciantes que tendrá su segunda reunión en plazo muy breve. Se constituyó, a consecuencia de él, una halagadora Confederación de Cámaras de Comercio, en todos los asuntos que atañen al funcionamiento de la actividad mercantil de México, de alcances incalculables, y por añadidura ha producido también la creación de Cámaras Industriales, que ya también tuvieron su Congreso y que se organizan, a su turno, en otra Federación tan representativa, o más si se quiere, que la de Comerciantes. Nada de esto se había hecho en épocas anteriores en México.

Muy pocos meses hace, el señor Presidente adoptó la resolución de tomar, bajo su dirección inmediata, la campaña contra el bandolerismo que ha persistido en ciertas zonas, y los excelentes frutos de tal medida no se han hecho esperar, pues en casi la totalidad del territorio nacional, los habitantes se dedican a sus tareas dentro de la quietud de los tiempos normales.

Los esfuerzos del señor Carranza para reorganizar la Hacienda Nacional, son no menos meritorios, por las bases de equidad que él ha querido invariablemente se establezcan, en la tributación de todos los ramos y de todos los contribuyentes, así como por la simplificación en el sistema fiscal y en el estudio, de las finanzas nacionales. En general, puede decirse que las miras enunciadas en el Mensaje Presidencial de septiembre de 1917, abarcan, en lo administrativo, las enmiendas indispensables para que el Fisco actúe de un modo expedito, y en lo que toca a la percepción de impuestos, la equidad necesaria a fin de que la contribución que se pague, sea, en definitiva, el impuesto directo. El memorable decreto sobre restitución de tierras, va al corazón

del problema agrario nacional, dando raíces hondas a la destrucción radical del latifundismo, cáncer secular que fué origen de la miseria del peón mexicano y de la pobreza tradicional del cultivo de la tierra. Con la reforma introducida, las tierras laborables se aprovecharán, en proporciones mucho mayores que antes, por el cultivo de porciones menores que puedan atenderse con eficacia.

Sus esfuerzos para dar a conocer en el exterior la riqueza del país, en minería y en todas las otras manifestaciones de nuestra naturaleza privilegiada, no tienen hasta ahora precedente.

La energía y la eficacia con que ha bregado por levantar el nivel moral, de los obreros, así como su condición económica, social y política, son de tal modo elevadas, en comparación con la época de las Dictaduras, que por sí mismas revelan todo lo que su alta concepción de las finalidades del poder, abraza en favor de una clase que es uno de los más importantes componentes de la gran familia mexicana.

El problema de la lucha eterna entre el capital y el trabajo que ha producido fricciones incontables, ya por intransigencias de patronos y propietarios, ya por exageradas pretensiones de obreros, no sólo en México, sino en todos los países de la tierra, el señor Carranza lo orilló sabiamente a una solución prudente, justiciera y reposada, negando a los simples particulares, por muy poderosos que ellos sean, ora por el número, ora por la potencia del dinero, el derecho de suspender trabajos en que estén interesados, el bien de la comunidad y las necesidades del servicio público. La Secretaría de Gobernación, giró oportunamente una circular a los Gobiernos de los Estados, exclareciendo la noción de cuáles son las negociaciones que no pueden tener reconocido el derecho al paro, reconocido por la Constitución en determinadas condiciones que ella misma establece. Por regla general se declara que esas empresas son las que tienen por objeto el abastecimiento de aguas, las comunicaciones férreas, telegráficas y telefónicas, el servicio de in-

humaciones, el de luz y fuerza, las explotaciones fabriles, las negociaciones mineras y otras semejantes, porque ellas no trascienden únicamente al lucro y bienestar de capitalistas o propietarios, sino que su libre funcionamiento es necesario para la satisfacción de necesidades colectivas, y por tanto, su actividad o abandono atañen al interés común, mucho más alto y respetable que el particular, reputándose ilícito la paralización de esas empresas al único arbitrio del capitalista o del trabajador.

El señor Carranza, hablando a un gremio de mineros de Pachuca, dió forma memorable a su nueva teoría sobre este punto, diciendo a aquellos ciudadanos estas palabras serenas, que entrañan una gran justicia y una doctrina nueva: «El Estado es el regulador de la sociedad y el poder que resuelve las dificultades de esos dos grandes factores, que se llaman el capital y el trabajo; porque los grandes intereses de cualquier país, en sus variadas manifestaciones, pertenecen a la sociedad, más aún, a la humanidad, cuyos derechos, representados por el Poder Público, son superiores a las pretensiones particulares del capitalista, más grandes que las demandas del trabajador, y también de mayor importancia que los intereses de ambos.»

La creación de una oficina, nunca intentada antes en México, que se llama «CONTRALORIA GENERAL DE LA NACION,» es otra de las fases que caracterizan el espíritu altamente innovador y moralizador del señor Presidente Carranza, en su actuación administrativa y política. La Contraloría es un poderoso agente de orden y de probidad en el manejo de todos los caudales públicos, sea cual fuere el título con que se perciban o distribuyan, y sea cual fuere el Departamento, Dirección, Oficina o Dependencia del Gobierno que con ellos tenga contacto de percepción o de pago. La Contraloría será la autoridad suprema, y de última instancia, para la glosa y liquidación de cuentas de todos los funcionarios y empleados que reciban, paguen o tengan a su cargo fondos o bienes del Gobierno; para el examen y revisión de to-

das las deudas y reclamaciones de cualquier naturaleza, a favor o en contra del Gobierno, así como sobre los métodos de contabilidad del mismo, incluyendo la conservación de comprobantes, revisión de libros de contabilidad, de registro y de documentos conexos con la misma.

El Contralor, es en esencia, el Contador General de la República, con autoridad suprema para no permitir que se gaste un solo peso, cuya inversión no esté legalmente justificada, y para exigir responsabilidades a quien quiera que haya hecho una expensa fuera de la Ley, y sin el conocimiento y autorización respectivos.

Aunque muy recientemente implatada, esta Institución ha introducido un orden y una expedición en la máquina hacendaria, de los que el Gobierno no tiene sino redoblados títulos para congratularse. Obra esta también del señor Carranza, cuya actuación usted desea ver delineada en mis informes verbales.

Debo mencionar, igualmente, que entre la obra patria figuran las reformas en estudio a los Códigos Civil, Penal, de Comercio, Postal, de Procedimientos, etc., con las cuales reformas, se persigue el objeto de hacer efectivo el principio constitucional de que haya pronta y expedita administración de justicia, simplificándose los procedimientos, antes interminables, de los juicios; depurando el personal de la curia y obteniendo, con todo ello, el anhelado bien de la paz orgánica, que tiene por única base la dispensación de la justicia, como condición perenne de tranquilidad social, y como medio seguro y definitivo de evitar revoluciones en lo futuro.

Por último, debo referirme, aun cuando omita hablar de reformas de menor importancia, a la catalogación y revisión de los bienes nacionales, para su mejor aprovechamiento como fuentes de ingresos para la Nación; a la creación y establecimiento efectivo de Museos Industriales y Comerciales; al mejoramiento de los medios de comunicación; a la provisión de víveres para las clases desheredades; al fomento de la enseñanza industrial y comercial prácticas; al mejoramiento de las con-

diciones sanitarias, no sólo en el Distrito Federal, sino en todo el territorio de la República; en una palabra, a todo cuanto el pueblo mexicano tenía el derecho de exigir a los realizadores del movimiento, que él selló con su valor y con su sangre.

Si hacer todo esto, si preparar todo lo que se ha preparado, si constituir todo lo que se ha constituído de nuevo, de útil, de justo, de trascendente, de perdurable, merece la censura con que combaten al señor Carranza, a su obra, a la obra de la Revolución, o tratan al menos de zaherirle sus enemigos, que son los enemigos de la razón y de la paz, puede decirse muy alto que en caso tal, ha de darse por perdida la noción de la justicia de la tierra.

Felizmente, no será así; la rectitud de intenciones concluye por imponerse, y yo creo que el libro de usted, contribuirá, en no despreciable medida, a dar a cada uno lo que es suyo, preparando el juicio de una posteridad imparcial y serena.

—Gran satisfacción será la mía, señor Ministro, si con este modesto trabajo puedo ayudar a conseguir que se haga justicia al ilustre Caudillo de la Revolución Mexicana, Don Venustiano Carranza, y a los hombres, que como usted, tanto le han ayudado a realizar la obra magna de libertar al pueblo, de aquella esclavitud a que le tenían sometido los Gobiernos del antiguo régimen, de moralizar la Administración y de implantar la Justicia, haciendo que esta no sea patrimonio de las clases privilegiadas, sino que establezca la igualdad ante la Ley, aspiración legítima y justa de todos los pueblos libres y civilizados.

—Mucho se lo agradeceremos todo—dijo el señor Ministro poniéndose de pié—y ahora usted me ha de perdonar que no siga atendiéndole, como serían mis deseos; pero el deber me llama y yo con los deberes. . . . .

No quise dejar que el señor Ministro concluyese la frase y estrechando su mano me despedí, no sin darle las gracias por la atención conmigo tenida al concederme

esta *interview* que tanto ha de agradar a los lectores de este libro, pues en ella hallarán explicada, de una manera clara y concisa, la obra realizada por el Primer Jefe de la Revolución Constitucionalista, Don Venustiano Carranza, hoy elevado, por la voluntad unánime del pueblo que libertó, al alto sitial de Primer Magistrado de la Nación y a quien, con tanta insistencia como mala fé, están calumniando sus enemigos, que no son otros sino los enemigos de la Patria.

***

Dos horas, repito, estuve escuchando al señor Aguirre Berlanga, Ministro de Gobernación y Jefe del Gabinete del Presidente de la República. Ni una sola pregunta de cuantas le hice respecto a su actuación en la la vida revolucionaria primero y en la política después, quiso contestarme. Siempre que se las hacía, con aquella sonrisa bondadosa y aquella mirada expresiva y sutil que tanto le caracteriza, me hacía comprender no eran de su agrado; pero viendo mi insistencia, dijo con tanta sinceridad como modestia. Yo, durante la Revolución, no hice otra cosa sino cumplir con mi deber, es decir, estar a las órdenes del Primer Jefe Don Venustiano Carranza, alma y vida de aquel justificadísimo movimiento, reivindicador de los derechos del pueblo y defensor de su soberanía. Obré siempre con fé y entusiasmo en todos los cargos y comisiones que se me confiaron, y hoy como ayer, colaboro con el señor Carranza, y hago cuanto considero útil, pues al hacerlo así, creo firmemente prestar un servicio a mi Patria, de la que él es el primer soldado y el más ardiente defensor.

Oyendo al señor Aguirre Berlanga estas palabras, recordé muchas veces las pronunciadas por el más grande los políticos españoles, por Don Antonio Maura, en aquella sesión memorable del Congreso de los Diputados, cuando contestando a los injustos ataques que, al tratar la cuestión internacional, le había dirigido el maquiavélico y perturbador Conde de Romanones, dijo aquel gran

patriota: "yo no soy más que un soldado defensor de mi Patria y de mi Rey, a cuya disposición estoy siempre para todo cuanto pueda serles útil y por los que he derramado mi sangre."

El señor Aguirre Berlanga en México, como el señor Maura en España, no son más que dos soldados disciplinados, dispuestos, en toda ocasión, a servir a la Patria y al Primer Magistrado de la Nación, donde quiera que puedan serles útiles.

El señor Ministro de Gobernación no quiere hablar de la obra, por él realizada, en defensa de los derechos del pueblo mexicano y de su soberanía; pero yo he prometido a los lectores dársela a conocer en otro libro, en el que he de estudiar la verdadera situación de los diferentes Estados de la gran República Mexicana, y dispuesto estoy a cumplir el compromiso, puesto que como Gobernador de Jalisco, hizo una gran labor, principalmente legisladora y social, el hoy Ministro de Gobernación.

Pero no quiero terminar este capítulo sin dar a conocer dos actos realizados por el señor Aguirre Berlanga durante el período revolucionario y que demuestran, bien claramente, cómo este ilustre patriota defendía, en momentos bien difíciles para la Patria, los derechos del pueblo y la soberanía de la Nación mexicana. Uno de ellos fué en Piedras Negras, el 16 de septiembre de 1913, cuando una muchedumbre inmensa le pedía con insistencia que le dirigiese la palabra, estando a muy pocos kilómetros del enemigo a quien iban a combatir, y amenazados de poderosa invasión extranjera por parte de los Estados Unidos. Allí, verdaderamente emocionado, pronunció estas valientes palabras, que son una línea recta, una profecía, y que causaron profunda emoción, no sólo entre aquellos que las escucharon, sino también en el mundo entero cuando fueron conocidas:

"No habiendo, como no hay, Gobierno legal reconocido, máxime si el conflicto se suscitase con los Estados Unidos, el pueblo, entonces, asumirá directamente su Soberanía, y reconociendo como Jefe Supremo al señor Ca-

rranza, Caudillo que está con él y que defiende sus derechos, hará frente a la situación repeliendo, en el campo de batalla, la fuerza con la fuerza. La conducta que el decoro aconseja y señala el derecho internacional, es defender, hasta derramar la última gota de sangre si fuera necesario, la integridad y el honor de la República, sin tolerar nunca ultrajes de nadie, quien quiera que sea, obrando de acuerdo con las leyes de la guerra, mientras estén rotas las hostilidades y conforme a la más estricta reciprocidad en el período de paz" y terminó con estas hermosas palabras:

"¡Sí, señores, por lo que a nosotros toca, hoy, en este solemne momento, los de este girón de nuestro suelo, a la clara luz del potente sol que nos alumbra, evocando los manes de aquellos ínclitos varones que nos dieron independencia y libertades, con la frente muy alta, levantada en señal de justicia, con la dignidad y orgullo sano que otorga el derecho, con toda la fuerza de nuestra voz, con toda la energía de nuestro espíritu, a manera de profesión de fé, declaremos, a la faz del mundo, protestemos defender heroicamente nuestra dignidad y decoro patrios, cuando pretendan mancillarlos, juremos que primero nos dejarán sin vida y hollarán nuestros cadáveres, antes que permitir al extranjero intruso la profanación de la Patria, y digámosle también, que así como sabemos ser atentos y corteses con nuestros amigos, seremos implacables y severos con nuestros enemigos, observando como regla de conducta, la más fiel y justa reciprocidad que mandan la razón y el derecho! ¡Queremos paz con el mundo; pero si se nos ultraja, si se nos provoca, lavaremos la mácula, castigaremos la injuria; y, por último, digámosles, invirtiendo el sujeto, lo que dijera el Presidente Juárez al triunfo de la República: ¡Entre las naciones, como entre los individuos, EL RESPETO AL DERECHO AJENO ES LA PAZ!"

Otro, la contestación dada, en Agosto 20 de 1916, a la comunicación que, siendo Gobernador del Estado de Jalisco, le enviaron a la vez que al Primer Jefe de la Revo-

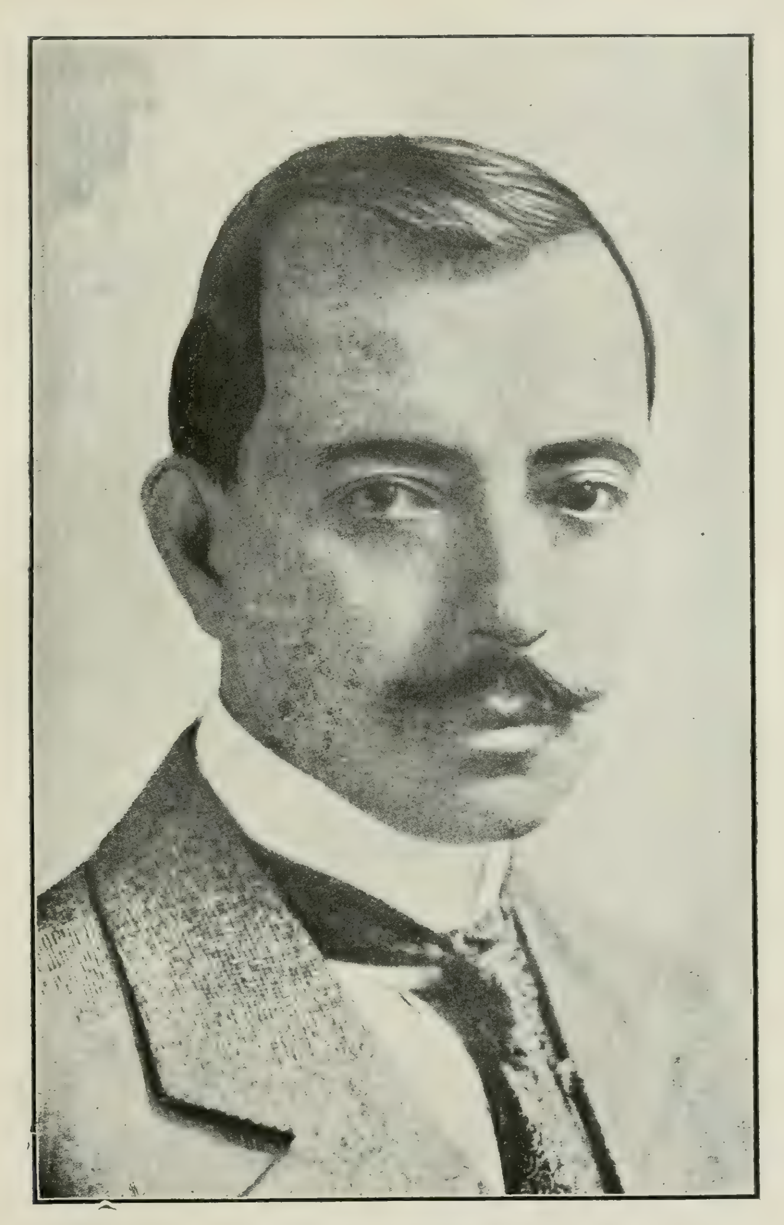
lución Constitucionalista, los señores Secretario de Estado del Gobierno Norteamericano, Embajadores Extraordinarios y Plenipotenciarios de la Argentina y el Brasil, Enviados Extraordinarios y Ministros Plenipotenciarios de Bolivia y Uruguay y Ministro de Guatemala, acreditados ante el Gobierno de Estados Unidos. Washington.

En dicha contestación les decía el señor Aguirre Berlanga: "estableciendo de antemano, del modo más categórico y significativo, que conteniendo"—la comunicación por ellos enviada—"un asunto de carácter internacional, solo competía TRATARLO y RESOLVERLO al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista", terminaba dicha contestación con estas sublimes palabras:

"Y si COMO DECÍS, VUESTROS SENTIMIENTOS para la pacificación del país son tan grandes, absteneos mejor, atentamente os lo suplico, en proponeros terciar en los arreglos de nuestras diferencias, que muchas maneras tenéis de ayudar al pueblo mexicano sin que se pongan en peligro su dignidad y soberanía, y dejadnos resolver nuestros asuntos como la naturaleza de las cosas lo reclama, porque si es grande el deseo de vosotros de que concluya la guerra que sufre mi Patria, inmensamente mayor y más sensible es nuestro anhelo de que toque a su fin la lucha entre hermanos. Por ventura los últimos acontecimientos militares, nos aseguran que pronto veremos realizados nuestros anhelos, quedándonos el orgullo de haber reconquistado nuestras libertades. ¡Qué importa que haya sido a costa de grandes sacrificios! ¡Es tan bella la libertad!"

El pueblo mexicano, celoso defensor de la SOBERANÍA de la Nación, que conoce estos hechos y sabe con la lealtad que el señor Aguirre Berlanga colabora en la la obra que está realizando el Presidente de la República, está a su lado, le sigue con fé ciega y le apoya con entusiasmo.

PASTOR ROUAIX



Pastor Rouaix.

PASTOR ROUAIX

I.

No debía ni podía dejar de tratar en este libro asunto tan interesante como es el de la inmigración, si había de cumplir los compromisos adquiridos con los lectores y conmigo mismo, cuando me propuse venir a México y estudiar el estado de este país. Mucho interesa a España este asunto, pues de España están saliendo constantemente para el extranjero, en busca de trabajo, muchos braceros de campo.

Antes se dirigían éstos a Cuba y Buenos Aires principalmente; pero desde hace un poco tiempo, sea por la situación actual de aquellas Repúblicas, sea por otras causas, lo cierto es que los trabajadores españoles están marchando ahora, en gran número; para los Estados Unidos, donde se les abonan jornales muy superiores a los que estaban ganando en otros puntos de América. Pero las diferencias de raza, de clima y de costumbres; la dificultad para entenderse por ser distinto el idioma, el trato poco cariñoso que en los Estados Unidos reciben, hacen que el emigrante español no esté contento, ni satisfecho en los Estados Unidos y ansía encontrar país más favorable a donde dirigirse.

A México no venía ni un sólo obrero del campo español hace ya algún tiempo, no sólo por haber prohibido la emigración a este país el Consejo Superior de Emigración, organismo oficial dependiente del Gobierno español, sino también por las circunstancias, muy especia-

les, que la República Mexicana ha atravesado en estos últimos diez años. Más como México, digan cuanto quieran los que empeñados están en propagar noticias falsas en el extranjero, mejora cada día y camina a paso ligero, firme y seguro, hacía su más completa reorganización, parecía natural que habría de necesitar brazos para su agricultura e industria, y necesitándolos, seguramente los obreros españoles, cuyas condiciones de laboriosidad y honradez son bien conocidas de todos los mexicanos, habían de ser preferidos.

El emigrante español, conocedor de la fertilidad y riqueza del suelo mexicano y sabiendo el cariño con que siempre fué recibido en México, aquí desearía venir con preferencia a otros países, tanto por las razones antes dichas, como también porque entre mexicanos y españoles existen lazos de unión que no podrán romperse jamás, siendo el clima y las costumbres muy parecidos a los de España. Había, pues, que estudiar esta cuestión y para tratar de ella, pedí una entrevista a Don Pastor Rouaix, Ministro de Fomento en México, departamento del que dependen cuantos asuntos con la emigración se relacionan y donde se están resolviendo, actualmente, los complicados y difíciles problemas de la devolución de Ejidos a los pueblos, distribución de tierras y Colonias Agrícolas, en una palabra, todo cuanto se relaciona con la agricultura y los trabajos del campo.

El señor Ministro de Fomento, accediendo bondadosamente a la petición, me concedió dicha entrevista, señalándome la hora de las ocho de la noche para celebrarla en su despacho oficial, situado en un grande y sólido edificio, muy parecido al que en Madrid ocupa el Ministerio de Hacienda.

A la hora señalada acudí para saludar al señor Don Pastor Rouaix y a escuchar su autorizada opinión, sobre los asuntos antes dichos, a fin de trasladársela a los lectores, puesto que seguramente habían de tener para ellos un interés grande las manifestaciones del prestigioso político y competentísimo Ingeniero, encargado por el

C. Presidente de la República Mexicana de la Cartera de Fomento en México. Representa el señor Pastor Rouaix unos cuarenta años de edad, de temperamento nervioso y de mirada muy astuta. Pertenece al noble Cuerpo de Ingenieros Civiles y entre sus compañeros goza de gran prestigio, por sus condiciones de talento, laboriosidad y cultura. Como lo son, en su mayor parte, cuantos a esta brillante carrera se dedican y a ella han consagrado sus facultades y energías, el señor Pastor Rouaix es de muy pocas palabras y su carácter es seco y duro.

El trabajo que pesa, en la actualidad, sobre el Ministro de Fomento es grande y sus resoluciones han de influír mucho en el porvenir de la patria. Con cuantas personas he hablado en México, todos han estado conformes en que el triunfo del Constitucionalismo, se debe a los obreros del campo, a los rancheros, como aquí se les llama, quienes con gran bravura y tesón, defendieron la bandera desplegada por Don Venustiano Carranza, por ella pelearon y derramaron su sangre hasta ver conseguido el triunfo. Ellos, muy especialmente, son los que ahora esperan el resultado de aquella lucha, nada piden; pero pacientes esperan y al señor Ministro de Fomento corresponde, en gran parte, estudiar cómo aquel programa ha de cumplirse y cómo han de satisfacerse los deseos de los que tan bravamente pelearon.

Grandísima importancia tiene para México, en los actuales momentos, la labor del Ministro de Fomento, pues sus resoluciones han de tener una influencia decisiva para la completa tranquilidad del país. Por esto, el pueblo mexicano sigue con gran cuidado y con especial interés, la labor del señor Don Pastor Rouaix, puesto que de su obra y de su estudio, pende en gran parte el cumplimiento de las promesas hechas al pueblo por la Revolución y por sus hombres.

Todos han sido triunfos hasta ahora para el Ministro de Fomento, justo es confesarlo; seguramente llegará a alcanzarlos completos, pues con inteligencia, morali-

dad, constancia y buena fé, todo se consigue y estas condiciones las reune, en muy alto grado, el competentísimo ingeniero señor Rouaix. Familiarizado con la ciencia de calcular y acostumbrado a la claridad de las matemáticas, sus manifestaciones son claras, concisas y sinceras. Yo quisiera tener hoy las disposiciones necesarias para recogerlas en toda su pureza y transmitirlas, con la misma claridad y con igual precisión, a los lectores; pero a falta de ellas, tengo una gran voluntad y a contribución voy a ponerla para ver si lo consigo.

———

II.

Decía, en el capítulo anterior, que el señor Rouaix, Ministro de Fomento en México, era un hombre de muy pocas palabras, siendo sus manifestaciones muy sinceras, claras y concisas. Durante mi ya larga vida periodística, he celebrado *interviews* con muchos hombres de Gobierno y con todos ellos, antes de empezar a tratar el asunto a que aquellas habían de referirse, cambiaba impresiones y hablábamos de cosas distintas. Con el señor Ministro de Fomento en México, imposible hacer esto; desde el primer momento me infundió tal respeto que un esfuerzo hube de hacer para empezar a hacerle preguntas, y no fué porque hiciera demostración alguna de desagrado, antes al contrario, me recibió con gran cordialidad y afecto, haciéndome sentar a su lado. Sólo un punto concreto deseaba tratar con el señor Ministro de Fomento y éste era el de emigración española a México. Respecto a éste asunto, contestando a preguntas mías, hizo el señor Ministro estas declaraciones.

—Usted conoce seguramente, señor Ministro, el gran número de obreros que salen de España para venir a América, ¿cree usted que si vinieran a México, serían bien recibidos y podrían ganar salarios que les permitieran vivir con holgura y hacer algunos ahorros para la vejez?

—México es un país noble y muy hospitalario. Siempre fueron recibidos aquí con cariño los extranjeros todos y muy especialmente lo fueron los españoles, por-

que a ellos nos unen fuertes lazos. Pero la obra de la Revolución es una obra de justicia y yo faltaría a ella si dijese a usted, periodista español, para que lo transmitiera a España y se lo aconsejase a sus compatriotas, los obreros españoles, que viniesen AHORA a emplear sus energías físicas en los campos de México.

No; yo ni en vida particular, ni en mi vida política, he engañado jamás a nadie: comprendo y he defendido siempre que los Gobiernos se hacen fuertes y se consolidan, si descansan en la verdad, si su labor es clara para que el pueblo la conozca y la estudie y conociéndola y estudiándola y siendo justa, la defienda y la apoye. Dejaría yo hoy de ser justo, si dijera a los obreros del campo españoles que viniesen a México, donde encontrarían grandes medios de vida y buenos salarios: no; esto no lo puedo decir yo, ni lo puede decir el Gobierno del señor Carranza, porque sería faltar a la verdad.

Estamos ahora en pleno período de reconstrucción nacional; estamos trabajando, con empeño, en el fomento de la Agricultura, principal fuente de riqueza en este país; estamos volviendo a los pueblos sus antiguos Ejidos, distribuyendo tierras y dando a conocer los nuevos procedimientos para cultivarlas. Esto, como usted comprenderá, no es obra de un día, sino de mucho tiempo y más hoy dada la situación económica que México, como todos los países del mundo, atraviesa.

—Siendo la Agricultura una de las principales riquezas de este país ¿se han preocupado de su desarrollo los Gobiernos? ¿Está la propiedad muy distribuida en México?

—La Agricultura en México estaba y está muy atrasada, pues antes de la Revolución nadie se ocupaba de ella. Las clases privilegiadas, los ricos, no pensaban más que en acaparar tierras, en hacerse dueños, de cualquier modo, de miles y miles de hectáreas de terreno; pero no para cultivarlas, para hacer Granjas Agrícolas Modelos, sino para alardear de grandes terratenientes. Así se explicará usted que en la República Mexicana, donde la

tierra es tan fértil, no esté cultivada ni siquiera una décima parte de ella. Los Gobiernos tampoco se preocupaban para nada de la Agricultura; sólo hacían distribuír entre sus amigos y paniaguados las hectáreas que al pueblo pertenecían.

En tiempos de la Dictadura no se pensó en otra cosa, sino en tener a los obreros del campo como esclavos, explotándolos y haciéndolos trabajar horas y horas, de día y de noche, por buenas o a fuerza de látigo, para pagarles después *veinte o veinticinco centavos* de jornal. Así se empeñaban aquellos a quienes el Gobierno había regalado miles y miles de hectáreas de tierra, en hacer éstas para ellos productivas. No se preocuparon jamás de educar a los obreros en el trabajo, ni de emplear procedimientos modernos para labrar las tierras. Nada de esto les importaba, las tierras habían de producir por el sacrificio del pobre y habían de ser regadas solamente con el sudor de aquellos infelices. Así se hicieron ricos y poderosos; primero, regalándoles los Gobiernos grandes extensiones de terreno, propiedad de los pueblos, y después, dándoles cuantos elementos de fuerza necesitasen, para que los hijos de aquellos mismos pueblos se convirtiesen en esclavos y arrancasen, con sus manos, únicas herramientas que les daban, los frutos a la tierra y a ellos se los entregasen, dándoles en cambio, como limosna, un jornal de *veinte o veinticinco centavos*, según antes le decía.

Voy a contarle a usted un caso que demuestra la verdad de cuanto le vengo diciendo. En el Estado de Durango, uno de los más ricos de la República y que yo conozco perfectamente por haber ejercido allí la profesión durante muchos años, el Partido de Cuencamé, tiene unas ochocientas mil hectáreas de terreno. Pues bien, esas ochocientas mil hectáreas estaban acaparadas por seis individuos, dueños de seis grandes haciendas. Una, la de Santa Catalina, tenía cuatrocientas cuarenta mil hectáreas: doscientas ocho mil la hacienda de Juan Pérez y así todas las demás. En aquel Es-

tado, si quería comer el obrero del campo, había de ir forzosamente a trabajar a esas haciendas, desde que apuntaba el día hasta por la noche, trabajando por el jornal antes dicho. Estos obreros eran esclavos mientras el trabajo duraba y esclavos eran en la miserable choza en que vivían, porque también la choza era del "amo", del eterno "amo", y esclava era su mujer y esclavos eran sus hijos; en fín no hablemos de esto que entristece y espanta.

Así estaban las tierras distribuídas, así se había dispuesto de los terrenos que de los pueblos eran y así se trataba a los hijos de estos mismos pueblos. Esto traía como consecuencia el odio de clases, creando y almacenando en el corazón, de los infelices trabajadores, sin ilustración alguna, porque de esto nadie se ocupaba, odios y rencores que transmitían a sus hijos, criándose y educándose en odios, generaciones enteras. Pues lo que digo a usted del Estado de Durango, puede decirse, quizá aumentado, de todos los Estados de la República.

—Según eso, ¿los obreros del campo, los rancheros, como aquí se les llama, no se lanzaron a la Revolución por capricho, ni por el deseo de pelear, sino que fueron por una causa bien justificada y justa?

—No señor, no: la Revolución no fué una Revolución caprichosa, como dicen por esos mundos, precisamente aquellos que se habían apoderado de todo cuanto al pueblo pertenecía, haciendo después a ese mismo pueblo su servidor y su esclavo: ellos y nadie más que ellos y los Gobiernos que los amparaban, tienen la culpa de lo ocurrido; habían creído que los ciudadanos eran sus vasallos, sus esclavos y como a tales los trataban sin compasión alguna. No señor, la Revolución no fué obra de pasiones ni de caprichos, sino que fué una Revolución justa, pues sólo Justicía pedía el pueblo y esta es la labor que ahora tiene que hacer y está haciéndo el Gobierno del señor Carranza; hacer Justicia por igual a todos los ciudadanos.

—Dígame, señor Ministro, ¿los obreros mexicanos están encariñados con el fusil de tal modo que ya no quieren volver a las labores del campo, o por el contrario desean dedicarse a sus antiguas faenas agrícolas?

—Está usted equivocado: el obrero del campo mexicano no es un enamorado del fusil, ni mucho menos; si le tiene en sus manos es porque aún cree que no está consolidada su obra; aun tiene miedo vuelva a resucitar aquel antiguo régimen que le tenía tiranizado y oprimido; por eso está receloso y teme que lo engañen. No, el pueblo de México no es guerrero por naturaleza, si lo ha sido es porque a ello le han obligado, porque ha tenido que recobrar, con las armas, la Justicia que le habia sido arrebatada y ha tenido que conquistar lo que por derecho le pertenecía. Por eso el pueblo de México no estará completamente tranquilo hasta que no vea cumplido el programa de la Revolución, por eso nosotros, el señor Carranza y su Gobierno que sólo buscamos el bienestar y la tranquilidad del país, trabajamos sin descanso para cumplir aquel programa; por eso estamos devolviendo a los pueblos sus Egidos y llevando a cabo la distribución de tierras, dando a conocer los procedimientos modernos en la Agricultura, comprando máquinas para labrar las tierras, a fin de hacerlas cada día más productivas y estamos formando Colonias Agrícolas, distribuyendo semillas y abonos, en una palabra, estamos haciendo justicia y fomentando la Agricultura, principal riqueza del país, ayudando al pueblo y sacándole del estado de pobreza y de ignorancia a que ha estado sometido durante muchos años. Queremos que los indios, los obreros todos, vayan al trabajo contentos y voluntarios, puesto que para ellos trabajan y las riquezas que con el trabajo consigan para ellos son.

—¿De modo, señor Ministro, que no cree usted prudente, en los actuales momentos, aconsejar a los obreros españoles que vengan a México para dedicarse a las faenas del campo?

—No señor, no es conveniente decir a los obreros

españoles del campo, a los verdaderos agricultores, que vengan AHORA a México; esto no se puede aconsejar hasta que esté realizado nuestro programa. Si viniesen ahora sería un fracaso completo, porque el obrero español es imposible pueda vivir con el jornal que aún ganan aquí hoy los indios. Es necesario primero hacer la distribución de tierras, crear los pequeños propietarios y cuando los naturales del país, hoy obreros que ganan un miserable jornal, sean propietarios, trabajen sus tierras, entonces habrá escasez de jornaleros y los sueldos tendrán que ser forzosamente mayores.

Hasta tanto no: ya sabe usted que el problema de la inmigración, en todos los países, es muy difícil de resolver y muy complicado. Hay que caminar con paso muy firme en esta cuestión: no puede ni debe uno precipitarse, pues la equivocaciones y fracasos, en este problema, no tienen arreglo posible. Yo soy completamente enemigo de buscar inmigrantes, pagando propagandas y agentes reclutadores; quiero una enmigración expontánea, producida por la bondad de las condiciones de vida que el país tenga; quiero traer trabajadores del campo españoles, pues conozco las condiciones de laboriosidad y honradez que les adornan; pero quiero que vengan a su debido tiempo, cuando deban de venir, teniendo la seguridad que ha de ser muy pronto, porque pronto ha de estar nuestra obra terminada y hemos de poder decir a los obreros de todos los países, y muy especialmente a los españoles, que ya el pueblo de México es feliz, que se acabaron para siempre los tiranos y los esclavos, estando por tanto en disposición de recibirlos y darles el trabajo y la retribución que buscan cuando abandonan su Patria.

***

Al oír estas hermosas palabras del señor Ministro de Fomento, dí por terminada la *interview.*

Escuchando al señor Don Pastor Rouaix he tenido que recordar muchas veces a un español ilustre, po-

lítico sincero y leal, al sabio Don Joaquín Costa, de perdurable memoria, quien por no engañar al pueblo, murió, entre las montañas de Huesca, retirado, por completo, de la vida pública, no queriendo tomar parte en la política de engaño que los partidos españoles todos hacían en aquel entonces. Quisiera ser justo con Don Pastor Rouaix, Ministro de Fomento en México; quisiera elogiar, como merecen, las manifestaciones nobles, claras y sinceras que de sus labios escuché; pero para ello necesitaría inteligencia y pluma muy superior a la que tengo. Por ello termino este artículo, diciendo a los lectores de él, que Don Pastor Rouaix, sólo puede compararse, como hombre de gobierno, como político leal y sincero, ardiente defensor de la justicia y de los derechos de los obreros del campo y de los agricultores, con Don Joaquín Costa.

AMADO AGUIRRE



Amado Aguirre.

AMADO AGUIRRE

I.

Mis excelentes amigos el General Esteban B. Calderón y el Teniente Coronel Juan Rodríguez Clara, que se han dedicado siempre, con muy especial empeño, al estudio de las cuestiones sociales y agrarias, defendiendo los intereses del proletariado, con la palabra y la pluma primero, y con las armas en la mano después, defensas que les costaron permanecer muchos meses encerrados en aquellas mazmorras de San Juan de Ulúa, en Veracruz, me habían hablado mucho y con gran elogio, del General Amado Aguirre, actual Subsecretario de Fomento, como ellos, en aquellos tiempos, perseguido y castigado por defender los grandes ideales de libertad y de justicia, y los derechos del pueblo, por mucho tiempo pisoteados y tiranizados.

Los amigos antes citados, me hicieron saber que el General Amado Aguirre, era quien estaba tramitando los expedientes de la devolución de Ejidos a los pueblos, de los latifundios, de la distribución de tierras, etc., etc., cuestiones estas todas de gran interés para mis lectores, mucho más, cuando hoy se está hablando tanto de las tierras que, según algunos hacendados, les fueron arrebatadas por la Revolución, despojándolos además de todos sus bienes, despojo apoyado y hecho por el Gobierno del Sr. Carranza, negándose siempre, y ahora también, según ellos, a su devolución, con fútiles pretextos.

Sabiendo la amistad íntima que unía al señor Amado Aguirre, con mi excelente amigo el General Francisco J. Múgica, a éste le pedí una carta de presentación, quien bondadosamente me la facilitó y con ella fuí a saludar al Subsecretario de Fomento, apenas hube llegado a México.

Inmediatamente fuí recibido por él y al encontrarme frente al General Amado Aguirre y estrechar su mano, que muy afable me tendió, mi sorpresa fué grande. Creí encontrarme con un hombre joven, enérgico, de facciones duras y de un carácter muy fuerte. Así me lo había imaginado yo, cuando me pintaban la vida de lucha llevada por el General Aguirre, sufriendo constantemente persecusiones y castigos, sin fuerza humana que lo dominase, cuando eran la razón y la justicia a quienes defendía. Lejos de hallarme con un hombre de las condiciones físicas por aquellos amigos dichas o por mí imaginadas, fué todo lo contrario. El señor Amado Aguirre es de un carácter afable, sencillo, y su mirada, dulce y bondadosa, expresa fielmente las virtudes de que se halla adornada su alma. Su dulzura, sus modales, sus ademanes, hasta su cara, me hizo recordar muchas veces al apóstol de las libertades españolas, mejor dicho de las libertades de la humanidad entera, al hombre justo, santo, al gran Don Francisco Pi Margall, de perpetua memoria, y es que Pi Margall llevaba, y el señor Amado Aguirre lleva, escritas en su rostro y selladas en su frente, las nobles ideas de justicia y de equidad y el amor a la humanidad de que está inundada su alma.

Contemplando estuve la venerable figura del señor don Amado Aguirre mientras él daba lectura a la carta, en la que el General Múgica le hacía mi presentación y le hacía saber también mis deseos, que no eran otros, sino celebrar con él una *interview* sobre cuestiones agrarias, sobre la forma de como el Gobierno se había incautado de los bienes, propiedad de particulares y sobre la distribución de terrenos.

El señor Subsecretario de Fomento, con sencillez en-

cantadora, me decía que no creía habían de tener interés alguno las declaraciones suyas, pues él no hacía más que modestamente, muy modestamente, ver si podía cumplir el programa de la Revolución, programa por todos conocido; pero a pesar de esto, como deseaba complacerme, a mi disposición se ponía. Cuando empecé a hacerle preguntas y disponía mi *carnet* para tomar notas, el señor Amado Aguirre me preguntó si sabía taquigrafía. Avergonzado hube de contestarle que no, y digo avergonzado, por cuanto la taquigrafía es una de las cosas, no ya necesaria, sino indispensable a todos aquellos que a la dura, penosa y cada día más ingrata labor del periodismo nos dedicamos.

Por eso los jóvenes venidos ahora a ejercer la profesión, traen al periodismo, además de un caudal enorme de conocimientos en todos los ramos del saber humano, la taquigrafía, y por eso los viejos, los que como yo llevamos más de treinta años en estas luchas, debemos retirarnos para dar paso a la juventud que nos empuja y nos aparta con su talento y la brillantez de su pluma.

Al oír mi contestación negativa, el señor Amado Aguirre, llevando sus atenciones a términos que nunca podré olvidar, puso a mi disposición una señorita, angelical por cierto, taquígrafa empleada en su Secretaría y ella fué quien tomó las declaraciones hechas por el General Amado Aguirre, Subsecretario de Fomento, contestando a preguntas mías. Con verdadero interés se las recomiendo a mis lectores, en la seguridad que han de encontrar en ellas ideas y enseñanzas muy provechosas.

AMADO AGUIRRE

II.

Con cuantas personas he hablado, durante mi estancia en México, todas ellas me aseguraron que el elemento más numeroso que se lanzó al campo para defender con más bravura y constancia la Revolución, fueron los obreros del campo ¿es cierto esto, señor Amado Aguirre?

—A la Revolución fueron obreros de todas clases, mejor dicho, el pueblo en masa se puso al lado de los hombres que defendíamos los ideales revolucionarios, y todo él peleó, con gran bravura, para defender estos mismos ideales; pero no se puede ocultar que los obreros del campo fueron los que dieron el mayor contingente de fuerzas revolucionarias y como habían sido siempre los más oprimidos, peleaban con más entusiasmo en la defensa de las ideas que habían de librarlos de la esclavitud a que habían estado sometidos.

—Diga usted, mi General, esos obreros del campo que fueron a la Revolución y, muchos de ellos, aún la están defendiendo con las armas, ¿desean volver a las labores agrícolas, o se han acostumbrado a la vida militar y, gustándole esta, se han olvidado por completo de la agricultura?

—Los obreros del campo, en su inmensa mayoría, no se encariñan jamás con la vida militar y desean volver a la del trabajo a que siempre estuvieron dedicados; pero no en las condiciones que lo hacían antes de la Revolución, sino cuando dispongan de una parcela de terreno de su

propiedad para con cariño trabajarla y hacerla cada día más productiva, pues esto fué lo que se les prometió.

—¿Todos los hombres que se lanzaron a la Revolución, que se pusieron al frente del pueblo y que le llevaron a la lucha, lo hicieron para librar a éste de la tiranía a que le tenía sometido el Gobierno del antiguo régimen, o fueron por egoísmos y ambiciones?

—Le diré a usted: en cuanto a que si todos los Jefes y Oficiales que integran el Ejército, se lanzaron a la Revolución por la consecución de las necesidades más apremiantes del pueblo y la satisfacción de sus aspiraciones, hay de todo. Los más sí; pero otros lo hicieron por megalomanía o deseo de notoriedad, otros por interés de medro personal. Estos son algunos de aquellos que fueron federales, después maderistas, después orozquistas y zapatistas, después huertistas, después carrancistas, después convencionistas, villistas y ahora carrancistas. De entre estos últimos, surgen éste o aquél grupo que está levantado, y se levanta todavía, contra el actual Gobierno y muchos de ellos no son más que bandidos.

—¿Quiere usted decirme cómo está resolviendo el Gobierno la cuestión agraria que tanto interés tiene para el pueblo en general y tan poderosamente ha de influír en la pacificación completa del país?

—El Gobierno está resolviendo este importante problema como sigue: primero, restituyendo sus Ejidos a los pueblos y cuando no cabe la restitución, por extravío de los títulos correspondientes o por no haberlos tenido nunca, dotándolos. En este último caso, lo hace tomando de las grandes propiedades colindantes las tierras necesarias para integrar la dotación, según el censo de la colectividad que los pide, e indemnizando a los propietarios, de cuyos terrenos se han tomado las partes constitutivas de los Ejidos, conforme lo previene la Ley de 6 de Enero de 1915, habiendo expedido ya algunos centenares de títulos y otros tantos Ejidos, trabajando contínuamente hasta completárselos a todas las colectivi-

dades de la República, incursas en las prerrogativas de la citada Ley,

—¿Y cómo piensa el Gobierno crear la pequeña propiedad rústica privada, las parcelas de terreno, que, según usted me decía antes, esperan los obreros del campo para abandonar el fusil y volver a sus antiguos trabajos agricolas?

—Para la creación de la pequeña propiedad rústica privada, el Gobierno, por medio de la Secretaría de Agricultura y Fomento, ha estado revisando todas las concesiones, muchas de ellas de centenares de miles de hectáreas, otorgadas a éste o aquél que gozaron de la protección de la dictadura Díaz, para que en ellas hicieran obras de irrigación, colonización, etc., etc., y como en su mayor parte nada cumplieron, sino que sólo se ocuparon de explotar las riquezas naturales de esas grandes extensiones, la Secretaría de Agricultura y Fomento, ha venido declarando caducas muchas de ellas, de conformidad con las estipulaciones de caducidad expresadas en sus contratos, teniendo hasta ahora recuperadas cerca de *quince millones de hectáreas* y se continúa la revisión de otras muchas de estas concesiones.

En la actualidad no tenemos Ley que prevenga las modalidades y reglamentación para adjudicar terrenos nacionales a particulares, y en esa virtud, a quienes los solicitan, se les formulan contratos de arrendamiento hasta por 1000 hectáreas de terreno propio para cultivo, y de 1500 de terrenos de sabana, con el derecho de primacía para su adjudicación, cuando tengamos la Ley relativa. Así se ha estado resolviendo ese problema hasta hoy; pero ésta resolución, jamás ha sido bastante, según lo demuestra la experiencia, desde el tiempo de la Colonia, hasta la caída del Gobierno del señor Lerdo de Tejada. Hablo de la Colonia, porque ésta fué pródiga en el reparto de terrenos a los pueblos, rancherías y Congregaciones, algunos de esos terrenos de buena calidad, sobre todo en las costas, donde los señores de horca y cuchillo no se acomodaban a la vida mue-

lle que venían persiguiendo desde su salida de la Península Ibérica, descuidando por lo tanto, de un modo absoluto, la enseñanza agrícola, cosa muy natural, puesto que no se proponía la Dominación Española formar ciudadanos sino servidores.

—Y ustedes, los hombres de Gobierno que con tanto empeño procuran cumplir el programa de la Revolución, en la parte que a la distribución de tierras se refiere ¿se cuidan también de difundir la enseñanza elemental y agrícola entre los ciudadanos?

—El Gobierno actual, preocupándose profundamente de las causas fundamentales de la Revolución, y posesionado del deber que tiene de resolver el problema completo para volver al peón a su categoría de ciudadano, además de la enseñanza elemental, se afana por extender la enseñanza agrícola a todos los ámbitos de la República, estableciendo Estaciones Agrícolas Experimentales a medida que su condición económica le permita hacerlo, teniendo ya varias desde los Estados del Centro, hasta los del Sur, y Agentes de Información y Propaganda, de frontera a frontera. Además el próximo mes verificará la reapertura de la Escuela Nacional de Agricultura, clausurada desde la época intensa de la Revolución.

—De modo que, según eso ¿el Gobierno dará a conocer al pueblo todo los adelantos modernos en la Agricultura y les facilitará medios para adquirir las máquinas e instrumentos que, en la actualidad, se emplean para el cultivo de las tierras?

—Como por efecto de la Revolución los elementos de labranza, por medio de fuerza de sangre, que fué la única empleada en nuestro país hasta hoy, quedaron destruídos casi en su totalidad, el Gobierno se ha preocupado hondamente en subsanar tan grave falta, introduciendo en el país los aparatos más modernos, importando Tractores de diversos tipos, en cantidad hasta donde lo han permitido las circunstancias económicas porque atravesamos, proporcionando a los agricultores dichos tracto-

res de diversas marcas y demás implementos que completan un equipo agrícola moderno, dándoselos en condiciones de pago muy fáciles, y poniendo a su disposición hombres expertos que les enseñen su manejo.

A los pequeños labradores se les ayuda prestándoles Tractores con carácter devolutivo, cuyos Tractores cambian de un lugar a otro, a medida que labran la pequeña propiedad de cada uno de los labradores. A todo aquel que posee algunos elementos y que desea comprar algunos de estos Tractores, se le traen por cuenta de la Secretaría, alcanzando el importante beneficio de una rebaja en sus fletes de un 50 por ciento sobre la tarifa de los Ferrocarriles. Además se tienen Comisiones por toda la República, estudiando los terrenos, climas, etc., y haciendo propaganda del cultivo adecuado a cada Región. Hay que hacer notar, bajo este concepto, que como en este país el maíz es el cereal que constituye la base primera de la alimentación, la enseñanza de su cultivo, conforme a los últimos adelantos, ha sido objeto de la mayor atención del Gobierno, habiendo recorrido los Estados del Norte, Oriente y Centro de la República, la Comisión enviada con tal objeto y continuará a los del Norte, Oeste y Sur.

—Diga usted, señor Amado Aguirre ¿los Gobiernos anteriores no se habían preocupado de dotar a los pueblos de terrenos, no habían hecho ésta distribución de tierras, o las habían distribuído a capricho y solamente entre las personas influyentes, mejor dicho, entre sus parientes y amigos?

—Dos ejemplos voy a citar para demostrarle cuál fué la prodigalidad de la Dictadura Díaz; son los de la concesión de Dorantes en Chiapas y la de Iñigo Noriega en Chihuahua, sobre cuyas fincas usted me ha preguntado con tantá insistencia. La primera, comprende parte de los Estados de Campeche, Tabasco y Chiapas, comprometiéndose a instalar un colono por cada 2,000 hectáreas, fraccionar los terrenos y otras condiciones tendientes a un desarrollo intenso y rápido de la agricultura, en determinado tiempo, como se obligaba en su contrato y

cuya falta de cumplimiento se estipuló como causa de caducidad. Nada se hizo y sólo se explotaron las riquezas naturales como maderas, resinas, gomas, etc., etc.

Entre las de Iñigo Noriega citaré a usted las de Chihuahua. El Doctor Peñafiel había publicado, con dinero del Gobierno, una obra monumental, que no era otra cosa sino la recopilación de láminas de nuestros Monumentos Arqueológicos más notables, hasta entonces conocidos. Para premiar este servicio, sin consultar al Congreso de la Unión, como debía de ser, el General Díaz ordenó le fueran concedidas TRESCIENTAS MIL HECTAREAS DE TERRENO, susceptible de ser irrigable, en gran parte, en el Estado de Chihuahua y que debía pagar a la Nación al irrisorio precio de 20 CENTAVOS por hectárea y en Bonos de la deuda pública, que se vendían a 20 por ciento, resultando así el pago más irrisorio todavía, pues sólo era de 5 CENTAVOS por hectárea.

El Doctor Peñafiel, antes de hacer el pago, pasó a Iñigo Noriega, la concesión. Debía colonizar, fraccionar, en fin, desarrollar la agricultura en aquella Región; pero absolutamente nada hizo y por falta de cumplimiento a su contrato, como muy principalmente, y por lo ilegal de la disposición administrativa del General Díaz, se declaró la caducidad. Como estas son casi todas, habiéndose declarado caducas las que hasta hoy se ha podido revisar, alcanzado una extensión de cerca de 15 millones de hectáreas recuperadas a la Nación, para de ahí crear la pequeña propiedad y Colonias en general, inclusive militares.

El señor Iñigo Noriega es uno de los latifundistas más grandes de la República y uno de los que mejor aprovecharon las sinecuras del cientificismo, de cuyo gremio fué un miembro prominente. Algunas de las haciendas así adquiridas, como "La Escalera", propiedad hoy de la familia del señor Escandón, fué afectada en unas cuantas hectáreas para los Ejidos del pueblo de Cuautepec, por las que será indemnizado, si la justicia falla en su favor un litigio que tiene con dicho pueblo.

Otra como Xico, del señor Noriega, está intervenida, o cosa semejante, y al serle devuelta, se liquidarán cuentas. En consecuencia, toda la vocinglería que el señor Iñigo Noriega y otros han armado y lo mismo que los demás científicos que viven en Cuba, en los Estados Unidos y en España, es injusta, mendaz y calumniosa a nuestro Gobierno.

—Diga usted, señor Subsecretario, fomentando, en la proporción que usted me indica, la agricultura ¿tiene el país brazos suficientes para el cultivo de las tierras?

—Respecto de la necesidad de brazos para nuestra agricultura, el concepto que de ello tengo es relativo. Si se trata únicamente de producir lo bastante para nuestro consumo, los hay sobrados, sin que arguya nada en contra de esta afirmación, el hecho de haber tenido que importar cereales de naciones extranjeras, en un período enteramente anormal e inmediato a la Revolución más intensa que se ha desarrollado en el suelo mexicano; pero no podemos resignarnos a producir nuestro consumo, pues esto sería entrar en *statu-quo* y como tratamos de dar un desarrollo tan intensivo, como sea posible, a nuestra agricultura, hasta convertirnos en exportadores de productos agrícolas a otros países en cuyo suelo no prosperen, creo que hemos de necesitar pronto trabajadores extranjeros para el campo.

Es triste, para nosotros, considerar que los Estados Unidos de América, en 1914, hayan importado trescientos y tantos millones de dólares de productos tropicales, y México, con terrenos insuperables como productores de algunos de ellos y país inmediato a los centros de ese gran consumo, no haya alcanzado su exportación un millón de dólares, habiendo llenado ese mercado los países de Centro y Sud-América, las Antillas, las Lucayas y hasta la Isla Sicilia y la costa norte de Africa en el Mediterráneo.

—¿No han pensado ustedes en la Colonización que tan buenos resultados está dando en otros países?

—Respecto de la Colonización, es este uno de los puntos

que está mereciendo toda la atención del Gobierno; pero como la Constitución Federal fué reformada muy intensamente y en algunas de sus reformas establece modalidades respcto del dominio de las tierras, por extranjeros; en las zonas de las costas y de las fronteras, se está estudiando un proyecto de ley para presentarlo al estudio, discusión y sanción del Congreso de la Unión. Mas como usted comprenderá, la sangre española que corre por nuestras venas mezclada con la de nuestros aborígenes, trae consigo una identidad de razas, de idioma y de todos los demás elementos que constituyen la idiosincracia de una nación, teniendo por lo tanto invívita una simpatía fraternal muy grande hacia todos los hijos de la noble Nación Española y por eso, de haber necesidad de traer obreros a México, siempre habíamos de preferir que vinieran españoles.

—¿Quiére usted decirme, mi General, cuales fueron las causas que obligaron al pueblo a lanzarse a la Revolución, para hacer desaparecer el antiguo régimen?

—Las causas de la Revolución son complejas: el pueblo, que desde la época de nuestra Independencia nacional, vió escrita en el amplio espacio de su esperanza su autonomía colectiva e individual, la vió frustrarse, como es bien sabido, y luchó constantemente, desde la consumación de nuestra Independencia, por la consecución real y efectiva de aquella autonomía, bajo los conceptos antes expresados. Pero no obstante las Leyes de Reforma que fueron promulgadas por el gran Patricio y que surgieron enmedio del fragor de la Revolución, y no obstante también de que nuestra Constitución de 1857 las elevó a la categoría de "Leyes Constitucionales," los preceptos legales, entonces bajo conceptos que pudiéramos llamar libérrimos, no fueron dados por medio de preceptos prohibitivos y ni siquiera restrictivos, para evitar la formación de latifundio a costa de las propiedades colectivas que permitían a los ciudadanos conservar su categoría de parias, viniendo a caer, retrogradando, en la de mero siervos. Y lo que aquellas

leyes preceptuaban, a fuerza de ser deficientes y prestarse a toda clase de interpretaciones, vinieron a ser labor muerta.

Fué, pues, la aspiración a tener un pedazo de tierra qué cultivar, para cubrir sus necesidades más apremiantes, una de estas causas; otra, la justicia que no se basaba ya en un principio de derecho, sino que se ponía en subasta otorgándosela al mejor postor y, en consecuencia, para el pueblo humilde, para el proletariado, para el obrero y sobre todo para el pueblo rural, no existió. Otra: la enseñanza elemental que podía haber sacado a nuestro pueblo de su estado analfabeta, nunca salió del dominio de la clase sacerdotal y de sus congéneres, cada día vino cayendo más y más bajo el dominio de tan morbosa como abominable clase social, siendo su enseñanza la que destruía por completo la libertad individual en el pensamiento, en la conciencia y en todo lo que hay más sagrado en el hombre, y esto en lo que corresponde a los habitantes de los centros de los pueblos que en la República eran algo más ilustrados y cultos; pues por lo que toca al labriego, siempre fué el mismo siervo, el mismo paria en la evolución social de su propia patria.

—¿Cuál fué el programa que ustedes, los revolucionarios de ideas, ofrecieron al pueblo, muy especialmente al elemento del campo, para llevarle a pelear en su favor?

—Nuestro credo revolucionario para atraernos elementos de combate, fué éste: TIERRA, ESCUELA Y JUSTICIA, real y positiva para todos los ciudadanos. Por eso es que algunos reaccionarios, a fuerza del prejuicio formado en su conciencia extraviada por la enseñanza clerical y otros ilusionistas que se entregan siempre a lirismos, en el Congreso Constituyente de Querétaro en 1916 y 1917, nos decían a quienes pusimos nuestros esfuerzos por llevar a nuestra Constitución Política vigente, preceptos prácticos y adecuados al medio actual, dado que el noventa por ciento del pueblo mexicano es analfabeta y necesita todavía, pésele a quien le pese, el

patrocinio y la tutoría de la Ley, que después de setenta años retrocedíamos, en punto a libertades públicas, a a los Constituyentes de 57. Toda mi veneración para aquellos grandes ciudadanos; pero indudablemente incurrieron en un error propio de la idiosincracia latina, esto es, saltar de la primacía a la finalidad, sin preocuparse del medio firme y seguro para salvar el abismo.

—La Secretaría de Fomento, puesto que ella tiene a su cargo, en gran parte, el cumplimiento del programa agrario ¿qué solución le está dando?

—La Secretaría de Agricultura y Fomento tiene a su cargo la solución del problema agrario, y tiene encauzada su solución completa, en este programa: TIERRA, AGUA Y ENSENANZA AGRICOLA, programa que está dispuesta a cumplir por los medios que anteriormente se han expresado.

—En la distribución de tierras y demás concesiones que el Gobierno está haciendo a los ciudadanos del país ¿son preferidos los militares?

—Respecto de si se preferirán a los militares en las concesiones, natural es que todos los ciudadanos que tomaron las armas sacrificando su bienestar y el de sus familias, dentro de la Ley, disfruten de algunas franquicias; pero siempre que hayan sido leales.

—Y de la tan debatida cuestión obrera, que en todas partes preocupa a los Gobiernos ¿qué me dice usted, señor Subsecretario?

—La cuestión obrera tan debatida en todas partes del mundo, en mi concepto, no se ha resuelto satisfactoriamente y este país, cuya industria incipiente tropieza con las dificultades inherentes a la falta de producción de los elementos constitutivos de cada uno de sus ramos, con muy pocas excepciones, es más difícil de resolver todavía. Hay un principio también difícil de definir, y que es absolutamente capital, en la solución de tan árduo problema. Me refiero a la justa retribución, en la idea colectiva que este vocablo encierra, es decir, a igual servicio compensación igual. ¿Quién califica uno y otra? ¿un jurado? ¿y quién

integra ese jurado?. Parece que lo más justo sería integrarle con representantes iguales del capital, el obrero y un representante de la autoridad. Ahora bien, y dado que los obreros admitieran que fuesen partes iguales en los elementos constitutivos del jurado, ¿el representante de la autoridad no pondría su simpatía en pro de la clase obrera o en pro del capital?. Quizá no y quizá el obrero despojándose del prejuicio que trae invívito en su criterio por tantos años en que ha sido mal pagado, se despojase del interés suyo; pero no lo harían nunca sus verdaderos explotadores, es decir, sus falsos *leaders*, los vendedores del obrero. En consecuencia y sin que sobre punto tan arduo me haya formado un criterio completo, creo que sólo la Ley, confiada a la sabiduría, serenidad y honorabilidad de la Representación Nacional, podría traer el equilibrio entre tan encontrados e irreconciliables intereses. Pasados algunos años, y cuando el artículo tercero Constitucional sea debidamente reglamentado y debidamente cumplida esta Ley, nuestro pueblo, encauzándose desde los primeros destellos de su inteligencia en una senda recta y absolutamente racional, evolucionará intensamente, dominando de por sí nuestras colectividades y el interés mútuo de las dos fuerzas esenciales que hacen la prosperidad de los pueblos: EL TRABAJO y EL CAPITAL. Pero entre tanto, creo que es la Ley debidamente cumplida y justamente aplicada, la única que puede conservar un equilibrio relativo y la tendencia del Gobierno emanado de la Revolución, encamina todos sus esfuerzos a la resolución del problema.

En todo esto me refiero al obrero manufacturero; en cuanto al minero, está completamente fuera de este orden. El minero, cualesquiera que sea la esfera en que trabaje, emprende una labor por demás ruda y de ahí que las ocho horas constitucionales, como período máximo de trabajo, se hayan anticipado entre nosotros, desde hace muchos años, a la Ley y de trabajo efectivo nunca es alcanzan las ocho horas; de hecho son seis horas y su

remuneración, la de un barretero, un perforista, por ejemplo, que es trabajo enteramente de operarios, la envidiarían seguramente el cincuenta por ciento de todos nuestros profesionistas. De ahí que en la Revolución se haya hecho notar sobremanera el denuedo, la resistencia y el desprecio al peligro, de la clase minera que tomó las armas, superando bajo este concepto a cualesquiera otra clase social.

—¿Usted cree, mi General, que el Presidente de la República, señor Carranza, está completamente seguro en su alto cargo, por cuanto él y su Gobierno descansan en la voluntad del pueblo?

—La Presidencia del señor Carranza está segura y afianzada porque no hay el morbo que existió en todas las administraciones pasadas hasta la Reforma, ni el que existió en tiempo de Don Sebastián Lerdo de Tejada y en toda la Dictadura de Díaz. Este elemento morbo está fuera y dentro del país, es cierto; pero dominado completamente. Una de las causas que más afianzan la solidez del Gobierno actual, es que descansa sobre bases de honradez que no tuvieron los anteriores, pues cualquier individuo que pretende concesiones honerosas, sale botado como tapón de botella de champaña. Además, cuenta con el elemento verdaderamente carrancista, por fortuna numeroso, que permanece leal y esto hace que todas las Juntas revolucionarias que se forman en el extranjero, no fructifiquen, porque son elementos completamente desprestigiados por la labor que hicieron en su actuación pública a base de interés personal.

—Diga usted, ¿si esos elementos, a que usted se refiere, encontrasen en algún país poderoso un apoyo decisivo, podrían ser entonces una preocupación seria para México?

—Si los elementos malos encontrasen fuera de México un apoyo decisivo de dinero, de armas y municiones, podrían ser, a no dudarlo, una preocupación para México, pero no una preocupación seria. Preocupación sí, porque nos fastidiaría sobremanera, a quienes nos empe-

ñamos en llevar la Nación al carril de la paz y la prosperidad, tener que reanudar una guerra; pero contamos con el elemento carrancista y con todos los que de convicción se han unido a nosotros; tendríamos otra etapa, no igual a la de 1915 con el elemento reaccionario, pues entonces nos vimos en esta situación: el señor Carranza, el General Alvaro Obregón y el General Aguilar, con 12,000 hombres, reducidos al Estado de Veracruz y no completo; el General Diéguez, con sus fuerzas de 5,000 hombres, en el Noveno Cantón de Jalisco; el General Murguía, que en ese tiempo se nos unió con 3,000 hombres, perseguido por las fuerzas de Michoacán que le hicieron perder su artillería, al Sur de Jalisco; el General Pablo González, de Nuevo León a Coahuila, sin permanencia en ninguno de ellos; el General Jacinto B. Treviño en Tamaulipas, reducido a una exigua parte; el General Caballero reducido a Matamoros; el General Elías Calles, en Agua Prieta; un poco de fuerzas del General Flores en el Río Mayo; Iturbe y Carrasco en Mazatlán y todo el resto de la República en poder de los reaccionarios. Así nos vimos; pero, con la ayuda del pueblo valeroso, los derrotamos definivamente; con que imagínese lo que ocurriría ahora.

El pueblo, en esa situación, se portó muy bien y si se presentara otra Revolución, prestaría su contingente con más brío: esto puedo asegurarlo porque le conozco perfectamente, por haber vivido con él en todo tiempo y durante la Revolución. Los científicos de uno y otro bando no volverán al poder de México nunca, pues la política de Porfirio Díaz y de los demás cabecillas rebeldes, ha muerto para siempre, y si por alguna aberración del Destino llegare alguno a enseñorearse, como lo hizo Huerta, caería más pronto que aquél.

La reorganización completa de México no tardará mucho tiempo, porque ahora se hace obra efectiva, obra de conveniencia y de bien público, y antes no, porque sólo los *leaders* eran quienes acaparaban todo y ahora nadie lo permite, ni el Presidente legaliza una cosa de esas.

—Y de las Colonias Militares ¿qué me dice usted, señor General?

—Las Colonias Agrícolas Militáres todavía no se empiezan a establecer; se están formando proyectos para ello, a fin de convertir el elemento consumidor en elemento productivo. Las Guardias Nacionales implican un servicio obligatorio, dependen del Presidente Municipal de cada lugar y sus funciones son cuidar del orden y seguridad pública. Un día dado, si las pide el Gobernador del Estado, hay obligación de ponerlas a su disposición, siempre que justifique su objeto.

Las Colonias Militares son y serán siempre de grande utilidad para la Nación y no descansaremos hasta que las tengamos bien organizadas.

***

Ni una sóla palabra he de añadir, en las cuartillas que me fueron entregadas por la angelical señorita que tuvo la bondad de tomar taquigráficamente, las importantísimas declaraciones hechas porel ilustradísimo ingeniero, General Amado Aguirre, Subsecretario de Fomento en el Gobierno de la República Mexicana.

Integras las he trasladado a este libro, en la seguridad de que los lectores han de encontrar en ellas luminosos datos, de la obra realizada por los hombres de la Revolución y provechosas enseñanzas sobre la distribución y cultivo de las tierras en este país, uno de los más ricos del mundo.



RAFAEL NIETO



Rafael Nieto.

RAFAEL NIETO

I.

Si siempre, y en todos los países, fué difícil el desempeño de la cartera de Hacienda, mucho más lo es en la actualidad, cuando el problema económico es cada día más grave y su resolución reclama estudios muy profundos y complicados, por lo mismo que las naciones todas. están atravesando una situación económica, por demás comprometida. Todos los Jefes de Estado y los Jefes de Gobierno, han tropezado siempre con grandísimas dificultades para proveer esta cartera, no sólo por lo difícil de encontrar personas de la reconocida competencia, moralidad y honradez que el cargo de Ministro de Hacienda pide, sino también por la resistencia que oponen todos los hacendistas y financieros para aceptarle.

El Ministro de Hacienda, si ha de cumplir con los deberes que el cargo le impone, necesita tener conocimientos muy sólidos de todas cuantas materias el problema económico envuelve, pues las leyes por él dictadas y sus resoluciones y acuerdos, son siempre de tal gravedad, que comprometer pueden el crédito del país, base de toda la vida nacional.

Por esto, la responsabilidad del Ministro de Hacienda es enorme y su personalidad es siempre muy discutida, censurada y combatida y así como en todas las demás carteras, las equivocaciones y desaciertos son olvidados y perdonados por el pueblo a quien sirven, los

fracasos y equivocaciones, en materia económica, no se olvidan ni se perdonan jamás.

De tal modo es esto cierto, que, en España, por ejemplo, donde Romanones tiene fama, bien adquirida por cierto, de ser el político más maquiavélico, travieso y el de peor intención de cuantos políticos pueden haber nacido en el orbe entero, cuando tiene dentro de su partido algún correligionario que le hace sombra o puede estorbarle en sus planes políticos, le lleva a la cartera de Hacienda, por tener la casi seguridad de que en ella ha de fracasar y este fracaso traerá como consecuencia, la retirada de la vida pública del hacendista fracasado.

El agricultor, el industrial, el comerciante, el ganadero, el rentista, en una palabra, todos cuantos tienen alguna relación con la vida económica del país y han de contribuir al Erario público, se convierten en tiranizadores y censores de la labor del Ministro de Hacienda. Ellos y todos los ciudadanos, con sólo conocer los números, en sus despachos, sobre las mesas del café, en los bancos de las plazas públicas y en todos aquellos sitios donde tengan un punto en qué apoyarse, hacen cálculos matemáticos, cuentas, números y más números, para discutir cualesquiera disposición, la gestión entera del Ministro de Hacienda, así como el político que con su talento, su prudencia y sus conocimientos financieros, acompañadas todas estas condiciones de la suerte, triunfa, entonces el afianzamiento es completo y las bendiciones del país le siguen a todas partes y el pueblo jamás le abandona.

En México, está encargado de la cartera de Hacienda don Rafael Nieto, joven de gran talento, de reconocida honradez y de sólidos y profundos conocimientos, quien ha cargado con toda la grave responsabilidad que dicho cargo lleva consigo, y no en condiciones favorables ciertamente, sino cuando el país atraviesa una de las situaciones económicas más comprometidas y críticas.

Los mexicanos todos conocen, con más o menos detalles, lo difícil de la situación y ellos están viendo

cómo su Ministro de Hacienda estudia y trabaja, y cómo poco a poco, con gran serenidad y aplomo, vá don Rafael Nieto sorteando y venciendo dificultades y, cómo poco a poco también vá, con su acertada gestión, mejorando la situación económica del país y, justo es confesarlo, la personalidad financiera y hacendista del actual Subsecretario, encargado de la cartera de Hacienda en México, crece, se afianza y es cada día más reconocida y respetada, siendo muy contadas las personas que en el país se atreven a censurarla.

No sucede lo mismo en el extranjero, donde se está haciendo campaña calumniosa y empeñadísima para desacreditar la obra de don Rafael Nieto; pero la hacen en aquéllos países donde hay un empeño decidido en ocultar la verdad sobre la vida económica y el crédito de la Nación Mexicana. La campaña la están llevando a cabo, en unos países, los agiotistas y banqueros, personalmente interesados en ello, en otros, individuos alejados del país por cuestiones políticas y que no perdonan medios de debilitar y desacreditar al actual Presidente de la República y a su Gobierno.

Estudiar la situación económica de la gran República Mexicana, fué uno de los motivos de mi viaje, y para ello, creí absolutamente necesario escuchar la opinión de don Rafael Nieto, y de él solicité una *interview* que tuvo la bondad de concederme.

RAFAEL NIETO

II

Las cinco de la tarde fué la hora señalada, por don Rafael Nieto, para que celebráramos la *interview* por mí solicitada. Con toda puntualidad acudí a la Secretaría de Hacienda, situada en un departamento del suntuoso Palacio de la Presidencia de la República y apenas llegué y pasé mi tarjeta, el señor Nieto me recibió inmediatamente. El despacho oficial del señor Ministro de Hacienda en México, es muy amplio, decorado y amueblado con verdadero lujo y su mesa de trabajo, cuando yo le visité, estaba llena de libros y papeles, todos ellos en un orden admirable. Este detalle me hizo recordar el despacho, por mí muchas veces frecuentado, de aquel grande hacendista y financiero español, don Raymundo Villaverde, quien tenía, siempre también, su mesa llena de papeles y libros, dispuestos con un orden encantador. Y es que en las cosas de Hacienda, como decía el señor Camaño, redactor financiero de A B C el mejor de los periódicos españoles, ha de haber prudencia y orden hasta en los más ligeros detalles.

El señor don Rafael Nieto es un hombre joven, no representa tener más de treinta años de edad, de frente muy despejada, de mirada fija y de un carácter reposado y tranquilo. Con interés me preguntó por la situación de España, haciéndome grandes elogios del Rey y de los hombres que constituyen su Gobierno, demostrando haber seguido, con mucho cuidado,

la labor de todos los hacendistas españoles, conociendo perfectamente la situación económica de aquel país, único en el mundo—me decía el señor Nieto—a donde se nos escapan algunas monedas de oro mexicanas.

Con detalles y datos que me admiran, que revelan profundos estudios, me habla también de la situación económica de todas las grandes Naciones Europeas y Americanas, hace cálculos sobre el porvenir y demuestra tener idea exacta y conocimiento perfecto, del movimiento financiero mundial. Con gran claridad le analiza y estudia, demostrando, lleno de satisfacción y de orgullo, la superioridad ecónomica de México sobre las demás naciones. Cuando el señor Nieto hablaba con legítimo entusiasmo, demostrando la fuerza económica de la gran República Mexicana, tenía su cara, siempre expresiva, un gesto, un sello, mejor dicho, de convencimiento, que no dejaba lugar a duda de que estaba en posesión de la verdad. A mi memoria venía entonces todo cuanto había leído y oído en el extranjero, muy especialmente en Cuba, acerca de este asunto, e interrumpiendo al señor Nieto me atreví a hacerle esta pregunta.

—Con satisfacción grande estoy escuchando, señor Nieto, las noticias que me dá sobre la situación económica de la República Mexicana, según usted, floreciente, y yo no lo dudo un momento; pero en el extranjero se está diciendo, ahora mismo, todo lo contrario, llegándose a asegurar que la situación del Gobierno es tan apurada, económicamente hablando, que no puede pagar al Ejército a quien tiene sobre las armas ¿es esto cierto? Muy deveras, señor Nieto, siento hablarle de este asunto; pero al público, a quien sirvo, le interesa conocer cuanto haya de verdad en esta cuestión, por demás delicada.

—Eso es una calumnia infame: el Ejército Mexicano cobra sus haberes con toda puntualidad y si alguna vez se ha retrasado algunos días el pago, seguramente habrá sido por dificultad en las comunicaciones o por falta de seguridad para enviar fondos. Ya conocía las campañas

hechas por esos falsos mexicanos, por esos falsos patriotas, quienes no se conforman con mantener al país en el estado de intranquilidad en que se encuentra y de impedir que su Industria, su Agricultura y su Comercio se desenvuelvan dentro de la grandeza y prosperidad, a que tienen derecho, sino que andan en el extranjero calumniando y desacreditando nuestra obra, presentando a México en estado de miseria y de ruina. Yo quisiera que esos viles calumniadores, dejando a un lado mi personalidad, por ellos tan combatida, discutiesen serenamente mi obra económica y administrativa, pues en ese terreno dispuesto estoy a demostrarles la falsedad de sus afirmaciones.

—Otra de las cosas que dicen también en el extranjero muchos de los mexicanos allí residentes, es que el Gobierno del señor Carranza, está tan falto de autoridad, que no puede cobrar al pueblo los impuestos, siendo los rebeldes, muy especialmente Félix Díaz, quien tiene fuerza para imponerlos y cobrarlos, ¿quiere usted decirme lo que haya de cierto en esto, señor Nieto?

—Eso es otra calumnia: no señor, el Gobierno de México, cobra todos los impuestos con absoluta regularidad, no habiéndose dado un sólo caso de que el pueblo se haya negado a pagar los tributos. No, los rebeldes no tienen autoridad para cobrar, en ningún Estado de la República Mexicana, impuesto alguno, ni tienen fuerza para imponer tributos ¿qué más desearían ellos? No señor: puede usted desmentirlo en absoluto; lo que hacen los rebeldes es asaltar y robar, en cuanto las fuerzas leales se descuidan, todo cuanto encuentran a su paso y de esto viven; pero esto también se les está acabando, pues los ciudadanos trabajadores y honrados, están pidiendo constantemente al Gobierno armas para combatir a los bandidos y darles el debido castigo.

—¿Es cierto que los hombres de negocios, extranjeros y del país, están retraídos no queriendo emplear sus capitales en la industria y por lo tanto ésta no puede

desenvolverse francamente, privando así al Erario público de una de las principales fuentes de ingresos?

—Es cierto, no puede negarse; la Industria se desenvuelve trabajosamente por falta de capitales; pero la producción minera es mucho mayor que antes, aumentando todos los días en proporciones considerables y la del petroleo no digamos, pues bien a la vista está. En general la industria y el comercio del país están en auge, prosperan grandemente; por esto la recaudación es cada día mayor y los ingresos del Gobierno son más fuertes, bien es verdad que también los gastos han aumentado en proporción, sobre todo con el estado de intranquilidad en que tiene al país los rebeldes, a quienes es necesario dominar y aniquilar, sin reparar en gastos ni sacrificios.

—Lo que he tenido ocasión de ver, señor Subsecretario, es que en México circula el oro en gran cantidad.

—Me alegro que usted se haya dado cuenta de esto y por lo tanto, no es necesario que yo le diga una palabra: el oro circula en gran cantidad, como usted ha tenido ocasión de observar, pues en estos últimos meses se ha acuñado más que en todas las épocas pasadas y la moneda, lanzada al mercado, se eleva a una importante suma, tanto en oro nacional como en metal blanco.

Nuestra balanza comercial ha mejorado muy notablemente, pues aumenta la exportación de metales y disminuye la importación, satisfaciéndose las necesidades económicas de nuestro país. La exportación de pesos fuertes ha sido de gran importancia, habiéndo llegado a mas de setecientos mil kilos de plata.

La salida del metal argentífero, ha sido bastante normal como podrá usted ver por los datos que voy a facilitarle.

Del 1º de enero al 30 de junio de 1917, se acuñaron en monedas de oro, en la Casa de Moneda	$ 13.980,000.00
Del 1º de julio de 1917 al 12 de abril de 1918, se acuñaron también en monede oro	40.665,000.00

O sea un total de moneda de oro acuñada.	$ 54.645,000.00
Del 1o de julio de 1917 al 12 de abril de 1918, se acuñaron con barras de producción nacional.	$ 16.800.000.00
Se acuñó con oro procedente del extranjero, durante el mismo período	,, 23.865.000.00
Del 1o. de julio de 1917 al 31 de enero de 1918, se exportó de plata, sin incluír los pesos fuertes, 728,000 kilógramos, con valor aproximado de . .	,, 40.000.000.00
En los tres últimos meses se ha exportado de plata un promedio de CINCO MILLONES de onzas mensualmente, con valor aproximado de	,, 7.000.000.00
Del 1o. de agosto de 1917 al 31 de enero de 1918, el oro fino que se exportó, conteniendo en minerales, concentrados y barras de otros metales, ascendió a 3,500 kilógramos, con valor aproximado de	,, 4.700.000.00

Cierto es que no tenemos aquella abundancia de dinero que había cuando teníamos papel; entonces circulaban setecientos cincuenta millones y ahora sólo tenemos cien millones, pero como usted habrá observado también, aquí no se carece de nada y la vida pública se desenvuelve perfectamente.

—¿Diga usted, señor Nieto, la exportación de productos del país es en México mayor de los que necesita importar?

—No señor, exportamos mucho más de lo que importamos. Por eso nuestra moneda, nuestro oro, no sale del país, al contrario, está viniendo mucha moneda de este metal del extranjero, pasado de contrabando y de muy diversas maneras. Como detalle curioso le diré que en este momento me avisan están llegando dos millones de dólares, oro americano, recaudados en nuestras Aduanas.

Otro detalle: hace muy pocos días he denegado la petición hecha por unos comerciantes, españoles por cierto, para enviar a Cuba cinco mil latas de manteca, ofreciéndome traer su importe íntegro en azúcar; estamos exportando grandes cantidades de frijol y garbanzos; todo esto le probará que aquí sobran subsistencias, siendo la vida relativamente barata, mejor dicho muy barata, en comparación con los demás países, habiéndo en este asunto un barómetro que no miente y éste es el valor de la moneda: usted comprenderá que si el balance comercial nos fuera desfavorable, no estaría nuestro cambio al precio que está sobre la Nación más poderosa.

—Dicen también por ahí, que el proyecto de fundación del Banco Unico, en el que tanto interés había puesto el Gobierno, está completamente fracasado y que ya ha desistido de él; ¿es cierto esto, Don Rafael?

—No señor,—me contesta el señor Nieto:—el proyecto de la fundación del Banco Unico, el Gobierno le mantiene; todas esas leyendas que se hacen circular, a nosotros nos hacen reír: el Banco ni ha fracasado, ni se fundaba para lanzar papel a la calle y hacer el dinero que el Gobierno necesitaba para sus atenciones, como se ha dicho por algunos mal intencionados: esas son también calumnias indignas. Si esa hubiera sido la intención del Gobierno, usted comprenderá que lo podía haber hecho antes, cuando la situación económica era mucho peor y estaba apurado de recursos. No, el Gobierno de México está formado por hombres de honor y de conciencia, llenos de patriotismo, dispuestos a llegar hasta el sacrificio, para conseguir la prosperidad y el bienestar de su país, única cosa por la que trabajan, para la que estudian y en esta labor están animados y dirigidos por el Presidente de la República, señor Carranza. El Banco se fundará muy pronto y si no está ya funcionando, es porque queremos tener en las cajas un *stock* oro, que supere a la cantidad de papel emitida; a esto aspiramos y lo conseguiremos, yo se lo aseguro, y el papel del Banco Unico, le pedirá el público con preferencia al oro.

—Este Banco hará toda clase de operaciones bursátiles o serán estas muy limitadas? ¿Cree usted que tendrá grandes utilidades?

—Sí señor, el Banco hará cuantas operaciones hacen los demás establecimientos Bancarios y seguramente, no lo dude usted, ha de tener aceptación, utilidades grandes y para asegurarlo así tenemos ya una prueba bien clara y manifiesta, en lo ocurrido con la Comisión de la Moneda, fundada por el Gobierno y que de él depende.

Esta Institución Bancaria se creó con la cantidad insignificante de quinientos mil pesos, habiendo tenido, en CATORCE MESES, una utilidad de DOS MILLONES de pesos, gozando actualmente de un crédito sólido; siendo sus Giros tomados y descontados, en el acto, por las entidades Bancarias más fuertes del mundo financiero, habiéndole, ofrecido muchos hombres de negocios extranjeros, cuanto dinero necesitase dicha Institución para que ampliase sus operaciones; últimamente un banquero de Estados Unidos, le ofreció cinco millones de dólares con ese mismo fin, ofrecimiento que, por cierto, aun está en estudio y pendiente de arreglo.

—Se dice por ahí que este último viaje, hecho por usted a New York, ha tenido por objeto gestionar un empréstito con el Gobierno de Estados Unidos del Norte y que ha fracasado usted por completo en sus gestiones; ¿puede usted decirme algo sobre este asunto?

—Mi viaje a New York, no tenía por objeto gestionar, ni negociar empréstito alguno, ni el Presidente de la República, ni el Gobierno, me habían confiado esa misión, ni otra alguna parecida siquiera, de modo que mal podía fracasar. Eso es una de tantas cosas que se empeñan en hacer creer por ahí los enemigos de México, quienes no pueden, por lo visto, transigir con la idea de que el país prospere y se desenvuelva perfectamente con sus propios recursos, sin necesidad de gestionar ni aceptar violentamente empréstitos de dinero. A México no le urge gestionar esta clase de operaciones y si algún

día lo hace, tenga usted la seguridad, como la puede tener el pueblo mexicano, que su Gobierno las hará a la luz del día, con mucha calma y en condiciones inmejorables.

—Ya sé lo difícil y comprometido que es, en los actuales momentos, hablar de la cuestión internacional que tanto preocupa hoy al mundo entero; pero comprenderá, cuánto ha de interesar a los lectores conocer la opinión de usted en este asunto. Por esto me ha de perdonar le haga esta pregunta, en gracia, siquiera, de que ha de ser la última: ¿qué actitud cree usted que le conviene a México mantener frente al conflicto europeo?

—¡Ah! sobre eso no puede haber duda alguna. México, en el conflicto Europeo, debe ser y es absolutamente neutral y el Gobierno está dispuesto a mantener y hacer respetar esta neutralidad, por todos los medios. Aquí, como en España, podrá el pueblo tener simpatías por algunas de las naciones beligerantes: podrá, si usted quiere, tener más cariño, mirar con más devoción, esta o la otra Colonia extranjera aquí establecida; pero de eso a estar dispuesto a apoyar, con las armas, la causa que las Naciones aquellas están defendiendo en Europa, hay un abismo. No, México es neutral y seguirá siéndolo, no lo dude usted, y por más esfuerzos que hagan para que salga de ella no lo conseguirán jamás.

—He terminado de molestarle y antes de despedirme de usted, señor Nieto, quiero felicitarle, muy sinceramente, por la labor, altamente patriótica, que ha venido usted realizando en favor de los intereses de este país que hoy, como nunca, necesita del esfuerzo de sus hijos......

—No es mía la obra, me interrumpió el señor Nieto, con una violencia que contrastaba mucho con su carácter apacible y bondadoso y con la dulzura y paciencia con que, hasta entonces, había soportado las molestias que seguramente le ocasioné con mis anteriores preguntas.

La obra entera—dice con gran modestia el señor Subsecretario de Hacienda, hoy encargado del Ministe-

rio—es de don Luis Cabrera, mi amigo y mi Maestro. Yo no he sido más que el colaborador y el continuador de la obra económica, por este gran hacendista emprendida y llevada a cabo, quien ha sido el verdadero salvador de la Hacienda pública mexicana. Tres años y medio pasé al lado de este gran hombre, colaborando, muy modestamente, en su obra y al lado suyo; él fué y sigue siendo mi Maestro, mi consejero y mi guía. Si algo bueno hice, en aquel entonces, en favor de mi Patria y algo he seguido haciendo después, no es a mí a quien debe agradecérselo al pueblo y a quien usted debe felicitar, sino a don Luis Cabrera. Faltaría yo a mi deber si recogiera esos aplausos y felicitaciones y sino rindiera aquí, ya que se me presenta ocasión para ello, el tributo de admiración y justicia que debo, como se le debe el país entero, al ciudadano insigne, al gran patriota, salvador de la Hacienda pública, don Luis Cabrera.

—Según eso, amigo Nieto, los aplausos y felicitaciones que merece la gran labor económica realizada por el Gobierno del señor Carranza, deben ser distribuídos entre el señor licenciado don Luis Cabrera, ilustradísimo Secretario de Hacienda y usted, su poderoso colaborador, y yo así lo hago, haciéndolos llegar a usted personalmente y al señor Cabrera por medio de este libro, que también he de procurar llegue a sus manos.

—Y ahora dígame, el señor Cabrera ¿donde se encuentra en la actualidad?

—Desde hace varios meses está en la República Argentina, donde fué a desempeñar una importantísima Comisión diplomática que le fué confiada por nuestro ilustre Jefe, el Presidente de la República Mexicana, presidiendo además otra Comisión de personalidades mexicanas muy salientes en la milicia la política y las letras; pero ha de regresar muy pronto al país, volviendo otra vez a prestar servicios dentro del Gobierno, donde, créame, es absolutamente necesaria la cooperación del Licenciado don Luis Cabrera, uno de los hombres de más talento, más cultura, y de vastísima erudición, del

Continente Americano, pues el señor Cabrera no es sólo un consumado hacendista, sino también un eminente filósofo y un profundo pensador.

***

Con religioso silencio escuchaba al señor Nieto cuando hablaba, con entusiasmo patrio, de como México, su país idolatrado, así le llamó varias veces en la conversación conmigo sostenida, caminaba a la prosperidad y como su situación económica se iba consolidando. Un libro de Economía Política pudiera escribirse con las ideas, luminosas e interesantes que, en materia financiera, escuché de labios del señor Don Rafael Nieto. Al principio de esta *interview* decía, que al entrar en el despacho del señor Ministro de Hacienda, en México, había recordado mucho, por el orden que observé en cuantos papeles había sobre su mesa de trabajo, al gran hacendista español, don Raymundo Villaverde, cuyo talento financiero salvó a España, mi Patria adorada, en momentos bien difíciles, de la ruina y la bancarrota, logrando elevar su crédito, cuando las naciones todas estaban empeñadas en rebajarle. Más le he recordado en esta entrevista, pues ya no fué el detalle del orden observado en su mesa de trabajo, sino las ideas, el estudio y el esfuerzo realizado por el laborioso hacendista mexicano, para llevar a su Nación a la prosperidad.

Dos veces había entrado el Secretario particular del señor Nieto, a darle cuenta de las personas a quien tenía citadas y que estaban esperando para que las recibiera; no quería yo hacer caso de aquellas tan claras indicaciones y el señor Ministro, sin duda alguna, por la consideración guardada a un periodista español, sin querer decirme que me fuera. ¡Es tan consolador para un hombre que ama su Patria, encontrar otro que a la suya le ofrece todas las facultades que posee, poniéndolas a su disposición y sufriendo por ello la calumnia! Termino dando las gracias al señor Nieto por sus bondades, concediéndome este *interview*, y desde estas líneas le pido perdón por la pesadez en mis preguntas.



LUIS CABRERA

LUIS CABRERA

En el mes de Noviembre de 1916, regresaba yo del frente francés, donde había pasado algunos meses. Para descansar de las tareas periodísticas y de las penalidades del viaje, antes de trasladarme a Madrid, me detuve algunos días en San Sebastian.

En el Gran Casino de esta bellísima población, fuí presentado por un compañero muy querido, redactor de "EL GIL BLAS" de París, a dos caballeros mexicanos que desterrados o huídos de su Patria, por cuestiones políticas, habían vivido algún tiempo en Biarritz, trasladándose después a San Sebastián, por motivos de la guerra europea. Los dos mexicanos eran personas muy cultas, de una esmerada educación y excelente trato. El más anciano, poseedor de considerable fortuna y dueño de extensas y muy productivas propiedades, en algunos Estados de la República Mexicana, había sido uno de los políticos más influyentes durante la dominación de Don Porfirio Díaz, habiendo desempeñado, a su lado, importantes cargos públicos. El otro fué General de los Ejércitos Mexicanos, en el mismo período de tiempo, y en ellos había tenido gran estimación y prestigio.

Ambos personajes estaban muy al tanto de los asuntos políticos de su país, y con gran interés seguían los acontecimientos que en él se sucedían. El militar, no estaba satisfecho con la vida tranquila y sedentaria que llevaba, se le veía con deseos de mandar tropas, no ocultando que estaba en correspondencia constante y muy activa, con alguno de los principales cabecillas que

en México habían levantado bandera de rebelión contra el Gobierno del señor Carranza. Estaban muy satisfechos de su estancia en San Sebastián, y de España entera hacían grandes elogios.

Mucho hablamos, en la tarde aquella, cuando a ellos fuí presentado, de México: con negros colores pintaban la situación económica y política de la República Mexicana: con mucha dureza censuraban la labor que el Gobierno del señor Carranza estaba realizando y hacían muy tristes vaticinios para su porvenir. El antiguo prohombre de la política porfirista, había demostrado, en su conversación, un cariño grande, un amor muy sincero hacía a su país, siendo sus palabras reveladoras de la honda amargura que sentía en su alma, al verse de él alejado.

En un momento de sinceridad, sobreponiéndose a la pasión política que sin duda alguna le dominaba, exclamo: "Yo, por encima de las cuestiones personales y ajeno por completo a toda ambición política, sólo deseo el bienestar y la prosperidad de mi Patria y tengo la esperanza de que pronto, ha de entrar ésta en una era de tranquilidad y de grandeza. Mi país, es de una riqueza con ningún otro comparable, no necesita más que una administración pública recta y honrada, para volver a su antiguo esplendor y poderío. Tiene vitalidad, tiene fuerzas suficientes para reparar, en poco tiempo, todos los desastres, despilfarros y contratiempos sufridos, por grandes que éstos hayan sido. El señor Carranza, justo es confesarlo, ha tenido acierto, manteniendo durante la Revolución, en la Secretaría de Hacienda, al Licenciado don Luis Cabrera, quien desplegó dotes excepcionales para desempeñar el cargo que le fué confiado en la época más difícil. Mucho espero de él, como seguramente lo esperarán cuantos mexicanos lo conozcan; ahora si él fracasa, sino logra moralizar y encauzar la Hacienda pública, no veo salvación posible.

Así se expresaba aquel venerable anciano, buen patriota y rico hacendado mexicano, muy conocedor de su país.

Pocos meses después emprendí mi viaje a América. A los pocos día de haber llegado a Nueva York, tuve ocasión de tratar a un español, dueño de gran fortuna ganada en México, a quien venía yo muy recomendado. También estaba expulsado de México por cuestiones políticas y los bienes que en este país poseía, habían sido incautados por el Gobierno. Tenía en aquél entonces y aun tiene en la actualidad, una casa de Banca en la Capital de los Estados Unidos y su firma es muy conocida y respetada en el mundo financiero.

Mucho, y muy detenidamente, hablé con este compatriota de los asuntos de México. También él hablaba con pesimismo de la situación política de éste país, también censuraba la labor del Gobierno del señor Carranza; pero también abrigaba esperanzas en las energías de éste y en el talento financiero de don Luis Cabrera, quien únicamente podría salvar el desastre económico a donde caminaba, a pasos agigantados, la República Mexicana. Mucha y muy grande—me decía—es la labor que habrá de realizar el señor Cabrera, si ha de salvar la Hacienda Pública en México y si ha de enmendar y poner remedio a las grandes devastaciones cometidas por la Revolución, que han sumido en la miseria a México.

Meditando y estudiando el asunto, parece superior a las fuerzas humanas el esfuerzo que hace falta realizar para reparar los estragos causados por el despilfarro, la destrucción, habidos durante mucho tiempo en México; pero la vitalidad y riqueza del país son muy grandes y mucho se puede esperar del patriotismo y de la formidable inteligencia del Licenciado don Luis Cabrera.

Ahora mismo—añadía—está aquí, en los Estados Unidos, haciendo una labor que jamás le han de agradecer bastante sus paisanos, ni le podremos pagar cuantos tenemos intereses en aquella gran República. La lucha que está sosteniendo es colosal, verdaderamente gigantesca: si triunfa, como espero, México habrá dado un paso decisivo para la reconstrucción, desarrollo y afianzamiento de su riqueza pública; pero si es vencido y tiene que com-

prometer a la Nación con empréstitos exteriores, no quiero pensar cual será el fin de la gran República Mexicana. Si don Luis Cabrera fracasa, sino logra moralizar y encauzar la Hacienda Pública, entonces no veo salvación posible.

Así hablaba este hombre de negocios, conocedor, como pocos, de los asuntos financieros y del crédito público de México, en relación con otras Naciones. Esto ocurría a fines del mes de Enero de 1917.

Un año después y continuando mi viaje de estudio, llego a México para conocer la situación de este país y me encuentro que, económicamente hablando, tiene una vida floreciente y próspera, muy superior a la de otros paises de América y a casi todos los de Europa. En México, el papel moneda no se conoce; sólo circula el oro y la plata en gran cantidad, aumentando considerablemente la acuñación de oro, sobre todo en estos últimos meses. La balanza comercial mejora, muy visiblemente, aumentando también la exportación, satisfaciéndose las necesidades económicas del país. La Hacienda pública está firmemente consolidada, caminando la República Mexicana, no obstante las dificultades que intentan crearle los enemigos de su Gobierno, a la prosperidad y grandeza. La vida y riqueza públicas, se desenvuelven francamente sin necesidad de empréstito alguno y sin haber gravado al país con deudas exteriores, estando libre de todo compromiso.

Para conocer detalladamente, y de una manera oficial, la verdadera situación económica de la República Mexicana, acudí a don Rafael Nieto, Subsecretario de Hacienda y encargado de este Ministerio. Cuanto me dijo este joven político, excelente y muy envidiable financiero, lo conocen mis lectores por los capítulos anteriores de este libro.

Ahora debo añadir, solamente, que cuando el señor Nieto me hablaba, con patriótico entusiasmo, de la floreciente situación económica de México, me dijo francamente, sinceramente y con gran nobleza. "Todo esto no

es obra mía; es la labor de un patriota insigne, talento privilegiado, voluntad de hierro, únicas condiciones que han podido realizar este verdadero milagro. Don Luis Cabrera, mi Jefe y mi Maestro, ha hecho esta labor que ningún otro, asegúrelo usted, hubiera podido realizar: yo no he tenido otra cosa que hacer sino seguir el camino de redención por él tan magistralmente trazado. El Licenciado don Luis Cabrera, consiguió moralizar y encauzar la Hacienda Pública de México, en la época más aciaga; sin esto no hubiera habido salvación posible."

Así hablaba don Rafael Nieto, conocedor, como nadie, de la situación económica del país y auxiliar poderoso del señor Cabrera en la magna obra por él realizada.

Muchas veces he recordado, durante mi estancia en México, cuanto había oído en España y en los Estados Unidos, precisamente a enemigos políticos del señor Carranza, respecto a las poderosas facultades financieras de Don Luis Cabrera. He querido conocerle, ofrecerle mis respetos y ver si podía conseguir de él algunas declaraciones, seguramente de interés grande para los lectores que me siguen en este viaje; pero ha sido de todo punto imposible, por encontrarse el señor Cabrera fuera de México, desempeñando importantísima misión diplomática que le fué confiada por el Primer Magistrado de la Nación, habiéndola desempeñado con extraordinario acierto, poniendo así, una vez más, de relieve, las excelsas facultades de tan esclarecido mexicano.

Mucho he sentido esta ausencia, pues seguramente las manifestaciones por él hechas y por mí escrupulosamente recogidas, hubieran sido una admirable lección de economía política, donde hubieran tenido mucho que estudiar los financieros del mundo entero. Don Luis Cabrera es, pues, quien ha salvado a su país, en momentos bien aciagos, de la bancarrota económica, puesto que el comercio y la industria se desenvuelven y viven en gran prosperidad y la Nación está libre de todo compromiso con el extranjero. Si durante mi viaje tengo aun ocasión de ofrecer mis respetos al señor Luis Cabrera, prometo

que he de hacer toda clase de sacrificios, si necesarios fueren, para conseguir de él una *interview* que les he de ofrecer a los lectores de este libro.



ALFREDO BRECEDA



Alfredo Breceda.

ALFREDO BRECEDA

I.

Las atribuciones que tienen los Gobernadores de los Estados, en la República Mexicana, son bastante parecidas a las que tienen en España los Gobernadores civiles, si bien es cierto que aquí, en esta República, son mucho más amplias e independientes.

El Gobernador del Distrito Federal lo es, en la actualidad, el General Alfredo Breceda y como sus declaraciones seguramente habrían de tener gran interés para los lectores de este libro, de él solicité una *interview* que inmediatamente me fué concedida, distinción por mí doblemente estimada, sabiendo las ocupaciones que, en la actualidad, pesan sobre tan prestigioso militar y alto funcionario civil.

Tiene el señor Breceda su despacho oficial en un soberbio edificio situado en la Plaza de Armas, una de las más hermosas de la ciudad y muy inmediato al Palacio de la Presidencia de la República. El despacho ocupa un salón muy espacioso, con grandes ventanales a dicha Plaza, y está amueblado con severidad y gusto. Apenas entré en él, me estrechó la mano con cariño y me hizo sentar a su lado.

El General Alfredo Breceda es un hombre joven; representa unos treinta años de edad. Su carácter es serio, muy serio; pero afable y apenas cambia uno con él las primeras palabras, despierta tal simpatía que ya se le considera un amigo, un camarada. De gran cultura y

educación esmerada, su conversación resulta como la de todos aquellos que reunen estas condiciones, es decir, muy amena y su trato es encantador.

Partidario de las letras y cultivador de ellas, sigue con interés el movimiento literario del mundo entero, teniendo gran predilección por la literatura española. Conoce y ha estudiado nuestros clásicos; ha leído las obras de nuestros grandes escritores y de ellos y de aquellas, habla con mucho entusiasmo. Pero sus ideas avanzadas y su amor al pueblo, le hicieron, sin abandonar la Literatura, irse al campo de la Sociología, donde había de encontrar amplios horizontes para el desarrollo de los ideales revolucionarios que acariciaba. Por esto el General Breceda, conoce también cuantas obras se han publicado sobre materias tan importantes, sosteniendo correspondencia con muchos sociólogos notables de Europa y América.

Cuando hace apróximadamente dos años fué a Europa, llevando una Comisión Militar, no se conformó con visitar las Academias y Escuelas Militares, examinando, estudiando y viendo cuantos métodos en ella se seguían, así como el material y formas de enseñanza, cambiando impresiones con los Profesores encargados de infundir e inculcar a los jóvenes, que a la carrera de las armas se dedicaban, los procedimientos y las tácticas modernos, en una palabra, "la ciencia de la guerra," sino que al habla estuvo siempre también, con aquellos profesores y sabios que al estudio de los grandes problemas sociales se dedicaban, consagrando a ellos sus luminosas inteligencias y empleando para buscarles solución, todo el poderoso arsenal de ciencia adquirida.

No se conformó con visitar los grandes Centros fabriles donde se hacían cañones, carros blindados, fusiles, pistolas, motores para aeroplanos, cartuchos, municiones y demás elementos de guerra, sino que también visitó los Centros Obreros, hablando con éstos y estudiando sus doctrinas, escuelas y tendencias, así como sus organismos y reglamentos. Mucho tiempo pasó, viendo

como funcionaban los Centros de Enseñanza, las grandes Cooperativas, las Cajas de Ahorros y demás establecimientos económico-sociales, por los obreros establecidos.

En España, al mismo tiempo que visitaba las Academias Militares de Segovia, Guadalajara, Toledo, Valladolid y Avila; las Fábricas de Armas de Trubia, Toledo y otras; la Pirotécnica de Sevilla y las distintas fábricas de pólvora y cartuchos en aquella Región establecidas; los grandes talleres de la Sociedad Hispano-Suiza, en Barcelona, es decir, todo cuanto pudiera tener alguna relación con el estudio que iba realizando y hablaba con los Profesores, Directores, Maestros y Jefes de Talleres, solicitando de ellos, cuantos datos le interesaban, conversando y cambiando impresiones con el Estado Mayor del Ejército, con las Juntas Consultivas y con todos los militares de ciencia reconocida, visitaba también las Casas del Pueblo establecidas en Madrid, Barcelona y otras poblaciones, conversando, horas y horas, con sus Juntas Directivas. En Madrid conoció y trató al eminente Maestro y gran sociólogo don Gumersindo Azcárate, de perdurable memoria, lo mismo que a Buylla, Andrade, Pujol y otros sociólogos distinguidos, dedicados al difícil estudio de los problemas sociales, recogiendo de todos ellos sabias enseñanzas y valiosos datos relacionados con aquellos estudios a que venían dedicados.

Cuando volvió a México el señor Breceda y rindió a su Gobierno el informe del viaje realizado, no se limitó a la parte militar, sino que también presentó un trabajo tan notable, concienzudo y acabado, sobre la creación del Instituto de Reformas Sociales en el Distrito Federal de México, que leído por el Presidente de la República señor Carranza, quien también gusta mucho de esta clase de estudios, dispuso se buscase el medio de aplicarle a todos los Estados de la República.

Las ideas liberales y revolucionarias del señor Breceda, heredadas de su buen padre, fallecido recientemente, que sufrió mucho por sustentarlas; el cariño gran-

de a la clase proletaria y el amor a la Justicia, le hicieron, tan pronto como se levantó la bandera que prometía restablecer los derechos del hombre y libertar al pueblo de la tiranía a que estaba sometido, lanzarse al campo y, con las armas en la mano, luchó con tal bravura, defendiendo la libertad por la que tantas veces había suspirado, que conquistó el grado de General que hoy tiene, con siguiendo además la estimación del Primer Jefe, Don Venustiano Carranza, de tal modo, que este le nombró su Secretario particular, puesto de confianza ocupado por el señor Breceda mucho tiempo, habiendo desempeñado también cargos públicos difíciles y de responsabilidad, así como comisiones importantes y delicadas, dejando en todas partes huellas de su inteligencia, probidad y patriotismo.

Este capítulo, va siendo demasiado largo y es que cuando se escribe sobre la personalidad del señor Breceda y se estudian las ideas que sustenta, se recrea de tal modo el espíritu que pierde uno la idea del tiempo y no mide el espacio. En el siguiente, encontrarán los lectores las importantísimas declaraciones del General Alfredo Breceda, Gobernador del Distrito Federal.

ALFREDO BRECEDA

II.

Pocas veces, como hoy, he sentido carecer de las condiciones necesarias para recoger las ideas, las palabras y los conceptos por el señor Breceda expresados, contestando a las preguntas que le dirigí. Cuando por mis escritos lleguen a conocimiento de los lectores, no sólo han de perder importancia, sino también aquella precisión y claridad que el señor Breceda les dió. He celebrado entrevistas con muchos hombres políticos de Europa y con algunos de América, habiéndome causado pocos impresión tan grata. Inteligencia, facilidad de palabra, sinceridad y precisión; todo esto ha tenido el señor Breceda, cuando a mis preguntas contestaba. Esto me obliga a realizar un esfuerzo, poniendo a contribución mis pobres facultades y mis escasas condiciones periodísticas, para dar cuenta de las importantes declaraciones hechas por el Gobernador del Distrito Federal de México.

—¿Cómo le trataron a usted en España, señor Breceda? ¿Qué impresión trajo usted de mi país y de como allí se recibe a los mexicanos todos?

—La impresión traída de España, fué gratísima en extremo. No digo esto porque estoy hablando con un periodista español, pues cuando llegué a México, se publicaron en los periódicos de esta Capital las declaraciones hechas a los periodistas de mi país, sobre España, y allí puede usted ver como me expresaba en aquel entonces. Sí, España es un país encantador y los españoles

todos, reciben a los mexicanos con una solicitud y un cariño admirables. Yo no encontré más que facilidades para todo: el señor Conde de Romanones, Jefe del Gobierno español en aquella época, el Ministro de la Guerra, General Luque y el Ministro de Marina, señor Gimeno, me llenaron de atenciones, acogiéndome con un afecto, verdaderamente paternal, poniendo a mi disposición cuantos elementos necesité para el desempeño de mi misión. Por todas partes donde fuí y los sitios que visité, me agasajaban, seguramente no por mí, ni por la representación que llevaba, sino porque era mexicano, pues este título solamente bastaba para tener una favorable acogida. Si señor, los españoles quieren mucho a los mexicanos y nosotros tenemos esta deuda de gratitud con ellos.

—En el extranjero se dice, claro está que no las personas cultas, que España es un país dominado por la aristocracia y el clero, donde no hay libertades públicas, donde el pueblo es inculto y está muy atrasado, ¿qué me dice usted de esto, señor Breceda?

—España, es uno de los países más adelantados y cultos de Europa: toda esa leyenda de que aquel es un pueblo donde no hay libertades, es como digo una leyenda. No, España es un país libre, como el que más, donde hay un respeto grande a las leyes y a los encargados de aplicarlas; es un pueblo de los más adelantados y no hay ramo del saber humano, donde no tenga hombres que brillen por su saber y por su ciencia.

Las Ciencias, las Artes, la Literatura, la Agricultura, el Comercio, la Industria, todo está a gran altura en España y todo se desenvuelve en un ambiente de prosperidad y de grandeza que admira. No digamos nada de los obreros de aquel país: yo me quedé admirado y muy gratamente sorprendido. Trabajadores inteligentes, laboriosos y cultos, con organizaciones sociales que entusiasman, Centros Obreros, algunos, como los de Madrid y Barcelona, verdaderos Palacios, Escuelas con todos los adelantos modernos, Cooperativas, Cajas de Ahorros, Ins-

titutos de Previsión, Pensiones para la Vejez, mantenido todo dentro de un orden, de una administración envidiable y todo dirigido por los mismos obreros. En Barcelona, solamente, tienen éstos cincuenta y seis Ateneos, a donde concurren los obreros para ilustrarse, tan pronto como abandonan los trabajos a que están dedicados. ¡Ah! crea usted, que nunca encontraré palabras bastantes para elogiar cuanto en España ví.

—Y del Rey ¿qué me dice usted, General Breceda?

—El Rey de España, Alfonso XIII, es un Monarca digno de la grande y poderosa Nación, cuyos destinos le han sido confiados. Fuí siempre admirador suyo; pero desde que le conocí en España y tuve ocasión de estudiar, de cerca, el patriotismo con que trabaja y la augusta labor por él realizada, mi admiración aumentó grandemente. Además, personalmente, le debo atenciones que yo no merecí jamás y nunca podré olvidar. El me concedió una autorización especial para visitar todas las Fábricas de armas, municiones y pólvoras, con encargo expreso de que se me mostrasen y pudiera estudiar, hasta lo más secreto de los procedimientos, maquinaria, etc., etc., y esta prueba de confianza, dada a mí y a mi país, no la olvidaré por muchos años que viva. Yo le suplico—me decía el señor Breceda—diga usted en elogio del Rey de España, de su Rey, cuanto usted se le ocurra y yo lo suscribo, pues a mí no se me alcanzan palabras bastantes para expresar cuanto le admiro.

—¿Qué me dice usted ahora, señor Gobernador, de la situación de la República Mexicana que, como usted seguramente sabrá, está siendo muy discutida y calumniada (hoy ya puedo yo asegurarlo así) en el extranjero, como lo son también el Presidente de la República, señor Carranza y los hombres que forman su Gobierno?

—Conozco muchas de las calumnias que se dicen y escriben sobre la situación de México y sobre los hombres que desempeñamos algún cargo en el Gobierno de la Nación. No puede usted imaginarse cuanto esto me duele, pues sé que esas campañas calumniosas están hechas,

protegidas y pagadas por mexicanos, que, haciendo el papel de víctimas, llamándose desterrados y perseguidos, viven en el extranjero desacreditando y calumniando a su país. Bien es cierto, que no son menos culpables los periódicos que admiten en sus columnas calumnias semejantes, pues si por dinero o por simpatías a la causa que dichos mexicanos representan, lo hacen, no me parecen las armas de la calumnia las más leales, para combatir al Presidente de la República y a su Gobierno. Pero no es al Presidente de la República y al Gobierno a quien perjudican con eso, sino a la Nación, a la Patria, a quien ellos tanto dicen aman y a la que pomposamente aseguran tratan de redimir.

Y es doblemente de censurar la conducta de esos falsos mexicanos, de esos malos patriotas, porque tienen otros medios de combatir, si quieren, en favor de la causa a quien dicen servir, entre otros, viniendo al país y uniéndose a los amigos que andan por esos montes, haciendo el triste papel de bandoleros y asesinos, asaltando trenes, casas y ranchos, robando y destruyendo cuanto encuentran a su paso. Mil medios tienen de unirse a ellos, pues del mismo modo que pudo llegar Félix Díaz, a quien engañaron y le amenazaron, obligándole a venir para ponerse al frente de esas cuadrillas, han podido venir los Mondragón, los Blanquet, los Querido Moheno y todos los demás que, en el extranjero, están haciendo esa campaña de difamación y antipatriotismo. Pero viniendo al país para luchar, con las armas en la mano, hay peligro: el sacar dinero para vivir, asaltando trenes y robando ranchos, es un oficio con muchas quiebras; mientras que el engañar incautos, conseguir empréstitos, quizá y sin quizá, a costa de girones de su Patria, con ser más canallesco aún que lo otro, no hay en ello peligro inmediato.

Juntas revolucionarias, manifiestos, proclamas, invitaciones a los soldados leales para que traicionen al Gobierno y a la Nación; eso es lo que saben hacer aquellos desgraciados. Afortunadamente el país les conoce a todos ellos; sabe lo que hicieron cuando tuvieron en sus

manos las riendas del poder y sabe también lo que de ellos puede esperar. Por eso el pueblo les aborrece y no les quiere seguir y de esto quien les podría informar, si para ello tuviera libertad, sino les temiese, es el mismo Félix Díaz y los demás jefes de rebelión, que andan por esos montes, haciendo el ridículo, sin atreverse a dar la cara; pero manteniendo al país en un estado grande de intranquilidad.

—Y diga usted, el pueblo mexicano, los campesinos, que tanto ayudaron a ustedes en la Revolución, ¿secundan este movimiento de ahora, ayudan a los rebeldes o los combaten por todos los medios?

—No señor, el pueblo no les secunda; hasta ahora había tolerado sus correrías; pero yo le aseguro a usted que el mismo pueblo ha de ser quien les dé el castigo merecido. La prueba de ello es, que los vecinos honrados y tranquilos, aquellos que al trabajo de la agricultura se dedican, los nobles rancheros, como aquí llamamos a los campesinos, están pidiendo todos los días armas al Gobierno para combatirlos y castigar las tropelías que vienen cometiendo. Ninguno de los cabecillas, hoy al frente de los rebeldas, tiene arraigo, ni inspira confianza al país, y mucho menos Félix Díaz, ese a quien tanto jalean hoy en España y en Cuba, presentándole como el salvador de México; ese es el que menos confianza inspira, por lo mismo que es a quien más se conoce, por sus cuartelazos y sus tonterías.

Para probarle a usted esto, voy a citarle casos concretos. Aquí, en la capital misma, residen algunos Generales federales, antiguos Jefes del Ejército de Porfirío Díaz y partidarios por tanto de la política representada por Félix Díaz, sobrino de aquel, Generales que han sido amnistiados por este Gobierno y aquí viven, con gran estrechez, prefiriendo esto a sumarse en las filas de los rebeldes, a pesar de que (a mí me consta) han sido invitados, no una, sino varias veces para ello: tal es el desprecio y la poca confianza que les inspira al caudillo.

Es más; hace muy pocos días, quizá usted estaría aquí cuando sucedió, un General Porfirista, con hambre, en la mayor de las miserias, no pudiendo soportar por más tiempo aquella vida de privaciones, prefirió suicidarse, arrojándose por un balcón, no queriendo ir a unir su suerte con la de Félix Díaz, en la campaña por éste sostenida, no obstante las llamadas y los ofrecimientos que le hicieron. Así obran los políticos partidarios de la política representada por aquél; pero esto lo hacen los que son patriotas y saben y conocen, además, las condiciones morales y físicas del risible cabecilla.

—No sé como está aquí organizada la Beneficencia Pública, ni si es del Gobierno del Distrito de quien depende este organismo; pero ¿no cree usted, señor Breceda, indigno de la hermosa ciudad de México, la más hermosa de las capitales de América y más que muchas de Europa, e indigno también de su riqueza y de la cultura grande de sus habitantes, el espectáculo que en las calles están dando tantos mendigos andrajosos y sucios; niños vagabundos no menos sucios y andrajosos, molestando constantemente, con sus peticiones, a los transeuntes, así como el gran número de hombres y mujeres, en completo estado de embriaguez, que por dichas calles circulan?

—Tiene usted razón, es una verdadera vergüenza el número de pobres y de niños vagabundos que andan por esas calles, pidiendo limosna. Esto es debido a la desorganización de la Beneficencia pública; pero no se puede olvidar, para juzgar esto, que hemos tenido más de siete años de guerra tremenda, en la que se han destruído muchas vidas e intereses y ahora es cuando estamos organizando el funcionamiento de todas las instituciones que han de cuidarse de evitar ese y otros defectos, muy censurables.

Cuando yo me hice cargo del Gobierno de este Distrito Federal, encontré todos estos asuntos en un estado verdaderamente lamentable de confusión y de desorden, no ciertamente por culpa de mis antecesores, personas

dignísimas todas, sino por la forma en que estaba constituído. Dependía de la Secretaría de Gobernación, quien tenía absorbidas todas las facultades; vivía de los recursos facilitados por los demás Estados; no tenía autoridad alguna, en una palabra, no existía tal Gobierno, más que de nombre. Hoy, con la organización dada a este organismo por el señor Presidente de la República, ya es otra cosa y algo se va haciendo: yo le aseguro a usted y se lo prometo a mi país, que todos estos defectos y cuantos de mí dependan, se corregirán.

Habrá tenido usted ocasión de ver, como la Junta de Sanidad recoge todos los pobres sucios y andrajosos que andan por las calles, buscándolos hasta en las pulquerías y tugurios para llevarlos a los baños públicos, donde los asean y desinfectan perfectamente, suministrándoles después este Gobierno, los trajes y ropas limpias. En cuanto a la embríaguez, va a empezarse una campaña dura, durísima, contra vicio tan repugnante. Estamos en pleno período de reconstrucción nacional y todos trabajamos, con empeño, para conseguirla, no perdonando medios ni sacrificios.

—La crisis económica porque atraviesa el país, ¿es tan grave, como algunos aseguran?

—La crisis económica en el país es grave, dificilísima, no hay por qué ocultarlo; pero a pesar de esto, México, es hoy el único país donde el oro circula en bastante cantidad. Ni en España, hoy el país más próspero y donde su moneda ha alcanzado gran valor, circula el oro como en México, donde, digan lo que quieran, no se carece de nada. Este país, tan calumniado, ni aun en sus peores épocas, ni durante aquellos tiempos más empeñados de lucha, dejó de cumplir todos sus compromisos, incluso el de la Unión Postal Internacional, habiendo países muy prósperos, Suiza por ejemplo, que está en descubierto.

—¿El Banco Unico, de cuya creación tanto se habla, cree usted que si llega a fundarse, tendrá vida próspera y floreciente y serán grandes sus utilidades?

—La creación del Banco Unico, no lo dude usted, asegúrelo, sin temor de equivocarse, ha de ser un éxito grande, pues se pondrán al frente de él personas de reconocida moralidad y muy aprobada competencia. El estudio que de este asunto ha hecho el Gobierno, asesorado por hombres competentes, es muy concienzudo y acabado; por esto el triunfo es incuestionable. Antes funcionaban en México cuarenta Bancos y todos tenían vida próspera, de modo que, aun cuando el Banco Unico no tenga más que las utilidades de veinte, comprenderá usted que han de ser grandes. La prueba la tenemos en la Comisión de la Moneda, Institución dependiente del Gobierno de la República y creada con una cantidad insignificante, teniendo en la actualidad un capital muy respetable, hecho con las utilidades. Pero el Banco Unico ha de tardar aun en funcionar, y el público ha de tener tiempo para irse convenciendo de la bondad de este establecimiento de crédito.

—Ya comprendo que le estoy molestando mucho con mis preguntas y voy a terminar con ésta: ¿cree Ud. General Breceda, que el Presidente de la República de los Estados Unidos Mexicanos, Don Venustiano Carranza, goza de la completa confianza del pueblo, estando éste siempre dispuesto a defenderle y por lo tanto nada, absolutamente, tiene qué temer de los rebeldes, levantados contra él en armas?

—Ya lo creo, el señor Carranza, Presidente de la República Mexicana, está cada día más seguro en el poder, porque descansa en el pueblo que fué quien por unanimidad le llevó al alto puesto que hoy ocupa. Con ello este pueblo no hizo más sino hacer justicia al señor Carranza, quien estudia las necesidades del país, defiende sus derechos y sus intereses, con una energía e inteligencia muy poco común.

El señor Don Venustiano Carranza es un hombre de edad madura, viejo por sus años; pero joven, muy joven, por las ideas tan nuevas que sustenta y por los entusiasmos con que las lleva a la práctica. No me cie-

ga el cariño que le profeso, ni la fé que en él tengo; hablo con entera sinceridad, pues el señor Carranza reune condiciones tan excepcionales de inteligencia, honradez y caballerosidad, muy difíciles de encontrar en hombre de Gobierno alguno. Patriota de corazón, todo lo sacrifica al bien del país, única aspiración que ha tenido en su vida.

Hablaba yo, no hace mucho tiempo, en Washington, con uno de los prohombres más celebrados en la política de los Estados Unidos, quien refiriéndose al Presidente de la República Mexicana, decía: "Es el señor Carranza un hombre demasiado adelantado para el país que gobierna: donde podía emplear todas las dotes de hombre de Estado que posee, sería ocupando la Presidencia de los Estados Unidos." Así se expresaba aquel ilustrado y sincero político yanqui.

***

No quise seguir molestando con más preguntas al señor Breceda, ni quiero terminar sin repetirle, desde aquí, mi agradecimiento por sus bondades; tampoco quiero terminar este capítulo, sin decir, que desde mi salida de España, de aquella España a quien más quiero cuanto más de ella me alejo hace poco más de un año, tiempo que he pasado recorriendo algunos lugares de América, he de confesar a los lectores, con la independencia y sinceridad por mí siempre empleada y por ellos ya conocida, que de cuantas entrevistas celebré con la mayor parte de los hombres políticos y de Gobierno, ninguna fué para mí, como seguramente lo será para ellos, tan agradable, como la tenida con el joven Gobernador del Distrito Federal, General del Ejército Constitucionalista, don Alfredo Breceda.

¡Con qué placer, con qué íntima satisfacción, escuchaba yo al culto General Breceda, cuando me hablaba, con el entusiasmo propio de las almas juveniles, nobles y generosas, de España, del Rey y de sus hombres! ¡Cómo se crecía el General Breceda, cuando hablaba de su

México, de su país bendito y de cómo el Presidente de la República y los hombres de su Gobierno, le conducían a la tranquilidad y al bienestar general! Y qué dureza ponía en sus frases, cuando recordaba lo calumniados que eran este país y estos hombres, en el extranjero, por sus mismos paisanos! Aquí termino este capítulo y con él, el trabajo que dediqué a la personalidad y a la labor realizada por este bravo militar y prestigioso hombre político, de la gran Nación Mexicana.

ANTONIO MEDIZ BOLIO

ANTONIO MEDIZ BOLIO

Visitar España, fué la aspiración constante del glorioso y laureado poeta mexicano, Antonio Mediz Bolio, y para satisfacer esta aspiración, todo sacrificio le parecía poco. Había visto, con su imaginación de poeta, una España llena de bellezas y de encantos, que describió en versos maravillosos, y quería ver si la realidad era lo que su imaginación había visto y su pluma había descrito.

Mediz Bolio triunfó en su empresa y a España fué, y de allí ha regresado hace pocos días. Un abrazo fuerte, tan fuerte como es la amistad que nos une, fué nuestro saludo al encontrarnos en la ciudad de la Habana.

Dos horas, que me parecieron dos minutos, estuvo el gran poeta hablándome de España. He de confesar que fueron de las mejores que he pasado en mi vida. Momentos hubo en que mi emoción fué tan grande, que las lágrimas acudieron a mis ojos y nublaron mi vista.

¡Cómo hablaba Mediz Bolio, de España; cómo cantaba las bellezas, los encantos de Coruña, Santander, Bilbao, Avila, Toledo, Madrid, poblaciones por él visitadas y vistas! ¡Cómo describía los paisajes pintorescos y hermosos que, como en una cinta cinematográfica, había visto, desde el tren, a su paso por los caminos recorridos!

Las montañas de León, de Reinosa y de Asturias; el asombroso Puerto de Pajares; la bajada de las Hoces de Bárcena de Pié de Concha, las áridas y productivas llanuras de Castilla, cuyas manchas y tonalidades tan buscadas son hoy por los pintores modernos; todas estas co-

sas, y muchas más, describe Mediz Bolio, con unos colores tan vivos y con una realidad tan brillante, que maravilla y encanta.

En Madrid, donde le sirviera de *cicerone* el autor de "LA TIZONA," mi compañero y amigo, Enrique López de Alarcón, vió todo cuanto de notable Madrid encierra. Los grandes literatos españoles, que allí se encontraban, le recibieron con demostraciones de afecto y le colmaron de atenciones. Todos se pusieron a su disposición para cuanto pudiera necesitarlos y cada uno le iba obsequiando según sus inclinaciones y gustos, a fin de que Mediz Bolio conociera la vida de Madrid, en todas sus manifestaciones, y no sólo la conociera, sino la viviera. Así el gran dramaturgo Jacinto Benavente, después de haberle presentado en el "Gato Negro," café donde se reune lo más florido de la juventud intelectual, le llevó en su carruaje al parque del Retiro, paseo de la Castellana y Recoletos, obsequiándole más tarde con un banquete en el aristocrático Hotel Ritz; Manolo Bueno, dió otro banquete en el renombrado Restaurant de Llardi; Enrique López de Alarcón le llevaba a comer al clásico Restaurant de Botin; Carrere quiso que conociera la célebre taberna de Próculo, lugar donde se reune toda la Bohemia literaria y periodística, obsequiando en ella con una cena al poeta mexicano, llevándole después a recorrer los Barrios Bajos de Madrid, sin perdonar el de las Injurias, las Californias y Las Américas, donde hay siempre grandes caravanas de gitanos; Edmundo González Blanco, le hizo pasar parte de una noche en la Bombilla, cenando al aire libre, en los jardines del célebre Restaurant de la Huerta, viendo bailar el típico chótis madrileño, saliendo más tarde en automóvil para la Cuesta de las Perdices, a la célebre Venta de Camorra, donde habían de saborear, a altas horas de la madrugada, la clásica sopa de ajo.

El Ateneo, santuario de la literatura y de la ciencia española, cerrado en los meses de verano, abrió sus puertas y con una ovación delirante recibió, en sesión extraordinaria, al gran sacerdote de la poesía mexicana.

Cuando más entusiasmado estaba Mediz Bolio disfrutando la vida de la literatura, las ciencias y las artes españolas, recibió un cablegrama por el que se le comunicaba que asuntos de familia reclamaban su presencia en México, teniendo, con este motivo, que acelerar su salida de España. No había visto aún la Imperial Ciudad de Toledo y no le quedaba tiempo que perder, si había de conseguirlo.

Mediz Bolio consulta itinerarios de trenes y ve que aún le queda una noche disponibie. A las cuatro de la tarde toma el tren en Madrid y a Toledo fué, donde llegó a las seis, empezando seguidamente a visitar la población para ver sus históricos edificios. La Catedral, S. Juan de los Reyes, la Posada de la Sangre, en la que se hospedó y vivió el gran Cervantes, la Casa del Judío, la Casa del Greco, Museo histórico donde se conservan los más célebres cuadros pintados por este glorioso artista, las Fábricas de Armas..... todo lo vió este gran artista, que, sin acostarse, pasó la noche entera recorriendo las calles de Toledo. ¡Con qué entusiasmo habla, cómo describe Mediz Bolio, la Inmortal Ciudad, vista con su imaginación de artista y a través de la luna! A las siete de la mañana vuelve al tren para regresar a Madrid y sin parar un momento, sin dar tiempo para que sus amigos acudieran a despedirle, salió para Santander, Puerto donde debía embarcarse para volver a su tierra amada.

En la Capital montañesa visitó al maestro de la literatura española, don Benito Pérez Galdós, que le recibió con mucho cariño. Conversando estaba Mediz Bolio con el autor de los Episodios Nacionales, en el jardín que rodea el PALACETE de San Quintín, que tiene por escenario la soberbia península de la Magdalena, cuando un criado avisó al gran novelista, que el Rey venía paseando a caballo por la carretera que cruza rozando la verja de hierro que rodea la finca. Entonces don Benito, que ha perdido por completo la vista; pero que quiere disimularlo, se apoya en el brazo del criado, portador de la noticia y hace que le conduzca al sitio más próximo para ver—esto dice el

venerable anciano—al Monarca. Cuando le avisan que se acerca, Galdós se descubre y agita el sombrero; el Rey le ve inmediatamente y, separándose de su Estado Mayor, se acerca a estrechar la mano de aquel talento prodigioso, mano que horas antes había escrito unas declaracio- radicalísimas, con motivo de la intentona revolucionaria.

El Rey y Galdós conversan sólos por espacio de diez minutos; cuando el Soberano se despide, con gran cariño, de don Benito, a quien varias veces dá palmaditas en sus hombros, vuelve éste a agitar el sombrero, con la alegría de un niño, y dirigiéndose a Mediz Bolio y al gran actor Paco Fuentes que habían presenciado silenciosos, y a distancia, aquella escena, les dice "Contra este Rey es imposible hacer nada." En Santander conoció y saludó también a los hermanos Quintero, quienes el mismo día que embarcaba, dieron en honor del poeta mejicano un banquete en el Gran Casino del Sardinero, banquete al que asistieron todos los literatos y periodistas que en Santander había, acompañándole, más tarde, hasta el vapor "Reina María Cristina," buque que había de conducirle a las hermosas playas mexicanas y a bordo permanecieron con él hasta que el barco zarpó.

Antonio Mediz Bolio ha visitado España, ha realizado la aspiración constante de su vida. Yo pido a Mediz Bolio, como seguramente se lo pedirían también los españoles todos que en este rincón admirable de América nos encontramos, diga en su Patria adorada, cuantas son las simpatías y el cariño que los españoles sienten hacia los mexicanos y diga también, la libertad, la verdadera libertad que en España se disfruta, la prosperidad y el engrandecimiento de aquella noble Nación y nos cuente, a los que aquí estamos, con su prosa castiza y brillante, siquiera sea la impresión que, a través de la luna, recogiera en aquella Imperial Ciudad de Toledo, vista con su alma de artista y su imaginación de poeta.

EDUARDO MARQUINA

EDUARDO MARQUINA

Cuando llegué a la capital de la Isla de Cuba, en el mes de Abril del año próximo pasado y me enteré de que allí se encontraba el gran poeta e ilustre literato, Eduardo Marquina, me apresuré a saludarle y ponerme a su disposición, por si a él, al soberano de la poesía, pudieran serle útiles los servicios de este pobre periodista.

Se hospedaba el señor Marquina en el aristocrático hotel Inglaterra, donde me recibió, apenas le anunciaron mi visita, y me abrazó cariñosamente. No he de tener yo la ridícula pretensión de descubrir, en México, al poeta Marquina, universalmente conocido y admirado, ni de juzgarle, ni de enaltecer sus obras; no, quédese eso para plumas mejor cortadas que la mía, para inteligencias más despiertas y para escritores y pensadores que posean el arsenal de cultura que esa labor demanda. Yo no puedo hacer otra cosa, sino pobremente, muy pobremente, decir a los lectores de este libro, lo que de labios de Marquina escuché respecto a su viaje, y como periodista, celebrar con él una *interview*, sintiendo sólo no haber llevado un taquígrafo, ya que yo no lo soy, para recoger cuanto él me contaba.

—Sé, querido compañero, que su viaje ha sido triunfal, por cuantos puntos de América ha visitado, y por ello le felicito muy cordialmente.

—Sí, mi viaje ha sido triunfal por toda la América del Sur. En todas partes he sido agasajado, mimado, llevado de triunfo en triunfo. En Buenos Aires, Chile, Bra-

sil, Perú, Panamá, Caracas y en todos los demás países que he recorrido, me han colmado de atenciones.

Sí—me decía el gran poeta, con aquella conversación que atrae, que deleita, que instruye siempre, dígalo usted, yo se lo ruego,—mi viaje ha sido de un éxito como yo nunca pude esperar; en los Ateneos, Academias, teatros, en los Centros de cultura donde hablé, todos resultaban pequeños para contener el público que a ellos acudía. Las gentes corrían presurosas, a las puertas de aquellos inmensos edificios, para ver si podían conseguir una localidad: dentro las ovaciones se sucedían y yo créalo, querido compañero, me sentía pequeño, me abrumaban materialmente aquellos desbordamientos de entusiasmo y me llenaban a la vez de satisfacción, de orgullo, de santo orgullo, porque veía que aquellas ovaciones, que aquel entusiasmo, no eran para mí, eran para mi Patria, para mi adorada España, a quien quieren, a quien aman, con un cariño tan intenso, tan filial, en esas Repúblicas, que sólo desean un motivo, un pretexto, para exteriorizar sus sentimientos. Esta vez el motivo y el pretexto lo fué este pobre poeta que, nunca como en aquellos momentos, me desesperó más ser tan pequeño y no poder corresponder a las manifestaciones imponentes de cariño, que en el teatro y en el Ateneo y en todas partes donde hablé, y hasta en las calles, me tributaban, sin duda alguna, para que yo, al llegar a mi país, a nuestro país, fuese el mensajero que se las llevase, como ofrenda piadosa que ellos le enviaban.

Con qué entusiasmo, con qué cariño, con qué unción hablaba el elocuente, el sabio, el inmenso Marquina, cuando así contaba y declinaba todo su enorme triunfo para ofrecérselo a España. Crean mis lectores que yo, jamás, y he presenciado muchos triunfos suyos, ví a Marquina tan grande como cuando así me hablaba, en su cuarto del Hotel Inglaterra, y nunca, vuelvo a decirle a los lectores de este libro, sentí más no haber llevado un taquígrafo para que hubiese recogido sus frases.

—Y de su estancia en la Habana, ¿está usted satisfecho?

—Sí, estoy satisfecho de mi estancia en la Habana: es esta una población bellísima, llena de encantos; aquí se hace una vida literaria muy intensa y hay gente muy culta. El recibimiento que me han hecho, no ha sido tan entusiasta como en los otros países que he visitado; pero me dicen que esto obedece, en gran parte, al estado especial porque atraviesa este país que, como usted sabe, ha entrado en el gravísimo conflicto europeo.

—Y a México, donde con tanto cariño han sido siempre recibidos los intelectuales y los españoles en general, ¿no tiene usted pensado ir?

—Sí, pienso ir a México y a ello me han invitado con gran insistencia; pero sintiéndolo, con toda mi alma, tengo que renunciar, por ahora, al plácer, que para mí sería inmenso, de conocer aquellas tierras mexicanas, de las que tantos elogios me han hecho; me falta tiempo, pues he de estar en España a primeros de Mayo y para ello he de embarcar en el vapor Alfonso XII, donde ya he tomado pasaje. Tan pronto como tenga un momento disponible, he de ir a visitar al Ministro de México, aquí en la Habana, para saludarle y rogarle a la vez dé las gracias, en mi nombre, al gobierno de su Nación, representante de todo el gran pueblo de México, por su invitación y prometerle que pronto, muy pronto, dentro de pocos meses, he de ir a México, añadiéndole que mi primera visita, al entrar en tierras mexicanas, ha de ser a Mérida, al Estado de Yucatán.

***

No quise seguir molestando, por más tiempo, a tan cariñoso amigo y dí por terminada la conversación. No he de poner fin a este capítulo sin decir que pocas veces, en mi ya larga vida de periodista, he tenido una satisfacción tan grande como la experimentada escuchando a Marquina, al más grande de los poetas, que ha tenido la bondad de conceder al último de los periodistas, unos mi-

nutos de conversación, minutos que me parecieron segundos.

Y acompañado del soberano de la poesía, fuí a saludar a los soberanos del arte escénico, María Guerrero y Fernando Mendoza, quienes me hicieron también calurosos elogios de México y de la cultura de este país, a donde piensan también venir pronto, muy pronto, para despedirse del pueblo mexicano, de quien conservan gratísimos recuerdos.

ALFONSO CAMIN



Alfonso Camín.

ALFONSO CAMIN

I.

Alfonso Camín, el poeta elogiado por los más prestigiosos críticos españoles, mexicanos y cubanos. ha llegado a México.

Alfonso Camín, el poeta bravío, el glorioso autor "De la Asturias Simbólica", "La Ruta" y "Cien Sonetos", está en México y por estas calles se le vé con frecuencia.

¿Cómo es, cómo anda y cómo viste el poeta Camín?

Además de lo que vean en la fotografía que antecede a estas líneas, el divino poeta mexicano Luis G. Urbina, con su galana y brillante pluma, va a decírselo a los lectores de este libro.

"Con su aire atrevido, risueño y bravo, trajo este muchacho la decisión del triunfo. Porque su voluntad y su inspiración corren parejas: son juveniles y fuertes. Es una interesante figura de bohemio. Chapeo aliflojo, corbata suelta, corpachón firme, tosco bastón en la mano, sempiterna pipa en boca, y bajo la pipa una mosca arcaica, sobre la pipa un bigotillo insignificante, una nariz de aletas nerviosas y unos ojos que chispean de insaciable curiosidad. En las botas y en el traje, polvo de ayer y de hoy. De cuando en cuando, una sonrisa ingenua o un gesto de energía. La voz de sonoridad de contralto, educada para el ritmo y dispuesta siempre a ejercitarse en él. Aspecto desdeñoso; criterio rebelde, sentimiento áspero en fuerza de puro, inteligencia más llena de fantasía que de cultura; descontento de inadapta-

do a los medios sociales, por lo que tienen éstos de falsedad y de iniquidad. Es un bohemio, complicado de anarquista; un anarquista tramado de poeta. Espíritu altivo y sensitivo; tenacidad de aragonés; vigor de asturiano."

Tenía yo enormes deseos de conocer a Alfonso Camín. De él me habían hecho grandes elogios mis excelentes amigos y compañeros Manolo Bueno, el gran literato y el más formidable de los periodistas españoles; Enrique López de Alarcón, autor de "La Tizona"; Francisco Serrano Anguita, joven y talentoso periodista que tanto ha popularizado el pseudónimo de "Tartarín," por el que es tan conocido en América; González Peña, valiente director de "El Indiscreto" y otros.

Cuando fuí a Cuba, ví muchas veces a Camín en "El Casino", con su peña de amigos, pero nunca encontré uno cariñoso que me lo presentase. En el "Diario de la Marina", importante periódico donde yo constantemente colaboraba, donde tenía compañeros muy queridos que pudieran haberlo hecho, estaban de Camín distanciados por no sé qué diferencias profesionales.

En México, a donde Camín llegó poco después que yo lo había hecho, creí que iba a ocurrirme lo mismo: muchas veces ví a Camín en la calle, en el café y en los teatros; con insistencia buscaba un amigo que a él me presentase, y nunca lo conseguí. Pero la casualidad, esa misteriosa efigie que sin existir ni haber existido nunca, le atribuímos todas aquellas cosas para las que no encontramos explicación, y que muchas veces ha venido en auxilio de los periodistas, me proporcionó la grata satisfacción de tratar al ilustre poeta Alfonso Camín.

En la misma imprenta donde este libro se editaba, regida y gobernada, en aquel entonces, por el mas informal de los impresores, editaba también Camín la segunda edición de su libro "De la Asturias Simbólica." Allí le veía todos los días corrigiendo pruebas, conversando amigablemente con los obreros cajistas, a quienes reprendía, muy dulcemente, cuando dejaban sin hacer algunas correc-

ciones por él indicadas y hasta reía infantilmente aquellos descuidos.

Un día, de los muchos que en esta imprenta nos encontrabamos, no pudiendo resistir por más tiempo las impaciencias que sentía por hablar con Camín, hoy mi cariñoso amigo, me dirigí a él y yo mismo le hice mi presentación.

Me recibió con mucho cariño y juntos conversamos largo rato. Me habían hecho creer que Camín era un hombre de carácter imposible; por eso mi sorpresa fué grande al ver que, como dice su gran amigo el poeta Emilio Carrere, "Camín es un alma y corazón de niño, con inteligencia de hombre". En esta nuestra primera entrevista, me atreví a pedirle un favor; este fué que me permitiera celebrar con él una *interview* y con gran bondad por su parte, accedió inmediatamente. Cosas muy interesantes me dijo, recogidas por mí con tanto cariño, como escrupuloso cuidado y a decírselas voy a los lectores en el próximo capítulo.

ALFONSO CAMIN

II.

Después de manifestar a Alfonso Camín cuánta había sido mi satisfacción al tener el gusto de saludarle y darle las gracias por haberme concedido la *interview*, empecé a interrogarle.

—¿Hace muchos años que está usted en América, amigo Camín?

Después de quedarse pensando un rato, Alfonso Camín me dice:—Sí señor, muchos años, muchos, por lo menos a mí me parece que hace un siglo. El año de 1905, siendo casi un niño, salí de España para ir a la Isla de Cuba, a la Habana, que había sido siempre toda mi ilusión. Diez años estuve allí luchando mucho y sufriendo más: diez años pensando siempre, constantemente, en volver a mi Patria, en ir a mi pueblo, al pueblo en que nací, para abrazar a mis padres, y sin poder realizarlo. Durante estos diez años, no quiero decir a usted cuántas fueron mis contrariedades y cuáles mis contratiempos.

El año 1915, había conseguido reunir unas pesetas y con ellos me fuí a España, siendo mi primera visita al pueblo en que nací, a mi pueblo, donde me esperaban también sufrimientos morales grandes; parece, querido compañero, que yo he venido a este muudo sólo para sufrir. Cuando llegué a mi casa, a la casa en que nací, encontré en ella un vacío grande, inmenso, imposible para mí de llenar. Mi madre, mi santa madre, por la que yo tantas veces había suspirado y tanto había deseado abra-

zarla, había muerto y el puesto que ella dejó, al abandonar este mundo, estaba ocupado por otra mujer a quien mi padre había elegido por nueva compañera.

Había yo pasado diez años en un país que no era el mío, donde era un extranjero y como tal tratado, sin aquellos cariños, sin aquellos afectos tan necesarios para la vida espiritual, más necesitada aún de solicitudes y de cuidados que la vida material, y al volver a mi pueblo, me encuentro que allí las gentes, mis mismos amigos, me miraban también como si fuera un extranjero.

Los compañeros de la infancia que conmigo habían ido a la escuela, los que habían sido mis compañeros de trabajo, muchos de ellos, ya no me conocían o por lo menos no me trataban con el cariño y la confianza que yo deseaba e iba buscando; había algunos que hasta me llamaban don Alfonso, cosa que me dolía en el alma; ya en mi pueblo, en mi mismo pueblo, era yo un extranjero; en fin no hablemos más de esto, pues veo que se está usted entristeciendo y ello me disgusta: soy su amigo, su camarada, y por que muy deveras le estimo, he de decirle que vuelva cuanto antes a España, a nuestra España, para no ser de allí, si tarda en hacerlo, el extranjero, pues ya le he dicho las amarguras grandes que lleva esto consigo, amarguras que seguramente usted habrá pasado ya, en el poco tiempo que lleva viviendo en estos países, donde usted, como yo, es un extraño, un extranjero.

—¿Y volvió usted a Cuba sin haber estado en Madrid, sin haber visitado a sus amigos y compañeros, los literatos españoles, que allí viven, y a quien tantas veces he oído elogios grandes de la labor por usted realizada en América?

—Eso iba a decirle; en mi pueblo, donde como le he dicho antes, tantos sufrimientos morales me esperaban, estuve muy poco tiempo, marchándome a Madrid y en Madrid viví, más de un año, rodeado de amigos cariñosos que no perdonaron medios, ni repararon en sacrificios, para hacerme la vida agradable. Los literatos y periodistas, los políticos todos, me colmaron de atenciones y

me hicieron pasar horas tan felices, que yo jamás podré olvidar. Tenga la seguridad de que allí me hubiera quedado para siempre, sino hubiera tenido necesidad de volver a Cuba con el fin de arreglar asuntos pendientes y ya otra vez en América, vine a México para conocer este país, del que, tanto en Cuba como en España, me habían hecho grandes elogios, muy merecidos por cierto, pues esto, como usted vé, es un país admirable y los mexicanos son gente muy cariñosa y culta.

En Madrid conocí también y traté mucho al glorioso poeta mexicano Amado Nervo, que acaba de llegar ahora de España, y no fué él quien menos contribuyó a que mi estancia fuese allí agradable. En su casa, situada en la calle de Bailén, pasé bastantes ratos y allí, en su gabinete de trabajo, me leyó muchas de las soberbias poesías de su obra, entonces inédita, "Versos a una Muerta." asomándonos más tarde al balcón para admirar el soberbio paisaje que desde allí se podía contemplar, hasta El Escorial inclusive; en aquella casa, créalo usted, no se respiraba más que poesía por todas partes.

—¿Piensa usted estarse ahora mucho tiempo en América, amigo Camín?

—No señor, muy poco tiempo; tan pronto como termine la impresión de varios libros, que tengo pensado editar aquí en México, saldré para Chile, Brasil y la República Argentína: allí pasaré algunos meses, marchando después a España, mi Patria adorada, para no volver a salir jamás de ella.

—¿De modo que no piensa usted volver a Cuba, donde tanto se le quiere y admira?

—No señor, cuando salí de la Habana, me despedí para siempre de aquella hermosa tierra y no porque de aquel país no tenga gratísimos recuerdos, sino porque deseo ir cuanto antes, como le he dicho, a mi Patria, de donde no volveré a salir jamás.

—Y ¿qué impresión le han producido a usted estas tierras mexicanas?

—Admirable: ya se lo indiqué a usted antes. Es es-

te un país con vitalidad y energías como no he visto otro, así es que pronto, muy pronto, volverá a estar en plena prosperidad, a la que camina con paso firme y seguro. Este país le he comparado muchas veces a un árbol frondoso y lleno de vida, que después de haber resistido fuertes huracanes, sacudidas violentas, ha perdido las ramas y hasta se ha inclinado el tronco; pero que sus raíces están llenas de savia vivificadora, savia que se renueva todos los días con nuevos bríos, por la riqueza de las tierras donde se hallan aquellas raíces enclavadas, y esta savia hace que el árbol se incorpore pronto y vuelvan en él a brotar, con gran fuerza, ramas y frutos.

Esto le ha sucedido a la República Mexicana: ha sufrido huracanes de pasiones, conmociones sociales violentas; pero dada la vitalidad de su suelo y la energía de los hijos de este pueblo, pronto le veremos resurgir con vida más floreciente aún de la que antes tenía.

—¿Está usted satisfecho de su estancia en México?

—Sí señor, contentísimo: en México, como habrá tenido usted ocasión de observar, se recibe muy bien a los españoles en general y muy especialmente a los intelectuales, bien es cierto que con esto no hacen otra cosa sino corresponder a las atenciones que a los literatos mexicanos se les dispensa en España. Hace poco tiempo hablaba yo con Urbina y Mediz Bolio de esto, y ellos, con gran nobleza, no sabían cómo elogiar el recibimiento y el trato que en España les habían dispensado. Por cierto que, como usted habrá leído en la prensa mexicana, don Luis G. Urbina ha sido nombrado primer Secretario de la Legación de México en España, puesto que había dejado vacante su compañero y amigo mío muy querido, Amado Nervo. El nombramiento no ha podido ser más acertado y seguramente en Madrid habrá causado gran contento la noticia, sobre todo a los literatos, poetas y periodistas, entre los que Urbina tiene muchas simpatías y gran número de amigos.

La labor del señor Urbina, en su nuevo cargo, ha de ser muy provechosa y ha de contribuir grandemente

a estrechar más y más los lazos de unión, cada día más fuertes, que unen a México con España.

—Y de los poetas mexicanos, ¿qué me dice usted, amigo Camín?

—México ha sido siempre la patria de los grandes poetas y los ha tenido y los tiene muy excelsos. Amado Nervo, Urbina, Mediz Bolio y Díaz Mirón, dan buen testimonio de ello; pero en el elemento joven no hay por ahora ninguna esperanza. En México, como en España y en el mundo entero, la poesía y la literatura, en general, están en completa decadencia, pues desde hace veinte años, los poetas no hemos hecho otra cosa sino seguir, imitar a los que en otra época de decadencia, tan fuerte como la de ahora, resurgieron y dieron días de gloria a los países donde habían nacido. Ahora ninguno, absolutamente ninguno, hemos hecho nada, ni aquí, ni en España, ni en Francia, ni en parte alguna. Las inteligencias todas han estado y están consagradas a la "ciencia de la guerra" y nadie se ha preocupado, ni se preocupa de otra cosa, sino de inventar máquinas infernales para destruir a la humanidad, sin dedicar una hora siquiera a estudiar la manera de dar a ésta unos momentos de alegría. Yo creo firmemente que una vez terminada la guerra, resurgirá un genio en la poesía que ha de encauzarla y llevarla por distintos derroteros que hoy tiene.

Ahora encuentra usted poetas jóvenes que escriben versos muy correctos, escrupulosamente cuidados y admirablemente escritos; pero sin vida, sin alma, sin emoción alguna. Dominan los poetas jóvenes, mejor dicho dominamos, pues entre ellos me encuentro, la técnica; pero no decimos nada absolutamente y la fuerza del pensamiento ha desaparecido por completo. Aquí, en México, de todo cuanto he leído de poetas jóvenes, sólo he encontrado uno, Ramón López Velarde, de quien se puede esperar alguna cosa, a pesar de sus extravagancias para saciar las ansias de originalidad que le dominan.

—De los poetas y literatos cubanos, así como del movimiento literario en la Isla de Cuba, ¿qué me dice usted?

—Del movimiento literario en la Isla de Cuba, no se puede hablar siquiera, porque es una verdadera vergüenza. Allí se lee poco y se estudia y se escribe menos. El pueblo cubano, aun las clases elevadas y que se llaman cultas, se conforman con ser suscriptores de algún periódico, al que dan un "vistazo", por la mañana, y nada más. Los libros, están en los escaparates de las librerías, donde ni por casualidad vé usted persona alguna detenida para enterarse siquiera con esta visita, del movimiento literario en el mundo y darse cuenta de las obras nuevas que en él hayan aparecido.

En el teatro es donde más se nota la falta de cultura y del gusto literario de aquel país. En la Habana, los únicos teatros que tienen vida, que ganan dinero, son aquellos donde se hace derroche de *rumbas* y de *danzones* música que en realidad es preciosa, pero no es la música la que al público, que a estos espectáculos acude, encanta, gusta oír y aplaude, sino la letra desvergonzada y de color subido que en general se les suele aplicar. El teatro donde se representan dramas, comedias de costumbres, donde se haga arte, en una palabra, esos están vacíos y los empresarios se arruinan.

Crea usted que si en alguna parte del mundo está, verdaderamente acentuada, la decadencia de la literatura y del gusto literario, es en Cuba y muy especialmente en la Habana. Por eso allí, quitando a Insúa, Agustín Acosta y a Mariano Aramburu, poetas y literatos de quienes soy un gran admirador y a José de Armas (Justo de Lara), ilustre erudito, cervantista puro, conocido en todo el mundo literario y de quien soy un devoto, no hay literato alguno, ni joven ni viejo, en quien se pueda tener ni la más remota esperanza.

La prueba de que en Cuba nadie se preocupa, ni le importa un bledo la poesía, la literatura, ni nada de cuanto con las bellas letras se relacione, la tiene usted en que ni uno sólo de los grandes poetas, de los poetas consagrados que en la Isla de Cuba han desembarcado, se les

ha hecho caso, ni se ha dado fiesta alguna literaria en su honor.

Vea usted sino lo que le ocurrió a su grande amigo, el laureado poeta español Eduardo Marquina. Venía Marquina, como usted sabe, de recorrer varias Repúblicas del Centro y Sur de América, donde había sido agasajado y llevado de triunfo en triunfo. Cuando llegó a la Ha bana, quiso dar dos conferencias culturales, en el Teatro Nacional de aquella población, y en ellas había también de dar lectura, con la maestría y el gusto que siempre lo hace, a alguna de las más celebradas poesías suyas; precisamente a las mismas que tan frenéticamente, y con tanto entusiasmo, habían sido aplaudidas, en cuantos pueblos cultos Marquina visitó. Pues bien, las conferencias no pudieron darse, porque en la primera, que por cierto fué muy anunciada, después de haber pasado más de media hora, de la señalada para dar principio, habían entrado en el teatro treinta personas. Ante aquella soledad, el poeta Marquina, amante entusiasta de la literatura y de la poesía, que las siente en su alma, con fuerza poderosa, y que desea se le tributen los honores que ellas merecen, se indispuso ¿como no había de indisponerse?, de cuerpo y de espíritu, seguramente, y las conferencias no se dieron.

Pero no es esto sólo: Hernández Catá que entonces, por motivos que todos sabemos, procuraba, por todos los medios, complacer al poeta Marquina y quién sabe si tambien avergonzado por la conducta de sus paisanos, quiso desagraviarle, preparando una velada literaria en el Ateneo y allí el fracaso fué mucho mayor aun, pues sólo asistieron a ella unas cuantas personas cultas, que por cierto, censuraban muy duramente, aquella noche, al pueblo cubano, por el desprecio que hacía de cuantas fiestas literarias en Cuba se daban.

Tàn grande fué el fracaso que en el discurso de presentación pronunciado por el mismo Hernández Catá, tuvo este que apelar a la guerra europea, al sentimiento que ella producía en el pueblo cubano, para disculpar la

falta de asistencia a los espectáculos;pero bien pudo añadir que era a los cultos donde no asistía, pues los demás estaban llenos y eso que costaban dinero, mientras el culto era gratis.

—Pues hombre, a mí me han asegurado que el poeta, Salvador Rueda, ha sido muy agasajado y ha obtenido grandes triunfos en Cuba.

—No hablemos de eso,—me contestó Camín con gran violencia y dando un fuerte golpe con el grueso roten que en la mano tenía—no hablemos de eso, yo se lo ruego; triunfos a ese precio, triunfos así, yo, el más humilde de los poetas y el más malo de los literatos,— decía con gran modestia el ilustre vate,—no sólo no los quiero, sino que los desprecio, y como amante entusiasta y defensor ardiente de la soberanía de la poesía y de la literatura, triunfos así los condeno y los detesto.

—Le encuentro muy duro en sus juicios, amigo Camín. Respecto de lo que usted me dice de los literatos cubanos, eran otras mis noticias, pues me habían asegurado que las obras de Hernández Catá, quien, como usted sabe, es un literato cubano, son muy leídas y buscadas, no sólo en la Isla de Cuba entera, sino en España.

—A usted, querido compañero, le habrán podido decir cuanto quieran, respecto a los triunfos de Hernández Catá, como literato, como autor y como sabio si usted quiere; pero yo, sinceramente, quitando a mis juicios, como lo hago siempre, toda pasión, he de decirle que a Hernández Catá, no le puede tomar en serio, ni le puede considerar como una esperanza en las letras, nadie que entienda una palabra de literatura. Sus obras podrán ser muy buscadas en Cuba, no lo niego ni siquiera lo dudo, aun cuando tengo motivos, muy poderosos, para negarlo y para dudarlo; pero en España yo le aseguro a usted y usted puede asegurarlo, sin temor a que nadie le desmienta, que no es cierto; ni allí se le conoce, ni en él mundo de las letras se le dá beligerancia.

—¿Le gusta a usted el periodismo, amigo Camín?

—Como está en la actualidad, lo detesto con toda mi alma. El periodismo de hoy se ha apartado por completo de la que debiera ser, de la que en otros tiempos fué, su misión, que no era, ni debiera ser otra, sino educar, é instruir al pueblo, a las masas populares, y los periódicos en estos tiempos, con muy ligeras excepciones, no hacen nada de esto.

El periodismo ahora es de reportaje; sólo quiere y sólo busca la noticia, de cualesquiera clase que ella sea, para servírsela al público, sin reparar si es o no perjudicial a la Patria, a la familia y a la sociedad; sin tener en cuenta si ella ha de ser educativa, moral, o si por el contrario ha de ir, poco a poco, corrompiendo conciencias y envenenando costumbres. Esto, en los actuales tiempos, ni preocupa ni importa; el caso es correr, dar la noticia, adelantarse, si es posible, a los demás; por esto hoy los periódicos se hacen con los piés; el periodista que más corre, el que más noticias encuentra y con más rapidez las dá, ese es el amo, el rey de la profesión. He sido periodista en la Habana, como usted sabe muy bien, y del periodismo he tenido que comer durante muchos meses; pero después de haberlo sido, lo detesto más aún que antes.

—Diga usted, amigo Camín, ¿cree usted que hay buenos periodistas en la Isla de Cuba?

—Sí señor, hay muchos y buenos periodistas en la Isla de Cuba y muy especialmente en la Habana. Sí, en el periodismo hay jóvenes que pueden ser una esperanza, y yo la tengo muy grande, de que ellos han de reformar esa escuela moderna periodista que yo tanto detesto. En la Habana hay periodistas formidables, dos españoles; pero que en la Habana se han hecho y la Isla de Cuba ha sido su escuela. Son éstos el ilustre director de "El Diario de la Marina", Don Nicolás Rivero, a quien quiero y admiro muy deveras, y Atanasio Rivero, mi amigo, más que amigo, mi padre, mi hermano, mi maestro y sabio consejero, quien por cierto irá muy en breve a España, con un arsenal de datos, para proseguir

la campaña, que allí emprendió, sobre el libro del inmortal Cervantes "El Quijote", campaña que ocasionó, en toda la prensa española, aquella polémica en la que intervinieron todos los sabios, escritores y críticos españoles.

Los otros dos, a quienes podemos citar también como maestros en el periodismo, son cubanos. Uno es Márquez Sterling, tan habil diplomático como inteligente y sutil periodista. Este es muy conocido, admirado y querido en México, donde estuvo desempeñando el alto y honroso cargo de Ministro de Cuba, en días bien aciagos, por cierto, para las libertades mexicanas. Aquí, como en todas partes, dejó el señor Márquez Sterling bien marcadas huellas de su sabiduría y prudencia, guardando de él los mexicanos todos, gratísimo recuerdo. Otro es mi compañero muy querido, de estaca y de pluma, Antonio Iraizos, uno de los periodistas más hábiles e inteligentes que yo he conocido, uniendo a estas excelsas condiciones, las de una sinceridad y nobleza grandes y una honradez profesional inmaculada.

—Y la política ¿le gusta a usted, amigo Alfonso?

—Hombre, usted parece que tiene hoy ganas de ponerme de mal humor, de buscarme la lengua, como vulgarmente se dice. La política, tal como hoy se entiende esta palabra, la detestó aún más que al periodismo; esta es una de las labores por mí más admiradas en los revolucionarios de México, en los verdaderos revolucionarios, se entiende, que detestan la política, la combaten y la persiguen, para ver si pueden desterrarla, por completo, de este país. La política es hoy la frase con que se trata de cubrir la intriga, el caciquismo maldito que oprime, encanalla y desmoraliza a los pueblos: el pabellón que ampara las injusticias, las inmoralidades administrativas, las traiciones a la Patria, todo eso se cubre con la palabra política, profesión que han buscado muchos vividores para crecer y prosperar, engañando incautos.

—Veo, querido Camín, que hoy se ha desayunado usted con acíbar y este es mal desayuno para los poetas:

por esto y por no molestarle más, voy a poner término a mis preguntas y quiero hacerlo con una que yo supongo ha de agradarle y hasta quizá le haga a usted cambiar ese ceño, esa cara de mal humor que ha puesto.

Ayer en "El Fénix", café que usted tanto frecuenta y donde tiene una gran peña de amigos, en esa peña, precisamente, se aseguraba, que se casaba usted pronto con una bellísima señorita mexicana ¿es esto cierto?

Camín se sonríe un momento, nada más que un momento, volviendo seguidamente a su antigua seriedad, apareciendo de nuevo en su rostro, siempre simpático, el mismo ceño duro, la misma cara de mal humor.

—Está usted equivocado—me dice—;yo no me desayuno con acíbar; lo hago con una gran taza de café con leche, donde, en vez de azúcar, pongo una gran dosis de sinceridad, por la que he sufrido muchas contrariedades en este mundo; pero no me arrepiento, antes al contrario, cada día estoy más satisfecho de ser como soy. Por cierto que en esto sí que somos verdaderos compañeros, pues la sinceridad de usted y el amor que a la verdad profesa, también le han causado persecuciones y serios disgustos, sino que lo diga Cuba....y ahora parece que es usted quien se pone de mal humor, de modo que ya no sigo por ese camino y voy a contestar a la pregunta que usted me ha hecho, con toda claridad, con la sinceridad de siempre.

No señor, no me caso en México, ni me casaré en ninguna parte; diré lo que dicen los políticos, de quienes antes hablábamos, cuando no quieren asistir a las fiestas que dan los pueblos, sobre los que se apoyaron para escalar las alturas donde ellos creen encontrarse, en honor de su Patrono: "mis muchas ocupaciones me lo impiden". Sí, amigo mío, los poetas, a mí por lo menos me sucede, nos queda tiempo para hacer versos cantando las bellezas, los encantos, el alma entera de la mujer; para admirarla y bendecirla; pero nada más que para esto. Y mire usted que en México hay mujeres hermosas, capaces de inspirar amor, poesía, pues no es otra cosa el

amor, a todo el que lleve corazón, alma y sentimiento; a mí también me le han inspirado fuerte, tan fuerte como es la admiración que las mujeres mexicanas me causan; pero a ellas también se conoce que "les falta tiempo" y no fijan en mí ni una sola de sus miradas y esto indica, bien claramente. que no me hacen caso, que no les inspiro amor.

Si alguna me quisiera, si correspondiera al que ellas han sabido inspirarme, entonces, amigo Conde, tal vez me quedara tiempo y me casara; pero solo no puedo hacerlo.

* * *

No quise seguir molestando, con más preguntas, a mi buen amigo Alfonso Camín.

Dos horas, que me parecieron dos minutos, pasé escuchando la conversación amena, amenísima, del consagrado poeta, autor del libro "De la Asturias Simbólica".

Durante ellas, pude convencerme plenamente de la razón que tenía Emilio Carrere cuando le oí afirmar que "Alfonso Camín era un corazón y alma de niño, con una inteligencia de hombre."

De otra cosa me convencí también, durante el curso de nuestra conversación, y esta fué que Alfonso Camín no se desayuna con acíbar, como yo había creído, sino con grandes tazas de cafe con leche, donde en vez de azúcar, pone fuertes dosis de sinceridad. Seguramente, los lectores de este libro, se convencerán también de esto, después que hayan leído las declaraciones que Alfonso Camín tuvo la bondad de hacerme,

---

DUQUE DE AMALFI



Duque de Amalfi.

DUQUE DE AMALFI

I.

En cuantas poblaciones del extranjero he visitado, y han sido muchas, durante mi ya larga vida de periodista, sin guiarme otros móviles, ni perseguir otros fines, más que estudiar, para ver si con el estudio podía cumplir mejor los deberes profesionales, tuve especialísimo cuidado, a la vez que satisfacción íntima muy grande, en saludar, en ofrecer mis respetos y en ponerme a las órdenes, del Representante diplomático de mi Patria y de mi Rey, no sólo por haber creído que esto es un deber y así lo he defendido repetidas ocasiones, sino también por si mis servicios pudieran ser, no necesarios, porque ya sé la pobreza y pequeñez de mis facultades, sino útiles a mi Patria, representada, en el extranjero, por sus Embajadores y Ministros.

Siempre, repito, he considerado esto un deber de todo buen patriota, de todo buen ciudadano y yo con los deberes he sido toda mi vida respetuoso; nunca a sabiendas falté a ellos, por lo mismo que también quiero sean respetados mis derechos. Jamás tuve en cuenta para esto quien era, ni de donde venía, la persona que tan alto honor había recibido, al ser nombrado representante de España, mi Patria adorada, a quien, como ya he dicho en otro capítulo de este libro, más quiero cuanto más de ella me alejo, y de mi amado Rey, del gran Alfonso XIII, orgullo de los españoles todos, pues por donde quiera que vamos, en cuantos pueblos visitamos y con cuan-

tas personas hablamos, no se escuchan más que elogios, frases de admiración para el Rey valiente, para el Rey bueno, para el Rey santo, como le oí llamar, no hace aún mucho tiempo, en la capital de Francia.

No podía, ni debía, puesto que como deber lo considero, cuando vine a la hermosa ciudad de México, dejar de saludar, de ofrecer mis respetos y de ponerme a las órdenes, del Representante de España en la República Mexicana, y mi primera visita, al llegar a esta culta población, a él se la hice.

Razones especiales, para mi carácter extraordinariamente enojosas y de las que he de ocuparme a su debido tiempo, me han obligado a hacer estas declaraciones, que hoy, como nunca, he considerado absolutamente necesarias.

Cuando, al salir de la Habana, fuí a despedirme de mi buen amigo, el Excelentísimo señor don Alfredo de Mariategui, Ministro de España en Cuba, celoso defensor y amparador de los españoles todos, que en aquella Isla residen, y a quien tantas atenciones debo, al saber este distinguidísimo y muy hábil diplomático que a México me dirigía, llevando su bondad a límites que no merezco, me dió una carta de presentación para el ilustrísimo señor don Alfonso Caro, primer Secretario de la Legación Española en la República Mexicana, Encargado de esta Legación, en aquel entonces, por no haber llegado aun el Ministro nombrado.

El edificio donde está instalada provisionalmente la Legación es un palacio antiguo, de construcción netamente española, con un gran patio y amplios corredores llenos de aire y de luz, adornados con muchas macetas de flores y sostenidos por muy esbeltas columnas.

Es una de aquellas casas señoriales de nuestra Andalucía y mucho me hizo recordar la de los Benjumeas de Sevilla, por mí muchas veces visitada, y donde, en mis años de juventud, pasé horas muy agradables y felices.

Al entrar en el edificio donde repito está provisionalmente instalada la Legación española sentí la misma satis-

facción, la alegría grande que siempre había experimentado. cuando estando en el extranjero, visité las Embajadas y Legaciones de mi Patria.

A don Alfonso Caro me presenté, quien me recibió con aquella amabilidad y cortesía proverbiales en la aristocracia española, de la que el señor Caro es un digno miembro. Después de haber hablado mucho y de muy diversos asuntos, todos con España relacionados, pedí al dignísimo primer Secretario de la Legación Española, me concediese una *interview* que había de ser publicada, no sólo en los periódicos a quienes sirvo, sino también en un libro que había de editar con las impresiones, por mí en México recogidas, y que es el mismo donde estas líneas se publican.

Con gran modestia, con extraordinaria modestia, me hizo saber el señor Caro que sus declaraciones no tendrían importancia, y si alguna pudieran tener, sería solamente por ser, en la actualidad, el Encargado de Negocios de España por ausencia del Ministro; pero en este cargo iba a cesar muy en breve, pues el barco que conducía al señor Duque de Amalfi, nombrado por el Gobierno español para este cargo, estaba para llegar a las playas mexicanas.

Yo le ruego—me decía el señor Caro—que no tome esta negativa mía como un desaire, pues especial gusto he de tener siempre en complacerle y en serle util, no sólo por ser usted español, y esto para mí ya es un título que tiene derecho a que le sirva en cuanto pueda, sino por venir recomendado por mi compañero y amigo, el señor Mariategui, a quien quiero muy deveras. El Duque de Amalfi—dice el señor Caro—está para llegar de un momento a otro y él, que viene ahora de España, seguramente le ha de poder referir cosas de gran interés, pues cuantas yo pudiera decirle, repito, ninguno absolutamente tendrían.

Por más esfuerzos que hice, no pude conseguir del señor Caro me concediera la *interview* solicitada y ante esta resistencia, no tuve más remedio que renunciar a

mis deseos, viéndose por ello privados los lectores, de las manifestaciones, seguramente interesantes, de este distinguido diplomático, de quien me despedí, dándole las gracias por las atenciones de que me había hecho objeto, ofreciéndole mi amistad y poniéndome por completo a su disposición, por si en algo pudiera serle util.

DUQUE DE AMALFI

II.

Como me había asegurado el señor don Alonso Caro, a pocos días después de esto, llegaba a México el Ministro Plenipotenciario de Su Majestad el Rey de España, en la República Mexicana, Excelentísimo señor Duque de Amalfi, a quien el Gobierno de esta Nación, recibió con los honores que la alta representación de que venía investido merecía, y el pueblo mexicano, unido a la numerosa colonia española, también le hizo un cariñoso recibimiento.

A la estación del Ferrocarril Mexicano acudí, para presenciar la llegada de mi Ministro y como español, me sentí orgulloso al ver las demostraciones de respeto y de cariño con que el Gobierno recibía al que, en nombre de España y del Rey, venía a estas hospitalarias tierras, para representarlos y para estrechar más y más los fuertes lazos de unión que han existido siempre entre mexicanos y españoles.

La opinión pública, dignamente representada por la prensa de este país, saludaba, al día siguiente, con frases de gran cariño al excelentísimo señor Duque de Amalfi, no sólo como representante diplomático de una Nación amiga, sino también como representante legítimo, por títulos bien adquiridos, de las letras españolas, en las que Don Antonio de Zayas y Beaumont, Duque de Amalfi, tiene puesto prominente ganado en gloriosa lid.

Después que el nuevo Ministro hubo presentado sus credenciales al Presidente de la República, Don Venustiano Carranza, y había entrado por lo tanto en el desempeño de su alto cargo, me presenté al Duque de Amalfi, Representante en México de mi Patria y de mi Rey, para felicitarle, ofrecerle mis respetos y ponerme a sus órdenes, por si de algo pudieran serle útiles mis servicios.

Con demostraciones de afecto fuí por él recibido, haciéndome saber que tenía una satisfacción grande en estrechar en estas lejanas tierras, la mano de un periodista español, y le ruego—me dijo con gran cariño—que en mi nombre salude a sus compañeros, que lo son míos también, los periodistas todos de España, así como a los de América y del mundo entero, pues para los obreros de la inteligencia—añadía con gran entusiasmo el Duque de Amalfi—no deben existir fronteras y donde quiera que se encuentren, deben ser compañeros y camaradas.

—Muchas gracias en nombre mío y en el de mis compañeros, señor Ministro, y cumplido está el encargo. Ahora, el último de todos ellos, le pide a usted un favor y este es que me conceda una *interview*, prometiéndole he de emplear en ella, si accede a mi pretensión muy poco tiempo, ya que sé las muchas ocupaciones de usted en estos momentos.

—Conozco que al pedírmela—me contestó el Ministro—no hace usted otra cosa sino cumplir los deberes que con el público tienen los periodistas, y gustoso me pongo a su disposición, esperando cumpla la promesa, que me ha hecho, de ser breve.

—Siempre las cumplí, señor Ministro; muchas gracias por sus bondades y empecemos.

DUQUE DE AMALFI

III.

Es el Duque de Amalfi un hombre correctísimo, joven aún, pues representa tener unos cuarenta años de de edad, de frente despejadísima, de mirada viva y bondadosa y su carácter y sus movimientos todos, demuestran que es de temperamento muy nervioso.

Su conversación es amenísima; apenas se cambian con él lasprimeras palabras, se descubre, claramente, al hombre culto y distinguido, al diplomático moderno, quien abandonando aquellas antiguas costumbres cancillerescas que obligaban a los representantes de las naciones a estar siempre graves, serios y poco comunicativos, se presenta afable, cariñoso y franco, especialmente con los que a la ingrata y cada día más difícil carrera del periodismo nos dedicamos.

El Duque de Amalfi, tuvo siempre una gran inclinación por la carrera diplomática y después de haber terminado, con gran aprovechamiento por cierto, la de Derecho, en el Cuerpo Diplomático entró y a él ha consagrado todas sus facultades, sus energías todas.

Muchas y muy excelsas condiciones se necesitan para triunfar en esta cada día más comprometida y difícil carrera, especialmente en los actuales tiempos, pues no sólo han de tener los diplomáticos mucho tacto y prudencia para tratar cuantas cuestiones puedan sucitarse, graves todas ellas y que comprometer pueden a la Patria a quien representan, sino también inteligencia clarísima e ilustración grande para resolverlas.

El Duque de Amalfi, en el Ministerio de Estado, en Constantinopla, París, La Haya y Luxemburgo, Petrogrado, Berna, Berlín, Stokolmo, en cuantas misiones le fueron confiadas y en cuantos sitios estuvo, triunfó, prueba bien clara de que tenía las condiciones, poseía en alto grado las facultades que son necesarias, para conseguirlo.

La personalidad del Duque de Amalfi es bien conocida y goza de gran prestigio en el mundo diplomático, siendo su opinión solicitada y sus dictámenes muy respetados, no sólo por sus compañeros, sino también por el Gobierno a quien sirve y representa.

Pretensión ridícula, pues, sería la mía, intentar siquiera dar a conocer a los lectores la personalidad del Excelentísimo señor Duque de Amalfi, Ministro de España en México, y sólo he de decirles las interesantísimas manifestaciones que hizo, contestando a preguntas mías.

—Pues en América se ha dicho, y aun lo están diciendo, habiendo algunos periódicos hecho campañas para hacerlo creer, que en España era el hambre la que obligaba al pueblo a ponerse enfrente del Rey y del Gobierno, por creer que ellos eran los culpables de todo cuanto ocurría, al estar empeñados en mantener la neutralidad de España, en la guerra europea, neutralidad que perjudicaba grandemente a la Nación, ¿qué me dice usted de esto, señor Ministro?

—Parece que quiere usted llevarme a tratar la cuestión internacional y yo le suplico que procure, por todos los medios, no hacerme preguntas que se relacionen con este asunto, porque con ello me obligaría usted a sellar los labios y a no decir una sola palabra más.

¡Qué he de decirle yo para contestar a su pregunta!—me dijo con cierta amargura el Ministro.—Es eso una calumnia tan grande, tan absurda, contra mi Patria y contra el pueblo español, que, a la verdad, no merece sino el desprecio mas absoluto. España, pésele a quien le pese, está hoy en una situación tan próspera como no

lo está Nación alguna y de esa prosperidad está disfrutando el pueblo todo. No quiere decir esto que en España no se hayan dejado sentir las dolorosas consecuencias de la guerra europea, que está llevando a todas partes la desolación y la ruina.

Es cierto que en el país se ha notado alguna carencia de subsistencias, debido, sin duda alguna, a que al principio de la guerra y por haber creído que esta no iba a ser de tan larga duración, se exportaron grandes cantidades al extranjero. Esta falta de subsistencias y la codicia de algunos acaparadores poco escrupulosos y a quienes el pueblo, sin excepción alguna, señala con el dedo y los odia, trajeron la carestía en los alimentos. Como consecuencia de esto, había cierto malestar entre las clases humildes, muy especialmente; pero esto no ha podido ser motivo, ni pretexto siquiera, para presentar al pueblo español como un pueblo hambriento, lleno de miserias y de necesidades. No, las gentes en España no han pasado hambre, ni la pasarán jamás, puede asegurarlo con orgullo, pues, usted como yo y como los españoles todos, podemos estar orgullosos de la prosperidad y el bienestar de nuestra amada Patria.

He vivido tres años y medio en Suecia: he visitado durante ese tiempo Dinamarca y Noruega; he cruzado Suiza y he recibido constantemente informes fidedignos de la situación por que atraviesa Holanda. Pues bien, en estos países que, como España, han sabido permanecer neutrales ante el conflicto europeo, cuyo estado social y económico he estudiado muy detenidamente, las subsistencias son mucho más escasas y los precios de ellas mucho más elevados que en España. Esta es la verdad y crea usted que nuestro país, por fortuna grande para los españoles todos, no sólo atraviesa una situación económica y social mucho más floreciente que los beligerantes, sino también muy superior a la de los demás neutrales.

El pueblo español quiere, y ha querido siempre, ser neutral en el conflicto europeo y esta neutralidad la es-

tá defendiendo con tanta energía como entusiasmo, siendo inútiles cuantos esfuerzos han hecho, los que interesados están en que no lo sea en llevarla a pelear al lado de algunas de las naciones beligerantes.

El Rey de España, que está siempre observando cual es la voluntad del pueblo cuyos destinos rige; que no deja de escuchar los latidos de la opinión y que no descansa en el estudio de los medios que puedan llevar a la Patria al mayor engrandecimiento posible, vió desde el primer momento que el pueblo deseaba ser neutral, ante la gran contienda que está llevando a la desolación y la ruina al mundo entero y habiendo comprendido, con su clarísima inteligencia, cuanto convenía a España esta situación, después de haber escuchado la opinión, no sólo de los hombres que formaban su Gobierno, sino también la de otros que por su experiencia y saber pudieran ilustrarle, se dispuso a mantener, en toda su pureza, la neutralidad bendita en que el país vive y en esta labor está siendo ayudado por el Ejército y el pueblo, que le secundan y apoyan con tanta valentía como entusiasmo.

El pueblo español podrá tener simpatías, y de hecho las tiene, por alguna de las naciones beligerantes; podrá desear que sea ella quien triunfe en la sangrienta lucha, en la que se está destrozando gran parte de la humanidad; pero jamás ha deseado ir a prestarle ayuda en la contienda, ni siquiera lo ha indicado, antes al contrario, se ha opuesto, en forma ruidosa, a cuantas gestiones se han hecho para conseguirlo.

Esta es la conducta seguida por el pueblo, por el verdadero pueblo español, y esta misma he de recomendar, con grandísimo empeño, a los españoles todos que en México residen, haciéndoles ver la necesidad absoluta de que sean neutrales, absteniéndose de hacer demostraciones que pudieran ser contrarias a la neutralidad en que la Patria vive. También he de recomendar, con más empeño aun, a estos mismos españoles, que en manera alguna, y bajo ningún motivo ni pretexto, se mezclen

en las cuestiones de este país, a las que deben permanecer ajenos por completo.

—Comprendo perfectamente, señor Ministro, cuál es la situación dificilísima de los diplomáticos todos, en las actuales circunstancias. Puede usted estar perfectamente seguro de que mis preguntas, no han de rozar siquiera, nada que con la guerra europea se relacione y cocomo le he dicho a usted que había de ser breve, voy a terminar de tratar estos asuntos con una pregunta.

Las huelgas calificadas de revolucionarias y que en España se han venido sucediendo, con gran frecuencia, ¿a qué han obedecido, señor Ministro?

—No hablemos de esas huelgas, yo se lo ruego, pues lo ocurrido entristece el ánimo de todo buen español. Es esa una cuestión por demás desconsoladora, pues está demostrado, hasta la evidencia, que esas huelgas, que trajeron como consecuencia sucesos sangrientos, fueron promovidas por algunos malos patriotas, a quienes auxiliaban elementos extraños a nuestro país y a él habían ido para producir disturbios, justificando, quizá, con ellos, el empleo de fuertes sumas de dinero que habían recibido, sin duda alguna para fines distintos, pues no puedo creer que se las entregasen para este objeto.

—Voy a dejar de tratar estas cuestiones, pues estoy conociendo que ellas le están poniendo nervioso, señor Ministro, y no es mi ánimo producir a usted la más ligera molestia. ¿Ha hecho usted con toda felicidad el viaje?

—Sí señor, el viaje ha sido muy feliz; usted ya conoce los barcos de la Compañía Transatlántica Española, sabe las magníficas condiciones marineras que tienen y el personal, tan inteligente como cariñoso, que en ellos presta servicios, así es que con todo esto, con compañeros de viaje agradables y cultos y un tiempo espléndido, no pueden hacerse nunca malas travesías.

—Y ¿qué impresión le han producido a usted estas tierras mexicanas?

—Veracruz es una población muy simpática: parece una de aquellas poblaciones andaluzas donde todo es luz

y alegría. Como usted habrá observado, se ven en ella restos de una antigua opulencia que ha desaparecido; pero esto es, sin duda alguna, por la guerra europea que tiene entorpecido todo comercio con Europa. Ya sabe usted lo difícil, por no decir imposible, que se hace ahora el movimiento de vapores y esto trae como consecuencia que todas las poblaciones, cuyos elementos de vida dependen, en gran parte, del tráfico marítimo, estén completamente arruinadas. El trayecto que recorre el ferrocarril desde Veracruz a México, es encantador, sobre todo el espectáculo hermoso, verdaderamente sublime, que se contempla desde las cumbres de Maltrata.

—Hace ya más de un año, señor Ministro, que salí de España, y desde entonces sólo tengo de mi Patria, las noticias que publican los periódicos de los distintos puntos de América que he visitado. Estas noticias son tan contradictorias, tan confusas, que es muy difícil formarse idea, no ya exacta, sino aproximada de la situación porque atraviesa nuestro país, situación que se ha llegado a asegurar es muy comprometida ¿usted, que acaba de llegar de España, quiere decirme la verdad de cuanto ocurra?

—Usted sabe, amigo mío, que yo también he estado ausente de España, tres años y medio, desempeñando la misión que me confió mi Gobierno. Durante este tiempo, me ha pasado exactamente lo mismo que a usted, es decir, que he leído en los periódicos noticias muy contradictorias sobre la situación de nuestra Patria. No desconoce usted la situación porque atraviesa hoy el mundo entero, con motivo de la guerra europea, y las dificultades con que tropiezan los periódicos para tener noticias exactas de cuanto ocurre, no sólo en los países beligerantes, sino también en los neutrales.

Los periódicos de América, necesariamente han de tener más dificultades aún que los de Europa y por lo tanto, no debe extrañarnos que incurran en errores al dar a conocer la situación de España, Lo que no acierto a comprender, es el por qué los periódicos europeos, des-

de el principio de la guerra, están empeñados en hacer creer en el extranjero, que la situación de España es grave, gravísima, y un día y otro, con una constancia digna de mejor causa, inventan y propagan revoluciones graves, conspiraciones militares, atentados contra el Rey, qué se yo cuantas noticias más, todas faltas de fundamento y de base.

—De modo que todas aquellas sublevaciones militares contra el Rey, ¿no fueron ciertas?

—No señor, niéguelo usted en absoluto. El Rey, nuestro amado Rey, es querido por el pueblo español, con un cariño entrañable. Ni siquiera un pretexto han podido tener los periódicos para inventar las noticias que, en el extranjero, se han hecho circular sobre este asunto. Estuve en Madrid precisamente el día de Reyes, que, como usted sabe, hay recepción militar en Palacio. Pues bien, en ese día, acudieron a felicitar y a presentar sus respetos al Rey, cuantos Jefes militares en Madrid había, incluso aquellos que sólo en contadas ocasiones se les ha visto en el Palacio Real. Parecía que tenían empeño en hacer saber a cuantos en España querían soliviantar las masas populares, a los agitadores y al mundo entero, que el Ejército estaba, como ha estado siempre, al lado del Rey, para defenderle contra las asechanzas de toda clase de enemigos, que no son, ni pueden ser otros, sino los enemigos de la Patria, de la que el Rey es el primero y más ardiente defensor. El pueblo entero tomó parte en aquellas manifestaciones y en la Plaza de Oriente, la Plaza de las Armas y en las inmediaciones todas de Palacio, había una muchedumbre inmensa que no dejaba de aplaudir y vitorear al Rey, viéndose éste obligado a salir a los balcones de Palacio para saludar al pueblo que le aclamaba, con delirante entusiasmo, siendo entonces las ovaciones imponentes. He presenciado muchas manifestaciones de cariño hechas por el pueblo español a los Reyes; pero jamás presencié una tan entusiasta, tan verdaderamente imponente, como la presenciada en el mes de Enero último.

No; pierden el tiempo cuantos en España quieran intentar algo que vaya contra el Rey, pues el Ejército y el pueblo están a su lado, cada día con más lealtad, con más cariño y con más entusiasmo.

—Y de la Colonia española ¿qué me dice usted, señor Ministro?

—Cuanto me alegra que haya usted hablado de la Colonia española. Es admirable, créalo usted y no hay palabras bastantes para elogiarla, ni para elogiar la labor que está realizando. Siempre he estado muy satisfecho de la conducta observada por los españoles, en aquellos países donde he estado desempeñando misiones diplomáticas; pero de la que observan cuantos en México viven, estoy no sólo satisfecho, sino orgulloso.

He visitado la Beneficencia Española y puedo asegurarle, que he quedado muy gratamente sorprendido por la limpieza, la higiene y el orden que allí se observan, hasta en los más ligeros detalles. Es ésta una obra benéfica que habla muy alto en favor de la Colonia española que en México trabaja y vive.

—¿Me han asegurado que entre los miembros que componen la Colonia española de México, hay hondas diferencias, que pueden dar lugar a cuestiones desagradables?

—No lo crea usted, ni hay hondas diferencias ni puede haberlas. Hay entre ellos, según mis noticias, pequeñas cuestiones de familia, digámoslo así; pero que no tienen importancia alguna. Usted que conoce España, sabe el gran espíritu regional que allí hay y el amor, tan grande, que se tiene a la Región donde cada uno ha nacido. Pues bien, ese mismo amor, ese mismo espíritu regional, existe aquí entre los españoles y ello es lo que ha ocasionado algunas diferencias; pero no hondas, como a usted le han dicho, sino insignificantes y que jamás pueden dar lugar a cuestiones desagradables. Yo todavía no las conozco, se lo aseguro, porque no he tenido tiempo aún de ocuparme de este asunto; pero lo he de hacer, en seguida, con gran interés y no menor cariño, pues esas

cuestiones, aunque pequeñas y sin importancia, como le he dicho, deben terminar y ya verá como terminan y muy pronto. Los españoles son en todas partes lo mismo; tienen un amor grande, muy intenso, a la Patria y ante ella, ante su conveniencia, sacrifican, no sólo amores propios, rencillas personales y las diferencias que entre ellos pudieran existir, sino también los intereses y la vida si es necesario.

***

Decía al principio de esta *interview*, que apenas se cambiaban con el Duque de Amalfi algunas palabras, se descubría, perfectamente, al caballero correcto, al hombre culto y distinguido. Ahora, después de haber pasado una hora hablando con él, estoy obligado a decir, sino he de faltar a la verdad y a la justicia, que el Duque de Amalfi es un gran patriota y uno de los diplomáticos más completos de cuantos he conocido, en este largo viaje por el extranjero.

Su labor, como Ministro de España en México, seguramente ha de ser altamente provechosa para los intereses de ambas naciones, siempre unidas entre sí, por estrechos vínculos de raza y por lazos de amistad que no podrán romperse jamás.

Mucho hablamos, en esta entrevista, de aquel Madrid incomparable, donde el Duque de Amalfi había pasado un mes, antes de embarcar para México. El me daba cuenta, con el entusiasmo propio de un patriota, de la prosperidad grande en que Madrid, como España entera, estaba y como tanto este Gobierno como los anteriores, trabajaba por resolver todos los problemas que en el país se iban suscitando, y como se ha restablecido, en todo el suelo español, la tranquilidad alterada por algunos vividores que no perdonaban medios de producir disturbios; vividores a quienes el pueblo iba conociendo perfectamente, y al conocerlos, no hacía caso alguno de sus predicaciones.

PRUDENCIA GRIFELL



Prudencia Griffel.

PRUDENCIA GRIFELL

En el capítulo de este libro donde doy cuenta a los lectores de la entrevista que en la Habana tuve, con el más grande de los actuales poetas españoles, con mi excelente camarada, Eduardo Marquina, le terminaba diciendo: "acompañado del soberano de la poesía, fuí a saludar a los soberanos del arte escénico, María Guerrero y Fernando Mendoza, quienes me hicieron calurosos elogios de México y de la cultura de este país, a donde piensan venir pronto, muy pronto, para despedirse del pueblo mexicano, de quien conservan gratísimos recuerdos."

Ocurría esto en el mes de Octubre del año próximo pasado. Regresaban entonces estas dos eminentes figuras del teatro español, de la gloriosa *tournée* artística que habían hecho por toda la América Central y antes de tomar el barco que había de conducirlos a España, estaban dando unas cuantas representaciones, muy pocas por cierto, en el Teatro Nacional de la Habana, donde se les tributaron ovaciones delirantes y se les aclamó con frenético entusiasmo.

Jamás olvidaré el espectáculo, verdaderamente hermoso, que presencié en la Habana, la noche que María Guerrero y Fernando Mendoza se despedían de aquel público. Aquella noche, María Guerrero estuvo como nunca: fué una noche de esas felices que tienen los artistas, y el público que la escuchaba, que la admiraba, loco de entusiasmo, de pié, aclamaba, sin cesar, a la reina de la escena, a la soberana del arte, quien, emocionada,

emocionadísima, lloraba como una niña, pidiendo al público que cesase en sus aclamaciones, pues no podía resistir más tiempo aquellas demostraciones de cariño; pero éste, entusiasmado, loco, seguía aplaudiendo y al levantarse el telón nuevamente, María Guerrero apareció rodeada de toda la Compañía que la abrazaba y con el público la aplaudía.

El pueblo cubano, unido a la numerosa Colonia española que en la Habana reside y que es numerosa, no contentos aún con las ovaciones que a María Guerrero habían hecho en el teatro, la esperaron en la calle y cuando ésta apareció, cogida del brazo de uno de sus hijos, miles de personas aplaudían y miles de voces gritaban: ¡viva España! ¡viva María Guerrero!, mientras ella llorando, pálida como una muerta, de pié en su automóvil, agitaba el pañuelo y contestaba a aquellas manifestaciones de cariño y de entusiasmo.

¡Hermoso espectáculo! Siempre me he sentido orgulloso de ser español; pero en aquella noche, alejado de mi Patria, presenciando el triunfo de la compatriota admirada, de la mujer española, me sentí mucho más y muchas veces las lágrimas acudieron a mis ojos.

La última vez que hablé con María Guerrero en su *camerino* del Teatro Nacional de la Habana, fué el día aquel en que me acompañaba Eduardo Marquina. Cuando la dije que antes de regresar a España pensaba venir a México, pues tenía grandes deseos de conocer estas tierras de las que tantos elogios había oído hacer y donde mis antepasados habían ganado su fortuna, me encargó que no dejase de ver trabajar, si tenía ocasión para ello, a dos grandes actrices que aquí había; una mexicana, Virginia Fábregas y otra española, Prudencia Grifell. A las dos he tenido la satisfacción de admirar, en el teatro, durante mi estancia en la bellísima capital de México.

A Prudencia Grifell y a Virginia Fábregas, las había visto trabajar, las había estudiado María Guerrero. De ellas, de sus facu tades artísticas y de la labor que en

América están realizando, me hizo muy calurosos elogios y por lo tanto, cuanto yo pudiera decir de estas dos aplaudidas artistas, ningún valor había de tener, después de haberlas juzgado una autoridad tan respetada, en el mundo escénico, como lo es la eminente actriz María Guerrero y después de haber sido tan encomiásticamente aplaudidas, por los críticos teatrales de todos los países donde ellas han trabajado.

Con Prudencia Grifell y con Virginia Fábregas quise celebrar una *interview*, para obtener de ellas declaraciones que, seguramente, habían de ser muy agradables a los lectores de este libro; pero Virginia Fábregas, por razones que no he acertado a explicarme, después de habérmelas ofrecido, no pude conseguir de ella me las hiciera.

En cambio Prudencia Grifell, tan pronto como le hice la petición, me recibió con gran afabilidad y a mi disposición se puso para contestar cuantas preguntas tuviera por conveniente hacerle.

A ella fuí presentado por un joven de la aristocracia española, por Mariano Barreda, vizconde de Oxandon, a quien calaveradas propias de jóvenes, le habían traído a este país, donde se había visto obligado, para poder vivir, a trabajar en el teatro, habiendo sido admitido por Prudencia Grifell en su Compañía, y donde bajo la dirección de esta, va haciendo progresos y consiguiendo triunfos. Mariano Barreda es nieto de aquellos venerables Marqueses del Robrero, y sobrino carnal de los Grandes de España, Marqueses de Benemegis de Sistallo, que tantas veces me habían honrado invitándome a las fiestas que, durante los meses de verano, daban en el suntuoso palacio que en Santillana del Mar poseían.

Muchas gracias—me apresuré a decir, a la señora Grifell, apenas a ella fuí presentado, en su *camerino* del Teatro Colón, donde trabaja—, por la atención que ha tenido al acceder a mi pretensión de celebrar con usted una *interview*, y la prometo que he de procurar molestarla el menos tiempo posible con mis preguntas.

—Nada tiene que agradecerme—me contestó la emi-

nente actriz, al mismo tiempo que me tendía su mano, por mi besada con gran respeto—, antes al contrario, me considero muy honrada al tener el gusto de recibir, en este modesto *camerino*, a un periodista español; ¡se presentan tan pocas ocasiones para esto! Crea que cuantas veces he conseguido hablar con periodistas españoles, he experimentado una gran alegría, porque ellos me han traido noticias de España, del movimiento literario y artístico en mi Patria, de autores y actores a quienes admiro y a quienes estudio, en fin, de la Patria entera, a la que no sé cuando he de poder volver.

Prudencia Grifell, en cuyo semblante había notado antes gran alegría, empieza a entristecerse visiblemente y tapándose su bellísima cara con ambas manos, calla: Barreda que estaba presente, me mira muy entristecido, y calla también. Todo esto fué cosa de un segundo, pues Prudencia se repone en seguida y sin poder disimular que ha hecho esfuerzos grandes para contener las lágrimas, sigue hablando, con gran entusiasmo, de España, contándome cosas muy curiosas que le habían ocurrido en los teatros de Valencia, Barcelona, Sevilla y otros donde ella había trabajado, como tiple de zarzuela, antes de venir a México.

—Según eso, ¿hace mucho tiempo que salió usted de España, señora Grifell?

—Quince años; pero quince años que me han parecido siglos. Y no es porque me haya ido mal en México, no, sería injusta si esto dijese; pero ya sabe usted lo que es el cariño patrio y cuanto desea uno volver al país donde nació. Aquí en México me han querido mucho, mucho, más de lo que yo merezco: aquí he aprendido lo poco que sé y a ello me ha animado este incomparable pueblo mexicano que me quiere mucho, muchísimo, repito, y por eso me aplaude, con tanto entusiasmo como cariño, y yo que soy agradecida, he estudiado, con empeño decidido, para ver si podía corresponderle, haciendo llegar hasta ellos la emoción o la alegría que los autores de las obras en ellas habían puesto.

—Dadas sus poderosas facultades, ¿no le habrá sido eso difícil?

—No me ha sido difícil, no señor; pero no ha sido por mis facultades, que no son poderosas ni mucho menos, sino por la bondad de este público que suplía todas mis deficiencias y por su cultura que le hacía comprender la grandeza y sublimidad de las obras, a través de mis pobres facultades artísticas.

—¿De modo que tiene usted grandes deseos de volver a España?

—Grandísimos, no hay palabras posibles para dar a comprender cuántos y cuales son los deseos que tengo de volver a mi Patria. Crea usted que ni la misma muerte me asustaría, sino fuera por el horror que me causa pensar que ella puede sorprenderme, sin haber realizado mi aspiración, única, constante; sin haber vuelto a España, a mi Patria, cada día más suspirada y querida. Pero. . . . .no puede ser; el viaje cuesta mucho, cada día más y yo no tengo dinero: ¡qué le hemos de hacer! Dios lo dispone así y cúmplase su voluntad.

—Pero con tantos años en América, habiendo sido solicitada por las grandes empresas teatrales, mimada por el público, de quien ha sido la verdadera soberana, ¿no ha podido ganar dinero?

—Sí, he ganado mucho, muchísimo dinero; pero contrariedades, desgracias en los negocios, mis muchos gastos, mis muchos hijos . . . qué sé yo; no hablemos de esto, cuyo sólo recuerdo me entristece y me pone de mal humor. Lo cierto es, amigo mío, que no tengo ahorrada una sóla peseta, ahora que era cuando más falta me hacía, pues supongo se habrá usted dado cuenta perfecta de cómo están los negocios teatrales en México, donde ha habido momentos que he llegado a creer si este público, que tanto me ha querido, me había vuelto la espalda; pero después he podido convencerme que no es esto, pues otras Compañías de este género, que aquí están funcionando, arrastran, poco más o menos, la misma vida que la mía.

—No puedo creer, señora Grifell, que el dinero sea la única causa por la que usted haya dejado de ir a España, pues si esa fuera, la Colonia española en México, tan rica como es, conociéndola a usted como la conoce y sabiendo sus méritos y la labor por usted realizada, seguramente había de facilitarle lo necesario para ello.

—Pues créalo usted, amigo mío. Le he dicho a usted que tengo deseos grandísimos de ir a España; le he dicho también que no tengo una peseta, así como suena, ni una peseta, y esta es la única causa por la que no puedo. La Colonia española de México es muy rica y numerosa; de ella, de mis paisanos todos, estoy agradecidísima, pues, con sus aplausos y con sus cariños, me han animado mucho en mi carrera y esto me ha bastado siempre.

Me habla usted de mis méritos y de la labor por mí realizada. Mis méritos, como le he dicho antes, son bien pocos por desgracia; ahora bien, si considera usted como méritos, haber puesto todaslas potencias de mi alma para defender el teatro español y en luchar, con todas mis energías, para que las obras de los autores españoles triunfasen, entonces sí, entonces los tengo y muy grandes, porque esa ha sido precisamente mi ilusión, mi ansiedad y mi preocupación constante.

Usted no puede darse una idea del gozo que yo experimento al estar trabajando en una obra española, cuando veo entre el público a mis paisanos, a los españoles y noto en ellos la emoción, la vida de la Patria, que yo me he esforzado en hacer llegar hasta ellos; crea usted que en aquel momento siento en mi corazón una alegría tan grande, tan intensa, que a ninguna otra puede compararse y por ninguna la cambiaría. Con esto me considero lo suficientemente pagada y jamás le he pedido a mis paisanos, a la Colonia española, otra cosa; bien es verdad que no lo necesitaba.

—¿Entonces, usted tiene muy especial predilección, por las obras teatrales de autores españoles?

—Si señor, no lo puedo remediar. Ahora mismo hay quien dice que es preciso llevar al público por otros

derroteros: que es necesario dar a conocer obras francesas, italianas, inglesas, qué se yo; hasta hay quien afirme que ellas son las que gustan más al público mexicano; pero no, eso no es cierto; al público mexicano, le conozco muy bien, le gusta el teatro español, con gran preferencia a los demás; pero créame usted, si yo estuviera equivocada, si el público desgraciadamente se fuera por el camino ese, al que pretenden arrastrarle algunos actores, yo me retiraría de la escena y me iría a ganar el pan para mí y para mis pobres hijos, siendo doncella de una casa, cocinera o portera. ¡Sirvo para tan pocas cosas!

—Vamos Prudencia; yo creo que vé usted las cosas a través de unos pesimismos para los que no hay motivo alguno, ¿porqué no celebra un beneficio y en él verá usted cómo el público, este público que tanto la quiere, le demuestra, bien claramente, sus simpatías?

—¡Mi beneficio! . . . Si supiera usted que vá a ser dentro de muy pocos días, y quizá sea esto lo que me tiene más entristecida. Estoy tan acobardada, tan distinta de como he sido siempre, que, créalo, yo misma no me conozco. ¡Mi beneficio! . . . . Sí señor, sí, va a ser dentro de muy pocos días, como le digo; pero no sé si vendrá gente; ya ve usted como está siempre este teatro. Por cierto que, en mi beneficio, voy a estrenar una obra de Benavente, "Los Cachorros", escrita por este autor para el último que ha hecho aquella gran actriz española, María Guerrero, a la que profeso tan gran cariño como admiración.

—¿Le gustan a usted las obras de Benavente?

—Es el autor que más me gusta; sus obras son las que más siento y en ellas es donde con más entusiasmo trabajo. ¡Ay, si yo algún día tengo la dicha de ir a España! ¡Si allí, en aquellos teatros de Madrid, pudiera yo trabajar algún día! Entonces estudiaría, trabajaría, pondría a contribución mis facultades todas, hasta ver si podía conseguir que Don Jacinto escribiese una obra para mí. Pero considero tan imposible esto, como mi viaje; crea que si pudiera ir andando a España, con mis hi-

jos estaría ya por esos caminos; pero ni esa esperanza me queda . . . .

Prudencia Grifell, vuelve a ocultar su rostro, que ha tomado una palidez muy pronunciada, con las manos y calla. Barreda, que ha estado presente durante toda la entrevista, se levanta precipitadamente del asiento y sin despedirse se va. Cuando salgo por la puerta del *camerino* de Prudencia Grifell, observo que metiendo la mano en su bolsillo, saca el pañuelo y se lo lleva a los ojos.

¡Espectáculo triste, que me hizo recordar aquel otro, tan distinto, que presencié en la Habana la noche que se despedía de aquel público la gran actriz María Guerrero!

También yo callé y apenas Prudencia Grifell, la eminente actriz española tan aplaudida del público mexicano, retiró sus manos y dejó ver nuevamente su rostro, de ella me despedí, pidiéndole mil perdones por el mal rato que le había hecho pasar con mis preguntas, impertinentes sin duda alguna; pero bien sabe Dios que no fué esa mi intención y por eso creo ha de saber perdonarme Prudencia Grifell, quien repetidas veces me aseguró, al despedirme, que no era mía la culpa sino de ella, a quien no la habían dejado dominarse "sus malditos" nervios.

***

La eminente actriz Prudencia Grifell, gloria del arte escénico, tan mimada y aplaudida por cuantos públicos ha visitado, está triste; siente la nostalgia de la Patria, a la que quiere volver cuanto antes; pero no puede hacerlo: la falta de dinero se lo impide.

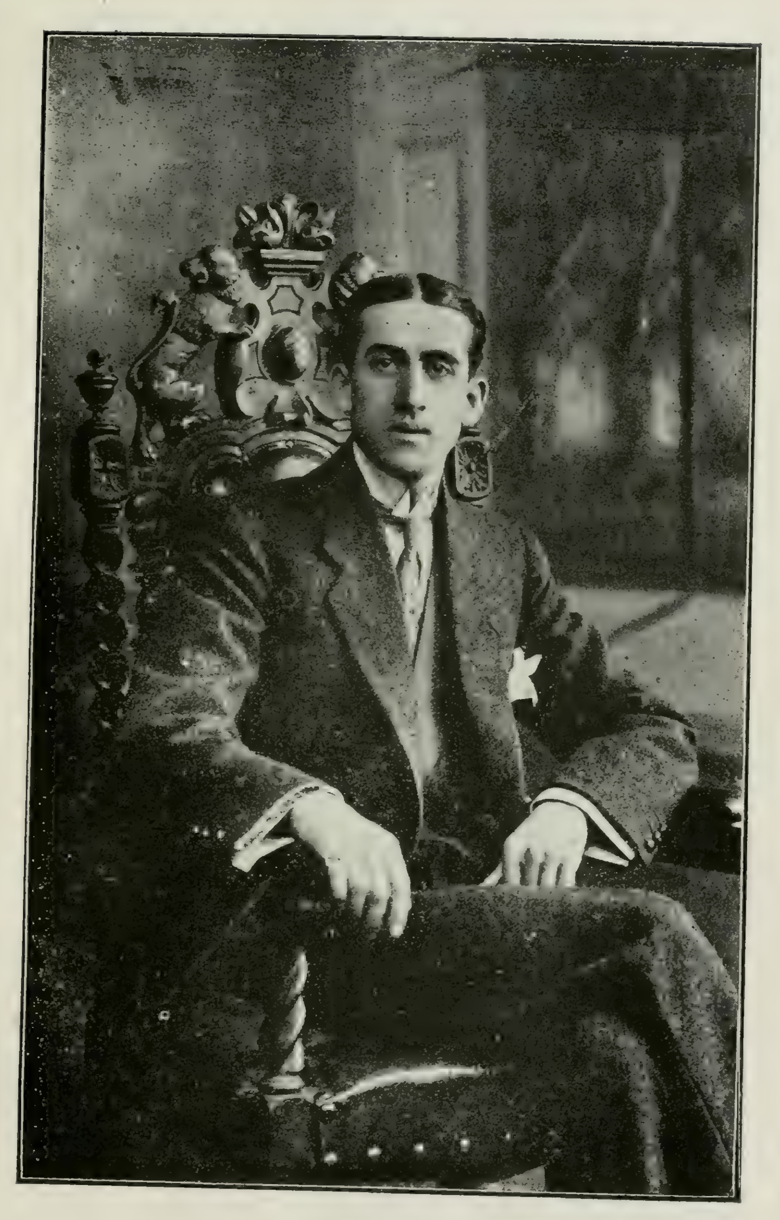
Prudencia Grifell, aun cuando claramente no lo dice, tiene el presentimiento de que la muerte va a sorprenderla, sin haber vuelto a España, su Patria adorada, y esto no puede ni debe consentirse.

Si alguna vez he sentido no tener el prestigio suficiente para dirigirme a mis paisanos, los españoles todos residentes en México, y la influencia suficiente para poder pedirles un favor, es hoy.

Si estuviese en España, en Madrid, en aquel pueblo donde tanto entusiasmo se tiene por los artistas y a los que se quiere con amor entrañable, acudiría a mis compañeros, los literatos y periodistas, para pedirles que me acompañaran a llegar hasta las gradas del Trono y decir al Rey, que tanta protección dispensa al arte y a los artistas: "Señor, en América hay una actriz española que se ha pasado la mejor parte de su vida dando días de gloria al arte español; que ansía volver a España y no puede hacerlo por falta de dinero".

Pero como esto es imposible, me atrevo a dirigirme a su dignísimo representante en México, al Excmo. señor Duque de Amalfi, literato insigne, caballero sin tacha, y le pido que estimule a los españoles, en México residentes, para que ayuden a Prudencia Grifell. Su beneficio se va a celebrar pronto, muy pronto y esa noche, los españoles, presididos por el Ministro, deben llenar el teatro, y con sus aplausos animar á la excelsa artista que tan alto ha sabido mantener el teatro español, y con su dinero deben ayudarla a realizar su aspiración constante, que no es otra sino ir a España.

LUIS G. BARREIRO



Luis G. Barreiro.

LUIS G. BARREIRO

En Veracruz conocí a este celebrado y muy aplaudido actor cómico mexicano. En un teatro de aquella culta población estaba trabajando, y a él me presentó un amigo cariñoso.

Desde que nos hablamos simpatizamos y desde aquel mismo día somos amigos. Durante mi estancia en Veracruz, todos los días tomábamos café juntos, y cuando sus ocupaciones y las mías nos lo permitían, pasábamos el tiempo dando largos paseos por la playa, o hacíamos excursiones a los pueblecitos inmediatos que son muy pintorescos.

Cuando Luis G. Barreiro terminó su contrata en Veracruz, vino a México; días antes lo hice yo también y desde entonces, no ha habido un solo día que hayamos dejado de vernos.

Luis G. Barreiro es un hombre joven, alto y seco como una *miss* inglesa, distinguido, elegante, culto y de una gracia natural inimitable. En el teatro y en la calle, las mujeres le aplauden y le dirigen miradas muy expresivas y los hombres le aplauden también y le saludan. Barreiro en México, es como el gran Chicote en Madrid, popular y extraordinariamente querido, aplaudido y mimado por el público, que es suyo como de nadie.

Barreiro en el teatro tiene una vis cómica admirable y una gracia natural que encanta. Apenas sale a escena, las gentes sueltan la carcajada y mirándose unas a otras se dicen: "ya está ahí Barreiro". Los mutis, son el secreto que tiene para electrizar al público.

Luis G. Barreiro, en sociedad, es un hombre correctísimo, fino, elegante; pero no con esa elegancia que se compra en la sastrerías de «buen tono,» sino con la elegancia natural, *sic*, innata en el individuo. Sin ser esclavo de la moda, va siempre irreprochablemente vestido y cuando se le vé por estas calles con su *chaqué* de paño obscuro, chaleco del mismo color, pantalón negro, con rayitas blancas casi imperceptibles, sombrero de copa, guantes claros en la mano izquierda y en la derecha finísimo bastón con puño de concha, parece uno de aquellos elegantes que se ven en el Bosque de Bolonia de París, los días de las grandes carreras.

Siempre lleva en el dedo meñique de la mano izquierda un anillo, con sus iniciales entrelazadas; anillo misterioso, que debe tener para Barreiro recuerdos grandes, tristes o alegres, no lo sé, porque este anillo para todos es un secreto; pero recuerdos al fin. Lo cierto es que esta es la única alhaja por Barreiro respetada, pues las demás, con mucha facilidad y con más frecuencia aún, busca Barreiro a uno de esos *banqueros* que tanto abundan en las grandes poblaciones de Europa, Asia, Africa, América y Oceanía, para que se las guarde en sus cajas.

Luis G. Barreiro, en el teatro, en su vida pública y en su vida privada, es un hombre feliz; envidiable por todos conceptos. Para él, no se ha inventado todavía nada que pueda causarle tristeza, ni suceso que le haga perder su buen humor: nada para él tiene importancia. Sólo le preocupa una cosa, hacer reír al público; lo demás le tiene absolutamente sin cuidado. La guerra europea, la crisis económica mundial, los grandes acontecimientos políticos, los graves problemas religiosos, el gran número de jóvenes yanquis que han llegado a México, sin duda alguna huyendo del servicio militar o para ensayar esa prodigiosa política de «penetración pacífica,» predicada recientemente por Wilson, ya que nada puede haber tan pacífico como no querer ir a la guerra y estar sentados constantemente en los bancos de la Alameda,

los muchos fotógrafos que en esa misma Alameda han instalado sus gabinetes de trabajo, las elecciones generales que se avecinan, la suspensión de las corridas de toros, la cuenta del hotel, el discurso de Wilson a los periodistas mexicanos; esto para Barreiro no tiene importancia alguna.

Luis Barreiro, que estudia constantemente la manera de hacer reír a la humanidad, observa escrupulosamente aquel precepto cristiano de "al prójimo como a tí mismo". Por esto él busca la manera de hacerse a sí mismo la vida agradable, de no tener penas, y después de haber hecho un concienzudo estudio, ha visto que el mejor medio para conseguirlo, es tomando esta herencia de la vida a beneficio de inventario, aceptando de ella lo agradable y despreciando, con el más soberano de los desprecios, todo cuanto pueda hacerla amarga.

Hoy ha entrado en mi gabinete de trabajo muy serio y esto me alarmó, pues es la primera vez que así le he visto.

Vengo—me dice con cierta gravedad—a ponerme a su disposición, para que tengamos esa *interview*, tantas veces por usted solicitada; pero he de advertirle que ha de ser muy breve, pues son las once menos diez minutos; a las once, en punto, tengo ensayo y ese Pepe Díaz Conti, aun cuando es tan bondadoso y amable como el mismo Papa Benedicto XV, en esto de la puntualidad es intransigente y bravo como un soldado alemán. No me mire usted con esa extrañeza—añade—; pronto y al grano; ¿qué desea usted saber de mí, para contárselo a los lectores de ese libro que, por la tardanza en aparecer, va resultando la obra aquella famosa del Escorial que tienen ustedes en España?

—Hombre; lo primero que necesito de usted es un poco de seriedad, ¿le parece mucho esto?

—Entonces hemos concluído; eso es pedirme casi un imposible; pero en obsequio a usted, voy a intentar complacerle, con la condición de que me complazca usted

también a mí; siendo breve y disparándome en seguida la primera pregunta.

—Allá va—¿Qué tiempo lleva usted en el teatro?

—Yo—dice Barreiro quedándose un instante pensativo—toda mi vida; nací cómico y pienso morir cómico. La obligación del cómico, ¿cuál es? Hacer reír, ¿verdad? Bueno, pues yo estoy haciendo reír desde que nací; pregúnteselo usted a mis tías Pepa y Lupe y ellas se lo dirán. Ya lo sabe usted; y venga otra preguntita.

—¿Qué autor le gusta más, amigo Barreiro?

—El que más haga reír, a mí el primero y al público, a quien quiero con toda mi alma, después, porque ya sabe usted que "la caridad bien entendida, empieza por uno mismo."

—No tiene usted ganas de ir a España?

—Sí, muchas, muchísimas, para ver si allí puedo perfeccionarme en el modo de hacer reír, de llevar la alegría al público: por eso tengo grandes deseos de ir a Andalucía, a Sevilla sobre todo, pues allí me han dicho que la gente, hasta en los entierros arma juerga; pero para volverme después a México, a este México para mí incomparable, pues fuera de él, no encuentro alegría posible Y. . . . adiós, que Díaz Conti es un tirano, en esto de la puntualidad, y por unos minutos le pone a uno los frijoles más altos que el volcán de Popocatepetl.

Con la palabra en la boca me dejó Barreiro y se va, mientras yo me quedo diciendo, para mis adentros; este Barreiro es incorregible; pero como actor cómico, es de los más notables que yo he conocido. Talento, cultura, simpatía, figura, vis cómica: todo lo tiene este artista; por eso no le ha sido difícil triunfar.

PABLO GONZALEZ



Pablo González.

PABLO GONZALEZ

El General Pablo González, que hasta hace poco tiempo tuvo gran popularidad entre el pueblo mexicano, está hoy muy retraído y de él se habla, en la actualidad, muy poco. Tenía grandes deseos de conocerle y de escuchar su opinión sobre el estado actual de la gran República Mexicana. Tan pronto como llegué a México, quise visitarle y para ello fuí a la inmediata ciudad de Tacubaya, donde reside este prestigioso militar.

Tiene el General Pablo González de Secretario particular, al antiguo y batallador periodista, hoy Coronel del Ejército, don Juan Sarabia, que tanto y tan bravamente luchó en defensa de los ideales revolucionarios, durante la administración de don Porfirio Díaz, habiendo estado encerrado muchos años, por esta causa, en las mazmorras de Ulúa.

El fué quien me presentó al General, que me recibió con tanta amabilidad como cortesía; pero me hizo saber que estaba en aquellos momentos ocupadísimo y me rogó le diera por escrito las preguntas a que durante la *interview* había de contestarme. Así lo hice, y como no quería ser molesto al General, puesto que con tanta urgencia reclamaban su atención deberes ineludibles, de él me despedí. Pocos días después recibía contestadas dichas preguntas, y sin poner en ello mis manos pecadoras se las traslado a los lectores de este libro.

—¿Cree usted, mi General, que el pueblo mexicano secundará a los cabecillas Díaz, Zapata y otros, que han

levantado la bandera de rebelión contra el señor Carranza y su Gobierno?

—Los hechos han estado demostrando que los diversos cabecillas rebeldes que merodean por todo el país, residuos naturales de todo fuerte movimiento revolucionario, no cuentan con otros elementos que los que de tiempo atrás los han seguido y alguno que otro desesperado, que va a buscar en el bandolerismo lo que es incapaz de procurarse en una vida pacífica y honrada. El pueblo mexicano, propiamente dicho, la gran colectividad nacional que representa los elementos sanos, industriosos y conscientes del país, está poseída de un gran anhelo de paz, de orden y de reconstrucción, y comprende que la rebeldía Felixista, Villista, Zapatista, etc., no está inspirada por ideales superiores a los de la revolución triunfante, sino que representa solamente la expresión de odios personales y despechos de vencidos, con los que nada tiene que ver el alto y verdadero interés nacional. Esas gavillas enemigas, han podido subsistir, por encontrarse todavía el Gobierno en el período de organización, bien difícil y laborioso, después de tantos años de destrucción y de lucha; pero están llamadas a debilitarse y a desaparecer a medida que el Gobierno continúe su obra reconstructora y pueda, en virtud de ella misma, mejorar sus condiciones generales y llevar a la Nación al estado de normalidad que todos deseamos y esperamos.

—¿Puede decirme el General Pablo González, con la sinceridad que tanto y tan bien le caracteriza, si la República Mexicana, camina, con paso firme y seguro, hacia la tranquilidad absoluta y la trascendencia e importancia que pueden tener esos chispazos de insubordinación de las fuerzas leales, ocurridos en estos últimos tiempos así como, si los Generales y Jefes que los han ocasionado lo han hecho por ideas, o sólo ha sido por ambiciones y falta de honradez?. ¿El soldado mexicano es disciplinado, sufrido y valiente, mi General?

—Con las dificultades inevitables en todo pueblo, so-

bre todo un pueblo latino, después de un gran sacudimiento social como el de México, no cabe duda que nuestra República se encamina hacia la tranquilidad. Como digo antes, la subsistencia de grupos rebeldes, las conspiraciones abortadas, las sublevaciones vencidas, son fenómenos propios del período porque atravesamos, son los chispazos finales de la hoguera que está por extinguirse, son los resíduos de toda revolución. Es muy posible que entre estos rebeldes impenitentes o facciosos de última hora, haya algunos que sinceramente profesen un ideal, que obren por equivocación más que por maldad. El hecho de haber sostenido y servir al actual Gobierno, no debe turbar la serenidad de mi juicio para aceptar que pueda haber algo sincero y leal entre los enemigos, ni para declarar que todos sean unos monstruos sin la menor posibilidad de excepción. Considero, pues, que haya algunos sinceramente obcecados; pero en lo general, en lo fundamental de los movimientos rebeldes contra el Gobierno constituido de México, estimo que lo dominante es el despecho, la ambición personal fracasada, el odio de un disidente vencido, contra el que supo dominarlo y establecer una situación sólida ante la opinión pública. Respecto a las cualidades del soldado mexicano, han sido tradicionalmente reconocidas, hasta por extranjeros, que han hablado con elogio de su valor, abnegación y sobriedad.

—En el extranjero se viene diciendo, con mucha insistencia, que la situación económica de la gran República Mexicana es mala y que este país está en un estado de anarquía tal, que no se disfruta de la paz y tranquilidad necesarias, siendo muy deficientes las seguridades personales ¿qué me dice de esto, mi General?

—Como lo absoluto no existe, como la relativa es la característica de las cosas humanas, no diré a usted de una manera terminante si nuestra situación económica es buena o mala; pero sí podré manifestarle, con satisfacción, que estableciendo comparaciones, encontramos mucha mayor vitalidad, más aceptable situación económica

mica y mayores probabilidades de mejoramiento en México, después de siete años de guerra tremenda y destrucción de vidas e intereses, que en otros países que hayan sufrido por igual y hasta por menos tiempo una situación parecida. No es humanamente posible pasar casi intempestivamente, en unos cuantos meses, de la revolución más formidable a una tranquilidad paradisiaca; pero mucho se ha avanzado con volver al orden constitucional, iniciado el funcionamiento de las Instituciones, limitando las facultades de los funcionarios al ramo que a cada uno corresponde, trabajando enérgicamente en la reorganización y moralización del Ejército, y efectuando, en suma, constantes y vigorosos esfuerzos para entrar de lleno a un período de paz y tranquilidad. La anarquía ha terminado, la seguridad personal completa, que es el supremo bien de que puede disfrutar un ciudadano en los países civilizados y prósperos, aunque sin llegar a la perfección, que en ninguna parte existe, la está procurando alcanzar nuestro Gobierno, con todo género de esfuerzos, y es probable que rápidamente mejoren las condiciones en este sentido, que en la actualidad son ya bastante satisfactorias.

ESTEBAN B. CALDERON



Esteban B. Calderón

ESTEBAN B. CALDERON

El General Esteban B. Calderón, es uno de los revolucionarios mexicanos más antiguos y de más limpia historia, pues desde muy joven consagró todas sus facultades y energías a la defensa de los grandes ideales revolucionarios, de aquellos ideales que habían de traer, como consecuencia, la libertad del pueblo por él tan ansiada, la emancipación de la clase proletaria de la que era entusiasta defensor, y el engrandecimiento de la Patria a quien el General Calderón tenía y tiene consagrados todos sus amores.

Durante los días que en el Estado de Veracruz pasé en campaña, conocí a este bravo luchador, pues siendo gran amigo del General Heriberto Jara, había ido a pasar unos días en su compañía, y juntos salieron al campo para ver si conseguían batir a sus enemigos de siempre, a los enemigos de la Revolución.

El General Calderón es hombre joven, de constitución sana y robusta, de una resistencia física admirable, de carácter muy jovial y de una sencillez que encanta.

Sólo dos días estuvo con nosotros, en el campo el General Calderón, pues habiendo sido llamado por el Presidente de la República, salió precipitadamente para México.

Muchas veces intenté en estos dos días celebrar una *interview* con el General Calderón y muchas veces de él la solicité; pero siempre le faltaba tiempo, por lo menos así me lo decía para justificar su negativa, y jamás me la concedió. Pero un día que nos encontrábamos en la

estación de Paso del Macho preparándonos para salir al monte, se acercó al General Calderón un viejo soldado, a quien abrazó con mucho cariño, y los dos empezaron a recordar episodios de las batallas que juntos habían librado a las órdenes de los Generales Obregón y Diéguez, de quienes hablaban con mucho entusiasmo.

El General Calderón me llamó para presentarme al viejo soldado, haciéndome saber era un bravo veterano que había luchado siempre al lado de los verdaderos revolucionarios, estando todavía alerta, con el fusil en la mano, porque la obra de la Revolución, que era su obra, aun estaba amenazada por traidores a quienes era necesario batir hasta concluír con ellos.

Ahí le tiene usted—me decía el General, abrazando con gran cariño al humilde soldado que estaba alegre como un niño:—este es uno de aquellos rancheros, por los que usted me ha preguntado con tanta insistencia, que abandonaron su familia, su pobre hogar y sus tierras, aquellas tierras donde ni un palmo de ellas había que no estuviera regado con el sudor glorioso de su cuerpo, para venir a colaborar con nosotros en la gran obra de la Revolución, a pelear contra los tiranos que les habían tenido toda la vida oprimidos, y aquí está, peleando, sin descanso, al lado de sus compañeros, hasta ver consolidada por completo su obra, pues aun tienen miedo, les espanta y horroriza sólo el pensar que pudieran volver aquellos tiempos de oprobio, de esclavitud y de tiranía.

Cuando el General Calderon me hablaba, con tanto patriotismo como entusiasmo, de la vida militar de aquel valiente soldado, cuya mano estreché no solamente con respeto, sino con profunda veneración, me atreví a hacerle esta pregunta.

—Diga usted—mi General—cuando este bravo luchador vuelva a reunirse con su familia, vuelva a su casa a labrar las tierras aquellas que abandonó, si es que aun le quedan energías para ello, ustedes los revolucionarios intelectuales, los que con sus predicaciones y con su ejemplo le hicieron comprender que debía

lanzarse a la pelea para buscar el engrandecimiento de la Patria y la libertad, la santa libertad, a la que el hombre tiene perfecto derecho; ¿cuál es el premio que le tienen preparado?

—Veo que es usted muy hábil,—me dijo el General, con la bondad en él tan característica,—y quiere aprovechar esta oportunidad para conseguir las declaraciones que tantas veces y por tan distintos medios, ha procurado sacarme; pero tampoco esta vez lo conseguirá, pues voy a decírselo de una vez: quiero mucho a los periodistas; admiro su labor, cuando ella se encamina a educar e ilustrar al pueblo; pero soy enemigo de hacer declaraciones, y si voy a contestar a su muy intencionada pregunta, es no sólo por consideración a usted, cuya labor soy el primero en admirar, sino también por habérmela hecho delante de un soldado, quien seguramente desea no lleve usted duda alguna sobre la labor realizada por los revolucionarios honrados y dignos, que no se lanzaron al campo en busca de premios, ni mucho menos para conseguir aplausos, sino para cumplir el deber sagrado que todos los ciudadanos tenemos de buscar el restablecimiento de la Justicia, por mucho tiempo pisoteada y corrompida, y dentro de esa Justicia los derechos del hombre que, en absoluto, se le habían negado.

—Muchas gracias, mi General, y usted que ha sido fiel cumplidor de sus deberes, sabrá disculpar mi atrevimiento al hacerle la pregunta, pues con ello, sólo he pensado cumplir los que como periodista tengo tengo con mis lectores.

—Siga cumpliéndolos, amigo mío, pues al hacerlo así sentirá la satisfacción del deber cumplido, que con ninguna otra es comparable. Usted seguramente estará conforme conmigo en que la tierra no debe convertirse en un monopolio, pues esto entraña una injusticia social intolerable. Pues bien, ese monopolio estaba establecido en México, y los Gobiernos de la dictadura regalaban cientos, miles de hectáreas, entre sus amigos, sin tener en cuenta de quien eran ni a quien perjudicaba aquella dis-

tribución, y cuando estos infelices acudían a los Tribunales de Justicia para que evitasen tales despojos, como estos eran instrumento ciego de los poderosos, nada conseguían. Contra esto se levantaron los pueblos enteros y ya que no pudieron conseguir Justicia por el razonamiento y la súplica, fueron a buscarla por la fuerza, por las armas, ya que estas han sido siempre el instrumento a que han tenido que apelar los débiles contra la tiranía de los fuertes.

Ahí tiene usted una de las causas principales que los campesinos, los rancheros, tuvieron para acudir en auxilio de los hombres que nos habíamos lanzado a la Revolución, ya que ésta no buscaba otra cosa, ni defendía otro programa, sino satisfacer las aspiraciones justas del proletariado, consolidando la paz pública y acelerando todo lo posible el desarrollo de las riquezas en nuestro suelo.

Nosotros hemos defendido, y para que se cumpla está haciendo esfuerzos sobrehumanos el Gobierno, el establecimiento de una Ley Agraria liberal, magnánima, justa, que libre a los campesinos de la miseria, determinando la cantidad máxima de tierra que puede poseer una sola persona, o las entidades legalmente constituidas, obligando a los grandes terratenientes a fraccionar, dentro de un plazo legal, el excedente de sus terrenos y si el latifundista no quisiera convencerse de la justicia de nuestras peticiones, entonces, tenga usted la seguridad de que el Gobierno hará el fraccionamiento por medio de una expropiación forzosa, no arbitraria, sino sometida a una Ley, equitativa y justa, que señalará la indemnización a que el propietario de las grandes extensiones de terreno tiene derecho, siempre que justifique la legitimidad de la posesión de ellas.

El Gobierno hará la distribución de estas tierras, e irá creando así pequeños agricultores, a quienes entregará parcelas de terreno, buscando el complemento de esta magna obra, en la creación de Instituciones de Crédito Agrícola y refaccionarias, Bancos Mercantiles y de Descuento que vengan a facilitar, cuanto sea posible, el

dinero que los labradores necesiten, a fin de que no caigan en la maldita usura a que toda la vida han estado sometidos. Esto, la implantación de la Justicia, en toda su pureza, haciendo desaparecer por completo aquellos antiguos procedimientos y aquellas moratorias, nunca justificadas, para el proletariado; la creación de escuelas profesionales e industrales; el establecimiento de bibliotecas para que el obrero se instruya; la creación de centros recreativos donde los campesinos puedan encontrar, durante las horas de descanso, solaz para su espíritu; en una palabra, el mejoramiento moral y material del obrero, que ha estado siempre sometido no sólo a la tiranía, sino también a la privación absoluta de todos aquellos medios que pudieran contribuir a su civilización. Leyes sabias que señalen a los ciudadanos todos, sin distinción de clases ni condiciones, cuáles son sus deberes y en qué consisten sus derechos, y hombres rectos que se encarguen de aplicar aquellas leyes, haciendo que la justicia sea quien rija todas las acciones de los individuos.

Me preguntaba usted antes cuál era el premio que el Gobierno de la Revolución tenía preparado a éste—señalando al viejo soldado, que con los ojos muy abiertos y con gran atención escuchaba al General—y a los demás compañeros que, como él, tan bravamente nos han ayudado en la defensa de nuestros grandes ideales.

Pues bien, ninguno, absolutamente ninguno, de los buenos revolucionarios, desde el Primer Magistrado de la Nación, nuestro ilustre Jefe, Don Venustiano Carranza, hasta el último de sus soldados, hemos luchado por ganar premios ni por adquirir honores ni aplausos, como le decía anteriormente, sino por redimir al pueblo oprimido y tiranizado; pero si como premio se puede considerar lo que antes le he manifestado, ya sabe usted el que estos han conseguido, lo que encontrarán, cuando después de haber consolidado su obra, nuestra obra, abandonen el fusil, del que no están encariñados como a usted he oído, no afirmar, pero sí insinuar, muchas veces,

y vuelvan a sus antiguas labores, que no son otras, sino trabajar la tierra para hacerla producir frutos y con ellos mantener a sus familias y contribuir al engrandecimiento de la Patria, único fin que todos perseguimos.

Ya tiene usted contestada la pregunta, amigo mío; ahora voy a pedirle un favor, y este es, que no me haga ninguna otra, pues no he de decir una palabra más.

El viejo soldado, cuyo rostro se había animado, muy visiblemente, cuando con religioso silencio estaba escuchando al General, una vez que este hubo terminado, cuadrándose respetuosamente, le dijo:

—Me dá usted su permiso—mi General—para decir dos palabras a este caballero.

—Sí hombre, sí, las que quieras, contestó este.

—Mire usted, señor; a mi General Calderón se le ha olvidado contarle una cosa, y se la voy a decir yo. A los compañeros de mi mismo pueblo que están en este Regimiento y a mí, nos habían quitado las pequeñas tierras que habíamos heredado de nuestros antepasados. Cuando nos las quitaron, porque el Gobierno se las había dado a un señor que vivía en México, acudimos a la Justicia, presentado los documentos con los que justificábamos cómo aquellas tierras eran nuestras, habían sido de nuestros abuelos ¡más antes de nuestros abuelos, señor! toda la vida; pero la Justicia nos contestó que aquellos documentos no servían para nada, pues las tierras eran del Gobierno y debíamos entregarlas inmediatamente.

Entonces el señor Cura del pueblo, que era un buen hombre, nos aconsejó fuéramos a México, para hablar, si podíamos, con don Porfirio y decirle cuanto nos ocurría. Centavo a centavo, sin comer nos quedamos algún día para ello, fuímos reuniendo entre todos los vecinos el dinero suficiente para enviar a México una comisión de los que mejor sabían hablar, a fin de que vieran al Presidente de la República o a quien fuera, y pidieran justicia. Allá fueron, señor, diez hombres y de allí volvieron sin haber conseguido nada: en todas partes se burlaban de ellos, no les hacían caso y el Secreta-

rio de don Porfirio les dijo que no teníamos más remedio que entregar las fincas, pues aquellos papeles eran papeles muertos y no servían para nada.

El señor Cura nos decía cuando supo esto, que ya no había Justicia en la tierra: que aquello era una infamia de las más grandes y que cuando las cosas llegaban a estos extremos, se debía de buscar la justicia por todos los medios humanos, sean los que fueren. Entonces nosotros, cuando supimos que mi General Diéguez se levantó en armas para defender a los pobres, nos fuimos al lado suyo para pelear contra aquellos que habían apoyado a los malos Gobiernos, contra los que habían estado años y años chupándonos la sangre, robándonos todo cuanto era producto de nuestro sudor y de nuestro trabajo: yo, señor, salí a campaña con tres hijos; mi mujer, no nos quiso abandonar y con nosotros vino también; en la campaña me han matado dos hijos, mi mujer ha muerto......; pero bien está; para conseguir la justicia en la tierra, siempre tienen que morir inocentes.

El pobre viejo rompió a llorar y con la mugrienta manga de su guerrera se limpió las lágrimas. El General Calderón, emocionado, abrazó fuertemente al soldado y volviéndose hacia mí, con gran violencia, me dijo: Así son la mayoría de estos valientes a quienes sus antiguos usurpadores, sus tiranos, se atreven a llamar bandidos.

En este momento las cornetas tocan marcha y salimos cada uno para nuestro puesto. El viejo soldado, a quien no volveré a ver más seguramente, me tiende la mano que estrecho efusivamente entre las mías. Jamás olvidaré las palabras de aquel veterano "para conseguir la Justicia en la tierra, siempre tienen que morir inocentes."

***

El General Esteban B. Calderón, que ha desempeñado anteriormente puestos administrativos de gran responsabilidad e importancia, dejando en todos ellos gratísimos recuerdos, no sólo por su competencia e ilustra-

ción, sino también por su honradez acrisolada, que todos, absolutamente todos, reconocen, ha sido nombrado recientemente para el muy alto y delicadísimo cargo de Presidente de la Junta de Reclamaciones, creada por Decreto de 24 de Noviembre de 1917.

Este nuevo organismo, ha de resolver cuantas reclamaciones se han hecho, o puedan hacerse, por daños sufridos en las personas o en la propiedad, durante los movimientos revolucionarios, ocurridos en la República Mexicana, desde el año de 1910 hasta el de 1917, no sólo de los perjuicios causados por las fuerzas revolucionarias, o reconocidas como tales, por los Gobiernos legítimos que se hayan establecido en la República al triunfo de la revolución respectiva, sino también de los que ocasionaron las fuerzas de esos mismos Gobiernos en ejercicio de sus funciones y durante la lucha con los rebeldes, así como de aquellos causados por las fuerzas dependientes del llamado Ejército Federal, hasta que fué disuelto.

Importantísima, sumamente delicada y difícil es la labor encomendada al General Calderón en este nuevo cargo; pero dada su ilustración y las condiciones de moralidad, honradez, seriedad y buena fé que adornan a este revolucionario de ideas primero, más tarde bravo militar y hoy probo funcionario civil, seguramente ha de triunfar en su dificilísimo cometido, añadiendo así un nuevo y muy señalado servicio a la lista de los muchos que ha prestado a su Patria.

Muchas veces, durante mi estancia en México, he tenido la satisfacción de saludar al General Calderón, quien, seguramente, la primera reclamación en que ha de entender, estudiar y resolver, ha de ser la mía por no haber cumplido su palabra de hacerme declaraciones relacionadas con esta Junta de Reclamaciones, de la que él ha sido nombrado Presidente, por el ilustre Primer Magistrado de la Nación, Don Venustiano Carranza.

DEPARTAMENTO
DE APROVISIONAMIENTOS
GENERALES

DEPARTAMENTO
DE APROVISIONAMIENTOS
GENERALES

Que el ilustre Presidente de la República Mexicana, Don Venustiano Carranza, estudia y trabaja sin descanso en la organización y moralización completa de la Administración Pública de este país, al que está llevando con paso firme y seguro a la prosperidad y grandeza a que tiene derecho, es una verdad tan demostrada, tan claramente vista por el pueblo, que únicamente apelando a la calumnia, pueden sus enemigos combatirle y esto ha de ser, donde lo están haciendo, en el extranjero, pues aquí, siendo tan fácil la comprobación, nada con ello conseguirían.

Todos los días se están dictando Leyes y creando organismos que no tienen otro objeto ni persiguen otro fin, sino llevar a todos los ramos de la Administración Pública, una moralidad tan extricta, tan clara y tan pura, que no dé motivo, ni pretexto siquiera, para la más ligera duda, poniendo al frente de estos organismos personas reconocidas por su integridad, honradez e inteligencia, bien demostradas en cuantos servicios antes les habían sido encomendados.

Uno de los organismos últimamente creados por el Presidente de la República, ha sido el departamento de Aprovisionamientos Generales de la Nación.

De tal importancia le considero que no quiero terminar este libro sin dar a conocer a los lectores, aun cuan-

do sea muy a la ligera, el objeto y fin que se ha propuesto el Primer Magistrado de la Nación, al dictar la Ley por la que ha sido creado.

Si la importancia y grandeza de las Revoluciones estribara solo en arrasar, con la fuerza demoledora de las justicias populares, importante sería ciertamente su acción en el perfeccionamiento de los pueblos; pero será más grande, cuando, sobre cada institución derrumbada, se levanten otras nuevas, vigorizadas con el principio de la justicia y de la moral administrativa. Es por esto que la Revolución Constitucionalista al transformarse en Gobierno, ha procurado cimentar su prestigio y justificar perfectamente su actitud ante propios y extraños, creando y sosteniendo instituciones que tienden a impartir la justicia con diligencia y equidad, y a moralizar las funciones administrativas para reportar con ello mayor contingente de felicidad al pueblo.

Producto de ese ideal de normalizar la administración pública, bajo estrictas bases de honradez, es la creación del Departamento de Aprovisionamientos Generales.

La Ley sobre Organización de Secretarías y Departamentos de Estado, expedida el 25 de diciembre de 1917, creó el Departamento de Aprovisionamientos Generales, llamado a desempeñar una elevada función administrativa, introduciendo, a la vez que la estricta moralidad entre los encargados de efectuar las compras de todo lo que el Gobierno necesita, las mejores bases de economía de los fondos públicos, por este capítulo.

En los países notables por su buena organización política y administrativa, el Ejecutivo Federal, está auxiliado en sus elevadísimas ocupaciones por Secretarías y Departamentos de Estado. Despachan las primeras todos aquellos asuntos ligados directamente con la política del país, en sus relaciones interiores o internacionales, mientras los Departamentos de Estado, desligándose en su totalidad de los asuntos políticos, ven exclusivamente a la buena marcha de la administración públi-

ca. Así, entre estos últimos, tiene México el Departamento de Instrucción Pública o Universidad Nacional, el Departamento de Salubridad de la República y el últimamente establecido, el Departamento de Aprovisionamientos Generales.

En los Gobiernos del antiguo régimen, cada una de las Secretarías de Estado, Direcciones Generales y aún simples oficinas, de la República Mexicana, contaban con una sección destinada a aprovisionar a aquellos Departamentos de todos los útiles, maquinarias, muebles, enseres y objetos de escritorio, que les eran necesarios para llenar sus funciones. Dichas secciones, contaban, a la vez que con muchos empleados, con otros tantos Agentes de compras, Jefes de almacenes, de talleres, etc., etc.

Distribuída así la acción entre tantos individuos y oficinas similares, fácil será comprender la poca escrupulosidad que se tuvo en el manejo de los fondos nacionales y las múltiples facilidades que, en aquellos tiempos, se dieron a todos estos individuos para faltar a la probidad, por la carencia de una acción vigilante, que pudiese entenderse únicamente con normalizar tales funciones. El más escandaloso derroche de los dineros públicos, los frecuentes negocios al amparo de la administración, que daban por resultado el desprestigio necesario de ésta, eran la consecuencia necesaria de aquel estado de cosas. A la fecha, y con la creación del Departamento de Estado a que me vengo refiriendo, seguramente el Gobierno ha de obtener una positiva economía de treinta por ciento, sobre los caudales destinados a compras de aprovisionamientos.

Considerando, pues, como una urgente medida de disciplina moral y económica en la administración pública, el ilustre Presidente de la República, Don Venustiano Carranza, creó el Departamento de Aprovisionamientos Generales.

El Director de este nuevo organismo, tendrá a su cargo la adquisición, por compra o fabricación, de los elementos necesarios para el funcionamiento de todos los

Departamentos del Gobierno Federal, y unificará, hasta donde sea posible, las marcas, grados, calidad o clase de los útiles, materiales, equipos o enseres que se usen para las diversas Secretarías y Departamentos. Tan luego como un artículo o material, haya sido adoptado como tipo para el uso de todas las oficinas del Gobierno en general, todos los Departamentos, Direcciones, Oficinas y dependencias del mismo Gobierno, estarán obligadas a usar dicho artículo o material.

Establecerá el Director los talleres de construción y reparación que sean necesarios, y tendrá el derecho exclusivo de supremacía sobre todas las Direcciones, Departamentos y Oficinas que actualmente manufacturan equipos, materiales y útiles, así como sobre todas las imprentas de propiedad del Gobierno, y sobre cualquier otra clase de establecimientos, de la misma índole, que en lo sucesivo se establezcan.

Fácil es comprender la importancia del Departamento de Aprovisionamientos Generales, que vendrá a constituír propiamente un gran Centro Comercial, en sus relaciones con el público y las Secretarías, e Industrial en lo se refiere a los talleres de producción que va a organizar y fomentar el mismo Departamento.

El complejo movimiento de este Centro, será atendido por el ciudadano Director General, quien a su vez escuchará un Consejo Directivo, formado por los señores Oficiales Mayores de las Secretarías de Estado, el cual deberá fijar la cantidad y calidad de artículos que deben adquirirse para el consumo de las Secretarías de Estado; acordará las compras de todos los artículos, cuya adquisición corresponda al Departamento y, cuando el caso lo requiera, delegará sus atribuciones en el Comité Ejecutivo, quien a su vez vigilará el cumplimiento de lo acordado por el Consejo Directivo, haciendo uso de las facultades que este le haya conferido.

La Dirección del Departamento tendrá bajo sus órdenes diversas secciones: la Jurídica, para consultas del Director y los litigios que se susciten: la de Administra-

ción General, que despachará los negocios que forman el objeto de la Oficina; la sección de Establecimientos Industriales y Fabriles, que se entenderá con el comercio para la adquisición de materias primas u objetos no fabricados en los talleres oficiales, cuidando a su vez los talleres de reparación, los talleres gráficos y la sección de almacén, controlando todos aquellos que se refieran a depósitos de maquinaria, material para talleres gráficos, menaje, artículos de escritorio y libros en blanco, material de construcción y elaboración, artículos de refacción, reparación y librería. Tendrá además, sus secciones de Contabilidad y de Personal para completar el servicio.

Ardua es la tarea que el Gobierno acomete al organizar el Departamento de Aprovisionamientos Generales; pero importantísima y trascendental en alto grado, pues ella vendrá a resolver, en gran parte, el ideal de la moralidad administrativa, que es la base fundamental de un buen gobierno.

Dada la trascendencia e importancia de este Departamento, cuya creación había venido estudiando con muy especial cuidado el Presidente de la República, Don Venustiano Carranza, natural es que pusiese al frente de él, como Director o Jefe, a un hombre que reuniese condiciones excepcionales, no sólo de inteligencia y conocimientos administrativos muy superiores, sino también de honradez y moralidad bien probadas.

Desde el primer momento pensó en nombrar para dicho cargo al General Francisco J. Múgica, quien había prestado grandes servicios al Gobierno en el ramo de Administración, primero, organizando las Oficinas Federales de Tampico, en tiempos bien difíciles por cierto y más tarde, como Jefe de la Aduana de Veracruz, la más importante de la República, donde había logrado moralizar y organizar admirablemente todos los servicios.

Desde que el Presidente de la República, de quien depende directamente el Departamento de Aprovisionamientos Generales, ofreció al General Múgica la Dirección de este importantísimo organismo, conoció éste el

trabajo y la responsabilidad que el cargo llevaba consigo, pero, hombre disciplinado y gran patriota, lo aceptó y, con el celo y la diligencia en él tan características, ha empezado a desempeñar tan difícil cometido.

Mucho se puede esperar de las dotes que adornan a este bravo militar e inteligentísimo funcionario de la Administración Pública, quien en el desempeño de su nuevo cargo, seguramente ha de añadir un nuevo triunfo a los muchos que ha conseguido prestando servicios a la Patria.

ADOLFO CAMPOS



Adolfo Campos.

ADOLFO CAMPOS

Pocas revoluciones habrán sido tan duramente combatidas, como la llevada a cabo por el actual Presidente de la República, Don Venustiano Carranza, y pocos habrán sido tan insistentemente calumniados, como este ilustre Caudillo y cuantos ciudadanos pelearon a su lado, y bajo sus órdenes, defendiendo la causa por él con tanta tenacidad mantenida.

Durante los pocos días que, en el Estado de Veracruz, estuve haciendo vida de campaña y en trato constante con los Jefes y soldados de la Primera División de Oriente, pude admirar, bien de cerca, la lealtad, la disciplina y el patriotismo de las fuerzas revolucionarias, formadas, en su mayor parte, por ciudadanos de aquellos que al principio de la Revolución tomaron las armas para salir a la defensa de la Justicia y de la Libertad, combatiendo a los reaccionarios.

Cuando paso la vista por el *carnet* de notas, tomadas en aquellos días, no puedo explicarme el por qué de las campañas que contra el Ejército Mexicano, con tanto interés como constancia, se vienen haciendo, no sólo en el extranjero, por los enemigos del señor Carranza y de su Gobierno, sino también aquí, en el país mismo, por algunos que se llaman defensores del pueblo, pues la maldita política todo lo corrompe y envenena, sin respetar siquiera aquellas instituciones que son la base y el firme sostén de la Patria misma.

No hace aun mucho tiempo que en la Cámara de Diputados de la República Mexicana, un Representante del

Pueblo, atacó, tan dura como injustamente, al Ejército, habiendo salido en su defensa, con la valentía y el patriotismo que distingue todos sus actos, el ilustre Jefe del Gabinete del señor Carranza, don Manuel Aguirre Berlanga, quien pronunció un discurso elocuente y sincero, cantando las glorias de los nobles ciudadanos que se lanzaron al campo para defender, con las armas en la mano, los sanos principios revolucionarios.

A la vista tengo el número del "DIARIO DE LOS DEBATES", donde se publicó dicho discurso y de él tomo los siguientes párrafos:

"Tampoco nadie ignora, porque es público, el que en las rancherías, en las ciudades pequeñas y en los pueblos se cometen robos y asaltos contra las personas, validos muchos de los delincuentes, de la situación en que se encuentra el país, y a veces, hay que decirlo desde luego, no precisamente para defender al Ejército, porque a él no le es imputable el cargo artero que aquí se le hace, muchos de esos ladrones, muchos de esos asesinos, visten el traje militar para cometerlos; pero sin ser miembros del Ejército, sin ser soldados del Ejército Constitucionalista (aplausos) que han peleado y han derramado su sangre por establecer en la República Mexicana los principios de justicia, por establecer la libertad y conseguir el imperio de las leyes; ese Ejército del pueblo, ese Ejército formado por ciudadanos armados, que, abandonando todo: hogar, familia y comodidades, se lanzaron a la lucha, ofrendando heroica y desinteresadamente sus vidas y su sangre para volver a la República al régimen constitucional.

"Diariamente se calumnia al Ejército Constitucionalista, sin duda, porque hombres sin conciencia, criminales, rateros vulgares y reaccionarios, recurren a la estratagema de usurpar el nombre de nuestros militares, y vestir el glorioso traje de constitucionalistas, para cometer sus fechorías y hacer pasar a los militares como responsables de todos esos delitos. Hay algunos soldados y algunos jefes militares malvados; pero éstos constitu-

yen la excepción. Todo el mundo sabe, señores diputados, que es un ardid, que es una estratagema contra el Gobierno y contra las instituciones; que todos los reaccionarios procuran siempre atacar no solamente a los miembros del Poder Público, sino a los sostenedores de las instituciones, como lo es el Ejército. En esta ocasión el Ejército del pueblo, el Ejército de ciudadanos armados, que habiendo hecho a un lado todas sus comodidades y sólo guiados por la consecusión de un principio sublime, ha derramado su sangre y reconquistado los derechos de la sociedad y las instituciones de la República.''

No puede ni debe ocultarse, que entre los miles de ciudadanos armados que formaron el Ejército revolucionario, había, y aun hay algunos, con hábitos y costumbres no muy ajustadas a la honradez y disciplina que deben guiar los actos de cuantos están encargados de defender la Patria y velar por la seguridad de los habitantes del país, custodiando sus vidas y haciendas. Cierto es también que algunos Jefes y Oficiales encargados de estas fuerzas, no han sabido mantener entre ellas la severa disciplina, la honradez acrisolada y la lealtad firme a que estaban obligados y de las que daba y dá constante ejemplo el Primer Jefe Don Venustiano Carranza; pero esto ha ocurrido en todos los Ejércitos del mundo, y mucho más en aquellos que han surgido de grandes movimientos sociales. Los ciudadanos armados y los Jefes y Oficiales que en México han faltado a sus deberes, han sido los menos y en proporción muy insignificante, siendo la generalidad, modelos de disciplina y de hombría de bien en todos sus actos.

Repasando esta mañana el *carnet* de notas, antes referido, encuentro el nombre de un modesto soldado, del Coronel Adolfo Campos, y muchos datos de su vida militar, contados por sus compañeros de armas y fatigas. No quiero terminar este libro sin dar a conocer a los lectores la personalidad de este joven y bizarro militar, cuya hoja de servicios está llena de actos de bravura, de leal-

tad, honradez y disciplina, que le han elevado, desde la humilde condición de soldado, al grado de Coronel que hoy con legítimo orgullo ostenta.

Con cuantos soldados hablé, todos ellos me hicieron grandes elogios del Coronel Adolfo Campos, quien desde muy joven se lanzó a la lucha, para defender, con las armas, los principios revolucionarios y con ellos, las ansiadas libertades del pueblo y los derechos del proletariado.

Conmigo—me decía uno de aquellos veteranos que hoy pertenecen a la célebre Brigada «Ocampo»—se incorporó Adolfo al finalizar el año de 1910, como soldado raso, a las fuerzas que mandaba el hoy traidor Pedro Gabay y juntos luchamos en aquel combate, que dió como resultado la toma de la ciudad de Jalapa. En él dió pruebas de gran bravura Campos, pasando después a Córdoba, donde se estaba organizando un cuerpo rural y en este cuerpo fué nombrado Cabo por su buen comportamiento.

Juntos marchamos después a México, en febrero de 1912, y habiéndose sublevado en el camino, entre Esperanza y Chalchicomula, Pedro Gabay, tuvimos que sostener fuertes combates con él y los canallas que le siguieron, y también allí Adolfo se distinguió, de un modo extraordinario, no sólo por su valor, sino por su inteligencia y pericia. En aquel combate fuí herido—me añadió dicho soldado—y no volví a ver a mi compañero Adolfo, hasta que en 1914 me lo encontré, en Veracruz, siendo Teniente Coronel.

Otro soldado me contaba, con mucho entusiasmo, cómo Adolfo Campos se batió con los orozquistas en la Estación de Blanca Flor, durando el combate cuatro horas. Las fuerzas leales sólo éramos unos ciento ochenta hombres, mientras que los rebeldes ascendían a dos mil, habiendo sido hecho prisionero el joven Campos, logrando escapar, más tarde, valiéndose de muchas astucias, y después de haber andado escondido algunos días entre los montes, logró llegar a Torreón, presentándose

al General Aguilar, quien le recibió con grandes demostraciones de cariño, ascendiendo poco después a Sargento segundo y en otra lucha sostenida con los mismos orozquistas, primero en el rancho del Aguaje y más tarde en Chalchihuites, en batalla que duró dia y medio, ganó el grado de Sargento primero.

Con gran lujo de detalles, y no sin cierta gracia, me contaba este soldado aquellos combates, dándome cuenta de la bravura con que peleó Campos y la saña como perseguía al enemigo cuando este huía a la desbandada, diciéndome también el arrojo de este bravo soldado, en los momentos que las fuerzas del General Argumedo tenían sitiadas las fuerzas del citado General Cándido Aguilar, en Huejuquilla.

Por la confianza que Campos inspiraba a los Jefes,—añadió este soldado—le enviaron a buscar los haberes a Torreón, y a mí me enviaron para que le acompañara; pero habiéndose levantado contra Huerta, el entonces Mayor Agustín Millán, creyeron que Campos estaba con él complicado y nos hicieron prisioneros.

También esta vez logró escapar Campos; después supe que había llegado disfrazado a la Estación de Camacho, donde se encontraban las fuerzas del mismo Regimiento a que pertenecía Millán, a quienes hizo saber Adolfo que el Presidente Madero había sido asesinado y que debían secundar el levantamiento del Mayor Millán. Como estos dudaran, Campos siguió a México llegando allí después de muchos contratiempos y fatigas.

—De eso estoy yo bien enterado—dijo entonces un Oficial que escuchaba el relato del soldado—, pues en México me encontraba yo cuando llegó Campos: con él estuve buscando al General Cándido Aguilar, quien nos habían asegurado estaba allí y juntos marchamos a Córdoba, donde le encontramos en una finca llamada "La Luz."

Désde aquel entonces—añadió este Oficial—no me he separado de Campos; con él he hecho toda la campaña y puedo asegurar que ha luchado y ha sufrido por la Revolución como pocos. Ha tenido mucha suerte, mucha;

eso sí; pero ha trabajado como no puede usted formarse idea.

Yo le he visto en repetidos combates, materialmente envuelto entre los enemigos, luchando cuerpo a cuerpo con ellos: parecía imposible que no le mataran, pues mientras él seguía peleando, veíamos caer al lado suyo muchos compañeros muertos o heridos.

Ha tenido mucha suerte, mucha, repito; pero es también que a los verdaderos valientes, les sucede siempre lo mismo en cuantas luchas toman parte. Vé usted en la plaza un torero de esos bravos, valiente, que está siempre metido entre los cuernos del toro, y observará usted que cuanto más se acerca a él y más le castiga, menos cornadas le dá, pues el bicho no le alcanza por más tarascadas que le tire. Lo mismo sucede en la guerra; cuanto más bravo es el militar, cuanto más de cerca pega al enemigo, es más difícil que salga herido. Pero. . . es tan difícil también decirle al corazón que no tenga miedo.

Cuando oí expresarse en estos términos al oficial le pregunté;—¿Usted es mexicano?

—Sí señor—me contestó—mexicano y por nada del mundo dejaría de serlo; pero soy hijo de español, pues mi padre nació en Sevilla, de donde vino siendo aun niño a México. Tan pronto concluyamos con las gavillas de bandidos, que andan por esos montes sin querer dar la cara, pienso ir a España y conocer Andalucía, sólo para ver si mi padre me ha engañado, pues me dice que aquello es lo mejor del mundo; claro está que para mi padre el mundo es Sevilla e Irapuato, únicos sitios que conoce.

—Me dice usted que ha estado siempre al lado del Coronel Campos peleando; ¿cómo es que usted es Segundo Teniente y el es Coronel?

—Pues muy sencillo, señor, porque él es de los valientes, de los que se arriman, siendo además más instruído y más disciplinado que yo; pero sobre todo, que es valiente lo mismo que un jabato, como dice mi padre: pregunte, pregunte usted a todo el que le haya visto pelear, y verá como le habla de su bravura; sobre to-

do vea si puede preguntárselo a los rebeldes: quienes en cuanto oyen decir, "que viene Campos", huyen dejando hasta los zapatos.

—Habiendo sido usted compañero del Coronel Campos, ¿conocerá perfectamente su vida militar?

—Por lo menos desde que lo encontré en México, siendo sargento, sí señor.

—¿Quiere usted contarme algo de ella?

—Eso sería muy largo; además yo no tengo cabeza para recordar cuanto le he visto hacer a ese hombre, créalo. Mire usted, cuando después de muchas fatigas llegamos a Córdoba y encontramos al General Aguilar, que ya estaba enterado de cuanto ocurría, fuímos con él, sin perder momento, a Veracruz, embarcando con rumbo a Guatemala. Desde allí fuimos a New-Orleans, donde supimos que Don Venustiano Carranza se había puesto al frente de la Revolución y que estaba en Monclova. Inmediatamente el General Aguilar salió, y con él nosotros para ver si conseguíamos incorporarnos al Primer Jefe; pero al llegar a Eagle Pass, fuimos detenidos, por haber sido confundido nuestro General Aguilar con Emilio Vázquez Gómez, siendo puestos en libertad, pocos días después, gracias a las gestiones de nuestro Cónsul. Campos no tenía otros deseos, no hablaba de otra cosa, más que de llegar donde estaba el señor Carranza para pelear en su defensa; siempre decía que no tenía otros temores, sino que le hicieran prisionero. Por fín el catorce de Abril, me acuerdo como si fuera hoy, llegamos al campamento del Señor Carranza y a él nos presentamos.

Desde entonces no es posible contarle a usted las batallas en que ha tomado parte el Coronel Campos, ni yo puedo acordarme. Ni un sólo día, ni un momento de descanso ha tenido: a las órdenes del General Aguilar, y con el grado de Capitán segundo, organizó las fuerzas de Coahuila, San Luis, las tres Huastecas y no sé cuantas más. En esa época peleó en muchas acciones de guerra; pero las principales fueron las de la Toma de Túxpan y la de Tamiahua, que duró once días. No quiero decir a usted

como peleó allí el Coronel Campos, ni sé como pudo librarse de la metralla que sobre él caía: nada que, como le he dicho antes, tiene mucha suerte. Por este hecho de armas y otros muchos, en que tomó parte el General Aguilar, que para conceder grados era de lo más duro, le ascendió a Mayor, pues el de Capitán primero lo había conseguido Campos en otras batallas no menos reñidas.

Estuvo en la toma de Chicontepec, Tantoyuca, Raya Oscura, que allí sí que estuvo oscura la cosa, pues duró el ataque once días sin descansar, Túxpan y qué sé yo cuantos más, incluso Misantla que costó tomar la plaza muchos días y no pocas vidas. Más tarde, en Agosto de 1914, entramos en Jalapa, después de haber pasado fatigas sin cuento; crea usted que yo, y conmigo muchos compañeros, sino hubiera sido por lo que nos animaba nuestro Jefe el señor Campos, no hubiéramos seguido: aquella vida era imposible; pero como todos lo queríamos mucho, le seguíamos a todas partes. Así es que cuando fué en comisión al lado de mi General Jara, que era Gobernador del Distrito Federal, todos nos queríamos ir con él; muchos conseguímos ir y allí volvimos a verle pelear con la misma bravura de siempre. En Xochimilco, Santa Cruz y San Gregorio, se batió muy duramente contra los enemigos, hasta que nos hicieron evacuar la Capital de la República.

Después, y siendo ya Campos Jefe del Estado Mayor del General Jara, a las órdenes de éste, de Aguilar y Millán, tomamos la plaza de Veracruz, habiendo sido Campos, al poco tiempo, y siempre por méritos de guerra, ascendido a Teniente Coronel.

Más tarde, con la Brigada «Ocampo», fuimos a Yucatán: no quiero decirle a usted nada de aquella campana, ni de como peleó allí Campos; era incansable, bien es verdad que llevaba la Brigada «Ocampo»; no olvide usted eso, pues como esta Brigada no había otra, estando además mandada por mi General Jara, quien combatiendo a los enemigos, no hay quien le iguale ni quien le rinda. Pregunte, pregunte usted a cuantos militares

fueron a la campaña de Yucatán, y seguramente todos le dirán que el peso de toda ella lo llevó la Brigada «Ocampo.»

Terminada esta campaña, exigencias del servicio hicieron necesaria la división de esta Brigada, quedando la mitad en el Estado de Veracruz y estas fuerzas, con el Teniente Coronel Campos, pegaron muy duro a los rebeldes en los combates de Noalingo, Paso del Toro, Palo Blanco y qué sé yo cuantos más, habiendo sido Campos ascendido, por méritos de guerra, a Coronel.

Cada día era más querido de sus Jefes y más admirado por su valor y buena táctica militar. Por la confianza que les inspiraba, le mandaron en comisión a llevar pertrechos de guerra al General Don Alvaro Obregón, que se encontraba en Celaya, y de regreso, nos quedamos dando duro a los zapatistas en el Estado de Morelos, consiguiendo Campos, en esta campaña, nuevos triunfos. En los primeros meses de 1916, si no me es infiel la memoria, fué nombrado Jefe accidental de la Brigada «Ocampo», tomando más tarde el mando del 14 Batallón, formado con los valientes veteranos de esta Brigada que, vuelvo a repetir, es una de las mejores del Ejército Mexicano: crea usted que con estos soldados se va a todas partes.

Me parece que no se podrá usted quejar de mí, creo le he dado ya bastantes datos del Coronel Campos; pero seguramente si le preguntara a mi General Jara, aun le diría mucho más, pues él es quien conoce bien la historia completa de este militar que ha luchado como pocos y por eso todos los revolucionarios le queremos mucho. Ahora le voy a pedir un favor—me dijo este simpático Oficial—y este es, que cuando vaya usted a España o escriba en los periódicos de aquel noble país, diga cómo hemos peleado y peleamos los ciudadanos revolucionarios de México, y dígales también cómo han tenido que trabajar los Generales y Jefes, para conseguir los grados que hoy ostentan. Cuando yo vaya—añadió—también se lo he de decir, para que no crean a los embusteros que nos están calumniando.

Así se lo prometí y procurando estoy cumplir el encargo, pues seguramente no ha de ser en España, mi Patria querida, donde menos ha de ser leído este libro.

No conozco, personalmente, al pundonoroso y bizarro militar, Adolfo Campos. Estando en México, he sabido que ascendió a General Brigadier, habiendo sido nombrado Jefe del Estado Mayor de la Primera División de Oriente. Si he publicado cuantos datos de él me dieron sus compañeros, que también lo fueron míos durante algunos días, ha sido no sólo por haberlo así prometido, sino también para dar a conocer, con mis pocas fuerzas y los medios de que dispongo, cómo han adquirido sus grados los Generales, Jefes y Oficiales del Ejército Mexicano, quienes podrán carecer de aquellos conocimientos técnicos modernos que la "ciencia de la guerra" hoy pide; pero ellos, y los soldados que mandan, tienen valor militar que está por todos reconocido, y la generalidad mucha disciplina, lealtad y hombría de bien, habiendo ofrecido heroica y desinteresadamente, como decía muy bien el señor Aguirre Berlanga, sus vidas y su sangre, para dar al pueblo la libertad ansiada y volver la República al régimen constitucional.

JUAN JOSE RIOS



Juan José Ríos.

JUAN JOSE RIOS

Por el enorme delito de querer ilustrar a la clase proletaria de donde él procedía; por propagar y defender, con la palabra y con la pluma, los ideales puros de Justicia y de Libertad, fué duramente perseguido y más tarde encarcelado en los inmundos é inhumanos calabozos de San Juan de Ulúa, por el Gobierno de la Dictadura, Juan José Ríos.

Una carta escrita a otro compañero que como él se dedicaba, con especial empeño, al estudio de las cuestiones sociales y a la propaganda activa de las doctrinas libertadoras del pueblo, secuestrada por los esbirros de dicho Gobierno, fué el pretexto para el proceso que hizo desaparecer de la sociedad al señor Ríos, y con él a todos cuantos se habían atrevido a defender la dignidad y los derechos de las clases trabajadoras, que estaban sometidas al despotismo más odioso y a la más cruel de las tiranías.

Aquel Gobierno, cegado por la soberbia, llegó a creer que haciendo desaparecer a los apóstoles, desaparecerían las ideas, y entre ellos y el pueblo, ante quien las habían defendido y que sentía ansias de libertad, interpusieron los gruesos muros de aquellos lóbregos e inquisitoriales calabozos de San Juan de Ulúa, y por si éstos no eran aun bastantes, pusieron centinelas de vista, bien armados y pertrechados, para que los vigilasen, olvidando, sin duda, que a las ideas nobles y levantadas, redentoras y libertadoras de los pueblos oprimidos, no se les puede poner diques, no hay muros, por espesos y fuer-

tes que sean, capaces de contenerlas, ni cañones ni bayonetas que las detengan.

Podrán retrasar su triunfo, como en este caso ocurrió; pero nada más retrasarle, pues las ideas, nobles y generosas, que no persiguen otros fines, sino la redención de los pueblos oprimidos, triunfan siempre y esta vez triunfaron también, y rompiendo aquellos muros, haciendo desaparecer los centinelas armados, pusieron en libertad, después de cinco años de crueles sufrimientos morales y materiales, a los apóstoles que las habían defendido y propagado y que aun vivían, pues muchos de ellos, no pudiendo resistir aquellos trabajos ni los sufrimientos a que fueron sometidos, habían muerto, siendo ellos los primeros mártires de la santa causa que con tanta nobleza como valor defendieron.

Juan José Ríos, fuerte de cuerpo y de espíritu, fué uno de los libertados, y como ya las ideas, por él defendidas, habían triunfado, se fué a Cananea, a la cuna de las libertades, donde fué recibido con entusiastas demostraciones de cariño.

Allí, al lado de su maestro, su guía y su consejero, el valiente luchador Manuel M. Diéguez, que como él y con él había estado encerrado en las mazmorras de San Juan de Ulúa, se dedicó nuevamente a la vida honrada del trabajo, la misma que había llevado hasta que el dictador Gobierno le encerró en la prisión; pero siempre estuvo muy alerta, por si alguien, más o menos solapadamente, tratase de resucitar aquellas antiguas doctrinas, aquellos procedimientos que habían tenido al pueblo privado, en absoluto, de la Justicia y sometido a la más dura esclavitud.

No tardaron, mucho tiempo en aparecer chispazos de ALGO que Juan José Ríos, con su espíritu perspicaz y patriótico, tenía previsto; que le tenía intranquilo y le hacía estar muy vigilante de todo cuanto a su alrededor sucedía, relacionado con los derechos de las clases trabajadoras mexicanas, con tanto entusiasmo por él defendidos.

Pocos meses después de haber salido de las prisiones de San Juan de Ulúa, estalló una huelga de obreros mineros mexicanos en Cananea. Juan José Ríos, la estudió con serena imparcialidad, con el espíritu de Justicia que siempre presidió todos sus actos y se convenció, plenamente, de que dichos obreros tenían razón para ir a la huelga, por las faltas de consideración que la Compañía "Cananea Consolidated Copper Company, S. A.", había tenido, precisa y únicamente, con los obreros mexicanos.

Entonces Juan José Ríos, escribe una carta al Gobernador del Estado, carta que dió a la publicidad en algunos periódicos, demostrando en ella, con pruebas tan claras y terminantes que no dejaban lugar a duda alguna, la razón que los obreros mexicanos tenían para hacer las peticiones que dieron motivo a la huelga, peticiones desatendidas, ni siquiera escuchadas, por la poderosa Compañía.

En dicha carta, Juan José Ríos, demostraba también con argumentos contundentes, la obligación que el Gobierno tenía de poner fin, de una vez para siempre, conforme a las necesidades del progreso humano que tanta sangre y tantas lágrimas había costado conseguir, a los abusos del capital, representado por los Gerentes de aquella insaciable Compañía que nuevamente volvían a despreciar, haciendo objeto de humillaciones indignas, a los obreros mineros mexicanos.

Esta carta, que produjo verdadera sensación en el pueblo, hizo pensar mucho a las Autoridades todas y muy especialmente al Gobernador del Estado, quien con palabras de amistad, de paisanaje y de patriotismo, de un modo cobarde, había engañado a los infelices obreros mexicanos haciéndoles creer, que estando, como estaban, la razón y la justicia de su parte, él no tenía otro remedio sino estar a su lado, apoyando, con toda su autoridad, sus justas reclamaciones, al mismo tiempo que, de un modo servil e indigno, se ponía a las órdenes de la poderosa Compañía "Cananea Consolidated Copper Com-

pany, S. A.", ofreciéndole terminar aquel movimiento obrero por la violencia, a tiros si preciso era.

Este Gobernador, cuya personalidad y conducta está juzgada por este sólo hecho, acobardado, asustado mejor dicho, ante la valiente actitud de un hombre honrado, integérrimo, de patriotismo, honradez y amor a la Justicia tan comprobado, tan acrisolado, digámoslo así, como Juan José Ríos, después de muchos días de indecisiones y dudas, de conciliábulos y consultas, tomó la resolución de llamar a su despacho a Juan José Ríos y a su compañero Esteban B. Calderón, a quienes consideraba los directores intelectuales de aquel movimiento obrero; pero no para estudiarle y discutirle, para buscarle una solución justa, como correspondía a una Autoridad consciente y digna, sino para cometer un nuevo acto de indignidad y cobardía.

En su despacho, "en su casa oficial," aquel Gobernador del Estado, insultó groseramente a dos ciudadadanos que por defender la Justicia, la Libertad y la Igualdad, ante la Ley, es decir los derechos del hombre, del mismo modo que en aquellos momentos los estaban defendiendo, habían sufrido, con resignación de mártires, persecuciones y castigos sin cuento y no sólo los insultó llamándolos sediciosos y perturbadores, sino los amenazó diciéndoles que no descansaría hasta reducir a cenizas sus huesos, aventándolos después para que de ellos no quedase ni el recuerdo.

Juan José Ríos y Esteban B. Calderón, al oír estas palabras dichas por el representante del nuevo Régimen, de aquel Régimen por ellos tan ansiado y defendido, sintieron honda pena y con las frentes muy levantadas, con la autoridad que da la posesión de la verdad y la defensa de la Justicia, que es la mayor de las autoridades, dijeron al Gobernador que ellos no habían seguido nunca otras inspiraciones, sino las de su conciencia, ni acataban otro fallo, ni admitían otro juez, más que ella y la sociedad a quien se entregaban para que los juzgase.

Aquella Autoridad, ante la actitud, tan elevada co-

mo digna, de aquellos ciudadanos, cegada por el despotismo y la soberbia, hizo lo mismo que hacen siempre las autoridades injustas, déspotas y tiranas, lo mismo exactamente que habían hecho las otras que representaban a la odiosa Dictadura, es decir, mandó encerrar en la cárcel a Juan José Ríos y a Esteban B. Calderón, quienes tampoco ahora no habían cometido otro delito, sino defender los derechos de la clase proletaria, defendiendo a la vez la Justicia y la Libertad.

Con la tranquilidad del justo, entró Juan José Ríos a la Penitenciaría del Estado, situada en Hermosillo: una sola cosa llenaba su espíritu de honda pena y esta era ver cómo la sangre generosa vertida por los mártires de la libertad, en defensa de grandes ideales, había sido inútilmente derramada, pues nuevamente volvían a resucitar los antiguos procedimientos de despotismo y de tiranía, si bien es cierto que aquella sangre había servido para purificar, en parte, el ambiente social, creándose organismos libres e independientes, encargados de defender a las personas honradas y dignas.

La Legislatura de aquel Estado, representada por hombres llenos de patriotismo, celosos defensores de la Justicia, apoyados por la prensa que representaba a la opinión, consiguieron poner en libertad a Juan José Rios y a Esteban B. Calderón, después de haber permanecido encerrados en la cárcel de Hermosillo por espacio de quince días.

A Cananea volvió Juan José Rios y pocos días después, tuvieron lugar, en la capital de la República Mexicana, aquellos tristes sucesos, durante los cuales fué vilmente asesinado el apóstol de las libertades mexicanas, el mártir Francisco I. Madero, que antes había sido elevado, por la voluntad unánime del pueblo, al alto sitial de la Presidencia de los Estados Unidos de México.

Ante aquella dolorosa e infame tragedia, Juan José Rios y Esteban B. Calderón, escriben un valiente manifiesto en el que no sólo protestan de tan inícuo como cobarde atentado, sino que también llaman al pueblo a la

lucha, para pelear contra los enemigos de siempre y en unión de Manuel M. Diéguez, Presidente Municipal de Cananea y de Pablo Quiroga, propagandista, como ellos, de los verdaderos ideales revolucionarios, se lanzan al campo para defender, con las armas, los ideales de siempre y castigar a los que habian atentado contra la Patria, asesinando cobardemente al hombre justo, a quien el pueblo había aclamado como su libertador y le había elegido para que fuera el Primer Magistrado de la Nación.

Aquí empieza la vida militar de Juan José Rios, hasta entonces luchador incansable en la defensa de los derechos del proletariado y de los santos ideales de Justicia y de Libertad.

No puedo seguirla paso a paso, como son mis deseos, para dársela a conocer a los lectores. La falta de tiempo y el poco espacio que queda en las páginas de éste libro, ya tocando a su fin, me lo impiden.

Con la misma lealtad, el mismo desinterés, bravura y patriotismo con que defendió, con la palabra y con la pluma, aquellos derechos e ideales, lo hizo después en los campos de batalla, combatiendo, con las armas, a los enemigos de siempre, sin un momento de desmayo, sin que una sola nota desfavorable tenga en su brillante hoja de servicios, y por méritos de guerra fué ascendiendo hasta el grado de General que hoy con legítimo orgullo ostenta.

Desde el primer día vió Juan José Rios en el señor Carranza, Primer Jefe de la Revolución Constitucionalista, el hombre íntegro, el gran patriota, en quien encarnaban aquellos santos y puros ideales de Justicia y de Libertad, por él tan ansiados y con tanto tesón como energía mantenidos y por esto se puso a su lado para defenderlos con las armas y a su lado está, colaborando con él, para implantarlos en toda su pureza.

El Presidente de la República, Don Venustiano Carranza, que conoce, como las conoce también el pueblo mexicano, las dotes de patriotismo, lealtad e inteligencia que adornan a este bizarro militar, General Juan José Ríos, le ha nombrado, últimamente, para el importantí-

simo cargo de Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, e interinamente le ha encargado del despacho de dicha Secretaría.

Apenas llegué yo a México, me apresuré a dirigirle una carta, solicitando de él una entrevista para tener el gusto de estrechar su mano y ofrecerle mis respetos.

Inmediatamente me fué concedida y en su despacho oficial me recibió, cuando fuí a visitarle, con tanta amabilidad como cortesía.

Es el General Juan J. Ríos un hombre joven, no representa tener más de treinta y cinco años de edad, alto, de complexión muy fuerte y robusta, de caracter extraordinariamente serio y de una mirada muy dura.

Sinceramente he de confesar, que cuando se vé por primera vez al General Ríos, despierta mucho más respeto que simpatía; pero apenas se entabla con él conversación, sin desaparecer este respeto, pues esto lo considero muy difícil dado su carácter, aumenta la simpatía, aparece el hombre noble, franco, cariñoso y siempre el militar disciplinado y severo. Cuando, después de saludarle, le manifesté mis deseos de celebrar con él una *interview*, se sonrió y haciendo visibles esfuerzos para hacérmelo saber de una manera cariñosa y nunca molesta, me dijo con cierta dulzura:

—No me extraña nada su pretensión porque usted no me conoce, ni sabe, por lo tanto, que no ahora, sino siempre, toda mi vida, he sido enemigo de hacer declaraciones para darlas a la publicidad. Las obras—créalo usted—son las mejores declaraciones: con ellas he procurado siempre dar a conocer al pueblo mi gestión y en el cargo que en la actualidad desempeño, ninguna puedo ofrecer, porque nada he hecho. Yo aquí—me decía con gran modestia el General Ríos—no soy más que un soldado de fila, dispuesto, como siempre lo estuve, a servir a mi Patria, y de ningún modo lo puedo hacer mejor que secundando las órdenes del Presidente de la República. El es quien ahora ha tomado a su cargo la dirección suprema de todo el Ejército de la Nación y

consiguiendo está, con sus acertadas disposiciones, no sólo la pacificación del país, derrotando y destruyendo por completo a los rebeldes, que no son otra cosa sino bandoleros y asesinos que aspiran a vivir del robo y del pillaje, sino la reorganización completa del Ejército, que digan cuanto quieran sus enemigos, es de los más disciplinados y valientes.

—Según eso, mi General, la resolución de usted al no concederme la *interview* es irrevocable?

—Como lo son todas mis resoluciones, pues nunca las tomo obedeciendo a violencias, ni por un capricho o impresión más o menos fuerte, sino muy estudiadas y más meditadas, pensando siempre, si son de alguna trascendencia, sólo en los altos y sagrados intereses de la Patria.

—Creo, mi General, que esos mismos intereses demandan de usted hacer algunas manifestaciones, no sólo para dar a conocer la verdadera situación porque atraviesa la gran República Mexicana, por cierto muy distinta a como la presentan en el extranjero, donde está siendo muy calumniada, sino también para dar a conocer la labor realizada, y que está realizando el ilustre Presidente de la República y los hombres, que como usted, colaboran a su lado, muy combatidos y no menos calumniado, por los enemigos de la Revolución.

—Las obras, amigo mío, vuelvo a repetirle, son las que han de contestar y contestando están a esos calumniadores, a cuantos están haciendo esas campañas demoledoras y antipatrióticas, no contra nosotros, que eso después de todo tendría bien poca importancia, sino contra la Patria, a quien están empeñados en rebajar y a quien combaten haciéndola aparecer en un estado de anarquía y de miseria grande.

Para contestar a esto, para desmentirlo rotundamente, no es necesario que yo haga declaraciones; seguramente dirían los mal intencionados, los enemigos de la Revolución, que estas eran falsas: usted lo ve y como le considero un escritor honorable y de conciencia, inca-

paz de faltar a la verdad, una cosa le voy a pedir, muy encarecidamente, y esta es que en España y donde quiera que se le presente ocasión para ello, diga la verdad, nada más que la verdad, de cuanto en México haya visto y observado.

Mucho se lo agradeceremos todos los buenos revolucionarios, los verdaderos patriotas, ya que nosotros, a la Patria y a la verdad le hemos rendido siempre culto y yo le ruego, le pido por favor, que no siga haciéndome preguntas, porque me veré entonces obligado, sintiéndolo muy de veras, a no contestarlas.

—Perdone usted, mi General, si le he molestado con mi insistencia, y he terminado. Quiero hacerle a usted antes la promesa firme, de que no saldrá de mi pluma una letra contraria a la verdad de cuanto en México he visto. Cumpliendo estoy la promesa, pues en las páginas de este libro y en los periódicos donde colaboro, no me he separado ni un momento de ella, habiendo procurado también, con mis modestas fuerzas, hacer justicia a los hombres de la Revolución, en la obra patriótica, verdaderamente admirable, que están realizando.

***

Muy breve fué nuestra entrevista. Muchas veces, durante mi estancia en México, he vuelto a visitar al señor Ríos, para ver si podía conseguir de él algunas declaraciones que siempre consideré de gran importancia para los lectores; jamás lo logré y quién sabe si estas impresiones mías que llevo al libro, disgustarán al que me honró mucho llamándome su amigo, al General Juan José Ríos.

Si así fuese, yo le pido me perdone, como yo también le perdono, al dignísimo encargado de la Secretaría de Guerra y Marina, del fracaso periodístico a que me ha sometido no accediendo a mi petición, concediéndome la *interview* por mí tantas veces solicitada.

MANUEL M. DIEGUEZ



Manuel M. Diéguez.

MANUEL M. DIEGUEZ

I

Aquí empieza el final de este libro.

Hubiera querido terminarle, dando a conocer a los lectores las manifestaciones de la figura más prestigiosa del Ejército mexicano, retirado hoy de la vida activa del servicio militar, por motivos bien justificados de salud, don Alvaro Obregón, y cerrarle con *broche de oro*, digámoslo así, dándoles las del Presidente de los Estados Unidos de México, don Venustiano Carranza.

Dificultades que no he podido vencer, por más esfuerzos realizados, me han impedido entrevistarme con el señor General Obregón, el glorioso «Manco de León,» como aquí cariñosamente se le llama.

Por no haberme considerado con personalidad suficiente, ni con méritos bastantes para ello, no me atreví a solicitar una *interview* del ilustre Presidente de la República, señor Carranza: pero los méritos a buscarlos voy; si los consigo y si logro vencer aquellas dificultades, prometo dárselas a conocer en el otro libro que repetidas veces tengo anunciado.

Este quiero terminarlo dándoles a conocer la *interview* celebrada con el más prestigioso de cuantos militares tiene en activo el Ejército mexicano, Manuel M. Diéguez, y con un ligero estudio de la "Doctrina Carranza," modernísimo y humanitario Derecho Internacional dado a conocer al mundo por el Ciudadano Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Don Venustiano Carranza y

con una semblanza de éste, hecha por una pluma tan modesta y falta de inspiración como la mía; pero inspirada en conceptos oídos al más leal de sus colaboradores.

El ilustre Presidente de la República, Don Venustiano Carranza, distingue con su amistad y confianza al ameritado General de División, Manuel M. Diéguez; el pueblo mexicano, sin distinción de clases, le quiere y admira: con cuantos Jefes, Oficiales y soldados he hablado y a cuantos hombres eminentes en las ciencias, las artes y la política escuché, todos me hicieron grandes elogios de la pericia, la lealtad y la bravura de este bizarro militar.

Pero si grande y prestigiosa es hoy la figura del General de División Manuel M. Diéguez, como militar, para mí lo es mucho mayor, cuando en las minas de Cananea aparece defendiendo las ideas revolucionarias, la dignidad y los derechos de los obreros mexicanos, a quienes la poderosa Compañía, "Cananea Consolidated Copper Company, S. A.", estaba haciendo objeto de humillaciones denigrantes y de explotaciones inícuas, estableciendo entre ellos y los obreros yanquis que allí también trabajaban, distinciones odiosas, no sólo en el salario y en las horas de trabajo, sino en el trato social y hasta en la moneda con que los pagaba.

Esta explotación y estas humillaciones, verdaderamente intolerables, hechas por el capital extranjero, trajeron como consecuencia, natural y lógica, aquella justificada y famosa huelga de los obreros mineros mexicanos, quienes se acercaron a los Gerentes de la poderosa Compañía para pedirles, de una manera decorosa y digna, como lo hacen siempre los obreros conscientes, que los librasen de la esclavitud y de la tiranía, que fuesen con ellos justos igualándolos a los demás compañeros, ya que sobre ellos no tenían otra superioridad, ni otros méritos, sino haber nacido en el país de donde procedía el dinero para explotar las riquezas que ellos, obreros mexicanos, estaban arrancando de las entrañas de la tierra que a su Patria adorada pertenecía.

Libertad, Igualdad y Justicia era, pues, lo que pedían los obreros mexicanos y a esta petición, hecha en forma respetuosa, pero digna, contestó aquella Compañía explotadora, no sólo de riquezas que a la Nación Mexicana pertenecían, sino también del sudor de sus nobles hijos, mandando hacer fuego contra ellos, quienes, valientes y decididos, supieron defenderse ante aquella brutal agresión, dándose entonces el caso vergonzoso de que el Gobernador del Estado de Sonora, pusiese su autoridad al servicio de los extranjeros y tolerase que tropas yanquis invadiesen el suelo patrio, ametrallando villanamente a los honrados obreros mexicanos, que no habían cometido otro delito sino pedir Justicia, Igualdad y Libertad.

Ya lo decía aquel viejo soldado a quien conocí durante los días que estuve en campaña: «para conseguir la Justicia en la tierra, siempre tienen que morir inocentes.» La sangre derramada en Cananea por aquellos infelices obreros, fué la semilla de la gran conmoción social, del cataclismo político que en México había de traer, más tarde, la Justicia para el proletariado y la Libertad para el pueblo.

El hoy General de División, Manuel M. Diéguez, era entonces el Presidente de una sociedad secreta, en Cananea establecida, con el título de "Unión Liberal Humanidad", que no perseguía otros fines sino la agrupación de los obreros mineros mexicanos, para defender sus derechos, buscando así su mejoramiento y las libertades por ellos tan ansiadas.

Por su laboriosidad é inteligencia y por los trabajos que constantemente había hecho en favor del proletariado, tenía el hoy General de División gran prestigio, entre los obreros mineros mexicanos de Cananea, y a él le nombraron árbitro en la huelga antes dicha, a fin de que mantuviese y defendiese sus reclamaciones, ante los Gerentes de la Compañía donde prestaban sus servicios.

Con el cariño y entusiasmo de siempre, defendió Manuel M. Diéguez las reclamaciones hechas por los obreros

mexicanos a los Gerentes de la Compañía explotadora, de las riquezas de este país y del sudor sagrado de sus hijos.

Cuando estos Gerentes, ciegos de soberbia y amparados por las Autoridades, mandaron hacer fuego contra aquellos infelices trabajadores, a quienes asesinaron de un modo tan vil como cobarde, Manuel M. Diéguez, luchó con bravura en su defensa, siendo por esto encarcelado en los calabozos de la cárcel de Cananea, donde pronunció aquéllas célebres palabras «venga lo que venga, el calabozo no podrá probar jamás que la odiosa dictadura tenga razón.»

Allí es donde aparece verdaderamente grande la figura de Manuel M. Diéguez; allí es donde se encuentra el revolucionario de ideas, el carácter de hierro y yo prometo estudiar en el próximo libro, que ya tengo anunciado, el movimiento aquel de Cananea, precursor, sin duda alguna, de la gran contienda política que ha traído el triunfo de la Revolución y con ella han triunfado también la Justicia, la Libertad y la Igualdad, ante la Ley, de todos los ciudadanos, en cuya defensa se derramó la sangre generosa de los obreros mineros mexicanos de Cananea, a quienes defendió el hoy General de División del Ejército mexicano, Manuel M. Diéguez, habiendo por ello estado más de cinco años encerrado en las inquisitoriales mazmorras de San Juan de Ulúa, donde sufrió toda clase de vejaciones y sufrimientos.

Grandes deseos tenía de conocer a este antiguo luchador; pero la vida tan activa de campaña que, en la actualidad, hace este bravo militar y las exigencias del tiempo, habían hecho fracasar todas cuantas gestiones hice para conseguirlo.

Un día supe que el General Diéguez había llegado a México, donde había de permanecer muy contadas horas, e inmediatamente procuré, por cuantos medios pude, conseguir de él una entrevista.

Cuando ya iba a dar por fracasadas mis gestiones, vino en mi ayuda el General Estéban B. Calderón, excelente amigo mío, compañero del General Diéguez en

la tragedia de Cananea primero, en las prisiones de San Juan de Ulúa después, y más tarde en la lucha para conseguir el triunfo de la Revolución Constitucionalista, y gracias a su poderosa ayuda logré mis deseos.

Sólo minutos faltaban para salir el tren, en que el General Diéguez volvía a campaña, cuando llegué, con el General Calderón, a la estación del Ferrocarril Central y en esos minutos celebré la *interview* que doy a conocer a los lectores de este libro.

MANUEL M. DIEGUEZ

II

Cuando llegamos a la Estación del Ferrocarril Central, estaba ya formado el tren donde había de salir nuevamente a campaña, el General de División Manuel M. Diéguez.

La máquina, que había de arrastrar este tren, estaba encendida y enganchada; la escolta, que había de custodiarle, estaba ocupando sus puestos, y el oficial que la mandaba y los del Estado Mayor del General, ocupaban un coche inmediato al por éste ocupado. Faltaban, como he dicho en el capítulo anterior, muy pocos minutos para que el tren se pusiese en marcha, y era necesario aprovechar hasta los segundos del tiempo que quedaba. Apenas dejamos el automóvil, que nos había conducido a la estación, el General Calderón, con la agilidad de un muchacho, se adelantó corriendo para anunciar al General Diéguez mi visita, y sin duda alguna a gestionar unos minutos más de tiempo.

Antes de que yo llegase al sitio donde el coche estaba parado, desde una de sus ventanas, el General Calderón, alegre como un niño, me hacía señales de que acelerase el paso y en voz alta me decía que el General Diéguez no sólo me recibía, sino que me concedía la *interview* solicitada.

De un salto subí al coche que ocupaba el General Manuel M. Diéguez, e inmediatamente me recibió en su departamento-despacho; a él y a sus ayudantes fuí presentado por su compañero de armas, mi buen amigo el

General Calderón, a quien desde aquí doy públicamente las gracias por haberme proporcionado la grata satisfacción de saludar al integérrimo militar señor Diéguez, como seguramente se las darán los lectores, pues al señor Calderón deben el conocer las importantes declaraciones hechas por el Jefe, en activo, más prestigioso del Ejército Constitucionalista.

El coche del ferrocarril que usa actualmente el General Manuel M. Diéguez, es un coche histórico, pues en él hizo toda la campaña, en los primeros y muy difíciles tiempos de la Revolución Constitucionalista, cuando sus hombres apenas eran dueños del terreno que pisaban y éste disputándolo cuerpo a cuerpo, aquel bravo soldado, aquella figura militar majestuosa, aquel antiguo agricultor hijo del Estado de Sonora, Alvaro Obregón, que había de ser más tarde, por sus actos de valor, de patriotismo y de bravura, el Jefe más prestigioso del Ejército mexicano, a quien el pueblo, sin distinción de clases, quiere y respeta, y cariñosamente llama el glorioso «Manco de León.»

Este coche se llama «Siquisiva,» nombre que todos los revolucionarios conocen y pronuncian con respeto, estando todo él acribillado por las balas enemigas. Antes le usaba, para su vida de campaña, el General Obregón, la figura más prestigiosa del Ejército Constitucionalista, hoy le ocupa el General Diéguez, su lugarteniente.

El General Diéguez es hombre relativamente joven, lleno de vigor y de energías. Su carácter, franco y sencillo, su mirada bondadosa y muy expresiva, despiertan, desde el primer momento, franca simpatía.

—Como usted ve—me dijo apenas me tendió su mano—no hay tiempo que perder. Tengo una verdadera satisfacción en recibir la visita de un periodista de la Madre Patria, Nación gloriosa por la que siento tanta admiración como simpatía. Debo advertirle que soy enemigo de hacer declaraciones, pues los militares no entendemos de estas cosas y por lo tanto, ni nos cuidamos de ellas, ni les damos importancia alguna; pero ya que us-

ted ha sido tan amable, acordándose de este modesto soldado, que sólo sabe pelear en defensa de la Patria, accedo a su pretensión, pidiéndole solamente el señalado favor de que sea breve, sino quiere venirse conmigo a campaña y entonces ya no tendría que decirle nada, porque seguramente tendría usted ocasión de ver muchas cosas, sobre todo tendría qué admirar, yo se lo aseguro, el valor, la fe y el entusiasmo con que luchan nuestras tropas.

—Muchas gracias, mi General, y le prometo complacerlo en sus indicaciones, para mí mandatos, siendo muy breve.

—¿Quiere decirme cuál es la verdadera situación de los rebeldes en los Estados donde usted opera. . . . .?

—Mala, muy mala—me contestó el General sin dejarme concluir la pregunta,—no sólo por lo destrozados que están, sino porque el pueblo, lejos de prestarles ayuda, de mirarlos con simpatía o por lo menos con benevolencia, los odia cordialmente, los persigue y los combate. Y esto es natural: usted sabe muy bien que las revoluciones, los levantamientos en armas, contra los Jefes de Estado y los Gobiernos, no aquí sino en todos los países, son temibles, digo más, son invencibles y no se pueden dominar, cuando los hombres que los han realizado, obedecen a causas nobles y levantadas; cuando son por grandes ideales; cuando llevan escrito en su bandera un programa redentor y libertador de los pueblos; pero cuando esto no sucede; cuando no tienen otros ideales sino el robo y el pillaje, ni persiguen ótros fines que vivir sin trabajar, como hacen aquí los rebeldes, aun cuando para ello tengan que cometer, como están cometiendo, los más espantosos crímenes, entonces, crea usted, el pueblo honrado, la sociedad entera, los combate y los persigue, lo mismo que están haciendo con los rebeldes que en México se han levantado en armas contra el señor Carranza y su Gobierno.

—¿Y esas sublevaciones ocurridas últimamente, la del General Caballero, a quien usted persigue, entre

otras, no prestarán gran apoyo a esos rebeldes, puesto que a ellos se han sumado?

—Esa es precisamente la prueba más clara de cuanto le vengo diciendo. El General Caballero gozaba de bastante prestigio, eso no se puede negar; pero apenas se separó de la legalidad, es decir, de aquellos hombres que defendían los verdaderos y sanos ideales revolucionarios, que solo buscan, para esto pelean y luchan, el bienestar y la prosperidad de la Patria, el pueblo que antes le animaba y seguía, le abandonó por completo, le desprecia y le persigue. Hasta sus mismos soldados, al fin y al cabo no son más que el pueblo mismo, pues del pueblo son, con el pueblo están y al pueblo sirven, tan pronto como se dieron cuenta de lo que su General Caballero había hecho y lo que pretendía, le abandonaron con desprecio, dándoles asco, viniendo seguidamente a buscar a sus compañeros los soldados leales, a mí, y con nosotros se unieron para combatirlo.

Ahí tiene usted ahora a ese desgraciado Caballero, huyendo por esos montes, sin tener un momento siquiera de tranquilidad, no sólo por nuestra persecución, sino también por los remordimientos de su conciencia, y lo mismo que a éste les sucede a todos esos cobardes cabecillas, diseminados por gran parte de la República, buscando donde pueden robar para comer, sin atreverse a dar la cara.

—¿De modo que usted, no considera un peligro serio esas partidas de rebeldes que andan por el campo y considera completamente seguro, afianzado, al Presidente de la República Don Venustiano Carranza y por lo tanto su doctrina y su política?

—Es infantil la pregunta y usted me ha de perdonar la frase—me dijo el General Diéguez sonriéndose—; le repito a usted que ni son un peligro serio ni pueden serlo jamás, precisamente porque no tienen en su programa ideas nuevas, redentoras y nobles, únicas que triunfan siempre.

Los rebeldes no piensan, ni persiguen otra cosa, sino

vivir sin trabajar y ver si pueden satisfacer pasiones, ambiciones y egoísmos, mientras que el señor Carranza ha tenido y tiene en su programa ideas salvadoras para la Patria, redentoras y libertadoras para el pueblo, quien por esto le siguió con entusiasmo, peleando a su lado, sin descanso, hasta hacer triunfar la bandera de moralidad y de honradez, Justicia y Libertad, por él levantada.

Después de haber conseguido esto, el mismo pueblo, por unánime voluntad, ha elevado al señor Carranza al alto cargo de Presidente de la República, donde sigue defendiendo los ideales de siempre; donde trabaja, sin descanso, para implantarlos; ideales que amparan los derechos del hombre y han de llevar a la Patria al más alto grado de prosperidad y grandeza. Por esto le sigue el pueblo con fe ciega, le quiere y le admira, sin que tenga por qué temer de nada, ni de nadie, pues el pueblo le custodia y le defiende.

El General Diéguez se pone de pie y tendiéndome nuevamente la mano, me dice con cariño:

—Ha llegado el momento de salir y le ruego me perdone por no poder seguir atendiéndole, como son mis deseos.

—Una sola pregunta, mi General. Ante el gravísimo problema de la guerra europea ¿qué actitud cree usted debe observar la gran República Mexicana?

—Esa no es pregunta a la que yo pueda contestar, pues sólo puede hacerlo nuestro ilustre Presidente el señor Carranza y éste bien claramente ha dicho, en repetidas ocasiones, que debemos ser neutrales. Esta neutralidad, créalo usted, la hemos de mantener PESE A QUIEN PESE Y CUESTE LO QUE COSTARE, no por simpatías a esta o la otra Nación de las beligerantes, como están empeñados en hacer creer por ahí algunos que se llaman nuestros amigos, sino porque así conviene a nuestra Patria, y nosotros, los mexicanos, ante esto, sabemos sacrificar, no sólo las simpatías o antipatías que podamos tener, sino la vida misma si es preciso. Y adiós, amigo mío, que me voy . . . .

***

Empieza a moverse el tren y ya en marcha nos apeamos el General Calderón y yo. Mucho tiempo hubiera deseado estar escuchando al General de División Manuel M. Diéguez y gustoso me hubiese ido con él unos días a campaña, si mis ocupaciones me lo hubieran permitido, pues su conversación, sincera, respirando patriotismo y lealtad, deleita y encanta.

Tan entusiasmado estaba escuchando a este bravo militar y gran patriota, que ni una sola nota tomé para no distraerme, ni perder una sola de sus palabras.

Por esto no sé si habré interpretado bien sus pensamientos; si no ha sido así, ya sabe la causa y yo le ruego me perdone, mostrándole desde aquí, mi profundo agradecimiento por haber concedido esta *interview* al último de los periodistas españoles.

LA DOCTRINA CARRANZA

LA DOCTRINA CARRANZA

I.

No basta nunca concebir una idea, que la propia conciencia dice ser buena y generosa, es necesario, al realizarla, realizarla bien, para que pueda, de verdad, ser generosa y buena.

Guiado por la atracción que ejercen en mi espíritu todas las cosas altas, todos los fines nobles, todas las aspiraciones fuertes, juzgo que al trazar mentalmente el esquema de este libro, obedeciendo tal vez a inspiraciones invisibles, no sólo he concebido un proyecto limpio y sano, sino que automáticamente me he investido de una misión voluntaria que a mí mismo me impone y me subyuga, dándome a mis propios ojos el carácter solemne de un enviado, cerca de la humanidad, de esas dos fuerzas, dominadoras eternas del mundo moral, que se llaman la Justicia y el Bien.

Se me puede creer, bajo mi palabra, cuando afirmo, con toda sencillez, que ni soy ni me tengo por un hombre extraordinario.

Soy un enamorado de la verdad, con la pasión del estudio y con el ansia legítima de dejar una huella blanca de mi paso por el mundo.

No es ésta una ambición excesiva.

Pero si causas que no me son propias hacen de este empeño mío, algo que se parezca a una empresa de utilidad segura para un pueblo noble, y de alcances tan amplios que trasciendan hasta a generar mejoramientos

universales en la condición humana, no será ciertamente un espíritu de falsa modestia el que me impida entregarme—*anima et corde*—a la cristalización de tal empeño, en una labor efectiva y práctica.

La disciplina del deber moral es, para mí, la más alta de las disciplinas y yo juzgo un deber moral el realizar este libro. Es, pues, la mía, una estricta labor disciplinaria de mi espíritu.

Con esa conciencia en la mente y con esa resolución en la voluntad, no me costó un esfuerzo excesivo ponerme en activa e inmediata campaña.

En pos de la base y de la trascendencia de una creación mental novísima, que el mundo intelectual y político conoce con el nombre de "DOCTRINA CARRANZA", me dí a buscar, desde luego, los orígenes de la poderosa idea, en la palpitante alma del pueblo.

Yo soy de los que no creen en la teoría del milagro, ni en el mundo físico ni en el espiritual.

Cuando los genios de una Nación, sea cual fuere, dan a luz un pensamiento pasmoso, una iniciativa que alumbra, tengo para mí que iniciativa o pensamiento, no son sino una transfusión condensada de algo impreciso, pero elementalmente fuerte y dominador, que del alma del pueblo pasa a precisarse y a exhibirse en el alma personal del artista o del caudillo.

No es ello apocar el mérito de éstos. Para las grandes misiones no son elegidos sino los grandes aptos.

Pero a los árboles no se les juzga únicamente por sus ramas y por sus frutos. Hay que estudiarlos también en sus raíces.

Por eso yo he buscado la raíz de la "DOCTRINA CARRANZA" dentro del pueblo mismo, muy seguro de que, en sus antecedentes y en sus concepciones de la época y del medio, encontraría yo, con certeza, la génesis hervorosa y fecunda de un fenómeno político que ha sido, a los ojos de los grandes pensadores universales, algo tan lógico y necesario en México, como la ineludible manifestación de un fenómeno biológico.

Y recorriendo todas las esferas sociales del país, en que se puede dar fé de esa cosa eminentemente sutil, pero profunda, que se llama la "CONSCIENCIA POPULAR", dí efectivamente con esa raíz que buscaba y me convencí de que el Presidente Carranza, al hacer ante el mundo, el magnífico enunciado de su novísima concepción del derecho de gentes y del Derecho Internacional, no ha sido otra cosa que un hábil, pero docilísimo intérprete de las sugestiones mentales del alma de su pueblo, engendradas en una acerba histórica experiencia e iluminadas, a la vez, por una poderosa visión de lo futuro, ya sea que éste haya de llamarse prueba dolorosa o triunfo refulgente.

El profeta no comenta los hechos: simplemente los vé y los predice; y, para mí, Carranza tiene todos los lineamientos magnos del profeta.

El no sabe, quizá, hasta dónde irá su doctrina. Pero sabe "QUE IRÁ", que marchará, que volará, que ha de seducir y conquistar a los hombres y a las naciones.

Todo esto lo sabe, porque está seguro de haber oído, al proclamarla, la voz mental de su pueblo . . . ¡tal vez la de todos los pueblos débiles de la tierra!

De eso me convencí cuando hube hablado detenidamente con hombres de intelecto y de serenidad, en el Foro, en la Prensa, en las Universidades, en las Academias, en el Ejército, en la Banca, en el Comercio; en todo lo que México tiene de inteligente y de sereno.

Obtenido así el éxito de mi investigación, en cuanto a la base, quise acometer la tarea de inquirir lo que me descubriese el alcance de la idea inmensa, objeto de mi encuesta.

La idea de interrogar al Presidente mismo, me pareció demasiado audaz y hube de abandonarla, por la premura del tiempo que me quedaba para dar cima a esta obra.

El intrépido Divisionario mexicano, señor General don Cándido Aguilar, se me presentaba, por su carácter de Ministro de Relaciones, como indicado para indagar

sus opiniones respecto a esta cuestión. Pero supe, con no escasa pena, que el alto funcionario se encontraba impedido, por enfermedad, de recibir visitantes, y entonces me ocurrió la idea feliz de acudir al perspicaz y joven Jefe actual del Gabinete Mexicano, Licenciado Don Manuel Aguirre Berlanga, Secretario de Gobernación, y a él dirigí entonces mis tentativas, resueltamente.

Ya le había molestado anteriormente solicitando de él la *interview* que he dado a conocer a los lectores en otros capítulos de este libro, pero consideré de tal interés este asunto, que no dudé en molestarle nuevamente, habiendo tenido mi petición muy benévola acogida.

Aunque abrumado por el trabajo de un Ministerio que es, sin duda, el más complejo y de mayores responsabilidades en el Gabinete del Presidente Carranza, el señor Aguirre Berlanga, tiene el tacto de discernir, con toda claridad, el grado de importancia de los asuntos que buscan su firme apreciación y su acuerdo nunca infundado, y así fué que muy pronto me dispensó la honra de recibirme nuevamente.

Me oyó con interés y cortesía; me habló sin exabruptos ni exageraciones, y de todo lo que él me dijo, ha nacido la cristalización de éste y otro capítulo, que entrego confiadamente a la opinión del mundo.

———

LA DOCTRINA CARRANZA

II.

México aparecería deplorablemente incompleto, en el esbozo concienzudo que de él ofrecerá al orbe el núcleo de estas páginas, si a la cálida pintura de sus fenómenos biológicos interiores, no se añadiera aunque sea el croquis, de sus aspiraciones y de su vida, en el campo ilimitado y majestuoso en que la naturaleza lo coloca, como miembro activo de la comunidad de las naciones.

Los pueblos, que no son, sobre la tierra, sino la continuación de la provincia, de la ciudad, del burgo y de la familia, no están hechos para la vida estrecha de la reclusión ni del aislamiento, como el caracol que nace, vive y muere dentro de su concha.

Los pueblos, por la naturaleza misma de su constitución y de sus necesidades, tienen que vivir, por fuerza, una vida de constante relatividad, de urdimbre ineludible de intereses y de transacciones recíprocas que, por fuerza también, deben estar sometidos a una ley de imponderable igualdad en los derechos, a la vez que de inflexible rectitud en las obligaciones.

A esa vida amplia y majestuosa, de relación activa entre los pueblos, es a lo que se da el nombre de "Derecho Internacional." Y para que este nombre no desdiga de su efectividad, actual y práctica, la razón humana ha apelado a esa eterna y única base del Derecho, que se llama la Justicia.

Pero la Justicia, como sostén y fin del Derecho Internacional, ha sido comunmente un alma más imaginaria que existente, más fantasmagórica que viva.

Careciendo de sanciones escritas, de garantías reales, de apoyos irreductibles; sin más códigos que los tratados; producto éstos muchas veces de imposiciones del volúmen o de la violencia, los atributos de soberanía de los pueblos, no menos que las condiciones de extranjería de los individuos, han estado, por desgracia, en casos incontables, a merced de las malévolas interpretaciones de los gobiernos fuertes, que han sido siempre en ellas juez y parte, para resolver invariablemente los conflictos ocurrentes, no con arreglo a justicia, sino con sujeción absoluta a sus egoístas interpretaciones y a sus no siempre legítimos intereses.

En pocas palabras—México sabe ésto muy bien a expensas suyas—el Derecho Internacional, si se quiere, habrá sido invariablemente EL DERECHO; pero con toda seguridad no ha sido siempre LA JUSTICIA.

Y así como en su afán absoluto de ese don supremo abolió, en su interior, tantas iniquidades y miserias tantas, así ha querido, por interés de un estado actual que le concierne, no menos que por aspiración generosa, extender el vitalizador pensamiento revolucionario,—que es la obra magna del siglo—a todos los pueblos de la tierra, y a todos los seres humanos, si es posible, para que la vida de relación de todos ellos, de los más extraños, de los más divergentes entre sí, sea una vida fácil, suave, prolífica, sin sacudidas, sin fricciones, sin cataclismos, sin injusticias, en una palabra.

Y en este orden de progreso, gloriosamente humano e intensamente reformador y bello, ha cabido en suerte la dicha de poner sobre firme base, la piedra angular del futuro Derecho Internacional del mundo, al gran Caudillo de la Revolución Mexicana, al esclarecido hombre de Estado Don Venustiano Carranza que, al escribirse este libro, es el honorable y venerado Presidente legítimo de los Estados Unidos Mexicanos.

El acarició la idea y le dió forma acerada y concreta, en dos solemnes ocasiones diversas. . . . . .

El mundo, sorprendido y extrañado, como se extraña y sorprende de todas las teorías y de todas las audacias que rompen con moldes viejos y con inveterados abusos, expresó, de pronto, su aturdimiento y su sorpresa; pero después los estadistas leales, los pensadores sinceros, los reformadores bien intencionados, no han podido menos que confesar, en un principio, y proclamar después, que la difusión, aceptación y sanción de la Doctrina Carranza, por la comunión de las naciones, debe ser saludada como la aparición de un evangelio nuevo de Amor y de Igualdad entre los hombres, y como un vínculo luminoso de Justicia real y absoluta entre los pueblos civilizados.

Grandes como fueron las conquistas de principios interiores, iniciados e implantados por la voluntad y perseverancia subyugadora de este hombre extraordinario y único en América, casi casi desaparecen ellas en la insignificancia, ante la magnitud de ese otro esfuerzo de titán para cargar con el mundo sobre sus hombros, milagrosamente robustecidos en tal empresa, por la ingénita, por la ineludible propensión indiosincrática del Caudillo, al imperio mundial de la Justicia eterna.

No faltan todavía, a pesar de lo mucho que en ese camino se lleva andado, no faltan, decimos, quienes tilden esa Declaratoria Carranza, de ser un sueño hermoso, pero utópico.

Yo no quiero dar, en este libro, como ya hecho, lo que no tiene aún, aunque la tendrá muy pronto, la ejecutoria de la práctica sobre el haz entero de la tierra.

Pero aunque no pasara de sueño, sería en todo caso uno de esos sueños gloriosos que inmortalizan a un hombre, que ponen el sello a una época, que dan relieve en los siglos a una Nación. Sería un sueño comparable al de Augusto para la paz del orbe, al de Cristo para el mutuo amor de los humanos, al de Colón, para el descubrimiento de un mundo, y al de Kepler, para

arrancar al infinito el secreto de su ley de atracción universal. . . . . . .

La atracción recíproca, el amor y la paz, son también, base y fin, del sueño generoso de Carranza.

Con un nuevo Derecho Internacional como él lo entrevé y predica, la Humanidad tendrá más hondo y más fecundo el sentido de la Justicia, más fácil y más práctico el amor de sus miembros, y más trascendental y más robusta la urdimbre de las atracciones entre los pueblos.

Reproduzcamos ya, desnuda de adornos, la síntesis que de esa Doctrina Carranza, ha hecho, a toda conciencia, el periódico "EL PUEBLO," uno de los más leídos y respetables diarios de los de la ciudad de México. En el próximo capítulo la encontrarán los lectores.

———

LA DOCTRINA CARRANZA

III

SINTESIS.—Conocidos los elementos de que se desprende la Doctrina, la expondremos en fórmulas claras y sencillas:

I. — Desconocimiento de la llamada Doctrina de Monroe, en su aplicación a México, o en otros términos: MEXICO NO CONSIENTE QUE SUS NEGOCIOS EXTERIORES E INTERIORES ESTEN SUJETOS A LA VIGILANCIA Y APROBACION DE LOS ESTADOS UNIDOS; MEXICO RECHAZA LA TUTELA A QUE PRETENDEN SOMETERLO LAS DECLARACIONES DEL PRESIDENTE MONROE.

II.—Para fundar una política de unión íntima y de solidaridad real con la América Latina, México invita a las Repúblicas Centro y Sud-americanas, a desconocer la declaración de Monroe y a proclamar la libertad de resolverse y determinarse por sí mismos, asumiendo la entera responsabilidad de sus actos.

III.—El mutuo y escrupuloso respeto de la independencia del territorio, de los derechos y de las organizaciones interiores de cada país y especialmente EL RESPETO DE LOS PUEBLOS GRANDES A LOS PEQUEÑOS. En América no debe haber ni invasiones de territorio, ni conquistas, ni intervenciones de ningún género. AMERICA DEBE ADOPTAR, COMO LA BASE INQUEBRANTABLE DE SU SOLIDARIDAD, EL PRINCIPIO DE NO-INTERVENCION.

IV.—Ningún individuo debe pretender a una situación mejor que la de los ciudadanos del país a donde va.

V.—Todas las legislaciones deben asegurar igual protección y respeto a la persona humana, y no hacer distinciones, excepto las del ejercicio de la soberanía, por causa de nacionalidad. El hombre es ciudadano del mundo.

VI.—Ni la fuerza de las naciones ni la diplomacia, deben servir para la protección de intereses de particulares o para ejercer presión sobre los gobiernos de pueblos débiles, a fin de obtener modificaciones a las leyes que no convengan a los súbditos de un país poderoso.

La diplomacia debe velar por los intereses de la civilización y de la humanidad.

La representación diplomática, no significa, por sí sola, la relación de amistad entre dos países; es índice de ella, pero no el único; porque las cancillerías son capaces de desarrollar un acercamiento entre los pueblos. (Un ejemplo muy instructivo y una brillante aplicación de la doctrina, ha sido el reciente caso de Cuba, en el que, como es bien sabido, el Gobierno mexicano retiró su reprerentación diplomática y dejó los intereses y los súbditos mexicanos al amparo de la legislación cubana, haciendo protestas de amistad y conservándolas real y efectivamente con la Cancillería y con el pueblo cubanos).

Esta doctrina, por su carácter de universalidad, por la espontaneidad con que ha nacido del instinto de defensa, frente al poder de la Unión Americana, por asegurar a todos los países su independencia y su dignidad, se ganará bien pronto los sufragios del mundo civilizado y en especial de la América Latina. México debe mantenerla buscando medidas de carácter permanente, para evitar que perezca una vez que falte la vigorosa personalidad que la sustenta hoy. Estas medidas, a nuestro modo de ver, son tres: 1º—El desconocimiento formal, categórico y solemne de la Declaratoria de Monroe; 2º—Las alianzas con Europa o con otros países; y 3º—Un sistema de tratados con América Latina.

1º—DESCONOCIMIENTO FORMAL Y EXPRESO DE LA DOCTRINA MONROE.—Creemos conveniente que el señor Presidente de la República, en un acto solemne, como por ejemplo, en su próximo Mensaje a las Cámaras de la Unión, declare categóricamente que la República Mexicana no reconoce ni reconocerá jamás como sistema de principios internacionales, a ella aplicables, la Declaratoria conocida generalmente con el nombre de Doctrina de Monroe. Tal declaración será el punto de partida de desconocimientos análogos por toda la América, y servirá para regir las futuras relaciones con Europa y con Estados Unidos, en donde se ha creído que el silencio que han guardado los interesados, es una prueba de su asentimiento.

2ª—LAS ALIANZAS.—En América se ha tomado, al pie de la letra, la famosa recomendación de Washington al pueblo americano, de no hacer alianzas. En Estados Unidos se ha respetado, hasta antes de la guerra actual, la recomendación del Gran Patricio, y América Latina, por una sugestión muy explicable en países recientes e inexpertos, ha desechado de sus prácticas el sistema de alianzas como medio de vivir en paz. Se dice que la actual guerra europea se ha propagado, tan extraordinariamente, por las alianzas que mantenían el equilibrio europeo, y con tal antecedente se proclama, como una de las reformas de más importancia que producirá la abolición absoluta de éstas.

A nuestro modo de ver, las alianzas no han sido causa determinante de la propagación de la guerra, y ningún pueblo sabio debe aceptar, por sistema, una conducta que a veces puede estar reñida con sus vitales intereses. En los actuales momentos y para estar listos a las consecuencias de la guerra, México debe armarse hasta los dientes.

Las utopías socialistas del desarme universal y las exageraciones antimilitaristas, han sufrido cruel mentís con la actual guerra, que ha mostrado la necesidad impeorisa de ser fuertes. La personalidad de los Estados

se vigoriza, correspondiendo este movimiento en la Sociedad de las Naciones, al principio individualista, que rigió la política interior durante los siglos XVIII y XIX. Los que sí se modificarán, serán los procedimientos hasta hoy usados, que consistían en el mantenimiento de numerosos Ejércitos permanentes y en la imposición de pesadas cargas para atenciones de guerra; pues se puede lograr mejor resultado por medio de la militarización universal: cada ciudadano debe ser soldado. Particularmente México necesita armarse, organizarse en el interior, poner en alta fuerza sus efectivos, haciendo de cada ciudadano un soldado y de cada soldado un ciudadano, y sobre todo, CONTRAER ALIANZAS. Alianza con países poderosos, cuyas relaciones y cuyos intereses en México, sean de suficiente importancia para desear que se mantenga fuerte e independiente; alianzas morales y materiales, ofensivas y defensivas, para imponer respeto, no sufrir vejaciones y ser campo abierto a la libre competencia.

La debilidad de México, es una cosa que ya debe desaparecer de nuestro leuguaje y no ser el obstáculo que se presenta por delante, siempre que se trata de iniciativas valientes o de resoluciones nuevas. Si México ha desconocido la Declaratoria tutelar de Monroe y quiere poner en práctica su Doctrina, la Doctrina Carranza, es preciso que sea fuerte y se arme. La entereza del Presidente, la firme voluntad de las ciudadanos de hacer una Patria grande, la simpatía y el indiscutible apoyo de América Latina, deben estar sustentados en fuerza numérica y efectiva, contante y sonante y en fuerza posible procedente de las alianzas. Posiblemente la Doctrina de Monroe quiera armarse, de todas armas, para defender un imperio que se le escapa. Pero la nueva Doctrina, más joven, más hermanable y más universal, vencerá en cualquier terreno a la caduca.

No debemos estar aislados. América Latina es nuestra aliada natural, pero no puede hacer práctica su ayu-

da, sino en una corta escala. En Europa y en otros países, es en donde México ha de negociar sus ligas.

3º—LOS TRATADOS.—Un sistema de tratados con América Latina para asegurar el intercambio moral, comercial y de todo orden, dará vida a la Doctrina Carranza que sustenta México. En esos tratados se estipularán las condiciones liberales, apuntadas antes, y la plena garantía de todos los súbditos de cualquiera nacionalidad, en México. Esto, y un amplio espíritu de concordia y de verdadera amistad, mantendrán la influencia mexicana, y harán más perdurable la simpatía hacia nosotros.

México y Estados Unidos han sido, hasta hoy, los polos de influencia en la América Latina. El segundo, en su época, presentó como cartabón de sus relaciones una Doctrina estrecha, egoísta, proteccionista e intervencionista. Probablemente la Declaratoria de Monroe desempeñó una función social, cuya importancia aun no es bien aquilatada; pero pasada la época, habiendo despertado todas las Repúblicas, desde el Bravo hasta el Cabo de Hornos, es unánimemente rechazada, y el porvenir ofrece nuevos lineamientos en que caben todas las aspiraciones, todas las Naciones y todas las razas.

La Doctrina Carranza posee las virtudes sociales necesarias para perpetuarse, porque no está fundada en intereses transitorios, sino en los permanentes y universales de la HUMANIDAD.

SEMBLANZA
DEL
CIUDADANO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
DON VENUSTIANO CARRANZA

SEMBLANZA
DEL
CIUDADANO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, DON VENUSTIANO CARRANZA

Los lectores de mi libro, que en mayoría, quizás, serán extranjeros, tendrán el natural deseo de querer completar mis informes, con el conocimiento íntimo del ciudadano a quien un destino propicio ha colocado en la cima del poder, cuando el poder en México es precisamente la más tremenda carga, de labor y de responsabilidades, que nación alguna pudo echar sobre los hombros robustos de uno de sus hijos.

Gobernar un país en plena paz, en el natural desenvolvimiento evolutivo de sus aspiraciones y de sus recursos, por los senderos normales y tranquilos de la ley, por la producción del fenómeno biológico que se llama crecimiento, es y será siempre, una tarea árdua, seria, comprometida.

Pero encauzar los hervores de un torrente hasta reducirlos a corriente tranquila y fecundadora de campiñas dilatadas; tomar el timón de una gran nave, enmedio a tempestad deshecha, y darse, con decisión enérgica, al salvador empeño de llevarla a puerto seguro, contra la artera combinación de los arrecifes y de los vientos, es labor tan arriesgada y heroica, que para realizarla, se ha menester del concurso decidido, de la alianza providencial de un Destino y de un hombre, eminentemente pro-

tector el primero, inequívocamente extraordinario el segundo.

Yo no quiero escrutar las honduras del uno, porque entre mis instrumentos de juzgar no tengo sondas para lo insondable. Cuando se habla de «destino,» me limito, por los síntomas, a presumirlo bueno o malo, favorable o adverso. Y en el caso de México, lo presumo grandioso.

Pero al segundo aliado, esto es, al hombre, no puedo eximirme de aplicarle mi examen, porque para los hombres, sí tengo un escalpelo.

Don Venustiano Carranza, generador de un México nuevo, es uno de esos ejemplares humanos extraordinarios, que el mundo debe conocer y que yo me complazco en bosquejar.

Nadie debe poner en duda lo excepcional de este caudillo, porque los siete trabajos de Hércules no los realiza un pigmeo; porque para echarse a cuestas una montaña, sin derribarse bajo su peso, es indispensable haber nacido titán.

Ahora bien, mi teoría es que el mérito de Hércules y de los titanes, es decir, de recias voluntades y de organizaciones de acero, consiste en no desfallecer, ni moral ni físicamente, antes del vencimiento; en no traicionar la misión recibida, aunque la hidra y la montaña se coloquen enfrente.

Y es mi convicción más honda, que el señor Carranza no ha traicionado jamás la suya, sino que, antes bien, ha sabido estar a la altura de ella, sin arredrarle ni la montaña ni la hidra; ni los escollos ni los huracanes.

Si hay o si no hay una preparación *ante-vítam*, para realizar las hazañas monumentales de la Libertad, es tema en cuya disquisición no habré de ocupar mis páginas. Pero no faltarán nunca filósofos que sostengan las predestinaciones heroicas, en oposición a los que opinan que los libertadores de pueblos son vegetaciones esporádicas que brotan al acaso, y en cualquier sitio como los hongos, en el ancho campo de la vida.

Yo me complazco en ver signos, en tales y cuales sé-

res, que acusan una filiación de selecciones depuradas, de antecedentes luminosos, de consecuencias lógicas y precisas, que indican, con claridades de mediodía, que ellos no son unos intrusos del bien, que no merecen el dictado de advenedizos en la obra santa de la liberación humana. Creo sencillamente en la genealogía de las almas, porque éstas no pueden ser de peor condición que los organismos materiales, y con esa creencia, yo tengo para mí que el señor Presidente Carranza tiene pergaminos y árbol honroso en esa niebla, impenetrable a nuestros ojos, que los neo-filósofos llaman «anales akáshicos» y en los cuales vive y palpita la memoria de Dios.

Empero, hondamente experimentalista y práctico, me atengo solamente a los signos palpables y comprobados, como antes dije, y para mi caso concreto, busco los del señor Carranza en su cuna y en sus padres, que son los encargados, por sabia ley de la naturaleza, de transmitir las aptitudes fundamentales que deben servir al individuo para llevar a cabo la misión con que se llega a la vida.

Y la cuna del señor Carranza, la encuentro en una tierra que ha sido tradicionalmente, en México, cuna de libertad y de elevaciones materiales; me refiero al Estado de Coahuila.

Ver la luz en esa tierra, es ya una presunción, al descubrirse de ello los primeros síntomas, de que se está en el caso de disponerse a combates fecundos y a pensamientos nobles.

Pero en el caso del señor Carranza, tuvo el observador sagaz la fuerte indicante de que él nació de un padre que había servido generosamente a la Patria, en época de crisis internacional; luchando en el Ejército, como soldado de la República, cuando el inmortal Presidente Juárez juntaba a su alrededor el puñado de patriotas que le permaneció fiel, hasta lo último; entregándole como contingente, capital, relaciones, brazos, bienestar..... todo cuanto aquel *espartano* hijo de Coahuila contaba como suyo, y que desde el momento en que la

Patria estuvo en peligro, ya no lo tuvo por suyo, sino por de la Patria. Su nombre, debo consignarlo aquí como un acto de justicia: ese patriota se llamaba el Teniente Coronel Don Jesús Carranza. Fortaleciendo sus virtudes cívicas y ayudándole a infiltrarlas profundamente en los corazones de sus hijos, estaba en el campo de la vida, la esposa del patriota y madre de nuestro estadista y caudillo de ahora, del señor don Venustiano Carranza. El nombre de aquella dama era doña María de Jesús Garza de Carranza, inolvidable y santo para la ternura filial del que es ahora el excepcional Presidente de México.

De aquel manantial de fortalezas y de virtudes domésticas y públicas, no pudo nacer, y de hecho no nació, en el alma del predestinado coahuilense, sino un sereno caudal de públicas y domésticas virtudes.

Y es a esto a lo que yo llamo el segundo de los signos palpables de su designación, para la obra que él ha realizado.

El Ateneo «Fuente,» de Saltillo, que tiene fama de haber estado siempre regenteado por educadores de mucha valía como ciencia, como virtud y como experiencia, sirvió de campo al señor don Venustiano, en su primera juventud, para abrir los ojos a las luces del pensamiento.

Era su ánimo seguir la carrera de la Medicina y con ese propósito vino a México; pero lo sorprendió una aguda enfermedad del órgano visual y por prescripción médica tuvo que abandonar, completamente, los estudios profesionales.

Mejoró de su mal en los Estados Unidos, en donde un especialista distinguido obtuvo para él ese resultado; pero si bien no pudo ya intentar la prosecución de su carrera, por haberse entregado a las labores del campo, nunca dejó, ni por un momento, el apasionado estudio de la historia y de las ciencias sociales, con las cuales hizo amistades íntimas desde que su cerebro sintió el ansia de la luz, al abrirse sus ojos interiores a la investigación y al ansia de juzgar, con juicio propio, de los hombres, de las épocas y de los sucesos.

La vida pública del señor Carranza comenzó en 1887 en su pueblo natal, en Cuatro Ciénegas, en el cual el voto de sus coterráneos le llevó al honroso puesto de Presidente Municipal, teniendo apenas la edad de veintiocho años. En él, sinembargo, se reveló, desde luego, como un reformador y como un impecable.

Y en cuanto a rectitud, dió en aquel puesto una muestra de carácter y de honradez sincera, que le valió elogios de los probos y enemistades de los perversos. Ese acto fué que, habiéndosele pedido por el Gobernador del Estado un informe acerca del Municipio de Cuatro Ciénegas, para fines políticos determinados, y habiéndosele hecho la insinuación de que en tal informe la situación local apareciera como floreciente y próspera, el señor Carranza contestó que él rendiría a la hora que se le indicara el informe requerido; pero que en ese informe no diría sino la verdad, porque él no estaba allí para secundar intereses privados de nadie, sino para obrar en justicia y decir siempre la severa y exacta realidad de la situación de su Municipio.

Aquel acto de dignidad política y viril, le atrajo las iras del poder y tuvo que separarse de su puesto, porque el Gobierno de Garza Galán lo consideró desde aquel instante como a un enemigo.

Pasado algún tiempo, durante el cual se acentuó en su forma más irritante, la tiranía del Gobierno de Garza Galán, trató éste de reelegirse en 1889, y siendo esto ya intolerable para el altivo pueblo coahuilense, hubo que recurrir a las armas para impedir esa burla al interés y a la voluntad populares. Entonces un hermano del señor Carranza, —el mayor de la familia—que se llamaba Don Emilio, con otros miembros de la misma, apoyados todos por el hoy Presidente de México, y con su ayuda y cooperación cordiales, se lanzó a la revolución, abandonando hogar, intereses y comodidades.

El espíritu de altivez que lo había hecho rebelarse contra una consigna en la Alcaldía Municipal de Cuatro

Ciénegas, lo puso entonces, con el arma en la mano, con el corazón en el pueblo y con el alma en la libertad.

Pero el resultado final de aquella actitud, fué saludable, ya que en último caso se obtuvo la separación de Garza Galán del Gobierno de Coahuila, que a la postre vino a quedar en manos del Licenciado don José María Múzquiz, con beneplácito de todos.

En los años de 94, 96 y 98, el señor don Venustiano Carranza tornó á ser, una vez más, Presidente Municipal de Cuatro Ciénegas, en cuyo puesto se reafirmaron a los ojos de todos sus conciudadanos, sus grandes dotes de prudente y sagaz administrador de los intereses públicos; antecedentes que le valieron su elección para diputado a la Legislatura local en períodos sucesivos; después para la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, y finalmente para el Senado, en donde mantuvo su tradicional actitud de dignidad y de severa independencia, de todo compromiso con la tiranía.

En 1908, por licencia concedida al entonces Gobernador de Coahuila, señor don Miguel Cárdenas, el señor Carranza fué, por designación legal de la Legislatura, Gobernador interino de su Estado y fué, en aquel su primer ascenso a la notoriedad de un alto poder, cuando dió ya las muestras más inequívocas de sus grandes cualidades de estadista, de funcionario celoso y de paladín inflexible de la justicia, aun en contra de los encargados de distribuirla al pueblo: un juez prevaricador, que se creía con apoyos para la impunidad, fué severamente procesado por expresa y terminante disposición del señor Carranza. No hubo ramo de la Administración para cuya depuración y mejoramiento no demostrase el más acendrado interés y la devoción más sostenida.

Fué, pues, aquel interinato suyo, el pedestal sobre el cual se levantó su decidida popularidad, la cual se tradujo el 5 de febrero del año siguiente en el surgimiento de su formal candidatura para el puesto de Gobernador Constitucional, en las elecciones que deberían celebrarse para dar un sustituto legal, al Gobernador Cárdenas,

que se manifestaba irrevocablemente resuelto a no aceptar su releección, por su deseo de retirarse a la vida privada.

El señor Carranza fué verdaderamente aclamado, en un banquete, para encarnar la candidatura del pueblo; pero la dictadura le hizo una guerra a muerte; impuso a otro Gobernador y desde aquel momento, el austero hijo de Coahuila, no tuvo ya más recurso que declararse partidario resuelto del apóstol de la democracia en México, del señor don Francisco I. Madero, que en aquellos días salió a la palestra, en defensa de las libertades del pueblo, con aquel su contundente libro que se titula "LA SUCESION PRESIDENCIAL", primer ariete que la revolución esgrimió contra la vergüenza de un pasado de más de treinta años de oprobio y de sumisión a una voluntad única, sobre una nación hipnotizada.

Y fué entonces cuando don Venustiano Carranza, que había hecho su estudio de la ciencia política, no sólo en los libros, que fueron siempre sus mejores amigos y sus más íntimos consejeros, sino también en el campo abierto de la experimentación, con los hombres y los sucesos por mentores; cuando el país, sus necesidades, sus dolores, sus estrangulaciones, le eran ya familiares, por conceptos aprendidos en la vida diaria de las masas; cuando su ascenso a los puestos más altos lo había efectuado, no como un advenedizo, sino por rigoroso escalafón, si así puede decirse, subiendo en categoría y aumentando en responsabilidad de funciones, grado a grado y día por día; en la sala de cabildos, en el hemiciclo de la Legislatura, en la curul de la Cámara baja del Congreso Nacional, en los escaños del Senado y en el sitial, por último, del Gobierno Coahuilense; fué entonces, digo, cuando el arrastre impetuoso de la revolución lo llevó a compartir con el apóstol-mártir las responsabilidades del movimiento de liberación que debía echar por tierra todo un edificio agrietado, para cavar, sobre sus escombros, la cuneta de los cimientos de un México nuevo, redimido y vigoroso.

El señor Carranza emigró a San Antonio, en donde radicaba la Junta Revolucionaria Mexicana, de la cual formó parte principalísima.

Y aquella fué su aceptación explícita de una lucha, abierta y franca, irreconciliable y decisiva, contra el pasado que era indispensable eliminar para siempre, con sus métodos y sus vicios, con sus hombres y sus corruptelas.

La Revolución, se impuso con su fuerza arrolladora, y cuando la Dictadura convino en tratar, de potencia a potencia, con los caudillos de la emancipación nacional, el señor Carranza, al celebrarse el tratado de Ciudad Juárez, fué quien más enérgicamente sostuvo, en su calidad de Ministro de Guerra y Marina, del entonces Jefe de la Revolución, don Francisco I. Madero, que la base para toda suspensión de hostilidades no debía ser otra que la renuncia y separación absoluta del General Porfirio Díaz, de la Presidencia de la República.

Después de aquella victoria, el señor Carranza, con regocijo unánime del pueblo, fué designado por el señor Madero, Gobernador Provisional de Coahuila, y muy poco tiempo después, electo constitucionalmente para el mismo cargo, ya que en su interinato había afirmado su alto prestigio de reformador y de administrador modelo, de la cosa pública.

Los acontecimientos se precipitaron para México, de una manera asombrosa. Como si el destino tuviese decretado que el apóstol Madero no hubiera de tener otra misión que echar por tierra la dominación tiránica y abrir a la Patria nuevos horizontes, un crimen nefando, sin precedente en nuestra historia, tronchó la vida del Presidente legítimo de México, y abrió, con llave de sangre, la puerta para la revindicación de la Ley y para el desenvolvimiento de la más radical, de la más justiciera de la más invencible de las revoluciones, de la que había de trascender, no sólo a la vida interior del pueblo mexicano, sino también a su papel y a su actuación en el concierto de los pueblos libres.

En esa empresa gigantesca, el señor don Venustiano Carranza, con la admiración unánime de los hombres desapasionados de todo el mundo, marchó siempre de pie, sobre un mar embravecido, sin torcer el rumbo, sin equivocar el camino, hacia los fines de su audaz concepción revolucionaria, cristalizada en el documento histórico que lleva el nombre de «PLAN DE GUADALUPE,» que un puñado de hombres de corazón y de fe quisieron, de plena voluntad, firmar con él, y reformado que fué ese Plan en Veracruz, algunos meses más tarde, supo él finalmente conducirlo al triunfo, sin miedo a obstáculos y sin vacilación alguna, ante las más rudas y dolorosas pruebas a que el proceso empeñado de la lucha quiso someterlo.

Hoy ese «ejemplar único» es ya el Presidente de México, por expreso y legítimo mandato de sus conciudadanos. En su mente de patriota, y en sus concentraciones de vidente, este hombre no duda un solo momento del porvenir que lo futuro le reserva a su Patria, por cuyo bien y por el mismo de la humanidad, él labora como un incansable y espera, con la sonrisa en los labios, como un convencido, como uno de aquellos maravillosos mártires del Circo romano que sabían que tras del tormento estaba la gloria.

La hora de la prueba no ha concluído todavía para él; pero en la serenidad de todos sus procederes, en la tranquila organización de todos sus trabajos, para futuros indefinidos, se diría que el pueblo puede leer la certeza absoluta de que el Capitán de una carabela imaginaria, que bien puede tener reduplicado el nombre de la del Almirante Genovés, Venustiano Carranza, ve con sus grandes ojos interiores y no obstante la curvatura de la tierra, un puerto esplendoroso y opulento, en el cual esta embarcación de maravilla que se llama México, podrá tirar un día sus anclas para muy largos siglos. La Gloria entonces será de este Comandante, que ha sabido llevarla a ese final espléndido.

SEMBLANZA
DEL
CIUDADANO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
DON VENUSTIANO CARRANZA

II

En los trazos que preceden, he tratado de esbozar el perfil del hombre público que hoy rige los destinos de México.

Ahora quisiera yo poder, con leves pinceladas, hacer el retrato del Carranza íntimo, del hombre privado, que a mí me ha parecido no menos interesante y singular que el estadista.

Don Venustiano, como en una forma algo familiar le llaman no sólo sus amigos, sino el pueblo entero, es una figura serena, erguida, de reposado andar y movimientos, sin sombra de afectaciones ni de nerviosidades; contraste absoluto, me dicen todos, con lo que era el Presidente Madero, a quien yo no conocí; pero que era, según amigos suyos, una pila de Volta, en la movilidad irrefrenable de todo su cuerpo.

Del señor Carranza, por el contrario, se podría decir que es un bronce clásico que ha echado a andar sin perder el hábito de tranquilidad de las estátuas. Todo en él es dignificado y majestuoso, dentro de la naturalidad más perfecta. Su rostro es bello, como son bellas las montañas que la nieve contornea en las cimas. Su frente anchísima se diría que muestra una tendencia a espa-

ciarse, más y más, para dar sitio en su interior, al alud de hondos y grandes pensamientos que deben latir bajo ella. Lo perspicaz y escrutador de su mirada, está atenuado con la interposición discreta de los cristales, ligeramente oscuros, de sus lentes que nunca lo abandonan. Sinembargo, quienquiera que se ve frente a él, siente irremisiblemente que aquellos dos fanales han explorado, en un instante, hasta las profundidades de su espíritu. El señor Carranza es tenido como un gran lector a primera vista, de la música de las almas.

No hay ceño entre sus cejas. No intimida; no espanta. Su grandeza, en la que él ni piensa siquiera, es una grandeza apacible y tranquilizadora, para los que a ella se acercan. Le molestaría que alguien se sintiese cohibido cuando se aproxima para hablarle. Si es verdad que escruta los interiores, lo hace de una manera natural y sencilla, sin darse cuenta de ello. Su mente es una placa sensibilizada, que recibe imágenes morales y las guarda inconscientemente; pero que en el instante en que él lo necesita le puede suministrar «positivas» claras y precisas, tantas como le sean necesarias. En su facultad retentiva no hay esfuerzo, no hay gasto ni sacudida que amengüe sus energías en un millonésimo de adarme.

Esto ayuda poderosamente a la firmeza de sus concepciones. Tiene adentro todo un mundo de imágenes fijas; como podría tomar libros de un anaquel, para consultar un punto, su espíritu toma datos «gráficos» de su maravilloso archivo interno, y en un instante construye el concepto o cristaliza la idea.

Jamás habla con precipitación, mide sus palabras antes de permitirles que rompan la clausura de los labios; pero cuando ha dicho algo, ya se sabe que en lo expuesto por él no hay un solo concepto vacío. No creo que sea un retórico, con pujos de brillo en la dicción, ni tentaciones de cautivador en la frase. Pero sí me figuro que cuanto él desea en todo caso, es que se comprenda que él está convencido de lo que dice y por eso no tiemblan en sus expresiones duda ni vacilación alguna.

Tiene una pasión: los libros. Entre éstos siente una predilección: la Historia. No solamente la tiene por maestra, sino por amiga. Habla con ella y le hace sus confidencias íntimas para consultarle sus problemas políticos y sociales, y la «buena amiga» no lo engaña ni lo mistifica nunca. Tiene ella a la humanidad en frascos transparentes, con todos sus móviles, con todos sus vicios, con todas sus grandezas, con todas sus aberraciones, con todos sus crímenes, y no hay caso nuevo, tan nuevo, que no tenga en sus archivos una analogía que enseñe o una ley demostrada que tranquilice y absuelva.

El señor Carranza, todo energías y fibra, es un devoto de figuras históricas mexicanas como Morelos y Juárez. Entre las siluetas americanas, la de Bolívar es la que más le cautiva. Es la inquebrantabilidad de acero de esos gigantes lo que lo seduce.

La suya no es menos grande.

Don Venustiano es un hombre rectilíneo; pero la profundidad de la meditación y del reposo, suplen en él, tal vez con ventaja, lo que le faltase de elástico y plegadizo para los asuntos diplomáticos, por ejemplo, en los que se tiene como un aforismo que la línea *curva* es siempre la más *recta* para llegar a un punto.

De allí que en su política exterior no se registre lo que se llama un fracaso, habiendo todos sus actos, para con naciones con quienes México trata, aun a la hora de incidentes delicados como el de Cuba, resultado siempre ajustados paralelamente a la justicia y a la conveniencia de la República.

La fe que todos reconocen al señor Carranza, dista mucho de ser una fe ciega. Por el contrario, es una fé iluminada y luminosa. Nace de la conciencia que él tiene de estudiarlo todo a fondo, antes de resolver cualquier asunto, y por ello es que no solamente es él mismo el que confía en su criterio, sino que su confianza la transmite; contagia con su seguridad y su aplomo, a cuantos lo conocen, por la solidez de sus acuerdos todos.

Ante los mayores peligros, jamás se inmuta; ante los

más duros sacrificios, no vacila nunca. En dos ocasiones estuvo a merced del sanguinario Francisco Villa, en trances en que aquel su ex-colaborador podía, a todo su gusto, haberle mandado quitar la vida, y el señor Carranza no tuvo una sacudida ni un espasmo. Su serenidad imponente, comparable a la de Juárez en situación análoga, lo sacó indemne del riesgo.

Dominador casi increíble de su voluntad y de sus nervios, tiene a veces caracteres extraños de una insensibilidad física que asombra.

Testigos presenciales me refieren algunas anécdotas suyas que yo transcribo, porque son pinceladas que contribuyen grandemente a dar un colorido característico al boceto que estoy trazando.

En una travesía que tuvo que hacer, durante un crudo invierno, desde Sonora hasta Chihuahua, el frío que se sentía en el camino era tremendo, y en tanto que sus acompañantes, casi helados, ansiaban por un albergue en qué guarecerse, él dijo con impasibilidad asombrosa:

—Dormiremos en esa loma.

Y en la loma se pasó la terrible noche, sin más abrigo, el entonces Primer Jefe, que su capote de soldado.

Como antítesis, durante la estancia en Querétaro, en donde se engendró la nueva Constitución, el grupo de funcionarios y subalternos que lo acompañaba, fué con él a unas famosas termas que se llaman de San Antonio. Hay allí una piscina de temperatura tan alta, que nadie se baña en ella. El señor Carranza fué la que escogió para sus abluciones, y allí, en donde otros no podían introducir ni la mano, él permanecía largo tiempo como "si estuviera en un baño de rosas" .... Siempre impasible.

Durante la histórica permanencia del Constitucionalismo en Veracruz, en los días más calurosos del verano, el señor Carranza eligió en el casi hirviente edificio de Faros, su residencia oficial, y allí tuvo por alcoba la habitación más terriblemente ardiente de aquella casa

de lumbre. Cuando los empleados iban a acordar con él, teniendo que permanecer cuando mucho una hora, de allí salían agonizantes de calor y sudorosos como una esponja empapada. Pues el señor Carranza se pasaba allí el día y la noche enteros y nadie lo oyó jamás quejarse de la temperatura.

Algunas veces, en el mismo Veracruz, salía el Primer Jefe a dictar sus acuerdos al extremo del muelle. La plaga del feroz mosquito es allí insoportable. Los empleados hubieran querido tener las manos de Briareo, para espantarse al infernal insecto que los asaeteaba con su aguda lanceta, y sólo el señor Carranza dejaba que se cubrieran su rostro y sus manos con una capa de moscos, sin hacer un movimiento ni tratar de libertarse de aquellos voraces que le chupaban la sangre y le daban su música abominable en los oídos . . . Siempre impasible.

El Presidente de México posee la extrañísima facultad de dormir sin perder el hilo de las conversaciones que se cruzan a su alrededor. Un alto personaje, que ha viajado en tren con él, me refiere, que en cierta travesía, tres de sus acompañantes hablaban en voz alta, como generalmente se habla en ferrocarril, para dominar el ruido de los carros en movimiento. El señor Carranza, en determinado momento, recostó la cabeza sobre el respaldo del asiento y cerró los ojos. Sus acompañantes, como era natural, cesaron de hablar. Entonces, él les dice:—Hablen ustedes, no me molesta su conversación.—Ellos siguieron hablando; pero en voz muy baja. El Presidente insistió:—Hablen ustedes alto; no me interrumpen mi sueño.—Aunque un tanto cohibidos, los caballeros continuaron hablando en "voz de ferrocarril". . . . .Entonces, el señor Carranza visiblemente durmió por largo tiempo. Se vió que estaba descansando. Pero cuando despertó, tomó de nuevo con ellos el hilo de la plática y les probó que, apesar de haber dormido, se había dado cuenta cabal de su conversación. Es que hay en él, algo de esa extraña facultad que los neo-filósofos llaman des-

doblamiento del individuo—fenómeno propio de los espíritus muy altos—y que consiste en que la materia puede estar en estado de descanso soporífero y el espíritu alzarse, en completa independencia, al estado de una actividad libre y consciente, que guarda sus impresiones todas al reentrar al cuerpo de que se ha desprendido accidentalmente. Este fenómeno no es tan raro que se pueda tomar como un caso maravilloso, vecino al milagro, su producción en tal o cual individuo; pero sí es de aquellos que inequívocamente acusan en el sujeto en que se presentan, una altitud anímica de todo punto excepcional y elevadísima. El señor Carranza la posee.

La impasibilidad de su alma se ha probado también en ocasiones y en circunstancias que son históricas: yo no recogeré en mis páginas sino una sola que es heroica.

El General Don Jesús Carranza era el hermano predilecto del Primer Jefe, y le tenía encomendada él la importantísima campaña en el Istmo de Tehuantepec, contra los alzados oaxaqueños. Pero entre los subalternos del General Carranza, estaba un felón que tenía ambiciones sombrías y que faltando traidoramente a sus deberes, se apoderó de su superior el General Carranza y quiso sacar de esa captura un miserable partido. Fingió telegramas al Primer Jefe, calzándolos con la firma del hermano. Pero el caudillo de la Revolución no cayó en el lazo. Santibáñez—que así se llamaba el traidor—pretendía comprar la honradez inflexible del señor Carranza; el derecho de que, sublevado y todo como estaba, no se le batiera por las fuerzas constitucionalistas. Ilusión sin base: no conocía aquel criminal al Primer Jefe: comprendió éste que las vidas de su hermano y de todos los Oficiales cautivos con él, eran la garantía de que no se perdiera la región del Istmo para la causa libertadora, y se mantuvo inflexible en las órdenes para que el infidente fuera batido. Este había amenazado, por fin, con fusilar a todos sus prisioneros y concluyó por cumplir su odiosa amenaza, cuando los mensajes del Primer Jefe lo convencieron de que el deber tenía para

el señor Carranza una voz más poderosa que la sangre. En el último de ellos se había despedido tiernamente del hermano cautivo, sabiendo que Santibáñez, y nadie más que él, recibiría ese mensaje; pero era indispensable impresionar al traidor con lo que es capaz de hacer un espíritu que se apoya en el amor al deber. El sacrificio, pues, resultaba inútil para el traidor y con esa conciencia el Primer Jefe esperó, tal vez, que Santibáñez no consumara su infamia. Esperanza inútil: la infamia arrojó su odioso borrón en la historia patria, y la maravillosa fortaleza del Primer Jefe quedó comprobada ante los anales del mundo.

Estas pruebas sublimes no se las concede el Destino a todos los mortales, porque no existe en todos la fortaleza necesaria para triunfar en ellas. El señor Carranza salió gloriosamente victorioso de la suya.....; pero el infame cumplió sus sangrientas amenazas. El horrendo holocausto, como acabo de decirlo, de todos los cautivos, se llevó a cabo con crueldades inauditas. Pero el Jefe de la liberación nacional, demostró con un hecho digno de los tiempos de la leyenda, que aquel hombre era un caudillo digno del triunfo y de la inmortalidad.

***

Ya en otros capítulos me refiero a grandes reformas políticas, sociales y religiosas, económicas y administrativas, que el señor Carranza ha venido decretando para México, en consonancia con su programa revolucionario. Pues bien, como en todas ellas se ha tratado de desarraigar abusos profundamente incrustados en la educación y en las costumbres del pueblo, todas ellas han costado luchas, han encontrado oposiciones y han determinado intrigas para resistirlas. Pero todas, sin excepción, lo presentaron siempre a la Nación como inflexible para no desistir de aquello que a su juicio, entrañaba el cumplimiento de un compromiso con el pueblo, levantado en armas para obtener una justicia absoluta y una emacipación completa.

Don Venustiano Carranza, no ha sido ni será nunca el hombre de las transacciones ni de los términos medios, cuando el deber le marca una senda. Como Catón de Utica, él se ha propuesto desterrar vicios en pueblos y en gobiernos, y, con la austeridad de su ejemplo, conseguirá, de fijo, lo que se ha propuesto, porque en él reside esa fe que transporta las montañas.

En su vida íntima es afable y austero. Todas las ternuras y todos los cuidados le han parecido siempre escasos para atender al bienestar y a la educación de sus hijos.

Su régimen personal de vida y de trabajo no puede ser más sencillo. Se levanta siempre con la aurora, y antes de que el sol esté dorando campos y ciudades, ya él ha recorrido todo lo que la prensa del día tiene de mayor interés. Acuerda con su secretario particular todo lo urgente; después toma un frugalísimo desayuno y enseguida, cuando en realidad la vida citadina no ha comenzado todavía, él emprende una diaria jira, no de placer, sino de inspección cuidadosa y ocular de obras, talleres y establecimientos que no esperan su visita, pero que es, para todos ellos, de muy favorables resultados, invariablemente.

Regresa de sus excursiones a Palacio y allí, en un espacio de tres o cuatro horas, su labor es incesante e intensa. El acuerdo, la firma, las audiencias, el Consejo de Ministros, la recepción de diplomáticos y de militares que le traen asuntos de campaña que no admiten demora; toda esa maraña de negocios disímbolos, complicados, premiosos, inevitables, le absorbe su tiempo, algunas veces, hasta un número mayor de horas de las que los felices hijos de la obscuridad tienen que consumir en el trabajo. Con el de la tarde y el de la noche, el señor Carranza está en labor constante, hasta por catorce horas al día, y a veces más, no obstante lo cual, nadie lo oye jamás quejarse de cansancio. Ocasiones hay en que se retira de Palacio mucho después de la media noche, sin

haber ido a su habitación ni siquiera para tomar un refrigerio.

Su descanso consiste generalmente en la lectura; pero nunca de libros frívolos; siempre de historia o de ciencias sociales, en cuyas materias, como ya lo dije antes, es un verdadero maestro, sin presumirlo en lo más mínimo.

Hasta en la conversación íntima habla pausadamente, como quien pesa y mide el valor de cada palabra; pero eso sí, cuando una frase ha salido de sus labios ya se puede afirmar que aquello es una sentencia.

Su confianza en el éxito final de las reformas que él ha engendrado para México, es inquebrantable y definitiva. No sabe si será él quien termine la obra empezada por su iniciativa; pero si está cierto de que la concepción de un México, diverso totalmente del pasado, no quedará en la historia en la triste forma de un embrión sin desarrollo. Y no le importa la posibilidad de no ver, quizás, con sus actuales ojos corporales, lo que el futuro, entrevisto por él, desarrollará en acontecimientos grandiosos. Le basta con saber que ellos vendrán, y que los hombres de las generaciones inmediatas y los de las venideras, han de estar unánimes en esta declaración, que condensa todas sus ambiciones:

«Venustiano Carranza fué un mexicano que se empeñó en cumplir, y que cumplió a toda costa, los deberes árduos de que se sintió investido para con su pueblo, para con su raza y para con la humanidad.»

Si yo contribuyo, en algo, con estas páginas a que esa austera declaración sea hecha, ahora y más tarde, tendré, a mi vez, un buen título a mis ojos para «dormir» tranquilo.

FIN.

FE DE ERRATAS.

Nunca tuve habilidad para corregir erratas de imprenta, ni paciencia para cuidar los últimos detalles materiales de mis escritos.

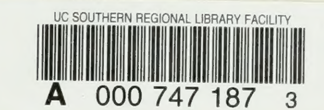
Para corregir el presente libro, busqué la ayuda de otra persona no sólo inteligente, sino que tuviese las condiciones de paciencia y habilidad de que yo carezco; pero no obstante esto, muchas erratas han quedado en esta edición; las principales están señaladas en esta página, y las restantes, la cultura e inteligencia de los lectores sabrá suplirlas y su benevolencia perdonarlas.

PAGINA	LINEA	DICE:	DEBE DECIR:
XII	22	tímide	tímido
24	última	es	se
36	31	al	la
41	32	representata	representa
43	3	vezse	vez se
53	27	lo	los
68	4	savajismo	salvajismo
70	22	de el	del
71	5	deje	dejo
71	última	vaielntes	valientes
74	27	con fianza	confianza
77	27	inteliencia	inteligencia
86	última	etrgiversaron	tergiversaron
101	8	trerlos	traerlos
115	22	eales	leales
142	37	quer	que
167	20	nónimas	nóminas
189	4	auxiliados	auxiliado
303	última	es	se

304	22	honerosas	onerosas
327	2	día	días
341	37	al	el
352	5	declaracio-	declaraciones
365	19	ellos	ellas
380	24	Alfonso	Alonso
381	4	Alfonso	Alonso
418	9	iniciado	iniciando
423	28	tengo tengo	tengo
433	18	sedieron	se dieron

ÍNDICE

INDICE


UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 747 187 3